Zadie Smith

NW

LONDON

Traducción del inglés de

Javier Calvo

Zadie Smith

NW

LONDON

Traducción del inglés de

Javier Calvo

Ilustración de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Copyright © Zadie Smith, 2012

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

El editor agradece la autorización para reproducir los siguientes extractos:

«Willesden Green» Letra y música: Raymond Douglas Davies © 1971.

Reproducido con permiso de EMI Music Publishing Ltd, London W1F 9LD

«Village Green Preservation Society» Letra y música: Raymond D. Davies © Copyright by Davray Music Ltd./Carlin Music Corp. (Administrado por Warner/Chappell Music Spain, S.A.)

Reservados todos los derechos. Ningún fragmento de la presente publicación podrá ser reproducido, almacenado en un sistema que permita su extracción, transmitido o comunicado en ninguna forma ni por ningún medio, sin el previo consentimiento escrito del editor, ni en forma alguna comercializado o distribuido en ningún tipo de presentación o cubierta distintos de aquella en que ha sido publicada, ni sin imponer condiciones similares, incluida la presente, a cualquier adquirente.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogávers, 56, *T* 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www. salamandra, info

ISBN: 978-84-9838-555-7

Depósito legal: B-26.160-2013

Iª edición, noviembre de 2013

Printed in Spain

Impresión: Romanyá-Valls, Pl. Verdaguer, I

Capellades, Barcelona

Para Kellas

Cuando Adán cavaba y Eva hilaba,

¿la hidalguía dónde estaba?

JOHN BALL

visitación

1

Un sol orondo se entretiene en los postes telefónicos. La pintura antivándalos se vuelve sulfurosa sobre las farolas y las verjas de las escuelas. En Willesden la gente va descalza, las calles se vuelven europeas, hay obsesión por comer fuera. Ella se queda a la sombra. Pelirroja. Por la radio: soy la única autora del diccionario que me define. Buena frase: apúntala en el dorso de la revista. En una hamaca,

en el jardín de un bajo. Con cercas por todos los lados.

Cuatro jardines más allá, en los bloques, una chica desabrida le grita improperios a nadie desde la tercera planta. Kilómetros de balcones. De eso nada. Que no, que de eso nada. No empieces. Pitillo en mano. Carnosa, rubicunda como una langosta.

Soy la única

Soy la única autora

El lápiz no deja huella en las páginas de revista. Ha leído en alguna parte que el papel satinado provoca cáncer. Todo el mundo sabe que no debería hacer tanto calor. Flores marchitas y manzanitas amargas. Pájaros que cantan sus canciones antes de tiempo en los árboles que no les corresponden. ¡Que no empieces, coño! Levanta la vista: la barriga quemada de la chica descansa sobre la barandilla. Tal como Michel suele decir: no todo el mundo puede

estar invitado a la fiesta. Por lo menos en este siglo. Una opinión cruel: ella no la comparte. En el matrimonio no se comparte todo. Sol amarillo alto en el cielo. Cruz azul sobre un palito blanco, claro, definitivo. ¿Qué hacer? Michel está trabajando. Sigue trabajando.

Soy la la única

La ceniza cae flotando al jardín de abajo, luego viene la colilla, por fin el paquete. Arma más jaleo que los pájaros y los trenes y el tráfico. La

única señal de cordura: un aparato diminuto encajado en su oreja. Le dije: ya vale de tomarse confianzas. ¿Dónde está mi cheque? Y la tía venga a soltar chorradas. Puta confianza.

Soy la *única. La* única. La única

Abre el puño y deja que el lápiz ruede. Se toma confianza con ella misma. Sólo se puede oír a esa chica de las narices. Por lo menos, con los ojos cerrados se ven más cosas. Manchas negras viscosas.

Bichitos que zigzaguean a toda pastilla. Zig. Zag. ¿Río rojo? ¿Lago de lava en el infierno? La hamaca se inclina. Los papeles caen al suelo. Los acontecimientos mundiales y la sección inmobiliaria y el cine y la música yacen en la hierba. También los deportes y las breves descripciones de los muertos.

2

¡El timbre! Va dando tumbos descalza sobre la hierba, aturdida por el sol, soñolienta. La puerta de atrás da a una cocina minúscula con llamativos azulejos al gusto de un inquilino anterior. No están llamando al timbre. Están machacándolo.

En el cristal esmerilado, un cuerpo borroso. Una colección de píxeles que no coincide con la de Michel. Entre su cuerpo y la puerta, los

tablones del suelo del pasillo dorados por el reflejo del sol. Ese pasillo solamente puede llevar a cosas buenas. Y sin embargo hay una mujer que llora y grita **POR FAVOR**. Una mujer aporrea la puerta principal con el puño. Cuando descorre el cerrojo, observa cómo la puerta se detiene a medio camino, la cadenilla se tensa y una manita se cuela por el hueco.

—**POR FAVOR**... oh, Dios mío, ayúdeme... por favor, señorita, que

yo vivo aquí... vivo aquí mismo, por el amor de Dios... compruébelo si quiere...

Uñas sucias. ¿Agita una factura del gas? ¿Del teléfono? La mete por la abertura, más allá de la cadena, tan cerca que ella se ve obligada a echarse atrás para ver bien lo que están enseñándole. «Avenida Ridley, 37», a la vuelta de la esquina. Es lo único que lee. Se imagina rápidamente lo que haría Michel si estuviera allí: examinar

la ventanilla del sobre, comprobar los datos. Pero Michel está trabajando. Ella suelta la cadena.

A la desconocida le fallan las rodillas y se desploma hacia delante. ¿Chica o mujer? Son de la misma edad: treinta y tantos, más o menos en mitad de la treintena. El llanto sacude el cuerpo menudo de la desconocida. Se tira de la ropa y gime. Una mujer suplicando que surjan testigos de entre el público. Una mujer en zona de guerra, de pie

entre los escombros de su casa.

—¿Estás herida?

Tiene las manos en el pelo. Su cabeza choca con el marco de la puerta.

—No, yo no, mi madre... necesito ayuda. He llamado a todas las putas puertas... por favor. Shar... me llamo Shar. Soy de aquí. Vivo al lado. ¡Compruébelo!

—Entra, por favor. Yo soy Leah.

Leah siente una lealtad tan firme a estos tres kilómetros cuadrados de la ciudad como otros a sus familias o sus países. Sabe cómo habla la gente de por aquí, es*t putas* de por aquí no es más que una cadencia de la frase. Se ajusta la cara para expresar piedad. Shar cierra los ojos y asiente con la cabeza. Hace rápidos movimientos con la boca, inaudibles, hablando para sí misma.

Y le dice a Leah

—Es usted muy buena.

Su diafragma sube y baja, ahora más despacio. Las lágrimas temblorosas amainan.

—Gracias, ¿eh? Es usted muy buena.

Las manitas de Shar se aferran a las manos que la sostienen. Es muy menuda. Su piel reseca tiene textura de papel, con marcas de soriasis en la frente y el mentón. Una cara familiar. Leah la ha visto muchas veces por estas calles. Un rasgo peculiar de los barrios de Londres:

caras sin nombres. Los ojos son impresionantes: alrededor del castaño oscuro se ve un blanco inmaculado, por encima y por debajo. Un aire de avidez, de consumir lo que ve. Pestañas largas. Los bebés tienen el mismo aspecto. Leah sonríe. La sonrisa que recibe a cambio es inexpresiva, carece de reconocimiento. Una mueca amable. Leah es sólo la buena sa-maritana que ha abierto la puerta y después no la ha cerrado. Shar repite: es usted muy buena, es

muy buena... hasta que el hilo de placer que discurre por esas palabras (desde luego hay cierto placer para Leah) se rompe. Leah niega con la cabeza. No, no, no, no.

Conduce a Shar hasta la cocina. Manos grandes sobre los delgados hombros de la chica. Contempla sus nalgas, que asoman por sus caídos pantalones de chándal, la pequeña hendidura vellosa de su espalda, pronunciada y húmeda por el calor. La cintura diminuta que da paso a

las curvas. Leah no tiene caderas, es tan desgarbada como un muchacho. Tal vez Shar necesite dinero. No lleva ropa limpia. Detrás de la rodilla derecha tiene un gran desgarrón en la tela mugrienta. De unas chanclas medio desintegradas asoman unos talones sucios. Huele.

—¡Un ataque al corazón! Yo preguntaba ¿se está muriendo? ¿Se está muriendo? Total, que se la llevan en la ambulancia y no me

dicen ni pío. Tengo tres crios solos en casa... me toca ir al hospital... y encima me vienen con que vaya en coche. ¡Si yo no tengo coche! Les he pedido ayuda... nadie ha movido un puto dedo.

Leah la agarra de la muñeca, la sienta en una silla junto a la mesa de la cocina y le pasa un rollo de papel. Vuelve a poner las manos en sus hombros. Tienen las frentes a pocos centímetros de distancia.

—Lo entiendo, tranquila. ¿Qué

hospital?

—Es como... no lo he apuntado... en Middlesex o... bastante lejos. Exactamente no lo sé.

Leah le estrecha las manos.

—Mira, yo no sé conducir, pero...

Echa un vistazo al reloj. Las cinco menos diez.

—Si te esperas, no sé, veinte minutos... Si lo llamo ahora, quizá...

o tal vez un taxi...

Shar aparta las manos. Se aprieta los ojos con los nudillos, respirando hondo: el pánico ha pasado.

—Debo ir allí... no tengo el número, no tengo nada, ni dinero...

Shar se arranca un padrastro del pulgar derecho con los dientes. Un punto de sangre surge y se contiene. Leah vuelve a cogerla de las muñecas. Le saca los dedos de la

boca.

—¿Tal vez el Middlesex? Puede que sea el nombre del hospital, no del sitio. El que está por Acton, ¿no?

La chica tiene un rostro aletargado, lento. Parece tocada, como dicen los irlandeses. Es posible que esté algo tocada de la cabeza.

—Sí... puede ser... no, sí, ese mismo. El Middlesex. Ese mismo.

Leah se endereza, coge un teléfono de su bolsillo trasero y marca un número.

—VENDRÉ MAÑANA.

Leah asiente con la cabeza y Shar continúa, sin concesión alguna a la llamada telefónica.

—SE LO PAGARÉ. MAÑANA COBRO, ¿VALE?

Leah sigue con el teléfono pegado a la oreja, sonríe y asiente, da su dirección. Hace el gesto de tomar

una taza de té. Pero Shar está mirando las flores del manzano. Se enjuga las lágrimas de la cara con la tela de su inmunda camiseta. Su ombligo es un nudo bien prieto a ras del estómago, como un botón cosido en un diván. Leah recita su número de teléfono.

—Ya está.

Se vuelve hacia el aparador, coge la tetera con su mano libre y la suelta porque esperaba que estuviese vacía. Se derrama un

poco de agua. Deja la tetera en su lugar y permanece inmóvil dando la espalda a la chica. No hay ningún sitio natural para sentarse o quedarse de pie. Delante de ella, sobre la larga repisa que se extiende por la habitación, algunos de los objetos de su vida: fotos, figuritas, una parte de las cenizas de su padre, jarrones, plantas, hierbas. En el reflejo de la ventana, Shar sube los piececitos al asiento de su silla y se coge los tobillos. La emergencia inicial era una situación

menos incómoda y más natural que esto. No es éste el país más indicado para ofrecerle té a una extraña. Las dos intercambian una sonrisa en el cristal. Hay buena voluntad. No hay nada que decir.

—Voy por tazas.

Leah va describiendo todas sus acciones. Abre el armario. Está lleno de tazas; tazas sobre tazas sobre tazas.

—Qué casa más bonita.

Leah se vuelve demasiado deprisa, hace gestos superfluos con las manos.

—No es nuestra... estamos de alquiler... nosotros sólo tenemos esta parte... arriba hay dos pisos. El jardín es compartido. Es de protección oficial, así que...

Pone a calentar el agua para el té mientras Shar mira alrededor. Con el labio inferior adelantado y asintiendo suavemente con la cabeza. Con ademán apreciativo,

como un agente inmobiliario. Por fin llega a Leah. ¿Qué debe de ver? Camisa a cuadros de franela arrugada, vaqueros cortos deshilachados, piernas pecosas, pies descalzos... alguien absurdo, tal vez una zángana, una mujer sin oficio ni beneficio. Leah se cruza de brazos.

—Para ser de protección está bien. ¿Tiene muchos dormitorios y eso?

El labio le cuelga. La hace un poco gangosa. Shar tiene algo en la cara,

Leah se da cuenta, se avergüenza de darse cuenta y desvía la mirada.

—Dos. El segundo es un cuchitril. Lo usamos más bien para...

Shar, mientras tanto, está hurgando en algo completamente distinto; ha tardado más que Leah, pero ya ha llegado, las dos están en el mismo sitio. Señala la cara de Leah con un dedo.

—Espera... ¿Tú fuiste a la Brayton? —Da un brinco en su silla.

¿Eufórica? Debe de haber un error —. Te juro que mientras hablabas por teléfono he pensado: yo la conozco. ¡Fuiste a la Brayton!

Leah arrima el trasero a la encimera y le da sus fechas. Shar se impacienta con la cronología. Quiere saber si Leah recuerda cuando se inundó el ala de ciencias, cuando a Jake Fowler le metieron la cabeza en un torno de banco. Y en relación con esas coordenadas, como si fueran alunizajes o

defunciones de presidentes, ambas sitúan sus tiempos.

—Pues yo iba dos años por debajo. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Leah forcejea con la dura tapa de una lata de galletas.

—Leah. Hanwell.

—Leah. Y fuiste a la Brayton. ¿Sigues viéndote con alguien de allí?

Leah menciona una serie de nombres, cada uno con su biografía condensada. Tamborilea acompasadamente sobre la mesa.

—¿Llevas mucho tiempo casada?

—Demasiado.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿A tu marido?

—No, qué va... anda por ahí. Llevo dos años sin verlo. Era un canalla. Un tío violento. Tenía rollos raros.

Tenía muchos problemas, en la cabeza y tal. Me rompió el brazo, me rompió la clavícula, me rompió la rodilla, me rompió la puta cara. Jo, la verdad es que...

Lo siguiente lo dice a modo de aparte frívolo, con una risita entrecortada, y resulta incomprensible.

—El tío me violaba y todo... era peligroso. Ya ves...

Shar se levanta de su silla y camina

hasta la puerta de atrás. Echa un vistazo al jardín, al césped amarillento y reseco.

—Lo siento mucho.

—¡Si no es culpa tuya! Es lo que hay.

La sensación de sentirse absurda. Leah se mete las manos en los bolsillos. La tetera chasquea.

—La verdad, tía, te mentiría si dijera que ha sido fácil. Ha sido

duro. Pero bueno. Me salí, ¿sabes? Estoy viva. ¡Con tres crios! El más pequeño tiene siete. O sea que algo bueno saqué, ¿me entiendes?

Leah asiente mirando la tetera.

—¿Tienes hijos?

—No. Una perra, *Olive*. Está en casa de mi amiga Nat. Nata-lie Blake. Bueno, en el instituto se llamaba Keisha. Ahora Natalie de Angelis. Iba a mi clase. Llevaba un peinado afro así, enorme... —Leah

representa un hongo atómico con las manos detrás de la cabeza.

Shar frunce el ceño.

—Sí, la recuerdo. Una engreída. Una de esas negras blanqueadas. Se creía que era no sé qué. —Una expresión de frío desdén le cruza la cara.

Leah sigue hablando.

—Ella sí que tiene hijos. Vive ahí mismo, en la zona pija, junto al

parque. Ahora es abogada. O letrada. ¿Cuál es la diferencia? Quizá ninguna. Tienen dos hijos. Sus niños quieren mucho a *Olive)* la perra se llama *Olive*.

Sólo va soltando frases, una tras otra, sin parar.

—De hecho, estoy embarazada.

Shar se apoya en el cristal de la puerta. Cierra un ojo y mira con atención el vientre de Leah.

—Estoy de poco. Muy poco. De hecho, me he enterado esta mañana.

De hecho de hecho de hecho. Shar se toma la revelación con calma.

—¿Es niño?

—No; es que... todavía no sé nada. —Leah se ruboriza, no tenía intención de mencionar un asunto tan delicado e inconcluso.

—¿Lo sabe tu hombre?

—Me he hecho la prueba esta mañana. Justo antes de que llegaras tú.

—Reza por que sea niña. Los niños son un infierno.

Shar tiene un aspecto sombrío. Esboza una sonrisa satánica. Negras encías le rodean los dientes. Se acerca a Leah y le pone las manos en el vientre.

—Déjame sentirlo. Yo adivino cosas. Da igual que estés de poco.

Ven. No te voy a hacer daño. Es como un don. Mi madre era igual. Ven aquí.

Agarra a Leah y tira de ella hacia delante. Leah se deja llevar. Shar vuelve a ponerle las manos en el vientre.

—Va a ser niña, fijo. Y encima escorpio, de las que dan más guerra. Una corredora.

Leah se ríe. Nota que empieza a acumularse calor entre su vientre

pegajoso y las manos sudorosas de la chica.

—¿Como una atleta?

—No... de las que se escapan. Vamos, que no vas a poder quitarle el ojo de encima ni un segundo.

Shar baja las manos y el aburrimiento vuelve a vaciarle la expresión. Se pone a hablar de cosas. Todo es igual. Leah o el té o las violaciones o los dormitorios o el ataque al corazón o la escuela o

quién ha tenido un bebé.

—Esa escuela... era una mierda, pero la gente que estudió allí... unos cuantos se lo han montado bien, ¿verdad? Por ejemplo Calvin... ¿te acuerdas de Calvin?

Leah sirve el té y asiente con vehemencia. No se acuerda de Calvin.

—Pues tiene un gimnasio en Finchley Road.

Leah remueve el té, una bebida que nunca toma, menos aún con este tiempo. Ha apretado demasiado la bolsita con la cucharilla. Los bordes se rompen y las hojas trituradas se esparcen.

—No es que lo lleve él... es que es el dueño. A veces paso por allí. Nunca pensé que el pobre Calvin sentaría cabeza. Siempre iba con Jermaine, Louie y Michael. Una panda chunga... Ya no los veo. Allá ellos con sus marrones. Al que sigo

viendo es a Nathan Bogle. Antes veía a Tommy y a James Haven, pero hace tiempo que no. Bastante tiempo.

Shar sigue hablando. La cocina se ladea y Leah se agarra al aparador para no perder el equilibrio.

—Perdón, ¿cómo dices?

Shar frunce el ceño, habla sin quitarse de la boca el pitillo encendido.

—Digo que si me pones ese té que decías.

Juntas parecen viejas amigas en una noche de invierno sujetando los tazones con ambas manos. La puerta está abierta, también las ventanas. No corre ni una gota de aire. Leah se despega la camisa de la piel. Se abre un respiradero y el aire se cuela. El sudor estancado debajo de cada pecho ha dejado su rastro vergonzoso en el algodón.

—Yo conocía... o sea...

Leah insiste en esa vacilación fingida y contempla las profundidades de su tazón, pero Shar no está interesada; golpetea el cristal de la puerta y habla al mismo tiempo que ella.

—Sí, has cambiado desde el instituto, está claro. Ahora se te ve mejor, ¿eh? Eras toda pelirroja y huesuda. De pies a cabeza.

Leah sigue siendo ambas cosas. Deben de ser los demás quienes han cambiado, o tal vez la época

misma.

—Pero te va bien. ¿Cómo es que no estás en el trabajo? ¿A qué me has dicho que te dedicas?

—He avisado de que estaba enferma. No me encontraba bien. Hago trabajo administrativo, básicamente. Es por una buena causa. Repartimos dinero. De la lotería, a organizaciones benéficas, organizaciones sin ánimo de lucro... pequeñas organizaciones de la comunidad local que necesitan...

No están escuchando su propia conversación. La chica del bloque de pisos sigue gritando en su balcón. Shar niega con la cabeza y silba. Le dedica a Leah una mirada de solidaridad vecinal.

—Puta gorda idiota.

Leah traza con el dedo un movimiento de caballo de ajedrez a partir de la chica. Dos pisos hacia arriba y una ventana a la derecha.

—Yo nací justo ahí.

Desde allí hasta aquí, un viaje más largo de lo que parece. Este detalle local retiene el interés de Shar durante un segundo. Luego aparta la vista tirando la ceniza del cigarrillo al suelo de la cocina, aunque la puerta está abierta y la hierba apenas a medio metro. Sí, probablemente es corta de luces y quizá algo bruta; o bien está traumatizada, o tiene la cabeza en otra parte.

—A ti no te ha ido mal. Vives bien.

Lo más seguro es que te sobren amigos para salir de juerga los viernes y todo eso.

—La verdad es que no.

Shar suelta una brusca bocanada de humo por la boca y hace un ruido lastimero asintiendo una y otra vez con la cabeza.

—Menuda calle de estirados. Eres la única que me ha dejado entrar. Los demás no te echan una mano ni que la estés palmando a medio

metro de ellos.

—Tengo que ir arriba. A coger dinero para el taxi.

Leah lleva dinero en el bolsillo. Una vez arriba, entra en la habitación más cercana, el aseo, cierra la puerta, se sienta en el suelo y llora. Levanta un pie hasta desencajar el papel higiénico de su soporte y tirarlo al suelo. Está haciéndolo rodar hacia ella cuando suena el timbre.

—¡PUERTA! ¡PUERTA! ¿ABRO?

Leah se alza y trata de quitarse la rojez en el estrecho lavabo. Encuentra a Shar en la entrada frente a un estante lleno de libros de la universidad; está pasando un dedo por los lomos.

—¿Te los has leído todos?

—No, qué va. Ultimamente no tengo tiempo.

Leah coge la llave, que está en el

estante del medio, y abre la puerta principal.

Nada tiene sentido. El taxista, de pie junto a la verja, hace un gesto que ella no entiende, señala un extremo de la calle y echa a andar. Shar lo sigue. Leah lo sigue. Leah está adquiriendo una nueva docilidad.

—¿Cuánto te hace falta?

En la cara de Shar aparece una sombra de pena.

—¿Veinte? Treinta... es más seguro.

Fuma sin manos expulsando el humo por una comisura de la boca.

La espuma desquiciada de los cerezos en flor. Michel aparece por un pasadizo rosado, camina por la otra acera de la calle. Muy acalorado, la cara sudorosa. De la bolsa le asoma la toalli-ta que lleva para los días como hoy. Leah levanta un dedo para indicarle que se detenga y espere. Señala a Shar, aunque ésta queda oculta por el

coche. Michel es miope; mira hacia ellas con los ojos entornados, se para, esboza una sonrisa tensa, se quita la chaqueta y se la echa sobre el brazo. Leah ve que se está pellizcando la camiseta, intenta eliminar los restos de su jornada: una miríada de pelitos cortados a desconocidos, unos rubios y otros castaños.

—¿Quién es ése?

—Michel, mi marido.

—¿Tiene nombre de chica?

—Francés.

—Pues es guapo... ¡Vaya bebés más guapos vais a tener!

Shar le guiña un ojo: una grotesca compresión en un costado de su cara. Tira el cigarrillo y sube al taxi dejando la portezuela abierta. El dinero sigue en la mano de Leah.

—¿Es de por aquí? Lo tengo visto.

—Trabaja en la peluquería, la que hay al lado de la estación... Es de Marsella... es francés. Lleva aquí toda la vida.

—Pero africano.

—De origen. Oye, ¿quieres que vaya contigo?

Shar se queda callada un momento. Luego sale del coche y coge la cara de Leah con ambas manos.

—Eres una buena persona, de

verdad. El destino me ha traído a tu puerta. ¡En serio! Eres una persona espiritual. Hay algo espiritual dentro de ti.

Leah aprieta la manita de Shar y se rinde a un beso. Shar abre ligeramente la boca sobre su mejilla para el *gra* y la cierra con el *cias*. Como respuesta, Leah dice algo que nunca ha dicho en su vida: que Dios te bendiga. Se separan. Shar retrocede torpemente y se vuelve hacia el coche, que está a

punto de irse. Leah le embute el dinero en la mano con firme determinación. Pero la grandeza de la experiencia ya amenaza con diluirse en lo convencional, en lo anecdótico: sólo treinta libras, sólo una madre enferma; ni un asesinato ni una violación. No hay nada que sobreviva a su propio relato.

—El tiempo se ha vuelto loco.

Shar usa su pañuelo para secarse el sudor de la cara y evita mirar a Leah.

—Mañana me paso y te devuelvo el dinero. Te lo juro por Dios, ¿vale? Gracias, en serio. Hoy me has salvado.

Leah se encoge de hombros.

—No, no seas así, te lo juro. Vendré, en serio.

—Solamente espero que se ponga bien. Tu madre.

—Mañana, ¿vale? ¡Y gracias!

La puerta se cierra. El taxi se aleja.

3

A todo el mundo le parece obvio menos a Leah. Para su madre es obvio.

—¿Cómo te has vuelto tan boba?

—Parecía desesperada. Lo estaba.

—Yo sí que estaba desesperada en Grafton Street, y también en Buckley Road. Todos estábamos

desesperados. Pero no íbamos por ahí robando.

Suspiro de tristeza estática. Leah se lo imagina muy bien: el flequillo cano que se alborota, el busto floreado que se eleva. Su madre se ha convertido en una lechuza irlandesa de estupendo plumaje. Todavía en Willesden, posada a perpetuidad.

—¡Treinta libras! Treinta libras para un taxi al Middlesex. No cuesta tanto ni a Heathrow. Si vas a

regalar el dinero, ya podrías aflojar algo en esta dirección.

—Puede que vuelva.

—¡Antes que ella volverá el mismísimo Jesucristo! Este fin de semana anduvieron dos por aquí. Las vi venir calle abajo, llamando a los timbres. Las reconocí enseguida. El crack. ¡Qué asco de vicio! Las veo por el barrio cada día, cerca de la estación. Jenny Fowler, la que vive en la esquina, le abrió la puerta a una. Me contó

que iba drogada hasta las cejas. ¡Treinta libras! Eso te viene de tu padre. Nadie que lleve mi sangre picaría con una idiotez semejante. ¿Qué te ha dicho tu Michael?

Al final resulta menos fastidioso admitir el *Michael* que oír ese *Misheel* circulando por la boca como el sabor de algo turbio.

—Dice que soy idiota.

—Bueno, es que lo eres. Su gente no se deja engañar con tanta

facilidad.

Todos ellos son nigerianos, todos, da igual que sean franceses o argelinos: son nigerianos; para Pauline toda África es básicamente Nigeria, esos taimados nigerianos que en Kilburn son ahora los dueños de todas las cosas que antes eran de los irlandeses, y cinco enfermeras de su equipo son nigerianas, no irlandesas como antes; o por lo menos Pauline las considera nigerianas, y no hay

ningún problema con ellas siempre y cuando no les quites la vista de encima. Leah pone el pulgar sobre su alianza. Empuja el aro con fuerza.

—Quiere ir a buscarla.

—¿Y por qué no? Te ha robado una gitana en la puerta de tu propia casa, ¿no?

Todo lo traduce a sus términos.

—No. Del Subcontinente.

—La India, quieres decir.

—De esa zona. Segunda generación. Inglesa, por como hablaba.

—Ya veo.

—¡Me recordaba del instituto! ¡Y estaba llorando ante mi puerta!

Otra tristeza estática.

—A veces creo que es porque sólo te tuvimos a ti. Si hubiéramos

tenido más hijos podrías haber aprendido más sobre la gente y cómo es en realidad.

Da igual por dónde empiece Leah, Pauline siempre regresa a ese punto. Se repasa toda la historia: de Dublín a Kilburn, la rareza de una protestante que ahueca el ala, cuando la mayoría era del otro bando. Iba para enfermera, o sea, igual que el resto de las muchachas. Coqueteó con los chicos O'Rourke, los albañiles, pero quería algo

mejor, con aquel pelo rojizo y aquellos rasgos tan bellos y su título de comadrona. Pero esperó demasiado. Ya en el ocaso anidó con un viudo silencioso, un inglés que no bebía. Los O'Rourke terminaron vendiendo materiales de construcción, con la mitad de Kilburn High Road en el bolsillo. A cambio de eso ella habría aguantado alguna borrachera. Gracias a Dios, supo reciclarse (radiología). Si no, ¿dónde estaría ahora? Esta historia, antes

racionada y ofrecida unas cuantas veces al año, irrumpe ahora en todas las conversaciones telefónicas, incluida la presente, que no tiene nada que ver con Pauline. El tiempo se está contrayendo para su madre, ya le queda poco trecho por delante. Quiere comprimir el pasado, convertirlo en algo lo bastante pequeño para llevarlo consigo. Y escucharla es la tarea de la hija. Pero a ella no se le da bien.

—¿Eramos demasiado viejos? ¿Tú te sentías sola?

—Mamá, por favor.

—Sólo digo que habrías llegado a entender mejor la naturaleza humana. Y a propósito, ¿alguna noticia por ese lado?

—¿Por qué lado?

—Por el lado nietos. Por el lado del reloj biológico.

—Sigue avanzando.

—Bueno. No te preocupes mucho, cielo. Será cuando tenga que ser. ¿Anda por ahí Michael? ¿Puedo hablar con él?

Entre Pauline y Michel no hay nada más que desconfianza y malentendidos, salvo cuando se produce ese prodigioso alineamiento, antes excepcional y ahora cada vez más frecuente, en el que Leah se ha comportado como una idiota y por tanto propicia una

rápida alianza entre enemigos naturales. Pauline descompuesta y arrebolada diciendo palabrotas. Michel exhibiendo su pequeño y laboriosamente ganado repertorio de co-loquialismos, el tesoro de todo emigrante: *a fin de cuentas, tú ya me entiendes, para acabarlo de arreglar, y yo voy y le digo, cojo y le suelto, ésa sí que es buena, de eso me tengo que acordar.*

—Es increíble. Ojalá hubiera estado yo, Pauline, te lo digo en

serio. Ojalá hubiera estado yo.

Leah sale al jardín para no oír la conversación. Ned, el vecino de arriba, está en la hamaca de ella, que es comunitaria y por tanto no es su hamaca. Ned disfrutando de la hierba bajo el manzano. Con la melena leonina ya entrecana y recogida con una innoble goma elástica. Sobre el vientre tiene apoyada una vetusta Leica a la espera de que se ponga el sol en NW, la zona noroeste, porque los

atardeceres son extrañamente vistosos en esta parte del mundo. Leah se acerca al árbol comunitario y hace la señal de la victoria.

—Cómprate tu maría.

—Ya no fumo.

—Está claro.

Ned le pone un porro entre los dedos extendidos. Ella da una fuerte calada, implacable con la garganta.

—Dosifícate, que es afgana. ¡Psicotrópica!

—Ya soy mayorcita.

—Hoy a las seis y veintitrés. Cada vez llega más tarde.

—Hasta que llega más temprano.

—Muy aguda.

Ned encuentra filosofía en casi todo lo que le dice Leah, por anecdótico o banal que parezca. Es un porrero

impenitente y el tiempo se coagula en torno a él. Estira el alcance de las cosas más simples. A Leah le da la impresión de que tiene veintiocho años desde que se conocieron hace diez.

—Eh, ¿ha vuelto tu visitante?

—Qué va.

El episodio va a contrapelo de su naturaleza optimista. Leah lo ve buscar sin éxito una historia adecuada.

—-Justo a tiempo. Una hermosura.

Leah levanta la vista. El cielo se ha vuelto rosa. Las aerovías de Heathrow lo rayan de blanco. Michel se lo está pasando bien en la cocina.

—Esa sí que es buena. De eso me tengo que acordar. ¡Dios bendito!

4

El joven sij está aburrido. Le gotea sudor del turbante. Baja la vista hacia el mostrador de su padre, donde un puñado de calderilla intenta llegar para un paquete de diez Rothmans. Un ventilador barato zumba inútilmente. Leah también está aburrida mirando cómo Michel estruja bollos que nunca le gustarán, que nunca serán tan buenos como los franceses.

Porque están hechos en la trastienda de una confitería de Willesden Lañe. Se pueden comprar cruasanes de verdad en el mercado ecológico que montan los domingos en el patio de la antigua escuela de Leah. Hoy es martes. Leah se ha enterado por sus nuevos vecinos de que la Escuela Primaria Quinton es un buen sitio para comprar cruasanes, pero no para mandar a tus hijos. *Olive* engulle las migas que salpican el suelo de la confitería. *Olive* es un poco francesa, igual que

Michel. Su abuelo ganaba concursos en París. A diferencia de Michel, no es nada exigente con los cruasanes. Naranja y blanca, con orejas sedosas estilo Restauración. Ridicula y adorada.

—...así que tenemos que ver a un médico apropiado. Ir a una clínica. No paramos de intentarlo y nada. Este año ya cumples treinta y cinco.

Con acento francés: *tgeinta* y *sinco*. Antes los dos tenían la misma edad. Ahora Leah envejece en años de

perro. Sus treinta y cinco son siete veces más largos que los de él y siete veces más importantes, tanto que él debe recordarle las cifras por si acaso ella se olvida.

—No tenemos dinero para clínicas. ¿Qué clínica?

La pequeña figura que hay en el mostrador se da la vuelta para marcharse. Primero, antes que nada, sonríe a Leah (movida por ese instinto que empareja el reconocimiento con la alegría),

pero un momento más tarde recuerda, se muerde el labio y empuja la puerta, haciendo sonar la campanilla.

—¡Es ella! Era ella. La que estaba comprando tabaco.

Leah confía en una escapada limpia. Pero Shar no tiene suerte. Ninguna de las dos la tiene. Una anciana de envergadura considerable entra justo cuando Shar está intentando salir. Ambas ejecutan el penoso baile de las puertas. Michel es

rápido y atrevido, nada puede detenerlo.

—¡Ladrona! ¡Eres una ladrona! ¡Devuélvenos nuestro dinero!

Leah agarra el dedo que señala acusadoramente y tira de él hacia abajo. Hasta la última de sus pecas rojas se ha encendido y el rubor le sube por el cuello inundándole la cara. Shar deja de bailar. Carga con el hombro contra la vieja para quitarla de en medio. Echa a correr.

Leah cree en la objetividad en el dormitorio:

Aquí yacen un hombre y una mujer. El hombre es más hermoso que la mujer. Y por esa razón ha habido veces en que la mujer ha temido que ella quiere más al hombre que él a ella. El siempre lo ha negado. Pero no puede negar que es más hermoso. Para él es más fácil ser

hermoso. Su piel es muy oscura y envejece más despacio. Tiene una buena estructura ósea del África occidental. He aquí un hombre acostado de través en una cama, desnudo. Brigitte Bardot en *El desprecio,* acostada en una cama, desnuda. Ojalá el hombre fuera Brigitte Bardot, que no ha tenido hijos porque prefiere a los animales. Aunque en otras cuestiones se ha vuelto inflexible. La mujer intenta hablar con el hombre que es su marido sobre la

chica desesperada que apareció en su puerta. ¿Qué significa decir que la chica mintió? ¿Acaso es mentira decir que estaba desesperada? Lo bastante desesperada como para acudir a su puerta. El marido no puede entender la desazón de esa mujer. Por supuesto, le falta un dato crucial. No tiene forma de seguir la lógica femenina sumergida. Sólo puede intentar escuchar mientras ella habla. Solamente quiero saber si he hecho bien, dice la mujer, simplemente no logro decidir si he

Pero en este punto el hombre la interrumpe para decir

—...¿está por tu lado el cargador del trasto? El mío ha desaparecido. No hay nada que hacer. Es lo de siempre. Una adicta al crack. Una ladrona. No es tan interesante. Ven aquí y

Cuando el hombre y la mujer se conocieron, la atracción física fue inmediata y arrolladora. Sigue siéndolo. Debido a esa atracción tan aguda e insólita, su cronología

es peculiar. Lo físico siempre llegó primero.

Antes de hablar con ella, él ya le había lavado el pelo dos veces.

Tuvieron relaciones sexuales antes de conocer sus respectivos apellidos.

Antes de practicar el sexo vaginal ya habían practicado el anal.

Antes de casarse habían tenido decenas de parejas sexuales. Idilios

de discoteca, aventuras en Ibiza. ¡Los noventa, década embriagadora! Se casaron aunque no les hacía ninguna falta y aunque los dos habían jurado que nunca lo harían. Cuesta explicar por qué (en ese juego de las sillas musicales) decidieron pararse justamente con el otro. La amabilidad, como rasgo, tuvo algo que ver. En aquellas pistas de baile resultaba fácil encontrar muchas cosas, pero la amabilidad era poco común. Su marido era más amable que ningún

otro hombre que Leah Hanwell hubiese conocido en su vida, aparte de su padre. Y luego, por supuesto, los había sorprendido el hecho de ser tan convencionales. El matrimonio agradaba a Pauline y calmaba las ansiedades de la familia de Michel. Resultaba agradable agradar a sus familias. Más allá de esto, los términos «esposa» y «marido» tenían un poder que no había previsto ninguna de las dos partes. Si eso era vudú, ellos se sentían agradecidos. Les

permitió dejar de danzar alrededor de las sillas sin admitir nunca que estaban cansados de hacerlo.

Todo pasó volando.

Tuvieron un embarazo antes de casarse, a los dos meses de empezar su relación, y abortaron.

Se casaron antes de ser amigos, lo cual equivale a decir:

Su matrimonio fue el origen de su amistad.

Se casaron antes de advertir muchas y pequeñas diferencias en sus trayectorias, aspiraciones, estudios y ambiciones. Los pobres de ciudad, por ejemplo, no tienen las mismas ambiciones que los de campo.

Cuando percibía esas diferencias, Leah se decepcionaba de algún modo consigo misma porque no causaban ningún conflicto real entre ellos. Le costaba hacerse a la idea de que el placer hallado por su

cuerpo en el de él, y viceversa, pudiese anular tan fácilmente las otras muchas objeciones que tenía o debería haber tenido o creía que debería haber tenido.

—Puede que su madre haya muerto. Puede que esté bregando con eso y se haya olvidado de volver. Puede que nos haya metido el dinero por la puerta y se haya mezclado con el correo comercial y Ned lo haya tirado a la basura. O puede que no sea capaz de reunir esa cantidad

ahora mismo.

—Sí, Leah.

—No seas así.

—¿Y qué quieres que te diga? El mundo es como es.

—Entonces, ¿por qué estamos intentándolo?

Para ser del todo objetivos, era culpa de la mujer que nunca hablasen de hijos. Por alguna razón,

a ella nunca se le ocurrió que aquella portentosa jodienda estuviese enfilada hacia un desenlace ineludible y completamente obvio. Ella teme ese desenlace. ¡Sé objetiva! ¿Qué temes? Algo relacionado con la muerte, el tiempo y la edad. Simplemente: en mi fuero interno tengo dieciocho años, dieciocho, y si no hago nada y me quedo quieta nada cambiará y siempre tendré dieciocho años. Para siempre. El tiempo se detendrá y no moriré. Un

miedo muy banal. Hoy en día lo tiene todo el mundo. ¿Y qué más? Ella está bastante satisfecha con el momento en que se hallan. Entiende que se merece exactamente lo que tiene, ni más ni menos. Cualquier cambio entraña el riesgo de alterar fatídicamente ese equilibrio. ¿Por qué debería cambiar el momento? A veces el marido corta un pimiento rojo por la mitad, echa las semillas en un cuenco de plástico, le pasa un calabacín para que ella lo corte a dados y le dice:

Perro.

Coche.

Piso.

Así, cocinando juntos.

Hace siete años tú cobrabas el paro, yo lavaba el pelo.

¡Las cosas cambian! Estamos cada vez más cerca, ¿no?

La mujer no sabe adonde se

acercan. No sabía que hubieran partido ni en qué dirección sopla el viento. No quiere llegar. La verdad es que ella había creído que estarían desnudos bajo las sábanas para siempre y que nada se les vendría encima jamás, nada salvo la satisfacción. ¿Por qué debe «avanzar» el amor? ¿Avanzar hacia dónde? Nadie puede decir que no estuviera avisada. No puede decirlo nadie. Una mujer de treinta y cinco años casada con un hombre al que ama está sin duda avisada, debería

prestar atención, debería escuchar y no quedarse sorprendida cuando su marido le dice

—...muchos días en que la mujer sea fértil. Creo que solamente tres. O sea, que no tiene sentido decir «bueno, pasará cuando tenga que pasar». Ya no somos tan jóvenes. Deberíamos ser un poco más marciales con el tema, o sea, planearlo y eso.

Y, hablando objetivamente, tiene razón.

6

We are the village green preservation society. God save little shops, china cups and virginity! Sábado por la mañana. **LOS KINKS TODO EL SANTO DÍA.** Los sábados por la mañana, Michel ayuda a las damas y los caballeros de NW a tener el aspecto apropiado para sus noches de sábado, un aspecto impecable y fresco, y allí, en la peluquería, es libre de pinchar

a todo trapo su R&B empalagoso, sus *oh baby oh shorty till six in the mawnin till the break a' dawn.* ¡Los sábados por la mañana ella es libre! *God save tudor houses, antique tables and billiards! Preserving the oíd ways frorn being abused. Protecting the new ways for me andfor you. What more can we do?* Bailotea en pantalones de pijama, desafina al cantar. Ned está en el jardín. A Ned le parece bien el estruendo musical de origen blanco. Incluso lo corea.

Well I tried to settle down in Fulham Broadway. And I tried to make my home in Golders Green. En este abandono sabático siempre hay algo febril y melancólico: ya ha empezado la cuenta atrás interna hacia la semana de trabajo. En el espejo ella es su propia pareja de baile, con la nariz pegada a su reflejo. La persona física sonríe y canta. *Oh, how I miss the folks back home in Willesden Green!* Entretanto, algo se tambalea en su interior ante las noticias del espejo:

el mechón gris que aflora por la coronilla, las bolsas alrededor de los ojos, la barriga flácida. Baila como una muchacha. Ya no es una muchacha. ¿Adonde se ha ido el tiempo? Sólo se da cuenta de que ha sonado el timbre porque *Olive* se pone a ladrar como una loca.

—Mi madre ha tenido un ataque... un ataque al corazón... ¿Te sobran cinco... libras?

La chica tiene el pelo quemado de tanto planchárselo. O gorda o

embarazada. Baja la vista aturdida, desconcertada por *Olive,* que zigzaguea frenéticamente entre sus piernas. Levanta la vista hacia Leah y se ríe. ¡AJÁ! Demasiado ida para recordar el guión. Gira torpemente sobre los talones, una bailarina que ejecuta su movimiento con retraso. Recorre de nuevo el sendero hasta la calle, bamboleándose y riendo.

7

Manzano, manzano.

Cosa que tiene manzanas. Flor de manzano.

Tan simbólico. Entramado de ramas y raíces. Cavando túneles.

Cuanto más denso, más frutos.

Y más gusanos. Y más ratas.

Manzano, manzano. Árbol. De manzanas. ¿Avanzar hada dónde? Tic, tac.

Tres pisos. Un manzano. Propiedad, alquiler. Cargado de semillas.

En la copa. Cuando se rompa la rama, el bebé se

Cenizas de muerto. ¿En torno a las raíces, en las raíces?

Manzano centenario.

Sentarse en los laurenes. Bajo un manzano. ¿Tienes un niño?

Nuevas ramas. Nuevas flores. Nuevas manzanas. ¿Mismo árbol?

De pura cepa. Mismas calles.

¿Misma chica? Paso siguiente.

Árbolmanzanoárbol.

Tronco, corteza.

Alicia sueña.

Eva come.

Las chicas buenas cometen errores debajo.

Michel es un buen hombre, lleno de esperanza. A veces la esperanza agota.

—...*y yo* siempre lo he creído. Mira: ¿sabes cuál es la verdadera diferencia entre esa gente y *yo?* Pues que ellos no quieren progresar, no quieren tener nada mejor que esto. Pero yo siempre estoy avanzando, pensando en lo siguiente. La gente de mi familia no me entiende. Soy muy avanzado para ellos. Y por eso, cuando intentan ponerse en contacto conmigo, yo no dejo que ese... no dejo que entre ese drama en mi vida. ¡Ni hablar! He trabajado

mucho. Te quiero demasiado a ti y a esta vida. Uno es lo que hace. Es así. Siempre estoy pensando: ¿éste soy yo? ¿Qué estoy haciendo? ¿Soy yo de verdad? Si me siento y no hago nada, sé que no seré nada. Desde el primer día que pisé este país sé que he tenido la cabeza en su sitio; lo tenía muy claro: voy a subir en la escala social, por lo menos un peldaño. En Francia, si eres africano, si eres argelino, ¿a quién le importas? ¡No hay oportunidades, no puedes moverte!

Pero aquí sí puedes moverte. Aun así, ¡hay que trabajar! ¡Hay que trabajar muy duro para alejarse del drama que uno tiene detrás! Y ahí voy yo: no quiero que entre en mi vida. Pero eso es justamente lo que tú haces, el ejemplo perfecto, esa chica, la dejas entrar... ni siquiera sé en qué estabas pensando... pero yo no dejo que entre ese drama. Sé que este país ofrece oportunidades y que si uno quiere puede cogerlas. No te comas esa... ese agujero es de gusano, ¿lo ves? Mira a tu madre...

no somos grandes amigos, pero mira lo que ha hecho, por favor: te sacó de aquella pesadilla y te trajo a un sitio decente, a un piso como Dios manda, con hipoteca... Claro que tienes la piel blanca, es distinto, es más fácil, tú has tenido oportunidades que yo no he tenido. Las más rojas no saben tan bien. Lo único que estamos intentando es dar el siguiente, el siguiente, el siguiente paso. Trepar por la escala. Cooperativa de Viviendas Brent. Yo no quiero tener ese

letrero delante del sitio donde vivo. Paso por ahí y me siento en plan ¡uf! Es humillante. Si alguna vez tenemos un hijo quiero que viva donde... que viva con orgullo... en un sitio nuestro, donde tengamos la propiedad. ¡Eso mismo! ¡Esta hierba no es mía! ¡Este árbol no es mío! Esparcimos las cenizas de tu padre alrededor de un árbol que ni siquiera es nuestro. Pobre señor Hanwell. Se me parte el corazón. ¡Hablamos de tu padre! Por eso me pongo con el portátil todas las

noches, por eso intento hacer esto... porque allí es puro mercado, da igual el color de la piel, da igual si hablas un inglés perfecto, si tienes un estupendo diplomita de la universidad o chorradas por el estilo. Yo puedo negociar como *todo* el mundo. Ahí fuera se puede hacer dinero, ¿sabes? El mercado ahora mismo está enloquecido. Eso es lo que nadie te cuenta. No me quito de la cabeza lo que dijo Frank en la cena: los tíos listos se meten en ese juego. Es absurdo no intentar

pillar algo. Yo no soy como esos jamaicanos, como esa vecina nueva, Gloria o *como se* llame, la de ahí arriba, que sigue sin cortinas. Dos bebés, sin marido y viviendo de la asistencia social. Yo estoy casado: ¿dónde está mi asistencia social? Cuando tenga hijos, lo sé, me lo digo a mí mismo: voy a quedarme con esta mujer a la que quiero, a la que adoro, y voy a estar siempre con ella. Ven aquí. En el fondo se trata de esto: yo nunca he querido sentarme en los laurenes ni aceptar

limosnas de nadie, nunca me ha interesado. Soy africano. Tengo un destino. ¡Te quiero y amo el lugar al que nos dirigimos juntos! Siempre estoy avanzando hacia mi destino, pensando en el siguiente logro, en lo siguiente, llevando las cosas más arriba para que nosotros, los dos, podamos dar el siguiente...

—Laureles.

—¿Qué?

—Se dice laureles. Y no te sientas

en ellos, te duermes en ellos. Te sientas en una silla.

—Ni siquiera me estás escuchando.

Y es verdad: ella está pensando en manzanas.

En el resto de Londres Ias oficinas son espacios diáfanos / acristalados del suelo al techo / centros de sinergia / inalámbricos / relucientes. Allí perdura la creencia en el valor de las mesas de ping-pong. Allí no es aquí. Aquí las oficinas son húmedos cuartuchos Victorianos. Los comparten cinco personas, la moqueta está raída, no hay manera de encontrar la

perforadora de papel.

—...de dinero que entra. Pregunta: ¿cómo ha llegado esto tan lejos sin que nadie intervenga? De verdad me gustaría saberlo. ¡División de poderes, amigas mías! Porque cuando actuáis así estáis sirviendo metafóricamente nuestras cabezas en bandeja, a ellos, y eso incluye también la mía. Luego van y te dicen: reducción de gastos. Y no se refieren a reutilizar las bol-sitas de té. Se refieren a vuestro trabajo y al

mío. Exactamente de ese modo...

Aquí las apuestas fallidas de todo el país se transforman en una apariencia del bien colectivo: actividades extraescolares, servicios de traducción, limpieza de jardines para ancianos, costura para presidiarías. Aquí trabajan cinco mujeres dándose la espalda. Al fondo del pasillo corren rumores sobre un hombre: Leah nunca lo ha visto. Este trabajo requiere empatia y por eso atrae a mujeres, porque

las mujeres son el sexo empático. Eso opina Adina George, la jefa de equipo, que habla, que nunca para de hablar. La boca de Adina se abre y se cierra.

Ex funcionaría de prisiones,

trabajadora social y concejala. ¿Cómo consigue hacer algo con esas garras? Largas, corvas y decoradas con minúsculas banderitas jamaicanas. Se ha abierto paso a zarpazos por el sistema. De pura cepa. Recela de quienes, como Leah, se han colocado gracias a un título. Los títulos universitarios son para Adina como cuerdas elásticas, te dejan caer y después tiran de ti con alarmante velocidad. Por supuesto, no vas a estar mucho tiempo aquí.

Mira, no voy a darte proyectos si luego vas a largarte y no los terminas...

Han pasado seis años: ya no le dice esas cosas. Cuando hoy Adina la ha llamado «licenciada», se le ha ocurrido que nadie (ni la institución que lo otorgó ni sus compañeras ni el mismo mercado laboral) le atribuye a su título un valor más alto que Adina.

—...lo cual es esencial para que esto funcione bien. Es obvio que la

toma de decisiones se basa en la relacionabilidad y, sí, en la empatia, y también en la conexión personal, pero además se basa en el seguimiento y la visibilidad en el sentido de lo que uno obtiene a cambio de su dinero, y de todo eso tomamos conciencia por la vía de un proceso administrativo. Papeleo, papeleo y más papeleo. En la coyuntura actual no puede faltar ni una coma ni una tilde, punto por punto, para que cuando la gente de arriba me ponga a mí, la jefa de

equipo, en un aprieto, yo pueda decir: pues sí, todo está en su sitio. Aquí tienen, a, b y c, todo en su sitio. Tampoco es física nuclear, señoritas, espero.

Pregunta: ¿qué ha sido de sus compañeros de promoción, aquellos licenciados jóvenes y entusiastas, la mayoría hombres? Banqueros y abogados. Entretanto, Leah, una intrusa de la escuela pública sin latín, griego, matemáticas o idiomas, se lo montó

mal (según los criterios de la época) y ahora se sienta, inundada de empatia, en una silla de repuesto que alguien sacó seis años atrás de la sala de descanso. Pie derecho dormido. Ordenador colgado. Sin rastro del informático. Sin aire acondicionado. Adina dale que te pego, haciendo esa cosa que ella le hace al lenguaje.

—¿Ha habido un problema de comunicación? Una obstrucción entre dos o más partes... ¿Quién

debería tener una percepción más rigurosa de cómo su conducta está afectando a las demás?

También esto acabará. Cinco menos cuarto. Zig, zag. Tic, tac. A veces la amargura intenta atrapar a Leah. Tira de ella, la atenaza. ¿Qué sentido tenía todo? Tres años de estudios para nada. Sin blanca, sin saber qué terreno pisa. Al principio solamente Filosofía, porque le daba miedo la muerte y pensó que le iría bien, y también porque no sabía

sumar ni dibujar ni recordar listas de datos ni hablar un idioma distinto del suyo. En el folleto de la universidad, un epígrafe en cursiva sobre una foto del fiordo de Forth: «La filosofía es aprender a morir.» La filosofía es escuchar a niños pijos haciendo gorgoritos, es estar más aburrida de lo que has estado nunca en la vida, más aburrida de lo que te parecía posible. Es querer estar en otro sitio, en un punto distinto del multiverso, un concepto que jamás vas a entender

plenamente. Al final, sólo una idea retenida con firmeza: que el tiempo es una experiencia relativa, diferente para el corredor, el amante, el torturado y el ocioso. Como ahora mismo, cuando un minuto parece estirarse hasta durar una hora. Por lo demás baldía. Una deuda impagada y creciente. Junto con el rencor, ¿cuál era el objeto de prepararse para una vida nunca destinada a ella? Unos años demasiado desconectados de todo como para resultar reales. Las

aciagas cuestas y los callejones inesperados de Edimburgo, la sombra del castillo y los tragos de whisky a cincuenta peniques, la lápida de Walter Scott y la búsqueda de préstamos para estudiantes. Dicho por ella: empresa de embalaje con tres sílabas Sócrates, jabón líquido con cuatro sílabas An-tígona. Jamás, jamás lo ha olvidado: la risita de aquel majadero durante la primera clase. **ME SALE LA EMPATIA POR LAS OREJAS**, escribe Leah, y dibuja

vehementes garabatos alrededor de la frase. Grandes arcos flamígeros, largas sombras puntiagudas.

—¿Preguntas? ¿Problemas?

Un bolígrafo se rompe ruidosamente. Fragmentos de plástico y lengua azul. Adina George la mira severamente, pero Leah no es responsable de los albaneses. Tiene la boca llena de bolígrafo, pero no es responsable de los albaneses ni de que se hayan apropiado indebidamente de los

fondos asignados a un refugio de mujeres en Hackney. Eso sucedió cuando estaba encargada Claire Morgan. Aunque Leah tenga la lengua azul, un título deslumbrante y un marido que está buenísimo, y no te ofendas, pero para las mujeres de nuestra comunidad, de la comunidad afrocaribeña, y no te ofendas, cuando vemos a uno de los nuestros con alguien como tú, ahí hay un tema serio. Hay un tema serio en el que debes reparar. Y no te ofendas. (Fin de semana en

Brighton, ejercicios de trabajo en equipo, bar del hotel, 2004.) Jamás se aclaró qué clase de tema exactamente. Anita Baker cantaba *Sweet Love* y Adina tropezó con una silla intentando llegar a la pista de baile. Obstrucción.

Leah se escupe trozos de plástico en las manos. Ni preguntas ni problemas. Adina suspira y se va. El cierre de carpetas y el llenado de bolsos comienzan con un fervor parecido al que mostraban cuando

tenían seis años y sonaba la campana de la escuela. ¿Tal vez era aquélla la vida real? Leah planta los pies en el suelo y empuja la silla hacia atrás. Los levanta, se desliza hasta el archivador y eso es lo más placentero que le ha pasado en todo el día. Pataplof.

—¡Hostia! ¡Joder! ¡Leah, ten cuidado!

El barrigón. Leah tiene el ombligo de Tori delante de las narices y observa cómo esa cosa tan

recóndita se proyecta ahora hacia fuera marcando un límite físico. Más allá de este punto ya no podemos seguir siendo humanos.

—Ten cuidado, mujer. ¿Vienes o qué? Copas de despedida. ¿Recibiste el e-mail?

Amontonado en un rincón de internet con los extractos bancarios, los recordatorios de los préstamos universitarios, los memorandos de la dirección y la épica materna, en ese lugar donde no existes si no te

abren. Sabía perfectamente que había un e-mail y de qué trataba, pero últimamente huye de la gente que se encuentra en el estado de Tori. Huye de sí misma.

—Claire, Kelly, Beverley, Shweta y yo. ¡Sólo faltas tú!

Tori cuenta los nombres con sus dedos hinchados. Se halla en la fase final. Su cara tiene trazos de leona, las mejillas prominentes, recién infladas. Una sonrisa de gran felino. Depredadora. Leah contempla el

pulgar que dice representarla.

—Lo estamos intentando. No es fácil.

—Intentarlo es la mejor parte.

Una sala llena de mujeres que ríen. Un conocimiento compartido de su sexo del que Leah no participa. Ella pone las manos a cada lado del bombo y sonríe confiando en que sea la clase de gesto que hacen las mujeres normales, mujeres para quienes intentarlo es la mejor parte,

y «sólo faltas tú» no suena como el grito de un guardia en un lugar oscuro. Luego entran en acción, el tradicional fuego graneado en que ninguna voz se aísla de las otras, y Leah apoya la cabeza en su escritorio y cierra los ojos y deja que le tomen el pelo:

Sobre todo cuando es tan guapo como el tuyo. Y tan adorable.

Es adorable tu Misheel. Tiene unos modales adorables.

Bev, ¿te acuerdas de cuando estuvimos en casa de Leah y no me funcionaba la ventanilla del coche y Misheel se puso de rodillas con una percha de alambre? Y llevaba UN MES diciéndoselo a León.

Es muy atento. Tiene madera de padre.

Cada vez que pienso adonde se han ido los buenos hermanos, pienso tranquila: por lo menos queda Misheel.

¡Sí, pero ya están todos cogidos!

JAJAJAJAJAAJAJAJAJA. ¡Por las chicas blancas!

Qué va, no seas así. Leah, sólo lo dice para meterse contigo.

¡No te metas con Leah! No es culpa suya que León sea un inútil de los cojones.

León es buen tío.

(Un puto inútil: «León, ¿qué haces esta noche?», «Me voy por ahí con un colega». Siempre está «por ahí», el cabronazo.)

León es buen tío. Pero, en serio, tienes suerte.

¡Y encima le salen gratis los

moldeados!

Un hombre que te arregla el pelo, eso es el paraíso. Hace trenzas africanas, hace extensiones...

Kelly, ¿para qué quiere ella trenzas africanas?

No es Bo Derek.

¡JA! (Venga, Leah, no te enfades, lo siento, pero me ha hecho gracia.)

Me refiero a que es un profesional.

Me refiero a que puede hacer cualquier tipo de peinado.

Y es hetero, ¿verdad?

¡Verdad! Jajaja.

Verdad.

Sí. (Más le vale.)

Eso es lo que me mata. ¡Lo mejor de ambos mundos! Y es tuyo. No sabes la suerte que tienes.

No, no sabe la suerte que tiene.

No sabes la suerte que tienes.

Ni idea.

No sabes la suerte que tienes.

Por fin son las cinco. Leah levanta la vista. Kelly da una palmada sobre su escritorio.

—¡Hora de abrirse!

El mismo chiste todos los días. Un chiste que puedes hacer si no eres Leah, si no eres la única blanca en

el Equipo de Distribución de Fondos. Todos los despachos arrojan mujeres al pasillo. Salen al calor de la tarde, untadas con manteca de cacao, listas para una cálida noche en Edgware Road. Proceden de San Cristóbal, Trinidad, Barbados, Granada, Jamaica, India o Pakistán, cuarentonas, cincuentonas o sesentonas; y sin embargo sus pechos y culos, sus lustrosos brazos y piernas, aún se exponen a la sensualidad de un verano precoz

desplegando unas maneras que jamás lograrán poseer las mujeres de la familia de Leah. Para ellas el sol es letal. Tan rojas y tan pálidas. Leah lleva largas prendas de lino blanco. Parece una santa menor. Se une al desfile. Pasa ante el cuerpo del delito, una papelera llena de vómito escondida detrás de una maceta en la sala de descanso porque el cuarto de baño estaba demasiado lejos.

De A a B:

A. Yates Lañe, Londres NW8, Reino Unido

B. Avenida Bartlett, Londres NW6, Reino Unido

Itinerario a pie hasta la avenida Bartlett, Londres, NW6, Reino Unido.

Rutas sugeridas:

A5 *47 minutos*

3,8 kilómetros

A5 y Salisbury Road
50 minutos

4 kilómetros

A404/Harrow Road *58 minutos*

4,5 kilómetros

1. Gire a la *izquierda* **por** *Yates Lañe.*
12 metros

2. Diríjase al *sudoeste* **hacia** *Edgware Road.* **96 metros**

3. Gire a la *derecha* **al llegar a** *A5/Edgware Road.* **Continúe por A5.**
2,6 kilómetros

4. Gire a la *izquierda* **al llegar a** *A4003/Willesden Lañe.* **1,1 kilómetros**

5. Gire a la *izquierda* **al llegar a la** *avenida Bartlett.* **0,1 kilómetros**

Su destino quedará a la izquierda:

Avenida Bartlett, Londres NW6, Reino Unido

Estas instrucciones son meramente indicativas. Puede que las obras viarias, el tráfico, el tiempo u otras circunstancias generen condiciones distintas de las reflejadas en el mapa, en cuyo caso usted deberá variar su itinerario. Obedezca todas las señales y avisos concernientes a su itinerario.

De A a B (revisita):

Hedor dulzón de narguile, cuscús, kebab, gases que exhala un autobús en punto muerto. 98,16, 32, solamente queda sitio de pie. ¡Es más rápido ir andando! Prófugos del hospital Saint Mary's de Paddington: fumador con la mujer de parto, fumadora anciana empujando su silla de ruedas,

fumador empedernido sosteniendo la bolsa de orina y la bolsa de sangre. A todo el mundo le gustan los cigarrillos. A todo el mundo. Periódico polaco, periódico turco, árabe, irlandés, francés, ruso, español, *News of the World.* Desbloquee aquí su teléfono (robado), compre un packde pilas, de encendedores, de perfumes, gafas de sol, tres por cinco libras, un tigre de porcelana a tamaño natural, grifos de oro. ¡Casino! Todo el mundo cree en el destino.

Todo el mundo. Tenía que pasar. Era imposible que pasara. ¿Hay trato o no hay trato? Pantallas de televisión en la tienda de televisores. Cables de televisor, de ordenador, de cacharros audiovisuales, te hago un buen precio, muy buen precio. Octavillas, llame a otro país x menos dinero, aprenda inglés, depilación de cejas, Falún Gong, ¿has aceptado a Jesucristo como tu plan de llamadas? A todo el mundo le gusta el pollo frito. A todo el

mundo. Banco de Iraq, Banco de Egipto, Banco de Libia. Taxis vacíos por culpa del tiempo soleado. Radiocasetes porque sí. Italiano solitario, mocasines, perdido, buscando Mayfair. Ciento una maneras de ponerse a cubierto: la carpa negra de pies a cabeza, la rejilla facial, por el cogote, estampado de Louis Vuitton, estampado de Gucci, encaje amarillo, sujeto a gafas de sol, apenas puesto, a rayas, rosa chillón; combinado con chándal, vaqueros

de pitillo, vestidos de verano, blusas, chalecos, faldas gitanas, pantalones de campana. Sin relación alguna con los debates de la prensa y el Parlamento. A todo el mundo le gustan las sandalias. A todo el mundo. ¡Canta un pájaro! De las sórdidas galerías comerciales a los pisos de lujo y al hogar de un inglés cuyo hogar es su castillo. Convertible, descapotable, disparos desde coches que pasan, hip-hop. Observa cómo se amontona el dinero. ¡Hala! Luces de seguridad,

puertas de seguridad, muros de seguridad, árboles de seguridad, Tudor, modernista, posguerra, preguerra, piñas de piedra, leones de piedra, águilas de piedra. Mira al este y sueña con Regent's Park, con Saint John's Wood. Los árabes, los israelíes, los rusos, los americanos: unidos aquí por el ático amueblado, por la clínica privada. Si pagamos lo suficiente, si entornamos los ojos, Kilburn puede no existir. Comida gratis. Inglés como lengua extranjera. Aquí

está la escuela donde apuñalaron al director. Aquí el Centro Islámico de Inglaterra, delante del Queens Arms. ¡Sube aquí y baila, árbitro de mierda! A todo el mundo le gusta el Grand National. A todo el mundo. ¿Será verdad que estamos en abril? ¡Pues ya se han ido!

11

Muy cerca de casa, justo en Willesden Lañe. Extraña convergencia. Inspecciona una cabina telefónica destrozada mientras mordisquea el palito de un polo. Gruesos cristales rotos, añicos cuboides por todas partes. A unos metros de Masajes Cleopa-tra. Leah almacena los detalles para Michel con los ojos bien abiertos, una de las cosas que comporta el

matrimonio. Atraída por detalles inadecuados. Pantalón de chándal gris y holgado, sujetador de deporte blanquecino. Nada más, sin camiseta. ¡Sin zapatos! Pechos pequeños ceñidos al cuerpo. Cuesta creer que haya tenido hijos. Tal vez también mintió en aquello. Una cinturita que da ganas de cogerla. Al sol es algo hermoso, algo a medio camino entre un chico y una chica que le recuerda a Leah una época de su vida en que todavía no le había tocado tomar una decisión

definitiva sobre esas cuestiones. El deseo nunca es definitivo, el deseo es impreciso e ineficiente: caminas hacia ella, caminas hacia ella a toda prisa, ¿y luego qué? ¿Y luego qué? Leah ya está bastante cerca cuando la otra por fin la ve. Han pasado tres semanas. Shar suelta el auricular y trata de cruzar la calle. El tráfico es un infierno de hora punta. Al principio, Leah se alegra de no estar con Michel. Luego su cara se convierte en la de él y la voz de Michel sale de su garganta,

o tal vez esto sea una excusa marital y es su propia voz en su propia garganta:

—¿Qué?, ¿estás orgullosa? Ladrona. Quiero mi dinero.

Shar se encoge y se escabulle entre los coches. Corre hacia dos hombres altos y encapuchados, con las caras ocultas, que aguardan en un portal. Shar se abraza al más alto. Leah echa a andar apresuradamente hacia su casa. A su espalda oye una ráfaga de

insultos incomprensibles dirigidos a ella, una jerga ametralladora.

37

Tumbada en la cama junto a una chica a la que amaba, hace años,

conversando sobre el número 37. Dylan cantaba. La chica sostenía la teoría de que el 37 tiene algo mágico, de que nos cautiva. Hay páginas web dedicadas a este fenómeno. Las casas imaginarias que uno encuentra en el cine, las novelas, la pintura y la poesía; casi siempre el 37. Si te piden que elijas un número al azar: normalmente el 37. Busca el 37, dijo la chica, en los sorteos, los concursos, los sueños y los chistes, y Leah lo hizo y todavía lo hace. *Remember me to*

one who Uves there. She once was a true love of mine. Ahora aquella chica también está casada.

El número 37 de la avenida Ridley está okupado. ¿Se escribe así? La puerta de la calle está entablada. Hay una ventana rota. Ruido humano por detrás de unas redes grises y rasgadas. Leah camina desde la sombra de un seto hasta el patio delantero. Nadie la detecta. No pasa nada. Se queda quieta con un pie en el aire. ¡Qué haría ella

con 37 vidas! Tiene una sola: está de camino a casa de su madre, van a comprar un sofá. Llegará tarde si se queda allí fisgando mucho tiempo más. En el ventanal: Mickey, Donald, Bart, un oso anónimo y un elefante con la trompa arrancada. Caras de tela pegadas al cristal sucio.

12

—Sí que has tardado. ¿Te encuentras bien? Se te ve un poco paliducha. Cogemos la línea Jubilee, ¿vale?

Pauline sale de su portal caminando hacia atrás, tirando de un carrito de la compra a cuadros escoceses. Siempre un poco más vieja de lo esperado. Y más menuda. Vistas desde la calle, podrían representar

la perfectibilidad humana: cada generación mejor que la anterior. Más en forma, más sana y más productiva. De la lechuza surge el fénix. ¿O solamente se eleva para volver a descender? Se alarga y se alarga hasta que se contrae.

—Estoy preocupada por ti. Pareces nerviosa.

—Estoy bien.

—Y si no lo estuvieras, tampoco lo dirías.

¿Qué puede decir? Sigue al acecho casi un mes después. Esperando que aparezca por la puerta de esa tienda, al volver esa esquina, junto a aquella cabina telefónica. La chica es más real en su ausencia que el bulto apenas importante que la acompaña todo el tiempo, aunque escondido bajo la ropa.

—Sólo llevo esta blusa y ya estoy sudando como una cerda. No es normal.

El templo hindú tiene los colores de

un helado napolitano y básicamente la misma forma. Un corte de vainilla, fresa y chocolate con un cono boca abajo en cada extremo. Por la escalera de la entrada baja un tropel de ancianas indias que no dan mucho crédito a la ola de calor. Llevan los saris con jerséis, rebecas y gruesos calcetines de lana. Parece que hayan venido andando desde Delhi, añadiendo capas de ropa a medida que avanzaban hacia el norte. Ahora caminan como un solo hombre hasta

la parada de autobús más cercana, una manada que absorbe a Leah y su madre y se las lleva consigo.

—Qué suerte. Pues nos subimos. Así ahorramos tiempo.

—Una persona de más de treinta años que coge el autobús se puede considerar fracasada.

—¡Cielo, me he dejado el pase! ¿Qué decías, amor?

—La Thatcher. En aquella época.

—Un billete al metro de Kilburn, por favor. ¡Dos libras! Era una bruja. Tú no te acuerdas, pero yo sí. ¡Hoy es el municipio de Brent, mañana podría ser Gran Bretaña!

—Mamá, siéntate ahí. Yo me siento aquí. No hay sitio.

—En portada del *Mail*. Hoy es Brent. ¡Mañana podría ser Gran Bretaña! Menudo morro tienen algunos. Menudos sinvergüenzas.

Sentada enfrente, Leah examina un

bindi rojo hasta que éste se desdibuja y se agiganta ocupando todo su campo visual; tiene la sensación de que ha penetrado en el punto, lo ha traspasado y ha emergido en un universo más amable, paralelo al nuestro, donde la gente se conoce de forma plena e íntima, donde no hay ni tiempo ni muerte ni miedo ni sofás ni

—...y es posible que hayamos tenido nuestras diferencias, pero él te quiere. Y tú lo quieres. Tenéis

que poneros a ello. La verdad es que el ayuntamiento te ha tratado muy bien, tenéis coche, tenéis trabajo los dos. Es el paso siguiente.

Tú eres la siguiente. Es el paso siguiente. Siguiente parada: estación de Kilburn. Las puertas se pliegan hacia dentro, un insecto urbano cerrando las alas. Una chica con velo sube hablando por el móvil cuando ellas bajan y se interpone en el relato con sus risas,

sus haches no aspiradas y su maquillaje, pero aun así Pauline se ve apremiada a decir lo que dice siempre, introduciendo elegantes variaciones de acuerdo con el ciclo informativo.

—Dos personas que se estaban besando, en Dubái, y les han caído doce años. No está permitido, fíjate. Qué triste es todo aquello.

Pero esa pena es rápidamente sobrepasada por otra, una pena más local. Una chica gitana y un tipo

alto con el baile de San Vito junto a las máquinas expendedoras de billetes. Pauline le susurra a Leah al oído:

—Doy gracias a que ningún hijo mío ha probado nada de eso.

A Leah le cruza la mente una rápida cabalgata de delicias pretéritas cuyo recuerdo le resulta casi intolerablemente placentero: blanca y marrón, natural y química, pastillas y polvos.

—Pues yo no le veo la gracia. ¡Caray! No me puedo creer que me lo haya dejado en casa. Siempre lo llevo en este bolsillo.

—No me estaba riendo de eso.

Tarj etadetransportetarj etadetransporte.

—¿Qué dice esa pobre chiquilla?

—Creo que están vendiendo sus tarjetas.

Muy triste, pero también una oportunidad de ahorrar. Pauline estira el brazo para darle unos golpecitos al tipo en el hombro.

—¿De cuántas zonas? ¿Cuánto quieres?

—Tarjeta de un día. Seis zonas. Dos libras.

—¡Dos libras! ¿Y cómo sé yo que no es falsa?

—Mamá, pero ¡si tiene la fecha,

por el amor de Dios!

—Te doy una libra, no más.

—Muy bien, señora Hanwell.

Alza la vista. Una forma espasmódica de viaje en el tiempo que avanza en dos direcciones: superponerle el niño a este hombre y este hombre al niño. Uno familiar y el otro desconocido. El hombre lleva un peinado afro desigual con una diminuta pluma gris atrapada en él. La ropa harapienta. Por la

puntera deshecha de una añosa Nike Air de rayas rojas le asoma el dedo gordo del pie. La cara es mucho más vieja de lo que le corresponde, incluso teniendo en cuenta la inquina del tiempo a los materiales humanos. Tiene una extraña mancha de piel blanca en el cuello. Pero la belleza de las facciones no ha sido destruida del todo.

—¿Nathan?

—Qué tal, señora Hanwell.

Es agradable ver a Pauline nerviosa, con las puntas sudorosas del pelo erizándose sobre la cara.

—¿Y cómo estás, Nathan?

—Sobrevivo.

Temblores. En la mejilla tiene la huella de un corte profundo y reciente. Sigue siendo una cara franca y sincera. No finge nada. Eso hace que todo sea mucho más duro.

—¿Cómo están tu madre y tus

hermanas? ¿Te acuerdas de Leah? Ya se ha casado.

—¿Ah, sí? Eso está muy bien.

Sonríe tímidamente a Leah. ¡Qué sonrisa tenía a los diez años! Nathan Bogle: la definición misma del deseo para chicas que hasta entonces sólo habían sentido eso con ciertas gomas de borrar aromáticas. Una sonrisa capaz de quebrantar la firmeza de los profesores más estrictos, de los padres ajenos. A los diez años

habría hecho lo que fuera por él, ¡lo que fuera! Ahora ve a niños de diez años y no se puede creer que tengan dentro lo que tenía ella a la misma edad.

—Cuánto tiempo.

—Sí.

Más para él. Lo ve como una vez al año en la avenida. Entonces se refugia en una tienda o cruza la calle o coge un autobús. Ahora le faltan dientes aquí y allá y más allá.

Ojos devastados. Lo que debería ser blanco es amarillo. Venillas rojas por todas partes.

—Toma tu libra. Y haz el favor de cuidarte. Dale recuerdos a tu madre.

Cruzan el torniquete rápidamente, chocando la una con la otra por las prisas, y suben corriendo las escaleras.

—Qué horror.

—¡Y su pobre madre! Tengo que ir a verla un día de éstos. Es muy triste. Me lo habían dicho, pero no lo había visto con mis propios ojos.

El tren llega al andén; Leah observa cómo Pauline lo contempla con calma y se acerca a la línea amarilla. Ese reino de Pau-line (el reino de lo muy triste) es inmutable e inexorable, igual que los huracanes y los maremotos. No lleva adjunta ninguna angustia particular. Normalmente es

soportable; hoy es obsceno. Lo muy triste está demasiado lejos de la existencia de Pauline, que es sólo decepcionante, y hace que lo decepcionante parezca una bendición. Tal vez por ello es siempre tan bien acogido, tan grato, cuando se revela.

—Recuerdo que estabas colada por él. Después lo encerraron unos cuantos años, creo. No es el que mató a no sé quién, claro que no, ése fue otro. Lo mandaron al

manicomio, ¿verdad? En algún momento, ¿no? Le dio una soberana paliza a su padre, de eso sí estoy segura. Aunque aquel hombre se lo merecía o algo así.

Leah coge dos periódicos gratuitos del montón mientras el tren acelera porque leyendo no se habla.

Intenta leer un artículo. Trata de una actriz que pasea a su perro por el parque. Pero Pauline quiere leer un artículo sobre un hombre que no era quien decía ser, y además quiere

comentarlo.

—¡Tú imagínate que vas por ahí proclamando que eres infalible! Dirás lo que quieras de nuestra gente, pero al menos no pretendemos ser infalibles. Hombres de Dios, ¿en serio? Y esos pobres niños. Vidas rotas. ¡Y lo llaman religión! En fin, esperemos que esto le ponga punto final a todo el asunto.

En vista de que están hablando para todo el vagón, Leah emprende una

débil defensa recordando el olor de los incensarios, los querubines voluptuosos, los soles dorados, los fríos suelos de mármol, las tallas barrocas de madera oscura, las mujeres arrodilladas murmurando o encendiendo cirios, el Inter-Rail de 1993.

—Pues a mí me gustaría que tuviéramos confesión. Ojalá pudiera confesarme.

—¡Oh!, no seas cría, Leah, por favor.

Pauline pasa la página con brusquedad. La ventanilla registra el perfil de Kilburn. Sin aburguesar, inaburguesable. Aquí no hay auge y decadencia. Aquí la decadencia es permanente. El State Empire vacío, el Odeon vacío, muros cubiertos de gra-fitis que ascienden y descienden como una montaña rusa destartalada. Una jungla de chimeneas y tejados, unos altos, otros bajos, apiñados como cigarrillos maltrechos en el paquete. Por la ventanilla del otro

lado se retira Willesden. El número 37. Hacia 1880 o por ahí, se construyó todo de golpe: casas, iglesias, escuelas, cementerios, una visión optimista del noroeste metropolitano. Hileras de chalets, moles de falso estilo Tudor. ¡Con todas las comodidades modernas! Retrete interior, agua caliente. El encanto de la vida campestre para los hartos de la ciudad. Avance rápido. El desencanto de la vida urbana para los hartos de sus países.

—¿Presencia-de-ceniza-volcánica-en-el-aire?

Pauline pronuncia cada palabra con cuidado, poniendo en duda su realidad, y le planta la foto en las narices a su hija. Leah solamente puede distinguir un gran remolino de color gris. Tal vez no haya nada más que ver. Los modernos que van enfrente también hablan del tema. «Es la venganza de Gaia —le dice la chica al chico—, quien siembra vientos cosecha tempestades.»

Pauline, siempre alerta a la posibilidad de una conversación en grupo, se inclina hacia ellos.

—Se dice que no hay fruta ni verdura en las tiendas. Tiene lógica, si lo piensas. Claro, estamos en una isla. Yo siempre lo olvido, ¿vosotros no?

13

—¿Ya has terminado con el ordenador?

—Tengo que esperar a que cierren.

—Son casi las siete. Lo necesito.

—En internet no son las siete. ¿Por qué no vas haciendo tus cosas?

—Para eso lo necesito.

—Leah, ya te llamaré cuando acabe.

Mercado de divisas. La explotación de la volatilidad. Ella sólo entiende las palabras, no los números. Las palabras son ominosas. Y encima hay que añadirles ese aire de atención absorta que Michel tiene ahora. Tiempo interior dilatado y quieto, indiferente a los minutos y horas que transcurren en el exterior. ¡Cinco minutos! El lo dice en tono irritado, sin importarle que ya

hayan pasado treinta, cien o doscientos. La pornografía tiene el mismo efecto. Y el arte también, dicen.

Leah está de pie detrás de Michel, en la oscuridad del trastero. Resplandor azulado de la pantalla. El se halla a medio metro. Se halla en la otra punta del mundo. ¿Por qué no vas haciendo tus cosas?

Ella tiene la sensación de que lleva semanas esperando hacer un montón de cosas y que ahora las hará con

esa ligereza luminosa del montaje cinematográfico, como si fueran la parte intermedia de una película. El televisor está encendido en la sala.

Más luz azul en el pasillo. El ordenador del trastero emite hip-hop rabioso, señal de que las cosas van mal. A veces le pregunta: ¿has perdido? El se pone furioso y le dice que no funciona así. Unos días pierdo *y* otros gano. ¿Cómo puede estar ganando y perdiendo las mismas ocho mil libras día tras

día? La única herencia que Leah recibió de Hanwell, sus *únicos* ahorros. El dinero en sí se ha vuelto abstracto, una abstracción que el materialista Hanwell (que guardaba sus billetes concretos en una caja de cartón almacenada en una cajonera de caoba) jamás habría entendido. Tampoco la entiende Leah. Ahora se sienta en una silla junto a la puerta abierta que separa la cocina del jardín. Con las puntas de los pies en la hierba. Los cielos están desiertos y callados. La

indignación viaja desde la tertulia radiofónica de la puerta vecina: ¡he tardado cincuenta y dos horas en volver de Singapur! Una nueva vieja lección sobre el tiempo. El brócoli viene de Kenia. La sangre hay que transportarla. Los soldados necesitan suministros. Buena parte de NW se ha ido de vacaciones esta Pascua con sus pequeñines. Tal vez no regresen nunca. Una idea que levanta el ánimo.

Ned baja estrepitosamente los

peldaños de hierro forjado contemplando el cielo.

—Qué raro.

—Me gusta. Me gusta el silencio.

—A mí me da canguelo. Es como *Cocoon*.

—Qué va.

—La ciudad estaba completamente vacía. La expo de Arbus en la Portrait Gallery sin ninguna

multitud arremolinada. Alucinante. Toda una experiencia.

Leah se somete a la larga y emocionada descripción de Ned. Envidia el entusiasmo que siente por la ciudad. No pasa el tiempo en los enclaves suburbanos de sus ex compatriotas, trasegando cerveza y viendo rugby: hace lo posible por evitarlos. Admirable. Explora la ciudad a solas, busca conciertos, charlas, películas y exposiciones, parques lejanos y piscinas

misteriosas. Leah, londinense de pura cepa, nunca va a ninguna parte.

—...se basa en la integridad de una, una, cómo explicarlo, de una idea... me ha flipado. En fin... Me muero de hambre. Subo a preparar pasta con pesto. Escucha, te dejo un par para que vayas tirando.

Le deja tres en la repisa, ya liados. Ella los mira, alineados sobre la palma de su mano. Se fuma el primero deprisa, apurándolo hasta la boquilla de cartulina naranja.

Olive persigue rumores entre las sombras. Luego el segundo. Las ventanas de arriba están abiertas: Gloria grita a sus hijos. ¿Es que no me oís? ¡No tengo todo el santo día para deciros lo mismo una y otra vez! Leah llama a *Olive,* que llega andando torpemente. La coge en brazos. Piel de gamuza. Caja torácica pequeña y vulnerable, con un hueco para cada dedo. No está bien querer tanto a un perro, dice Michel, que ha retorcido pescuezos de pollo y degollado una cabra.

Leah rodea el cuello de *Olive* con las manos: ¿se podría abrazar a un niño con más ternura? Después de *Olive* es fácil creer en la conciencia de los animales. Hasta esos cangrejos burbujeantes de la pescadería han adquirido un aspecto trágico. Aun así, ella se los come. Menudo monstruo. ¡No me hagáis ir allá y daros un sopapo! Se fuma el tercero.

Oscurece despacio y luego de repente. Lucecitas de colores

enrolladas a la manera estudiantil en el manzano. Lentillas tan secas que cuesta ver. Más allá del árbol, la cerca, la vía del tren, Willesden. El número 37. Por allí viene su padre caminando hacia ella. No rebasa el rosal fallido de Ned. Lleva sombrero.

¿Cómo está tu perrito?, pregunta.

Leah descubre que puede contestarle sin abrir la boca. Le cuenta todo lo que *Olive* ha estado haciendo desde que él murió en

noviembre, sin dejarse una coma, ¡ni una! Hasta el detalle más tedioso de la jornada canina lo entretiene. Hay que ver, dice él, y se sacude las migas de su andrajoso cárdigan de punto azul, soltando una risita. Va vestido exactamente como lo vistieron en Morehurst, salvo por ese *trilby* que ella nunca le vio, el único sombrero de otros tiempos cuyo nombre conoce. Tiene una mancha blanca en el muslo, como de semen, una costra sobre el desvaído pantalón de pana marrón

que nadie se ha molestado en limpiar. Aquellas enfermeras ucranianas tan monas que nunca le duraban mucho.

Por aquí no hay más que puñeteros zorros, dice Hanwell en tono afligido.

Una auténtica plaga. Es decir, siempre han estado, la misma cantidad que ahora, pero ahora lo llaman plaga. Un titular reciente del *Standard*, **PLAGA DE ZORROS EN EL NOROESTE**, con la fotografía de un

hombre acuclillado en un jardín entre los cadáveres de los zorros que ha cazado. Hay decenas y decenas y más decenas. ¡Decenas y decenas!, dice Leah, y así es como vivimos ahora, defendiendo nuestra parcelita; antes no era así, pero todo ha cambiado, ¿verdad?, eso dicen, que todo ha cambiado. Colin Hanwell intenta escucharla. La verdad es que no le interesan mucho los zorros ni lo que puedan simbolizar.

En fin, ya veo cómo se llevaron esa impresión, dice Hanwell. ¿Qué?

Digo que ya entiendo por qué pensaron eso, en vista de cómo te pones.

¿Qué?

Si tú me dices que eres feliz, dice Hanwell, entonces eres feliz y no hay más que hablar.

La conversación toma otros derroteros. La lavandería nunca te

devuelve las fundas de almohada. Lo importante de verdad es que la chefMaureen acepte tus lasañas congeladas sin gluten, que te permitan comértelas. Con otros no hacen ni caso de los requerimientos dietéticos y como consecuencia cagan sangre, tienen convulsiones y pillan hipos interminables. Sí, admite Leah, sí, papá, tal vez. Tal vez cagar sangre sea peor que los símbolos y la tristeza y la situación global. Con los médicos no se puede hablar así, susurra Hanwell,

te pueden oír, nunca se sabe cuándo van a pasar a verte. Sólo puedes rezar para que vengan.

Leah empieza a sentir que está al mando y que puede moldear a su antojo lo que queda de ese encuentro. Hace que su padre diga cosas, lo dirige, le mueve los brazos y manipula sus expresiones, al principio de forma inocente y luego deliberada, para que él diga: te quiero, ya lo sabes. Y luego: cielo, ya sabes que siempre te he

querido. Y: te quiero, no te preocupes, aquí se está bien. E incluso: veo una luz. Al cabo de un rato, el espectáculo empieza a resultar extraño y Leah se avergüenza y lo detiene. Pero él se queda pese a todo, y de ese modo prolonga las deliciosas posibilidades de la locura, qué flaqueza tan encantadora. ¡Si no tuviera que cargar con esa vida cotidiana, con las cuentas, el alquiler, el marido y el trabajo, podría volverse loca! ¡Por qué no

volverse loca!

Y acuérdate de cerrar con llave la verja con la presión del agua donde el gas está caliente en el horno del enchufe y apagarlo cuando te marches usando solamente cebollas rojas y una pizca de canela y luego volver antes de que necesites llamar a un taxi, y sin beber, le aconseja Hanwell.

Leah no consigue que él se acerque más. Y sin embargo parece que le coge la mano y apoya la mejilla en

la de ella, y ahora Leah le besa la mano y siente su lágrima en la oreja porque él siempre fue un tonto sentimental. Aprieta la mano entre las suyas. Están secas como el otoño. Nota en el centro de la mano el hematoma carnoso de la persistente herida, aún no curado porque a ciertas edades esas cosas ya no se curan. Sigue morado y encharcado de sangre, un arañazo superficial, insignificante, hace un montón de meses, con el borde de la mesa de juego en la sala común.

Se le desprendió la piel. Volvieron a ponérsela y la pegaron. Pero durante ese último año le quedó el cardenal lleno de sangre.

¡Papá, no te vayas!, dice Leah.

¿Tengo que ir a alguna parte?, dice Hanwell.

¡El ordenador está libre!, dice Michel.

14

Una gran colina recorre NW; se alza en Hampstead, West Hampstead, Kilburn, Willesden, Brondesbury y Cricklewood. No es ajena al mundo de las letras. La Dama de Blanco sube por una ladera para encontrarse con el bandolero Jack Sheppard en la otra. A veces el mismo Dickens llegaba a estos confines para beberse una pinta o enterrar a alguien. Mira allí,

sobre la alfombra de la biblioteca, entre la ciencia ficción y la historia local: un condón anudado lleno de esperma. Antaño todo esto era granjas y campos, con las villas saludándose por la cresta de la colina. Las han reemplazado estaciones de tren a intervalos de ochocientos metros.

Hace poco más de un mes que la chica llamó a su puerta: finales de mayo. Los castaños de indias se ven estupendos en su frondoso

esplendor, aunque todo el mundo sabe que tienen roya. Leah está en una ladera de la colina de Brondesbury, subiendo con el sol de cara, sin tener ni idea de quién o qué va a su encuentro por el otro lado. Se lleva tal sorpresa que recurre a un sentimiento reflejo: el desprecio. Le lanza una mirada a Shar como las que le echaban los niños en la escuela. Pero tan tarde y tan cerca de su cara que el gesto es más violento de lo esperado. ¡Ojalá estuviera aquí Michel! Michel no

está. Leah trata de esquivarla en el último segundo confiando en dejarla atrás. Una manita la retiene por la muñeca.

—¡EH, TÚ!

Lleva la cabeza descubierta. El pelo negro y tupido le cae anárquicamente. Entre los pliegues de ese velo, Leah vislumbra un catastrófico ojo morado de tintes amarillentos. Mana agua, lágrimas u otra cosa involuntaria. Leah intenta hablar, pero sólo tartamudea.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres que te diga? ¿Que te desplumé? Soy drogadicta. Te estafé tu dinero. ¿Vale? **¿VALE?**

—Deja que te ayude, tal vez yo pueda... hay sitios que... que ayudan. —Leah se horroriza de su propia voz. ¡Qué débil suena! Como la súplica de una niña.

—No tengo tu dinero, ¿vale? Tengo un problema. ¿Me entiendes o qué? **NO TENGO NADA PARA TI.** Estoy hasta las pelotas de que tú y tu gente

andéis jodiéndome todos los putos días. Señalándome y gritando. No lo aguanto más, de verdad. ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres que me ponga de rodillas?

—No, yo... ¿puedo ayudarte de alguna manera? ¿Puedo hacer algo?

Shar la suelta, se encoge de hombros y se vuelve, se tambalea y está a punto de caerse. Ojos en blanco sobre su cara bonita. Leah adelanta una mano para ayudarla a mantener el equilibrio. Ella la

aparta bruscamente.

—Llévate mi número. Por favor. Te lo apunto aquí. Tengo contactos en muchas organizaciones benéficas, por mi trabajo, ya sabes, y ellos tal vez puedan...

Leah mete un sobre arrugado en el bolsillo de Shar. Esta le pone un dedo en la cara.

—No lo aguanto más. No lo aguanto.

Leah la ve alejarse a trompicones por la cima y luego cuesta abajo.

A bordo del 98, una mujer sentada delante de ella con una niñita en el regazo. Le enseña un mazo de tarjetas ilustradas con el propósito de estimularla. Elefante. Ratón. Taza. Sol. Pradera con vaquitas. La criatura se muestra especialmente estimulada por la estampa de una cara humana. Es la única tarjeta que intenta coger, con una risita. ¡Qué lista, Lucia! Ella la araña con sus

dedos gordezuelos. A continuación levanta la mano con la misma brusquedad hacia la cara de su madre. ¡No, Lucia! La niña amaga un llanto. Hay cosas que son personas, le explica su madre, y cosas que son imágenes, hay cosas que son blandas y cosas que son duras. Leah mira por la ventanilla. No para de llover. Los aviones han vuelto al cielo. El trabajo es el trabajo. El tiempo ha dejado de ser inquietante. Vuelve a ser el tiempo, sin más. Ha cogido unos folletos en

el trabajo, del armario de los folletos. Organizaciones profesionales que ofrecen ayuda profesional. Esto es «lo máximo que uno puede hacer». Luego es el toxicómano quien debe «tomar sus propias decisiones». Porque «nadie puede obligarnos a aceptar la ayuda que necesitamos». Todo el mundo dice las mismas cosas. Todo el mundo dice las mismas cosas de la misma manera. Leah se baja en Willesden Lañe y echa a andar con paso ligero, pero el autobús se

detiene a su lado y se cala. Su público es el piso bajo del autobús cuando se dobla sobre el seto de una iglesia. Un vómito que es sobre todo agua, indistinguible de la lluvia. La parroquia de su infancia, donde se reunía los sábados con las Exploradoras, fue convertida en apartamentos de lujo, cada uno con su vistosa sección de vidriera. Fuera, un rebaño de coches deportivos donde antes había un pequeño cementerio. El autobús se aleja pesadamente en dirección a la

avenida. Ella se endereza y se seca la boca con el pañuelo. Camina con brío sosteniendo un paraguas insuficiente; la lluvia gotea por su manga derecha. El número 37. Hojea deprisa los folletos como una buena chica que revisa los sellos frente al buzón antes de meter las cartas por la ranura.

Había confiado en encontrar otro método. Algún remedio de comadres que se pudiera aplicar discretamente en casa usando los productos ordinarios del botiquín. Cualquier otra cosa va a salirle cara. Cualquier otra cosa va a constar en la cuenta banca-ria compartida. En internet solamente encuentra moralistas y ni un solo consejo práctico aparte de las

viejas historia tremebundas del pasado premoral: baños de ginebra y agujas de sombrero. ¿Quién tiene agujas de sombrero hoy en día? De manera que ha venido aquí, con una antigua tarjeta de crédito de su época universitaria. Un lugar extraño. Un no lugar. Podría ser un dentista o un quiropráctico. ¡Medicina privada! Sofás mullidos, mesitas de café con tablero de cristal, intimidad. Ningún sujetapapeles. Nadie pregunta:

a) ¿Es decisión suya someterse al procedimiento?

b) ¿Tiene usted a alguien que la lleve a casa después del procedimiento?

Aparece una chica para preguntarle si le apetece un vaso de agua y cómo quiere pagar. Nada más. El dinero evita los vínculos, las obligaciones. ¡Qué diferencia! Entonces tenía diecinueve años y la enfermera de la universidad lo organizó todo. Se sentó en el borde

de la cama junto a una amable ex amante, ambas con faldas de verano y las piernas colgando, como las niñitas cuando las riñen, y lo que más les interesó fue el mecanismo de la anestesia.

—Me ha parecido que él me cogía la muñeca y decía: diez, nueve, ocho, y un segundo más tarde, sólo un segundo más tarde, tú me estabas besando la frente.

—¡Han pasado dos horas y media!

A su manera, una revelación mayor que las confusas clases sobre la conciencia, sobre Descartes o Berkeley.

Diez, nueve, ocho...

¡Han pasado dos horas y media!

En ningún libro habría hallado la convicción de aquel día. Diez, nueve, ocho... olvidarse de todo. ¡Qué chica tan amable! No tendría que haberse molestado. Una de las ventajas de querer a mujeres, de

que te quieran mujeres: siempre harán cosas mucho más allá de lo obligado. Diez, nueve, ocho. Regreso a la vida. Beso en la frente. Y también una calcomanía infantil, medio borrada, en la pared que tenían delante. Tigger, Christopher Robin y Puh, todos sin cabeza. ¿Una cama libre en el ala de pediatría? Ahora solamente recuerda el diez, nueve, ocho, el ensayo indoloro de la muerte. Un episodio útil para recordar en momentos de miedo mortal (en

aviones pequeños, en aguas profundas). Aquella primera vez estaba de dos meses. La segunda, de dos meses y tres semanas. Esta es su tercera vez.

La recepcionista cruza la sala cojeando. Esguince de tobillo, le baila una venda roñosa. Leah se ruboriza. Siente vergüenza ante un nadie imaginario que no es real y que sin embargo supervisa nuestros pensamientos. Se regaña a sí misma. Por supuesto, la cuestión

aquí no es su propia inexistencia, por supuesto, sino la inexistencia de otro. Por supuesto. Sí, a eso me refiero, eso quería pensar, por supuesto. Las cosas que piensan las mujeres normales.

—¿Señora Hanwell? Ya puede pasar.

16

—¿Que no es relevante? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo puedes contarme toda la historia y no mencionar el velo?

Natalie se ríe. Frank se ríe. Michel se ríe, pero más fuerte que los demás. Un poco borracho. No solamente por el Prosec-co que tiene en la mano. También por el esplendor de esta casa victoriana,

por la longitud de su jardín, por el hecho de conocer a una abogada y un banquero, de encontrar graciosas las mismas cosas que ellos. Los niños pedalean frenéticamente por el jardín. Ríen porque todo el mundo ríe. Leah mira a *Olive* y la acaricia con vehemencia hasta que la perra se incomoda y se escabulle. Luego echa un vistazo a su mejor amiga, Natalie Blake, y la odia.

—Leah... siempre intentando salvar

a alguien.

—¿No es ése tu trabajo?

—Defender a alguien es muy distinto a salvarlo. Además, últimamente me dedico sobre todo a mercantil.

Natalie cruza una pierna desnuda sobre la otra. Esbelta estatua de ébano. Ladea la cabeza directamente hacia el sol. Frank también. Parecen un rey y una reina de perfil en una moneda antigua.

Leah tiene que quedarse a la sombra de algo que Frank llama pérgola. Las dos mujeres se miran con los ojos entornados a ambos lados de un césped impoluto. Se están molestando. Llevan toda la tarde molestándose.

—Me tropiezo con ella constantemente.

—Naomi, para.

—Iba al instituto con nosotras. Parece mentira.

—¿Mentira? ¿Por qué? Naomi, para ya. Aléjate de la barbacoa. Es fuego, quema. Ven aquí.

—Da igual.

—Perdona, repítemelo. Te estoy escuchando. Shar. El nombre no lo recuerdo para nada. ¿Tal vez fue durante nuestra «separación»? Tú ibas con un montón de gente a la que yo no llegué a conocer.

—No. En el instituto no la conocía.

—¡Naomi! Te lo digo en serio. Perdona... Pero bueno, ¿cuál es el problema?

—No hay ningún problema. Ninguno.

—Tal como está el mundo no resulta muy...

—«Dijo ella dejando la frase en el aire.»

—¿Qué? ¡Naomi, ven aquí!

—Nada.

Frank se acerca con la botella; tan efusivo con Leah como áspera es su mujer. Acerca el rostro mucho a ella. Huele a caro. Leah se echa atrás para dejarle servir.

—¿Cómo es posible que todos los alumnos de vuestra escuela sean delincuentes y drogadictos?

—¿Y cómo es posible que todos los de la tuya sean ministros conservadores?

Frank sonríe. Es guapo, su camisa es perfecta, sus pantalones son perfectos, sus hijos son perfectos, su mujer es perfecta, y está ofreciéndole un vaso de Prosecco perfectamente helado.

Y dice:

—Debe de ser reconfortante poder dividir el mundo en dos de esa manera.

—Frank, deja de tocar las narices.

—Leah no está ofendida. No estás ofendida, ¿verdad que no, Leah? Yo, desde luego, ya estoy partido en dos mitades, por eso entenderéis que me cueste pensar de ese modo. Cuando tengáis hijos, ellos sabrán de qué hablo.

Ahora Leah intenta ver a Frank de la forma que él parece apuntar: como vaticinio de cierto futuro para ella y Michel. El color café, esas pecas. Pero, dejando aparte los accidentes de la genética, Frank no

tiene nada que ver ni con Leah ni con Michel. Ella coincidió una vez con la madre de Frank, Elena. Esta se quejó del provincianismo de Milán y le aconsejó que se tiñera el pelo. Frank nació en otra parte del multiverso.

—Mi suegra, en su inmensa sabiduría, afirma que si quieres averiguar de qué pie cojea una persona tienes que hacerle la prueba del asistente sanitario. Llamas al timbre y si se tira al

suelo y apaga las luces, ¡es mala gente!

—No lo entiendo —dice Michel—. ¿Qué quiere decir?

Natalie se lo explica:

—A veces la gente no le abre la puerta a Marcia por miedo a que trabaje para los servicios sociales o la oficina de subsidios. Digamos que no quieren enseñar las orejas. De manera que si mi madre llama alguna vez a tu timbre, por el amor

de Dios, no te tires al suelo.

Michel asiente con gesto grave, como si se tomara el consejo en serio. A diferencia de Leah, no se entera. No ve cómo Natalie tabalea sobre la mesa del jardín y mira al cielo cuando habla. No ve que estamos aburriéndolos, ni las ganas que tienen de librarse de nosotros, de este viejo compromiso. Y no se calla, sigue hablando:

—Esa gente que os digo seguro que se tiraría al suelo. Están en la

avenida Ridley. Y sospechamos que viven en una casa ocupada, juntos, en la avenida Ridley, unas cuatro o cinco chicas que trabajan por las calles, tocando timbres, y también hay tíos, creemos, que seguramente las chulean. Pero éstas son cosas con las que tratas todos los días. No hace falta que te las contemos, ya las sabes. Seguro que ves a gente así todos los días, cada día, ¿verdad? En los juzgados...

—Michel, cariño... esto es como ir

a una fiesta y preguntarle a un médico por un lunar que tienes en la espalda.

Michel siempre habla con sinceridad, y resulta extraño que sea precisamente ese rasgo (al que le concede en privado un gran valor) el que avergüence a Leah en público. Nat vigila el avance de Spike, que camina bamboleándose por un lecho de flores. Luego devuelve su atención a Leah y Leah la evalúa: serena, un poco

imperiosa. Insincera.

—No; me interesa. Sigue, Michel, perdona.

—Hay otro, un tío, que también es de vuestra escuela. Hace unas semanas le pidió dinero a Leah por la calle.

—¡Eso no es lo que pasó! Se refiere a Nathan Bogle. Estaba vendiendo tarjetas de transporte. Ya sabes que se dedica a eso, lo habrás visto, en Kilburn, a veces en

Willesden...

—Hum.

Es humillante provocar un tedio tan abyecto en tu más vieja amiga. Leah se ve rebajada a sacar a relucir esos nombres y caras de antaño en un intento de despertar su interés.

—¿Bogle? —dice Frank—. ¿No es ese al que pillaron con un alijo de heroína?

—No, ése fue Robbie Jenner. Iba un

curso por debajo. Bogle no llega a ese nivel. Dejó los estudios para ser futbolista. Spike, por favor, no hagas eso, cielo.

—¿Y se hizo futbolista?

—¿Eh? Oh... no. No.

Tal vez la Brayton tampoco existe ya para ella. Evaporada, suprimida. Lo más seguro es que haber salido de esa escuela la sorprenda tanto como a la escuela haberla engendrado. Nat, la única que ha

medrado en aquel manicomio con un millar de chiquillos; demasiado, quizá, para recordar de dónde viene. Para vivir así seguramente tienes que olvidar todo lo que hubo antes. Si no, ¿cómo te las arreglarías?

—Era un chico muy dulce. Su madre era santaluciana, o santalucense. Todas nuestras madres se conocían. Muy guapo, muy travieso. Tocaba la batería... bastante bien. Se sentaba al lado de

Keisha cuando todavía se llamaba Keisha. Yo estaba muy celosa, a los diez años. ¿Verdad que sí, Keisha?

Natalie se muerde una uña, odia que se burlen de ella. No le gusta que le recuerden sus incoherencias. Leah se atreve a endurecerlo: sus hipocresías. Leah pasa por los viejos bloques cada día, de camino a la tienda de la esquina. Lo ve todo desde su jardín trasero. Nat vive bastante lejos y puede evitarlo. En cualquier caso, siempre se reúnen

aquí, en casa de Nat, ¿por qué iba a ser de otro modo? ¡Mira qué casa tan preciosa! Leah se sonroja cuando una expresión prohibida asalta su cerebro, la expresión que usó Shar: «negra blanqueada». Luego habla Michel y lo explica a la perfección:

—Te cambiaste el nombre. Siempre lo olvido. Es como aquello de «vístete para el trabajo que quieres, no para el que tienes». Lo mismo sucede con los nombres, digo yo.

Lástima que lo estropee todo con ese deprimente «digo yo», una muletilla bochornosa que solamente usa aquí, en esta casa. Natalie abre mucho los ojos y se precipita a un cambio de tema, algo que siempre parecen proveer los niños.

—Michel, tú puedes ayudarme: ¿qué debería hacer con esto?

Nat coge dos gruesos mechones de Naomi y enseña los nudos que tiene intentando pasar los dedos por la maraña mientras la niña se retuerce

bajo sus manos.

—Como no deja que se lo toque, voy a tener que mandártela para que le rapes la cabeza, ¿verdad? Puede ir a la peluquería mañana y tú me la dejas bien rapadita.

Naomi suelta un chillido. Michel contesta a la pregunta con sincera y meticulosa amabilidad. Tras descartar una acción drástica, recomienda un tónico capilar y aceite de coco. Por muchos años que lleve en el país, sigue

resultándole ajena esa afición inglesa por torturar a los niños con ironía. Nat mantiene su jovial sonrisa prendida en la cara.

—Vale, vale, Naomi. NAOMI. Mamá estaba bromeando. Nadie te va a... sí, hacerle trenzas antes de ir a la cama seguro que va bien, Michel, gracias...

—En mi escuela no existía el concepto de «vacaciones escolares» —tercia Frank—. Mi madre nunca me veía hasta

Navidad.

Su mujer sonríe apenada y le da un beso en la mejilla.

—Me temo que sí existía. Conociendo a tu madre, lo más seguro es que nunca haya ido a buscarte.

No tiene gracia, dice Frank. Sí que la tiene, dice Natalie. Leah observa cómo Nat acepta una guirnalda de margaritas que Naomi ha empezado a hacer. Perforas un tallo con la uña

del pulgar y por ahí enhebras la siguiente margarita.

—No pienso mandar a mis hijos a un internado. Completamente solos en una clase de treinta niños blancos. Sería una locura.

—Son nuestros hijos, no los tuyos. Y serían veinte niños blancos. A mí no me hizo ningún daño.

—Llevas mocasines, Frank.

No tiene gracia, dice Frank. Sí que

la tiene, dice Natalie. A menudo Leah intenta diagnosticar una enfermedad aquí, en esta pareja (algo podrido, algo virulento), pero los pacientes se empeñan en saltar de la cama e insisten en sus ocurrencias. Y en besarse las mejillas.

—¡La has rompido!

Leah mira la guirnalda. Naomi tiene razón: Nat la ha roto. Ahora Spike acaba la tarea: se la arrebata y desparrama los trozos sobre el

césped. Empiezan los chillidos. Leah adopta la anodina sonrisa de simpatía por los niños. Frank se levanta y se pone una criatura pataleante debajo de cada brazo.

—Irán a la escuela de curas para expiar nuestros pecados.

El modo automático de Frank con Leah es una especie de autoparodia. Leah lo neutraliza fingiendo inocencia, forzándolo a decir explícitamente lo que trata de insinuar.

—¿A la escuela de curas? ¿Ya?

—Es absurdo —dice Nat—: se trata de una escuela abierta a todos, pero al parecer tenemos que ir a la iglesia. Lo antes posible. De lo contrario no entrarán. Espero que encontremos una iglesia no demasiado estresante. ¿Cuál es esa a la que va Pauline?

—¿Mamá? Debe de ir una vez al mes. A San No-Sé-Qué, ni idea. Se lo pregunto si quieres.

Frank suelta a sus hijos y suspira.

—¿A ti no te toca pronto?

Michel se encarga de eso. Su tema, su reino. Y así empieza una conversación sobre las entrañas de Leah y sobre cómo, si se le hubiera hecho caso a Michel, éstas habrían pasado los últimos años mucho más ocupadas. Leah se fija en Natalie. Aquí está su cuerpo, pero ¿dónde está su mente? ¿En el trabajo? ¿En una fascinante pasión extramarital? ¿O simplemente desea que esta

gente se marche de una vez para volver a su vida verdadera, su vida familiar?

—¡Mierda! El bizcocho de plátano. Me había olvidado. Naomi, ven, ayúdame a servirlo.

Leah ve cómo Natalie se aleja dando zancadas con su hermosa hija rumbo a su hermosa cocina. Todo lo que hay tras esa puerta de cristal rebosa plenitud y sentido. Los gestos, las miradas, las conversaciones inaudibles. ¿Cómo

se consigue tanta plenitud? ¿Y, encima, una plenitud rebosante de cosas con sentido? Da la impresión de que Natalie se ha desprendido de todo lo demás. De que ya es adulta.

¿Eso cómo se hace?

—¿Y qué, Michel? ¿Cómo va todo, muchacho? Ponme al día. ¿Cómo va el negocio del pelo? ¿Sigue la gente... con problemas económicos?

La cara de Frank denota el ligero

pánico que le produce quedarse a solas con los extraños amigos de su mujer.

—En realidad, me estoy mudando a tu territorio, Frank, a pequeña escala.

—¿A mi territorio?

—Juego a la Bolsa. Por internet. Después de que habláramos la última vez, me compré un libro y...

—¿Te compraste un libro?

—Una guía... y he estado probando un poco, con cifras pequeñas para empezar.

La cara de Frank sugiere que la cosa requiere más explicaciones, en alguna parte ha detectado algo improbable. Es un tipo de humillación muy sutil, pero aun así pasará de Michel a Leah bajo otra forma, como un líquido que se convertirá en gas, hoy mismo o mañana, durante una discusión, en la cama.

—Bueno, el padre de Leah le dejó en herencia, nos dejó, una pequeña cantidad.

—¡Ah, ya! Bueno, está bien empezar con cantidades pequeñas. Pero, escucha, no quiero ser responsable de que te quedes sin blanca, Michel... Yo trabajo para una de las grandes firmas, ¿entiendes?, y estamos a cubierto, pero en el caso de los pequeños operadores, ya sabes, vale la pena recordar...

Leah suelta un suspiro estridente. Es infantil, pero no puede evitarlo. Frank se vuelve hacia Leah con una sonrisa apaciguadora y fatigada. Le pone un dedo correctivo en el hombro y le da un golpecito.

—Michel, sólo iba a decir que vale la pena apuntarse a una página web, como *Today Trader* o algo parecido, y jugar primero con dinero falso, cogerle el tranquillo a la cosa...

—¿Me disculpáis un momento?

Creo que *Olive* tiene que cagar y no quiero que lo haga en vuestro incomparable césped.

—¡Leah!

—No, no, no; no pasa nada. Michel, Leah y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Ya estoy acostumbrado a sus rarezas. Spike, ¿por qué no llevamos a *Olive* a la esquina antes de que se marche a su casa? Vamos a buscar unas bolsitas, ¿vale?

Leah y Michel se quedan sentados en la hierba con las piernas cruzadas, como niños. En esta casa ella se siente una niña. Ingredientes para tartas y alfombras primorosas y cojincitos y sillas tapizadas con telas selectas. Ni un futón a la vista. Todo el mundo se ha hecho adulto de la noche a la mañana. Mientras ella estaba en tránsito, todo el mundo creció y llegó a su destino.

—¿Por qué me tratas como a un idiota todo el tiempo?

—¿Qué?

—Te he hecho una pregunta, Leah.

—No era mi intención, pero no aguanto que te hable con esa condescendencia.

—El no lo ha hecho. Tú sí.

—¿Quién es ella? ¿Quién es esa persona? ¡Con esa vida burguesa!

—Y dale con la burguesía. Es lo único que has aprendido de

Francia. Te has vuelto uno de esos ingleses que odian a todos sus amigos.

Frank reaparece por la puerta de cristal. Si fuera más observador podría sorprenderlos durante la fase «teatro de marionetas», congelados en actitudes de asco y furia. Pero Frank no es demasiado observador, y cuando por fin levanta la vista ya son lo que siempre parecen: una pareja feliz y enamorada.

—¿Sabéis dónde está la correa?

Detrás de él, Nat vuelve a salir dando zancadas, serena e inescrutable. Lleva a Naomi apoyada en la cadera como si fuese el bebé que era no hace mucho. Los imparables rizos de su pelo afro se disparan en todas direcciones. Leah observa cómo Michel mira a la niña. Hay una expresión de profunda añoranza en su cara.

17

—¡Tía Leah! ¡Tía Leah! Mamá dice que **VAYAS MÁS DESPACIO**.

Leah se detiene y mira atrás. No ve a nadie y luego, doblando una esquina, aparece Nat con un suspiro dramático. Lleva el cochecito vacío, a Spike en brazos y a Naomi tirándole de la camiseta. Gulliver, a punto de ser inmovilizado en el suelo por los liliputienses.

—Lee, ¿estás segura de que vamos bien? No lo parece.

—Es al final de esta calle. En el plano hay una especie de bucle y vuelve sobre sí misma. Pauline dice que no es fácil dar con el sitio.

—Veo el juzgado y... ¿una rotonda? Niños, no corráis, quedaos conmigo. Esto es como caminar por el arcén de la autopista. ¡Qué pesadilla! Pollo Frito Kennedy. Bar Polaco-Billares. Masajes Euforia. Me alegro de haber tomado la ruta

turística. Esto no puede ser Willesden. Da la sensación de que ya estamos en Neasden.

—La iglesia hace que esto sea Willesden. Marca la parroquia de Willesden.

—Sí, pero ¿dónde está? ¿Cómo se las apaña Pauline para llegar hasta aquí?

—En autobús, imagino. Ni idea.

—¡Qué pesadilla!

La calle traza una curva. Se ven de pronto en una angosta franja de acera con un bolardo al final. Agarran a los niños mientras los coches pasan zumbando por ambos lados. A su derecha, una galería comercial cerrada y un edificio de oficinas absurdo, vacío y con la mitad de las ventanas rotas. A su izquierda, una isla de hierba alojada entre los dos carriles de la calle. Concebida como un oasis de verdor, es un vertedero accidental. Un colchón empapado. Un sofá

boca abajo con los cojines rajados y manchas repulsivas. Otros objetos insólitos que sugieren vidas abandonadas a toda prisa: la mitad de un ci-clomotor, un flexo decapitado, una portezuela de coche, un perchero y suficiente linóleo enrollado como para revestir el suelo de un baño.

Durante una pausa entre coches cruzan la ancha calzada en estampida y luego se sueltan. Jadean con las manos apoyadas en

las rodillas. A Leah le aconsejaron «no hacer esfuerzos» durante cuarenta y ocho horas y ahora está algo mareada. Se vuelve, levanta la cabeza despacio y es la primera en atisbarla: una antigua almenada y una torre apenas visibles entre las ramas de un fresno imponente. Otros veinte metros y se revela la total inverosimilitud de la escena: una ermita rural, una iglesia medieval, varada sobre este trozo de tierra, en medio de una rotonda. Fuera de tiempo, fuera de sitio. La

rodea un campo de serenidad magnética. Un cerezo junto a la ventana del lado este. Un múrete circular de ladrillo señala el antiguo contorno, un baluarte no más robusto que una corona de margaritas. Las puertas de las criptas familiares están derribadas. Hay muchas lápidas pintarrajeadas con vivos colores. Leah, Nat y los niños atraviesan la puerta techada y se detienen bajo el campanario. La esfera azul del reloj brilla al sol. Son las once y media de la mañana

en otro siglo y otra Inglaterra. Nat usa el paño del bebé para enjugarse el sudor de la frente. Los niños, que hasta ahora no paraban de dar guerra y quejarse del calor, guardan silencio. Un sendero se adentra en el umbrío cementerio, donde las lápidas victorianas indican la capa de los últimos muertos. Natalie empuja trabajosamente el cochecito por el desigual terreno.

—Increíble. Nunca la había visto. Debo de haber pasado cien veces

por aquí con el coche. Lee, ¿tienes el agua? Seguro que por eso le gusta a Pauline. Por lo antigua que es. Porque de las cosas antiguas puedes fiarte.

Leah se cruza de brazos y se convierte en su madre, adopta la cara de su madre: labios caídos, párpados que pestañean contra el polvo del mundo y su empeño en volar hacia los ojos de Pauline. Natalie, a medio trago, ríe abruptamente y se derrama agua

sobre la pechera.

—A mí que no me vengan con iglesias nuevas. No son lo mío, vamos. Yo sólo me fío de las antiguas y sanseacabó.

—Para... que me asfixio. Llevo viviendo aquí toda la vida y no sabía ni que existía este sitio. Tantos años atrapada con Marcia en esa lata de sardinas pentecostal cuando podríamos haber venido aquí. Keisha, óyeme: solamente quiero que el espíritu del Señor

descienda sobre todos nosotros.

Pueden ridiculizar a sus madres, pero no pueden romper el embrujo sombrío de ese lugar. Los niños caminan con cautela entre las tumbas, quieren saber si realmente hay muertos de verdad bajo sus pies. Leah aprieta el paso, abandona el sendero y se mete entre los hierbajos mientras Nat responde a sus vás-tagos con evasivas sobre la diferencia entre los muertos recientes y los muertos de otras

épocas. Leah extiende los brazos. Roza con los dedos los remates de las piedras más altas, una urna rota y una cruz hecha pedazos. Pronto llega a la parte trasera de la iglesia. El pasado se agolpa a su alrededor, parcialmente legible sobre las gastadas lápidas puestas en ángulos frustrados. Muerte infantil y encierros mortales. Guerras y enfermedades. Losas cubiertas de hiedra y liquen, manchas amarillentas de musgo y moho.

Emily W [...] de esta parroquia
pasó a mejor vida

en su trigésimo [...] año de vida
siendo el año del Señor

mil ochocientos [...] siete.

Dejó atrás seis hijos y un marido,
Albert, que se reunió poco

después con ella en este [...]

Aquí descansa Marión [...] de esta
parro...

Muerta el 17 de diciembre de 1878 a los 2 [...] años.

Y también Dora, hiji [...] de la anterior.

Muerta el 11 de diciembre de 1878.

Procure no hacer esfuerzos durante cuarenta y ocho horas.

Bajo este sol terrible.

Procure no hacer esfuerzos, Leah Hanwell de esta parroquia, Hija única de Colin Hanwell, también de esta parroquia.

Procura no hacer esfuerzos durante el resto de tu vida.

Leah se apoya en una piedra tan alta como ella. Tiene tres figuras en relieve casi completamente borradas. Mete los dedos en los surcos musgosos. Una mujer con las faldas recogidas se sujeta algo contra el cuerpo, un bulto sin

rasgos, tal vez algo que le han dado, y un par de muchachos con levitas estiran los brazos hacia ella por ambos costados. El tiempo ha devorado todos los detalles. Ni nombre ni fecha ni rostro ni rodillas ni pies ni explicación alguna del misterioso regalo...

—Lee, ¿te encuentras bien?

—Tengo calor. Hace mucho calor.

Entran en la iglesia por un par de pesados portones de madera. Está

acabando una misa. En el aire flota ese extraño olor a incienso de la gran liturgia. Recorren el perímetro y evitan las miradas de los fieles. Deliciosamente fresco aquí dentro, mejor que el aire acondicionado. Natalie coge un folleto. Autodidacta congénita, siempre quiere saberlo todo. Debió de ser la separación. La separación fue decisiva. Durante esa breve pausa en su larga amistad, entre los dieciséis y los dieciocho años, ella se convirtió en Natalie Blake. Se formó a sí misma

en la biblioteca de Kensal Rise mientras Leah se pasaba todo el día fumando hierba. Natalie siempre coge los folletos, los folletos y todo lo demás.

—Parroquia fundada en 938... no queda nada del edificio original... la iglesia actual data aproximadamente de 1315... agujeros causados por las balas de Cromwell en la puerta, originales...

Naomi se adelanta corriendo y se encarama a la pila bautismal (*c.*

1150, mármol de Purbeck). Leah intenta eludir el alcance auditivo de la conferencia que imparte Natalia. Termina la misa: los feligreses desfilan hacia la calle. El joven párroco intenta conversar con ellos en la puerta. Tiene una mano apoyada en la flácida cintura como si fuera una vieja nerviosa; un mechón de pelo castaño le cae sobre la sien. Su cara desea complacer, pero no lo consigue por su falta de personalidad. Así habría sido en 1920, 1880 o 1660. El

mismo individuo, pero la congregación ha cambiado. Polacos, indios, africanos y antillanos. Los adultos elegantemente ataviados con trajes relucientes y vestidos entallados del mercadillo. Los niños visten ternos de milrayas, las niñas sujetan diminutas mantillas, el pelo elaboradamente planchado forma caracolillos en la frente o las mejillas. Los feligreses se compadecen del cura, que prodiga amables sugerencias. A ver si la

semana que viene podemos empezar a la hora. Lo que usted pueda dar, señora, lo que pueda. Ellos sonríen y asienten con la cabeza sin tomárselo muy en serio. El párroco tampoco se presta atención a sí mismo. Está absorto en Leah, la busca sobrevolando las cabezas de su rebaño en retirada. La luz entra a raudales por el este. Leah avanza por instinto en esa dirección, hacia un cenotafio de mármol blanco y negro adosado a la pared donde lee que **FUE DICHA DE ELLA HACERLO VENTUROSO PADRE DE 10 HIJOS Y 7**

HIJAS Y AHORA ES SU VOLUNTAD DEDICAR ESTE MONUMENTO A LA PRESERVACIÓN DE SU MEMORIA. FALLECIÓ EN EL AÑO 48 DE SU EDAD. 24 DE MARZO DE 1647. No se dice nada más de Ella. Leah siente el deseo de poner los dedos sobre las letras para medir su frialdad. Pero Natalie dice mejor no lo hagas, le dice a Spike no salpiques con el agua bendita UAU es el mismo escultor que hizo la tumba de ISABEL I, no, cariño, ésa no, era una reina, cielo, de HACE MUCHO TIEMPO, no, cariño, de hace todavía

más tiempo, pero ¿sabías que el nombre original era ***WILSDON***, que significa manantial, que significa fuente al pie de una colina, que es de donde viene esta agua...? **TE HE DICHO QUE DEJES DE SALPICAR.** De repente Leah se muere de sed, está hecha de sed, es pura sed. Se arrodilla para examinar el grifo y lee el letrero. No potable. Sagrada, pero no potable.

—¡Mami!

—No, mami no. No soy yo. «Se

consideraba incluso más poderosa que la Virgen tradicional, pues estaba dotada de poderes milagrosos, entre ellos el don de la serendipia, la restitución de los recuerdos perdidos, la resurrección de niños muertos...» Esto a Marcia le encantaría: a veces la gente tiene visiones de ella en el patio de la iglesia. Marcia siempre anda con visiones. Pero normalmente de vírgenes blancas, con el pelo rubio y bonitas blusas del Marks & Spencer.

¿Cómo ha podido pasar de largo? Detrás de ella, una Virgen tallada en madera de tilo azabache. Sostiene un descomunal bebé en pañales y con los brazos en cruz. «Niño Jesús bendiciendo a manos llenas», reza el letrero, pero Leah no consigue ver bendición alguna. Más bien parece una acusación. Es un bebé cruciforme; tiene la forma del objeto que lo destruirá. Extiende los brazos hacia Leah. Los extiende para impedir que escape, por la derecha o por la izquierda.

—«...convirtiéndose así en la famosa capilla de Nuestra Señora de Willesden, la "Virgen Negra", imagen destruida durante la Reforma y quemada, junto con las vírgenes de Walsingham, Ipswich y Worcester, por el Lord del Sello Privado.» También se menciona a un Cromwell. ¿Otro Cromwell? No lo dice. Aquí sí que habría ido bien tener buenos profesores de Historia en secundaria... «hubo una ermita desde...», espera, entonces, ¿es la original? ¿Del siglo XIII? No puede

ser. Está escrito con el culo, no se entiende si... **NAOMI, QUE TE APARTES DE**

37

—¿Cómo es posible que lleves toda la vida viviendo en estas calles y no me hayas conocido? ¿Cuánto

tiempo creías que podrías esquivarme? ¿Qué te hacía pensar que estabas exenta? ¿Acaso no sabes que estoy aquí desde que la gente pide ayuda a gritos? Oyeme: ¡no soy como esas vírgenes pálidas y recatadas, esas vírgenes melindrosas! ¡Soy más vieja que este sitio! ¡Aún más vieja que la fe que toma mi nombre en vano! Soy el espíritu de hayales y cabinas telefónicas, setos y farolas, manantiales y estaciones de metro, tejos centenarios y bazares, pastos y

multicines en 3D. ¡La Inglaterra ingobernable de la vida real, de la vida animal! De la vieja iglesia, de la nueva, de una época anterior a las iglesias. ¿Tienes calor? ¿Es demasiado? ¿Esperabas otra cosa? ¿Estabas desinformada? ¿Había algo más? ¿O algo menos? Si le damos un nombre distinto, ¿desaparecerá la sensación de ingravidez? ¿Te flaquean las rodillas? ¿Quién eres? ¿Te apetece un vaso de agua? ¿Está cayendo el cielo? ¿Tal vez las cosas se podrían

haber organizado de otra forma, en otro orden, en un lugar distinto?

—Antes me desmayaba mucho. ¡Mucho! Pensaban que era señal de una constitución delicada, sensible, un poco artística. Pero por aquel entonces todas estudiábamos para enfermeras o secretarias. La cosa era así, simplemente. No teníamos oportunidades.

—Ha sido el calor.

—Porque mira que tú tenías potencial, no, escucha, en serio: el piano, la flauta, la danza, la cosa aquella de... de... ¿cómo se llamaba? Ah, ya sabes, modelado... durante una temporada te gustaba modelar, y el violín, eras un prodigio con el violín, y con un montón de cositas así.

—Traje una vasija de la escuela. Y toqué el violín un mes.

—Procurábamos que dieras todas las clases, media libra por aquí,

media libra por allá, ¡al final salía por un ojo de la cara! ¡Y no siempre podíamos! Era cosa de tu padre, que en paz descanse, no quería que crecieras sintiéndote pobre, a pesar de que éramos pobres. Pero nunca te decidiste por nada, a eso voy. Este césped necesita que lo rieguen.

Pauline se agacha de golpe y se incorpora con un puñado de hierba y tierra.

—Arcilla de Londres. Muy seca.

Por supuesto, ahora las chicas lo hacéis de otra manera. Esperáis, esperáis y esperáis. Aunque no sé a qué estáis esperando.

Casi morada por el esfuerzo, con el casquete de pelo blanco húmedo y pegado a la cara. Las madres siempre están ansiosas por decirles algo a sus hijas, y es precisamente esa ansiedad lo que repele a las hijas, lo que ellas rechazan. Las madres quedan abandonadas, sosteniendo como dementes una

pella de arcilla londinense, un poco de hierba, unos cuantos tubérculos blancos, un diente de león y una enorme lombriz que pasea por el mundo a través de sí misma.

—¡Puaj! Ya puedes dejar ese barro en el suelo, mamá.

Están sentadas en el banco de parque que Michel encontró hace unos años. Alguien lo había dejado en medio de la calle, en Cricklewood Broadway. Sin inmutarse. ¡Ahí plantado entre el

tráfico! Como si lo hubiese criado el asfalto. Los coches daban un volantazo para esquivarlo. Michel paró el Mini Metro, abatió los asientos, abrió el maletero y lo encajó dentro. Pauline agregaba el estorbo de su colaboración al coro de bocinas. Cuando llegaron a casa descubrieron que tenía el sello de los parques reales. Pauline lo llama el trono. Vamos a sentarnos un ratito en el trono.

—Ha sido el calor. *Olive,* ven aquí,

guapa.

—¡Que no se me acerque! ¡No quiero que me irrite los ojos! Esa es mi nieta. La única que voy a tener como las cosas sigan así. Soy alérgica a mi propia nieta.

—¡Mamá, para!

Siguen en el trono, calladas, mirando en direcciones distintas. El problema podría deberse a dos nociones diferentes del tiempo. Ella sabe que, a estas alturas, el empuje

de su naturaleza animal debería estar tomando las decisiones. Tal vez lleva demasiado tiempo siendo un zorro urbano. Siente cada nueva llegada (ahora los anuncios parecen llegar a diario) como una traición imperdonable. ¿Por qué no se queda todo el mundo quieto? Ella ha impuesto la quietud en su vida, pero eso no ha impedido que el mundo siga adelante. Y luego las cosas que ocurren sólo sirven para cancelar brutalmente las posibilidades de las cosas que no han ocurrido; de ahí el

número 37, de ahí la puerta que se abre en cuanto ella se detiene allí, sosteniendo un montón de folletos, y Shar diciendo: tira esos folletos, cógeme la mano. ¿Huimos? ¿Estás lista? ¿Huimos? ¡Deja todo esto! ¡Seamos forajidas! Durmiendo en los setos. Siguiendo la vía del tren hasta alcanzar el mar. Despertando con ese largo pelo negro en los ojos, en la boca. Telefoneando a casa desde cabinas fantásticas que todavía aceptan las viejas monedas de dos peniques. Estamos bien, no

os preocupéis. Quiero quedarme quieta y seguir moviéndome. Quiero esta vida y otra. ¡No me busquéis!

—... yo solamente intento ayudar, pero nadie me da las gracias. Ni siquiera sé si me estás escuchando. Pero en fin, es tu vida.

—¿Y para qué quiere nadie una capilla?

—¿De qué capilla me hablas? ¿La de Nuestra Señora? Bueno, a mí ella no me molesta. Es inofensiva.

En la puerta pone iglesia anglicana y lleva mil años siendo anglicana. Con eso me basta. Pero la gente de las colonias, y esa caterva de rusos, son muy supersticiosos, aunque ¿qué culpa tienen? Lo han pasado fatal. ¿Quién soy yo para privar a nadie de sus consuelos?

Pauline clava la vista en su antiguo bloque de pisos, ahora ocupado por gente de las colonias y una caterva de rusos. Hoy, como casi todos los días desde que empezó el sol, la

chica vociferante está en el balcón enzarzada en una disputa con quienquiera que se halle al otro lado de su manos libres. ¿Me estás faltando al respeto? ¡No me faltes al respeto! Dejando aparte otras consideraciones, está claro que es de ascendencia irlandesa. Frente breve y delictiva, ojos muy separados. Hay un desprecio especial que Pauline reserva a los miembros caídos de su propia tribu.

—A una como ésa ya no puede

ayudarla ni la Virgen. ¡Caray, hola, Edward, querido!

—¿Todo bien, señora H.?

—Pues me alegro de verte, Ned. ¿Cómo estás, cielo? Tienes buen aspecto, después de todo. Espero que no sigas fumando droga.

—Eso me temo, eso me temo. Me gusta el aroma.

—Te va a quitar la ambición.

—De todas formas, sólo tengo una ambición.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Casarme con usted, claro. Y eso ya no me lo puede quitar, ¿verdad?

—Vete a freír espárragos.

Bastante feliz, bastante, de verdad, y el sol va mermando y se vuelve púrpura y se despliega en franjas tras la aguamarina del minarete y la suave brisa riza la bandera de san

Jorge en la azotea de su antiguo bloque, colgada de una antena parabólica, ya dispuesta para el fútbol. Tal vez no importa que la vida jamás haya dado frutos más grandes que ella misma. Amarrada a la orilla de la que zarpó, como casi todas las mujeres de antaño.

—Leah, cielo, suena tu teléfono.

Mira eso: la cerca del lado derecho está medio destrozada. La hiedra del bloque de pisos se cuela por los huecos y ahoga todo lo que Michel

intenta cultivar, salvo el manzano, que a pesar de todo crece sin ayuda. Ella escribe al ayuntamiento, pero nadie le hace caso, Ned nunca escribe, tampoco Gloria; forman una comunidad, pero ella es la única que piensa en comunidad y, ¡Dios mío!, ese pobre gusano sin techo, lívido bajo el sol. Un prepucio que va y viene, que viene y va, sobre sí mismo. Nadie me quiere todos me odian porque soy un gusano ondulante. Pero quién es esta

esta voz

tan suave

y tan violenta, metida en su oreja, y piensa que debe de haber oído mal, piensa que debe de estar enloqueciendo, piensa

—¿Perdone?

—¿Me oyes? Que no vengas por aquí, te digo.

—¿Disculpe? ¿De dónde ha sacado

este número?

—Esa chica es cosa mía. No vengas por aquí a tocarnos los cojones, ¿me oyes? Mucho cuidado conmigo, que te conozco. Como vengas otra vez por aquí, ya puedes andarte con ojo.

—¿Quién habla?

—Puta bollera de mierda.

El gusano arquea el centro de su cuerpo, no tiene nada más. Losa por

la izquierda y losa por la derecha.

—...y luego en la tienda de todo a una libra, la misma caja, hasta de la misma marca, sólo cuesta dos cuarenta y nueve. Pero si compras en esos sitios es que eres tonta, y no hay más que hablar. ¿Leah, amor? ¿Leah? ¿Leah? ¿Quién era? ¿Quién te ha llamado? ¿Te encuentras bien?

El honor de una esposa hay que defenderlo. Es algo primitivo, explica él aludiendo a los grandes simios de un documental. Si la hembra simia defiende al bebé simio, el macho simio protege a su hembra. Michel está muy contento con su rabia, los dos se unen bajo el mismo dosel. Es el momento más

grato que han compartido en meses. Ella está sentada junto a la mesa de la cocina, abrazándose a sí misma, mientras él camina de un lado a otro agitando los brazos como un gran simio. Ella también es una buena simia; quiere contribuir a la mayor felicidad de su familia simiesca. Un deseo perfectamente respetable que la lleva a decir:

—Eso creo. Creo que era él. Cuesta saberlo por la voz. Mira, han pasado casi veinte años desde la

época en que lo trataba. Pero te diría que sí. Si me pides que te lo diga al cien por cien, entonces no, no estoy tan segura. Pero lo primero que pensé fue que sí, que era él, Nathan.

Pasan muy pocas cosas en este rincón de NW. Cuando hay algún drama, es natural que uno quiera colocarse en la escena, en el centro mismo. Parecía él. De verdad. Y se lo dice a Michel. Se lo repite todo salvo una palabra.

Regresan del supermercado donde suelen comprar, aunque haya borrado del mapa la verdulería local y pague sueldos misérrimos; llevan bolsas nuevas aunque deberían utilizar las usadas; salen con brócoli de Kenia y tomates de Chile y café injusto y porquería azucarada y un periódico que no quería.

No son buena gente. Ni siquiera tienen la integridad necesaria para ser la clase de gente que no se preocupa por ser buena gente. Se preocupan todo el tiempo. Se quedan de nuevo a medio camino. Siempre compran Pinot Grigio o Chardonnay porque son las únicas palabras relacionadas con el vino que conocen. Van a una cena y tienen que llevar una botella. Eso al menos sí lo han aprendido. Michel afirma que no compran productos de comercio justo porque no les

llega el dinero, pero Leah le dice: no, es porque te da pereza. En el fondo piensa: quieres ser rico como ellos, pero te da pereza su moralidad, mientras que a mí me interesa más su moral que su dinero, y esa idea, esa oposición, la complace. El matrimonio entendido como el arte de la comparación envidiosa. Y mierda, es él, en la cabina, y si lo hubiera pensado durante algo más que una fracción de segundo jamás habría dicho:

—Mierda, es él, en la cabina.

—¿Es él?

—Sí, pero... no, no lo sé. No. Me ha parecido... Da igual. Olvídalo.

—Leah, acabas de decir que es él. ¿Es o no es?

En un santiamén ella se torna inaudible y él está allí, preparado para otra comparación envidiosa: su figura de bailarín enjuto y bien proporcionado contra una amenaza

alta y musculosa que se vuelve y resulta no ser Nathan, que sin duda es el otro chico al que ella vio con Shar, aunque tal vez no. La gorra, la sudadera con capucha y los vaqueros caídos son el uniforme: parecen iguales. Aun así, todo es todavía una pantomima desde donde Leah lo contempla, aspavientos, muecas primarias y, por supuesto, la eventualidad de una horrible noticia que lo explicaría todo salvo el dolor y los detalles: un joven apuñala a otro en Kilburn High

Road. Tendrán nombres y edades y será terriblemente penoso, se achacará a esto o lo otro y no será bueno para el mercado inmobiliario. Leah no puede respirar de miedo. Corre para alcanzarlos con *Olive* trapaleando a su lado, y mientras corre se sorprende a sí misma advirtiendo algo que no debería importar: parece mayor que ellos. El joven es joven y Michel es un hombre, pero los dos aparentan la misma edad.

—No sé qué rollo me estás soltando, colega, pero **MÁS VALE QUE NO TE PASES.**

—Michel... por favor. Déjalo, por favor.

—Dile a tu novio que se aparte de mí.

—No llames a mi casa, ¿vale? ¡Deja en paz a mi mujer! ¿Me entiendes?

—Pero ¿qué coño le pasa a este

tío? ¿Quieres que te meta una hostia?

Se embisten con los pechos como primates; un tropezón ignominioso tumba de espaldas a Michel, que aterriza junto a su perra estrafalaria. Esta le lame la oreja. Su oponente se yergue ahora frente a él y echa el pie atrás para chutar un penalti. Leah se interpone entre los dos y extiende los brazos para separarlos, la mujer implorante de los viejos relatos.

—¡Michel! ¡Para! Que no es él. Por favor, éste es mi marido, se ha confundido, por favor, no le hagas daño, por favor, déjanos en paz, por favor.

El pie, indiferente, retrocede todavía más para aumentar su recorrido. Leah se echa a llorar. Con el rabillo del ojo acierta a ver a una joven pareja de blancos bien trajeados que cruza la calle para evitarlos. Nadie va a ayudarlos. Junta las manos en gesto de súplica.

—Por favor, déjalo en paz, por favor. Estoy embarazada... por favor, déjanos en paz.

El pie se retira. Mientras Michel brega por levantarse, una mano se cierne sobre él, una mano en forma de pistola que apunta a su cabeza.

—Si te vuelves a acercar, *bam bam,* te dejo seco.

—Vete a la mierda, ¿vale? ¡No me das miedo!

El pie vuelve a retroceder y descarga su golpe sobre el vientre de *Olive* en un abrir y cerrar de ojos. La perra sale despedida unos metros hasta el umbral de la confitería. Hace un ruido que Leah nunca había oído.

—*¡Olive!*

—Tienes suerte de que haya venido tu novia, cacho pirado. Que si no...

Ya está en medio de la calzada; grita por encima del hombro:

—¿Si no qué? ¡Cobarde de mierda! ¡Le has dado una patada a mi perra! ¡Voy a llamar a la policía!

—MICHEL. No empeores la cosa.

Le ha puesto una mano en el pecho. Cualquier espectador diría que está reteniéndolo. Sólo ella sabe que él no quiere apartarla. Y así los dos hombres quedan separados, despotricando desaforadamente mientras se alejan, jugando con la idea de que no han terminado, de que en cualquier momento pueden

dar media vuelta y abalanzarse sobre el otro. Pero es una simple prolongación de la farsa: la presencia de una mujer los ha liberado de su obligación.

21

Leah cree en la objetividad. Ahora que casi han llegado a casa se siente un poco más tranquila. ¿Quién era esa mujer que ha aparecido en plena crisis, gritando, llorando y suplicando de rodillas en la calle? Es un poco ridículo admitirlo, pero ella siempre se había considerado «valiente». Una luchadora. Ahora acaban de presentarle a una negociadora, una

pedigüeña, una mentirosa táctica. ¡Por favor, no destruyas lo que amo! Su petición ha sido atendida, en su lugar se ha hecho un sacrificio menor y en ese momento ella se ha sentido simple y patéticamente agradecida por la concesión.

Después del episodio, además, no ha conseguido recuperar la compostura con presteza. Es Michel quien lleva en brazos a *Olive* y aporrea la puerta de su propia casa mientras Leah sigue sin averiguar

en qué bolsa de la compra están las llaves.

—¿Está bien?

—Está bien. A menos que tenga lesiones internas. Pero yo la veo bien. Asustada.

—¿Y tú estás bien?

El tiene la respuesta en la cara. Humillación. Furia. Por supuesto, a los hombres les cuesta más ser objetivos. Tienen el problema del

orgullo.

—¡Ned!

—¿Estáis bien?

—Ayuda a Lee con esas bolsas.

Entran en la cocina y tienden a la querida perrita en su cama. Parece que está bien. ¿Le das de comer? Come. ¿Lanzas una pelota? Corre. Puede que ella esté bien, pero para los humanos sigue habiendo demasiado trauma y adrenalina para

pasar página. Leah le cuenta la historia a Ned expurgándola de toda furia o humillación. ¡Michel el valiente! ¡Michel el defensor! Pone una mano en el brazo a su marido. El se la quita de *encima*.

—Ha fingido que estaba embarazada. ¡Y le hemos dado lástima! Yo estaba tirado en el suelo como un imbécil.

—No. Tú has impedido que la cosa fuese a peor.

Ella vuelve a ponerle la mano en el brazo. Esta vez él se lo permite.

—¿Crees que deberíamos dejarla sola esta noche? No lo sé. Ned, ¿tú puedes vigilarla un poco? ¿Llamarnos si hay algún problema? O tal vez deberíamos quedarnos en casa. Cancelar la cena.

Es una cena, dice Michel. No creo que podamos cancelarla. No le pasa nada. Estás bien, cielo, ¿verdad? ¿Estás bien? Los dos humanos miran a los ojos del animal en

busca de una confirmación. Leah pugna por ser objetiva. ¿Acaso alguno de los humanos no habría pronunciado ya la palabra *veterinario* si no temieran el mucho dinero que entraña decir *veterinario*?

Hanwell nunca organizaba cenas en casa. Tampoco salía a cenar fuera. No es cierto: en ocasiones especiales llevaba a su pequeña familia al Vijay's de Willesden Lañe, donde ocupaban una mesa cerca de la puerta, comían deprisa y conversaban cohibidos por si alguien los oía. Nada en la infancia de Leah la preparó para la frecuencia con que ahora asiste a

cenas en casas de amigos, casi siempre la de Natalie, donde los invitan para aportar un poco de color local. Ninguno de los dos sabe de qué hablar con abogados y banqueros, con el juez esporádico. Natalie no puede creer que sean tímidos. Siempre culpa a un error en la colocación de los invitados, pero la situación siempre acaba siendo incómoda. Son tímidos, lo crea o no Natalie. No tienen gracia para las anécdotas. Observan sus platos y cortan la comida con

esmero. Dejan que Natalie sea la portavoz de sus propias historias y asienten con la cabeza para corroborar detalles, nombres, fechas y lugares. Ofrecidas a la mesa para la disección colectiva, esas anécdotas cobran una vida propia, autónoma e impresionante.

—...o salir corriendo. Yo habría corrido como alma que lleva el diablo y los habría dejado allí con la bronca. No te ofendas, Michel, pero eres muy valiente.

—¿Y luego cada uno por su lado? «Muchas gracias, hoy he estado a un tris de asesinarte, pero ahora tengo que irme...»

-¡Ja!

—«Tengo por delante un largo día de atracos con mi pistola de juguete.»

-¡Ja!

—Pásame la salsa mexicana. ¿Tú crees que si imitas una pistola con

los dedos es porque realmente llevas una pistola, o que ésa es más bien la única? Supongo que la recesión nos afecta a todos... ¿Por qué iban a ser inmunes los gángsters? Mira, yo también tengo una. ¡Pum!

—¡Ja, ja!

—Espera, una cosa... ¿estás embarazada?

Las doce personas sentadas a la larga mesa de roble dejan de hablar

y reírse para mirar a Leah, que se ve sorprendida en pleno combate con una pechuga de pato.

—Pues no.

—No, solamente lo dijo, ya sabéis, para parar al tipo.

—Qué valiente. Y qué lista.

La versión de Nat de la anécdota protagonizada por Leah y Michel ha concluido. El testigo de la conversación pasa a manos de

otros, que cuentan sus anécdotas con más chispa, conectándolas a amplios asuntos culturales, a los debates de los periódicos. Leah intenta explicar de qué trabaja a alguien a quien la trae sin cuidado. Las espinacas vienen directamente de la granja a la mesa. Todos coinciden un momento para lamentar las maldades de la tecnología, menudo desastre, sobre todo para los adolescentes, pero la mayoría han dejado su teléfono junto al plato. Pásame las

zanahorias con mantequilla. Mientras tanto, los padres han envejecido y enfermado justo cuando los hijos quieren tener sus propios niños. Muchos de esos padres son inmigrantes (de Jamaica, de Irlanda, de la India o de China) y no entienden por qué todavía no los han invitado a vivir con sus hijos, como es costumbre en sus países. La tecnología se brinda como sucedáneo de esa demanda imposible. Las sillas salvaes-caleras. Los marcapasos. Los

trasplantes de cadera. Las máquinas de diálisis. Pero nada los satisface. Han trabajado duro para que sus hijos podamos vivir así. No serán «literalmente» felices hasta que se hayan mudado a nuestras casas. Pero nunca podrán mudarse a nuestras casas. Pásame la ensalada de tomates reliquia. Qué ocurre con el islam, déjame que te lo cuente. El problema es el conflicto con el islam. De pronto todo el mundo es un experto en islam. Pero ¿tú qué piensas, Samhita, sí, qué piensas tú,

Samhita, qué opinas tú de ello? Samhita, la abogada especialista en propiedad intelectual. Pásame el atún. Soluciones y estrategias circulan de un extremo a otro de la mesa. Hospitales privados. Cines privados. Navidades en el extranjero. Un restaurante que sólo tiene cinco mesas. Sistemas de seguridad. Verjas. La elevación de un cuatro por cuatro, que te permite estar a solas por encima del tráfico. Hay sitios donde se puede conseguir un aislamiento perfecto,

conseguirlo es posible, aunque no sale precisamente barato. Pero Leah, está diciendo alguien, pero Leah, al final, a fin de cuentas, ¿no quieres darle a tu hijo individual las mejores oportunidades que puedes darle individualmente? Pásame las judías verdes con virutas de almendra. Define «mejores». Pásame la tarta de limón. Lo que le otorgue al niño las mayores posibilidades de éxito. Pásame las frutas del bosque. Define «éxito». Pásame la nata.

¿Crees que la diferencia entre tú y yo es que tú quieres darle a tu hijo las mejores oportunidades? Pásame la cucharilla. A la anfitriona le corresponde la tarea de limar asperezas, de señalar que estas discusiones son aún hipotéticas. ¿Por qué pelearse por alguien que no ha nacido? Sólo sé que no quiero sacar algo tan gordo como una sandía de algo tan pequeño como un limón. ¡Enfermera, traiga la anestesia! ¿Has pensado en hacerlo bajo el agua? Todo el mundo dice

lo mismo de la misma forma. Conversaciones teñidas de terror. Animales cautivos que se plantean el regreso a la naturaleza. Natalie está tranquila porque ya ha viajado a la otra orilla. Pásame el portátil. Tienes que ver esto, solamente dura dos minutos, es para partirse de risa.

Escasez de agua. Guerras alimentarias. Cepa A (H5N1). Manhattan se hunde en el mar. Inglaterra se congela. Irán pulsa el

botón. Un tornado arrasa Kensal Rise. Debe de haber algo atractivo en la idea del apocalipsis. Barrios reducidos a la condición de basureros. Escuelas montadas en antiguas iglesias o supermercados. Nuevos agrupamientos, nuevas conexiones, parejas múltiples, hijos libres de cualquier protección tediosa. Enormes equipos de sonido caseros emitiendo música en todas las esquinas. Grandes multitudes anónimas desplazándose sin líderes, a oleadas, con máscaras,

buscando comida, buscando armas. Vandalismo dominical en Caldwell, manadas corriendo por los pasillos, llamando a todos los timbres.

Qué tiempos aquéllos. ¿Verdad, Leah? Aquéllos sí que eran buenos tiempos. Pásame el whisky. Porque es una comparación barata: no puedes ser responsable de un fenómeno económico complejo de la misma forma en que eres responsable de salir a la calle con la intención de robar. Pásame el

café. No es un café cualquiera, es un café magnífico.

—Es decepcionante.

—Muy decepcionante.

—Sobre todo cuando te has molestado en ayudar a alguien y ellos te escupen a la cara. Eso es lo que no aguanto. Como le ha pasado a Leah... Lee, cuéntale lo de la chica.

—¿Perdón?

—La chica del pañuelo. La que llamó a tu puerta. Es una historia muy triste. Vale, pues ya la cuento yo...

Leah y Michel no cobran vida hasta que todos se han besado en las mejillas, hasta que se cierra la voluminosa puerta y ellos son devueltos una vez más a la noche. Pero incluso esa camaradería del desprecio se puede desmoronar con rapidez. Cuando llegan a la boca del metro, Leah ha hablado tal vez

demasiado, se ha quejado demasiado, y el delicado nivel anímico de su relación, su «nosotros contra ellos», se descoloca y muestra un ángulo torcido.

—¿No te das cuenta de que están igual de aburridos que tú? ¿Qué te crees, que eres especial? ¿Te crees que me despierto todas las mañanas encantado de verte? Eres igual de esnob, pero al revés. ¿Te crees que eres la única que quiere algo

distinto? ¿Otra vida?

Hacen el trayecto a casa en silencio, furiosos. Cruzan Willesden en silencio. Llegan a la puerta en silencio, los dos buscando llaveros distintos al mismo tiempo. Libran una cómica batalla en la cerradura y es Leah quien no aguanta más. Cuando entran en el pasillo ya se están riendo, y poco después se besan. Ojalá pudieran estar solos todo el tiempo. Si el mundo fuéramos tú y yo nada más,

dice Leah, seríamos felices todo el tiempo. Hablas igual que ellos, dice Michel, y le mete la lengua en la oreja a su mujer.

A la mañana siguiente llegan a la cocina de buen humor, en ropa interior, descendiendo hacia la enorme extensión del sábado por la mañana. Leah va a mirar el correo y la ve primero. El inocente y querido animalito, frío, todavía no rígido, lejos de su cama, debajo de la mesa del trastero, tumbado de lado. Con

espuma sanguinolenta en la boca. ¡Michel! ¡Michel! No le sale lo bastante fuerte. A lo mejor anda por el jardín, admirando el árbol. Suena el timbre. Es Pauline. *Olive* está muerta! ¡Muerta! ¡Oh, Dios mío! ¡Está muerta! ¿Dónde?, dice Pauline. Enséñamela. Habla la enfermera. Y cuando llega Michel y la ve y se pone igual de histérico que ella, Leah se sorprende de lo mucho que agradece la forma tan práctica que tiene su madre de estar en el mundo. Leah quiere llorar y

sólo llorar. Michel quiere repasar una y otra vez el orden de los sucesos. Quiere establecer una cronología, como si eso fuera a cambiar algo. Pauline quiere asegurarse de que la zona de debajo de la mesa esté desinfectada y de que la caja de zapatos quede enterrada por lo menos treinta centímetros por debajo de la hierba comunitaria. No tiene sentido preguntar a los demás, dice Pauline refiriéndose a los vecinos: van a decir que no. Daos prisa pues, dice,

vamos a tranquilizarnos. Tenemos que hacerlo. Tomaos un té. Calmaos. Y pregunta: ¿no os disteis cuenta de que no ladró cuando entrasteis?

23

Puede decirse que se ha hecho realidad uno de los sueños de Michel: han subido un peldaño, por lo menos en la calidad y el diseño de su miedo. Forma parte de la naturaleza de Leah culpar a Michel de todo esto: su cautela renovada, la cerradura Chubb, que ahora vaya a recogerla a la estación, que crucen la calle para evitar a «ciertos elementos» y que estén

siempre hablando de mudarse a otro sitio. Michel pasa más tiempo sentado ante el ordenador soñando con un golpe de suerte que los transporte a un barrio más de su gusto, lo cual significa más africano y menos antillano. A lo cual Leah no ofrece ningún comentario. Está sumergida, julio es un mes perdido. Deja que los pequeños cambios tengan lugar allí arriba, en la superficie, mientras ella camina por el fondo del océano. Está viviendo un dolor terrible. No está

familiarizada con las normas que rigen el luto por los animales. Para un gato: una semana. Para un perro: dos son tolerables, pero tres ya empiezan a parecer absurdas, sobre todo en el despacho, donde, a la manera antillana, todos los animales más pequeños que un burro se consideran sabandijas. Está de luto por su perra. Piensa que va a morir de tristeza. Cada vez que ve a uno de los muchos mellizos de *Olive* caminando pesadamente por Edgware Road,

sufriendo el calor, se derrumba. En el trabajo, Adina mira de través su cara hinchada y sus churretes de lágrimas. No será todavía por el perro.

¿Todavía? Y si en realidad se trata de una conciencia falsa, si el duelo es por algo distinto de su perro, para el doliente no hay ninguna diferencia práctica: *Olive* es el ser conocido, es *Olive* lo que añora. Leah se ha convertido en uno de esos chiflados que paran a otros

dueños de perros por la calle para contarles su desgarradora historia.

Tras una jornada de formación en Harlesden, se ve perdida en las callejuelas laterales. Dobla varias veces a la izquierda sin propósito alguno, sólo para seguir moviéndose, para eludir a un desconocido encapuchado seguramente inofensivo, y de pronto se topa con esa iglesita tan extraña, cuyo campanario está dando las seis en punto. Entra. Sale al cabo de

media hora. No se lo cuenta ni a Michel ni a nadie. Empieza a hacerlo casi todos los días. A finales de julio, Michel insiste: tienen que ponerse manos a la obra. Leah está de acuerdo. Se inscriben en la lista de espera de la seguridad social. Ella, sin embargo, cada mañana cierra con pestillo la puerta del cuarto de baño y se toma su diminuta píldora anticonceptiva. Cajas robadas en el botiquín del baño de Natalie y escondidas en un cajón. No quiere «ponerse manos a

la obra». Esa no es su obra. El y ella para siempre: sólo quiere eso.

Llega agosto.

Llega agosto.

¡Carnaval! Las chicas del trabajo, los chicos de la peluquería, las viejas amistades de la escuela, los primos de Michel venidos del sur

de Londres, todos recorren las calles junto con un millón de personas. Buscando la mejor música, meneando el esqueleto con los amigos y con perfectos desconocidos o comiendo pollo picante para acabar colocados sobre la hierba de Meanwhile Gardens. Normalmente. Pero este año no. Este año aceptan por fin la invitación anual de Frank para ir a la casa del amigo de un amigo que tiene «un piso flipante para ver el carnaval». Un italiano. Tal como

les han recomendado, se presentan el domingo a primera hora para llegar antes de que cierren la calle. Se sienten un poco idiotas deambulando por el piso vacío de una gente a la que no conocen. Ni rastro de Frank o Nat. Michel va a ayudar en la cocina. Leah acepta un ron con coca-cola y se sienta en un rincón. Mira por la ventana y ve cómo la policía se despliega a lo largo de las barreras. En un rincón de la sala habla un televisor. Y habla largo rato antes de que Leah

se fije en él, y solamente porque nombra una calle del barrio muy próxima a la suya.

«...en Albert Road, Kilburn, donde la esperanza de un carnaval pacífico quedó malograda ayer noche con la noticia de una muerte por arma blanca, aquí, en el límite de la ruta que sigue la cabalgata por el noroeste de Londres. Mientras la gente se preparaba para las celebraciones de hoy...»

¡Albert Road!, grita Michel desde

la cocina. Leah le devuelve el grito:

SÍ, PERO NO TIENE NADA QUE VER CON EL CARNAVAL. FUE ANOCHE. ES EL TÍPICO...

Michel entra en la sala.

—...es el típico sensacionalismo. Quieren que haya...

—¿Me dejas oírlo, por favor?

El televisor dice:

«El joven, identificado por los

vecinos como Félix Cooper, tenía treinta y dos años. Se crió en los tristemente famosos bloques de Garvey House, en Holloway, pero se había mudado con su familia a este rincón relativamente tranquilo de Kilburn en busca de una vida mejor. Y sin embargo ha sido aquí, en Kilburn, donde lo abordaron dos jóvenes a última hora de la tarde del sábado, a pocos metros de su puerta. No se sabe si la víctima conocía...»

—Pero ¡si lo han asesinado! ¿Qué más da dónde se crió?

Voy a poner música, dice un italiano, y apaga el televisor. Tenemos que mudarnos a otra zona, dice Michel. No quiero irme, es mi barrio, dice Leah. Acepta un beso en el cuello. Nada de discutir, dice Michel. ¿Vale? Intentemos pasarlo bien. No estoy discutiendo, dice Leah. Vale, pero eres una ingenua.

Se separan malhumorados. Leah sube la escalera que lleva a una

terraza. Michel regresa a la cocina. El piso se llena deprisa. El timbre no para de sonar. Sería más fácil dejar el portal abierto, pero el anfitrión necesita ver a cada invitado por el videoteléfono antes de franquearle la entrada. La gente afluye a la fiesta como soldados a un triaje. ¡Menudo infierno de calles! Creíamos que no íbamos a llegar nunca. Se turnan para coger sitio en los balcones estucados, donde bailan y tocan silbatos de colores rastafari en dirección a las

multitudes de debajo. Leah se emborracha enseguida. Ha empezado demasiado pronto. No encuentra a Michel. Acierta a ver a Frank, fácilmente distinguible entre esa muchedumbre. Están en el pasillo. La música suena tan fuerte, dentro y fuera del piso, que sólo se puede transmitir una información muy precaria. Nat vendrá más tarde. Está con los niños en una de las carrozas de la iglesia de Marcia. ¿Bocadillo de salchicha?

—¿Y cuál es el secreto, pues?

—¿Cómo?

—EL DE TU FELICIDAD, FRANCESCO.

—NO TE OIGO. ¿ESTÁS BORRACHA?

Se trasladan a la cocina, donde los bajos no pueden encontrarlos. Ella repite su pregunta. Pues que nos lo contamos todo, dice él. ¿Ponche?

La cocina está abarrotada. Ella necesita agua. Intenta avanzar hacia los grifos. ¿Vaso limpio, copa o

tazón? Pitillos y comida en el desagüe. El tiempo no ha permanecido quieto durante este proceso. Frank se ha perdido. Michel sigue perdido. ¿Quién es toda esta gente? Nada de colas para usar un retrete, nada de inmundicia callejera entre los dedos de los pies, nada de pagar seis libras por una lata de Red Stripe. ¿Lo ves? ¡Os lo llevo diciendo todos estos años! Es un sitio perfecto. Desde aquí se puede ver todo. Y de pronto aparece Nat, a solas en el balcón y

mirando hacia la calle. Se vuelve. Frank está en la entrada del cuarto. Leah en un punto intermedio, inadvertida entre el gentío. Ve al marido mirar a la mujer y a la mujer mirar al marido. No ve ni una sonrisa ni un gesto ni un saludo; no ve reconocimiento o comunicación; no ve nada. Circulan unos cuencos con cámaras desechables de alegres colores. El anfitrión los anima a dejar constancia del momento. Todo el mundo se turna para probarse la peluca de rastas. Leah

está sorprendida consigo misma: se lo está pasando en grande.

37

—¿Cómo que no están? Pero si hace dos horas que he dejado la

cámara. Se supone que tardan una hora.

—Lo siento, señora, pero no encuentro nada con ese nombre.

—Hanwell, Leah. Por favor, vuelva a mirar.

Leah pone las manos sobre el mostrador.

—¿Está segura de que ha sido hoy?

—No lo entiendo. ¿Me está

diciendo que las ha perdido? He venido hace dos horas. Hoy. Lunes. Me ha atendido un hombre.

—No tengo registrado el nombre que me da usted. Yo acabo de llegar, señora. ¿Sabe quién la ha atendido? ¿Era un chico joven o un hombre mayor?

—No me acuerdo. Pero sé que he venido aquí.

—Señora, hay otra droguería en la estación, ¿está segura de que no ha

ido a la otra?

—Sí, estoy segura. Hanwell, Leah. ¿Puede mirar otra vez?

Se forma una cola detrás de ella. La gente intenta decidir si está loca. El internamiento obligatorio de enfermos mentales es un hecho habitual en NW, y no siempre son los individuos que uno imagina. La mujer india con bata blanca que está tras el mostrador vuelve a hojear los sobres amarillos de la caja.

—Ah... Hanwell. Es que no estaba en la hache. La habían puesto en un sitio incorrecto, ¿lo *ve* usted? Lo lamento mucho, señora.

No está loca. Fotografías. Es fácil olvidar las auténticas fotografías, su brillo y el placer que producen. Pero la primera es completamente negra, y también la segunda; la tercera sólo muestra un halo rojo, como el haz de una linterna debajo de las sábanas.

—Oiga, estas fotos no son mías. No

quiero...

La cuarta es Shar. Inconfundible. Riéndose del que está sacando la foto, pegada a una puerta, con una botellita de algo en la mano, ¿vodka? Bajo una diana de dardos en un cuarto cochambroso sin muebles. La quinta es Shar, todavía riéndose, ahora sentada en el suelo. Parece hecha polvo. La sexta es una pelirroja demacrada, todo piel, huesos y marcas de pinchazos, con un cigarrillo colgando de la boca, y

si observas con atención...

—Lo siento, señora. Démelas, parece que ha habido una confusión.

Michel, que estaba mirando cremas de afeitar, se acerca a ella. No está sorprendido. Es indignante esa perversa negativa a sentir asombro o sorpresa.

NW, un sitio pequeño.

Con dos droguerías.

Las fotografías se mezclan.

Parece razonable, pero ella no puede admitirlo razonablemente. Se enfurece ante la posibilidad de que él no la crea. ¡Es la chica! ¿No me crees? ¡Es una coincidencia insensata! ¡Sus fotos están en mi sobre! ¿No me crees? ¿Y por qué iba a creerla cuando ella le ha mentido sobre todo? La cola empieza a mostrar señales de impaciencia. Ella grita y la gente la mira como si estuviera loca. Michel

tira de ella hacia la salida, suena la campanilla de la puerta y todo acaba en un instante. En cierto modo, es la brevedad del episodio lo que enreda las cosas: esos pocos segundos en los que ella miró y vio lo que allí había. La chica. Sus fotos. Mi sobre. Es lo que ha pasado. Como un acertijo en un sueño. No hay respuesta. Tampoco hay forma de retirar lo que ha proclamado en voz tan alta frente a esos honrados vecinos del barrio, ni de pedir que la dejen ver otra vez

unas fotos que a todas luces no le pertenecen. ¿Qué iba a pensar la gente?

invitado

NW6

El hombre estaba desnudo y la mujer vestida. Quedaba raro, pero la mujer tenía que marcharse a algún sitio. El hacía el payaso tumbado en la cama y le agarraba la muñeca. Ella intentaba ponerse un zapato. Bajo su ventana se oían puertas de camiones que se abrían y cajas de verdura descargadas en el asfalto. Félix se incorporó y miró el aparcamiento de abajo. Un hombre

con un tabardo naranja llevaba en brazos tres cajas de manzanas y bregaba con unas puertas eléctricas. Grace dio varios golpecitos en la ventana con una uña larga y postiza.

—Cielo, te pueden ver.

Félix se desperezó. No hizo esfuerzo alguno por cubrirse.

—Desde luego, hay gente desvergonzada —señaló Grace, y se metió como pudo por un lado de la cama para enderezar las figuritas

colocadas en el alféizar.

Era una tontería tenerlas allí: durante la noche el hombre había derribado unas cuantas princesas y ahora ella le preguntó dónde estaba *Ariel*. El hombre se volvió hacia la ventana.

—Félix, te estoy hablando: ¿qué has hecho con ella?

—Yo no la he tocado. ¿Cuál es? ¿La pelopanocha?

—¡Y dale con lo de pelopanocha! Es pelirroja. Se ha caído por detrás del trasto este... ¡y ahí está muy guarro!

Era la oportunidad perfecta para una exhibición de hombría.

Félix introdujo su delgado brazo por detrás del radiador y sacó de allí una ex sirena. La sostuvo a la luz.

—Pelopanocha total.

Grace volvió a colocar la muñeca en su sitio, entre la castaña y la rubia.

—Tú sigue riéndote —dijo ella—. No te reirás tanto cuando te ponga de patitas en la calle.

Cierto. Las sábanas blancas estaban inmaculadas a excepción de la mancha húmeda que había dejado él mismo, y la moqueta se veía desgastada de tanto pasarle el aspirador. Sobre la única silla del cuarto, la ropa que él llevaba la

noche anterior ya estaba doblada y apilada. El teléfono rosa de la cómoda de cristal relucía, y la cómoda también. Había conocido a muchas mujeres, pero no creía haber tratado nunca a una tan femenina.

—¡Muévete!

El levantó el trasero para que ella pudiera recuperar un calcetín. Incluso el frasco de colonia que llevaba en la mano tenía forma de mujer, y eso que era una imitación

barata del supermercado. ¡Cómo le gustaría poder comprarle las cosas que quería! Y quería montones de cosas.

—Y si pasas por Wilsons, en la avenida... Fee, escúchame. Si pasas por allí, pregúntale a Ricky... sabes de quién te hablo, ¿no? Un chaval de piel clara con trenzas. Pregúntale si puede venir a echarle un vistazo al fregadero. ¿Qué hora es? Mierda, tengo que irme.

La vio rociarse de colonia la

garganta y el dorso de las muñecas, furtivamente, como si él no debiera advertir que ella podía oler a algo que no fueran rosas y sándalo.

—¿Tarjeta de transporte?

El hombre se puso las manos detrás de la cabeza encogiendo virilmente los hombros. La mujer chasqueó la lengua y se fue a buscar por la diminuta sala. No era fácil conservar la virilidad a solas. Hacía montones de abdominales. ¡Montones! Tenía el vientre tan

cóncavo como una cortina absorbida por una ventana abierta. Cogió del suelo el periódico del día anterior. Tal vez la clave era esforzarse menos. ¿Acaso los hombres a los que ella más había querido no eran los que menos interés ponían?

—Fee, ¿hoy trabajas?

—Qué va, esta semana solamente me necesitaban el viernes.

—Tendrían que garantizarte los

sábados. Es cuando hay más trabajo. Te están faltando al respeto. Tienes formación. Tienes un certificado. No puedes dejar que esa gente te falte al respeto de esa manera.

—Es verdad —dijo Félix, y pasó a la página 3.

La mujer se acercó al hombre y desgranó el título de una canción hip-hop alternándolo con besos: *Never. Ignorant. Get-ting. Goals. Accomplished*\ algo así como

«nunca un ignorante consiguió ninguna meta». Luego frunció distraídamente el ceño observando los pezones de la mujer blanca que aparecía en el periódico, que a Félix (aunque sin duda más familiarizado que Grace con esa clase de pezones) también le resultaban curiosos, diminutos y rosados como los de una gata.

—Ni siquiera has hecho lo que te dije, ¿verdad? ¡Fee! ¿Lo has hecho?

—¿El qué?

—¡La lista! No la has hecho, ¿verdad?

Félix soltó un gruñido ambiguo, pero lo cierto era que no había enumerado las cosas que necesitaba del universo, y para sus adentros dudaba que hacerlo fuese a cambiar su situación laboral. No había trabajo suficiente para justificar la presencia de cinco empleados cinco días a la semana. El era el que menos experiencia tenía y el último en llegar.

—¡Félix! —La cara de su amada reapareció en la puerta—. ¡Eh, acaba de llegar! Tengo que irme... te lo dejo en el sofá. Llévaselo a tu padre, ¿quieres?

El hombre quiso poner alguna objeción, él también tenía recados que hacer, pero como eran secretos se calló.

—Venga, Fee, que le va a encantar. No te metas en líos. Y escucha lo que te digo: esta noche me voy a quedar en casa de An-geline para ir

al carnaval desde allí. Así que llámame y me cuentas a qué hora te pasarás.

Él hizo una mueca de protesta.

—No, Félix, le prometí que nos disfrazaríamos juntas. Es una tradición. Ahora está sola, ya lo sabes. Tú y yo podemos ir de carnaval cuando queramos. No seas egoísta. Podemos ir el lunes. Nosotros nos tenemos el uno al otro, pero Angeline no tiene a nadie. Venga, no seas así. —Se

besó las yemas de dos dedos y apuntó con ellas al corazón de Félix; él le devolvió una sonrisa—. Chao.

¿Cómo se puede esconder la felicidad? Oyó que la puerta del piso se cerraba con un clic y luego el rápido trote de unos tacones sobre la madera podrida de cuatro tramos de escalera.

—¡Félix! Félix Cooper. ¿Qué tal,

colega?

Un chico gigantesco, cejijunto, con una sonrisa lela de dientes separados y un espeso vello negro que le asomaba por la parte trasera de la camiseta. Félix se encajó el grueso sobre bajo el brazo y se sometió a un laborioso y complicado apretón de manos. Estaba a medio metro de la puerta de su casa.

—Cuánto tiempo... No te acuerdas de mí, ¿verdad?

A Félix no terminaba de gustarle el puñetazo afectuoso que el otro le dio en el hombro, demasiado fuerte, pero esbozó una sonrisa y mintió:

—Pues claro que me acuerdo, socio. Cuánto tiempo.

Aquello satisfizo al joven, que le dio otro puñetazo a Félix.

—¡Me alegro de verte, hermano! ¿Adonde ibas?

Félix se frotó los ojos.

—A un rollo familiar. A ver a mi viejo. Tengo que irme.

El joven se rió:

—¡Lloyd! Antes venía a comprar el papel de liar. Hace cantidad que no lo veo.

Sí, el viejo Lloyd estaba bien. Seguía en los bloques, en Caldwell, sí, nunca se había marchado. Seguía llevando las rastas, sí. Seguía teniendo el tenderete en Camden. Vendiendo sus baratijas. Seguía con

lo mismo. Llegado aquel punto, Félix soltó una risita, suponiendo que eso era lo que se esperaba de él.

Los dos se quedaron mirando las torres de Caldwell, a menos de quinientos metros.

—La manzana no ha caído lejos del árbol, está claro, colega.

Aquello le recordó por fin el apellido: Khan. Del colmado de los Khan, en Willesden. Toda la

familia tenía la misma pinta, eran un montón de hermanos que le llevaban la tienda al padre. También habían vivido en Caldwell en los viejos tiempos, dos pisos por debajo de los Cooper. Félix no recordaba que hubieran sido especialmente amigos. Félix había llegado demasiado tarde a Caldwell para hacer buenos amigos. Para tenerlos había que ser de pura cepa.

—Buenos tiempos —dijo el chico

Khan; Félix se mostró de acuerdo por cortesía—. ¿Y ahora vives aquí?

—Mi chica vive ahí mismo. —Señaló con la barbilla el letrero del supermercado.

—Félix, colega, tú sí que eres del barrio. Me acuerdo de cuando trabajabas ahí. Me acuerdo de que te vi trabajando en la caja y me quedé en plan...

—Sí, bueno, ya no trabajo ahí. —

Félix miró con el ceño fruncido por encima de la cabeza del chico, en dirección a la cancha de baloncesto enrejada que había al otro lado de la calle, donde nadie había jugado ni nadie jugaría jamás al baloncesto.

—Pues yo ahora vivo en Hendon —dijo el chico con cierta timidez, como si fuera un destino demasiado bueno para confesarlo—. Me encanta. Estoy casado. Una chica maja, tradicional. Con un pequeñajo

en camino, *inshalá.* —Levantó el dedo anular, donde centelleaba un anillo, para que Félix lo viera—. La vida me trata bien, colega. Me trata bien. —La gente necesita sus pequeñas victorias—. Eh, Félix, ¿vas a ir al carnaval?

—Sí. Aunque seguramente sólo el lunes. Me hago viejo, colega.

—Pues a lo mejor nos vemos por allí.

Félix le dedicó una sonrisa afable.

Y señaló con el sobre en dirección a Caldwell.

* * *

NO HAY TIMBRE.

Había visto muchas veces **TIMBRE ROTO**, y también **PROHIBIDO ENTRAR**, pero **NO HAY TIMBRE** sugería un nivel nuevo de rendición.

Félix volvió a pegar con el pulgar la parte del post-it que se estaba despegando. Llamó un buen rato con los nudillos sin resultado alguno: el reggae sonaba tan fuerte que la tapa del buzón bailaba sobre sus bisagras. Al final caminó hasta la ventana de la cocina y pegó la boca al agujero de un palmo. Lloyd apareció al otro lado, descalzo y sin camisa, masticando ociosamente una tostada. Tenía las rastas recogidas en un moño con una cuchara de madera ensartada como

el palillo de una geisha.

—Lloyd... he estado llamando a la puerta. Déjame entrar, rasta.

De detrás de un cactus muerto que había en la repisa, Lloyd sacó una llave solitaria atada con un cordón de zapato que había sido blanco y se la pasó a su hijo.

—¡Esto parece una sauna!

Félix dejó caer su chaqueta al suelo y se quitó las deportivas con los

pies. En el estrecho pasillo se acordó de esquivar el primero de los varios radiadores incandescentes que te quemaban la piel aunque los tocaras de refilón. Sus pies se hundieron en la moqueta, un grueso pellejo sintético de color morado que llevaba allí veinte años.

—Escucha, no puedo quedarme. Tengo que estar en la ciudad a las doce. Sólo he venido a enseñarte una cosa.

Félix entró como pudo en la angosta cocina pasando por detrás de su padre. Hasta ese cuarto era un caos de máscaras africanas, tambores y demás trastos ancestrales. Cada vez que iba de visita encontraba nuevos cachivaches. Sobre un fogón había una olla enorme en cuyos bordes burbujeaba algo amarillento. Félix vio cómo Lloyd se envolvía la mano con un trapo para levantar la tapa.

—Ha llegado el libro aquel... el

que encontró Grace... —Le tendió el sobre—. Tendrías que llevarte todo esto al carnaval, colega. Ahora el tiempo acompaña. Podrías venderlo allí.

Lloyd desautorizó a su hijo con la mano.

—No tengo tiempo para esas chorradas. Ésa ya no es mi música. No es más que ruido.

En el fregadero había una pila de platos sucios y en un rincón se

apelotonaba una montañita de sábanas a la espera de la lavandería. Colgaba una bombilla desnuda. En un cenicero se consumía medio canuto.

—Lloyd, colega... Hay que limpiar un poco. ¿Por qué tienes la caldera encendida? ¿Dónde está Silvia?

—No está.

—¿Qué significa «no está»?

—Pues que ya no vive aquí. Se

largó. Se fue hace una semana, pero como llevas una semana sin llamar te sorprende. Pero para mí no es nuevo. Ya se había ido hace mucho tiempo. *This means freedom, this means lib-er-ty!* —Estas palabras salían de la canción que estaba sonando por casualidad en aquel preciso momento. Lloyd hizo un bailecito bamboleante en dirección a su hijo.

—Pues me debía cuarenta libras —dijo Félix.

—Mira esto, ¡canas! —Lloyd rebuscó entre su cabellera y sacó a relucir una pequeña mata de pelo blanco; aquellos dos hombres sólo se llevaban diecisiete años—. Con esa mujer echaba canas. En tres meses me convirtió en un viejo.

Te limpiaba el piso. Te escondía el canuto hasta mediodía. Te traía un poco de dinero para que no tuvieras que mendigármelo a mí. Félix se miró los dedos.

—Se acabó, Fee, se acabó, ¿cómo

puedes detener a alguien cuando quiere marcharse? ¿Cómo, eh? No se puede. Escucha: si no se puede parar a una mujer adulta con cuatro hijos, mucho menos a una colgada como Silvia, que no tiene nada. Que no tiene a nadie. —El énfasis le contrajo un momento los labios dándole un aspecto perruno—. ¡La gente tiene que seguir su camino, Félix! ¡Si quieres a alguien, dale libertad! Pero, eso sí, nunca te líes con una española, te lo aconsejo muy en serio. No son racionales.

¡En serio! No tienen el cerebro instalado de forma normal. —Algo húmedo cayó del techo sobre el hombro de Félix; la calefacción siempre encendida, los fogones y la falta de ventilación hacían que en el techo brotaran flores de moho. De vez en cuando se desprendían las virutas, como pétalos—. Escucha, me las apañé sin tu madre, y me las puedo apañar ahora. No te agobies, colega... voy a estar bien. Llevo bien todos estos años.

—¿Dónde está la pantalla de la lámpara?

—Cuando me desperté me di cuenta de que me había saqueado la casa. Te lo juro por Dios, Félix, tendría que haber llamado a la poli. A estas alturas la muy puta ya debe de estar en Madrid. El aparato de DVD. La esterilla del baño. La tostadora. Se llevó todo lo que no estaba atornillado, te lo juro. Hasta la furgoneta. ¿Cómo puedo vender nada sin la furgoneta? Dímelo.

—A mí me debía cuarenta libras —repitió Félix, aunque ya era inútil.

Lloyd agarró afectuosamente la cara de su hijo con las manos. Félix le ofreció el sobre con el libro.

—¿Por qué no viene a ver todo esto esa chica tan estupenda que tienes? —dijo Lloyd cogiendo el sobre—. ¡Es a ella a quien quiero impresionar, colega, no a ti! De eso se trataba, ¿no? ¡De eso trataba todo el asunto! Ella quiere conocer a un tipo que haya vivido de verdad

en Garvey House. Tú solamente naciste allí. Yo lo viví, hermano... Tranquilo, te estoy tomando el pelo. Déjame mear primero. Ten, ve abriendo esto. Hay té de jengibre por algún lado.

En la sala, Félix rasgó el sobre con torpe brusquedad: una nubecilla de espuma gris descendió sobre la moqueta. Colocados sobre el televisor, con sus marcos en forma de corazón oxidado, sus hermanos y

hermanas contemplaron aquel alarde de impericia. Devon a los seis años más o menos, con nieve, en Garvey House, y las gemelas Ruby yTia, hacía menos tiempo, sentadas en los escalones de cemento de alguna escalera de los bloques Caldwell. Daba igual por dónde rasgara el sobre, cada vez estaba ensuciando más. Por fin respiró hondo y sopló para limpiar la cubierta satinada. ¡Veintinueve libras! ¡Por un libro! ¿Y cuándo iban a pagárselo? Nunca. De tapa

dura, tan grande como un Atlas. ***GARVEY HOUSE:*** *Testimonio fotográfico.* Félix lo abrió por una página al azar, ruleta rusa. No había bala: una pareja tímida, recién casados, flacos y de aspecto rural, con peinados afro desiguales y marcas de acné, con un traje y un vestido de boda prestados que les iban grandes. No había invitados de boda, o por lo menos no en la foto. Celebraban el evento ellos solos, con una botella medio vacía de Martini Rosso. Se mordió el labio y

pasó varias páginas. Cuatro chicas negras muy atractivas, con pañuelos en la cabeza, tapando las pintadas de una pared con una lata de pintura (color ignoto, todo era en blanco y negro). De fondo, sillas rotas, un colchón y un chico fumando un porro. Félix oyó el ruido de la cisterna. Lloyd salió del baño sorbiendo por la nariz, sospechosamente animado. Se sacó un porro recién liado de los pantalones del pijama y lo encendió.

—Venga, pues. Vamos a echarle un vistazo.

La crónica fotográfica de un periodo fascinante en la historia de Londres. Mezcla de casa ocupada, centro de rehabilitación y comuna, Garvey House acogía a jóvenes marginados venidos de la periferia de

—No me leas rollos que ya conozco. No me hace falta que la peña me cuente cosas que ya sé. ¿Quién estuvo allí, él o yo? — Volvió a la página que Félix

acababa de dejar atrás—. Conozco a esas tías, colega. Esa es Anita, Prissy, ésa es Vicky. La reina Vicky, la llamábamos; a ésta no la conozco... ¡Qué preciosidad de mujeres! Ese cabrón del fondo es Denzel Baker. Un granuja. ¡Los conozco a todos! ¿Qué dice ahí? No llevo las gafas.

Mayo de 1977. Las muchachas decoraban el sitio una y otra vez. A veces los chicos llegaban a casa tarde y lo destrozaban todo, quizá por puro aburrimiento, o bien con

la esperanza de que el hermano Raymond les pagara para hacer las reparaciones.

—Sí, era bastante así. El hermano Raymond recibía fondos del Ayuntamiento de Islington y nosotros les tocábamos un poco los cojones, es verdad. Los chavales se lo cargaban todo y las chicas intentaban arreglarlo, ¡ja! No lo puedo negar. Menos tu madre. Ella también se lo cargaba todo. Esto fue durante la ola de calor. Arrancamos la puerta directamente. ¡El calor

nos freía! ¿Dónde estoy yo? Debería estar en ésta. ¡Esa es Marilyn! Y... ése es el hermano Raymond. Está mirando para otro lado, pero es él.

Félix observó la foto de cerca. Todo Garvey House desparramado en el patio de cemento. Niños descalzos y padres que también parecían niños. Peinados afro, pañuelos en la cabeza, trenzas africanas, estrafalarias pelucas rígidas, un rastafari alto, flaco y de

aspecto etéreo apoyado en un gran bastón. No estaba seguro de si recordaba aquello o si la misma fotografía estaba creando sus recuerdos. Cuando el ayuntamiento realojó a los Cooper, él solamente tenía ocho años.

—¡Fee, mira cómo molábamos! ¡Mira esa camisa! Los jóvenes ya no molan así. Ahora van con los pantalones caídos enseñando la raja del culo. ¡Nosotros sí que molábamos!

Félix tenía que admitirlo: aquello era estilo sin dinero, sin medios de ningún tipo. Camisas de nailon de la beneficencia llevadas con clase. Clarks maltrechos que pasaban por exquisitos zapatos italianos. **PODER NEGRO** pintado con letras de un metro en la tapia del jardín. Resultaba extraño ver aquí, confirmado en blanco y negro, lo que llevaba toda la vida considerando una exageración presuntuosa.

—Deja que te busque una buena foto del hermano Raymond. ¡Mira que te he hablado veces de Raymond! La razón era él.

Lloyd ojeó por encima aquellas páginas satinadas, saltándose un buen puñado de fotos. Le pasó el porro a Félix, que lo rechazó en silencio. Nueve meses, dos semanas y tres días.

—Si no fuera por el hermano Raymond, todavía estaría durmiendo en King's Cross. Era un

buen hombre. Nunca en la vida... ¡Espera! —Félix hincó la mano en el libro.

Página 37. Lloyd tumbado en un colchón sucio leyendo la *Autobiografía de Malcolm X.* Pantalones de campana y gafitas pequeñas, aquí también descamisado. Todavía joven. Con un peinado afro bien cuidado, de unos diez centímetros todo alrededor, en vez de las familiares rastas.

—¿Lo ves? Nunca me crees: siempre leyendo, yo siempre estaba leyendo. De ahí sacan seso los chicos. Me llamaban «profesor». Todo el mundo me llamaba así. Por eso más que nada me perseguía Jackie. Porque se quería meter aquí.
—Se dio varios toquecitos en la sien y sugirió con una mueca que los misterios guardados ahí dentro eran de una intensidad aterradora, incluso para su propio dueño—. Un rollo vampírico. Siempre estaba chupando conocimientos.

Félix asintió con la cabeza. Intentaba escudriñar aquella fotografía. Preguntó por los nombres de tres tipos que salían en ella: jugaban al blackjack y fumaban sentados en torno a una mesa.

—A dos de ellos los enchironaron por asesinato. A ese que tiene la cara pequeña, no me acuerdo de cómo se llamaba, y a éste, Antoine Greene. ¡Eran tiempos difíciles! Vosotros no tenéis ni idea. La gente

de ahora... Ese idiota de Barnés. ¿De qué coño cree que habla? «¡La lucha!» Pero si tiene un piso de tres dormitorios, el tío. Y dentro de un par de años cobrará la pensión completa de correos. No necesito que ese idiota me dé lecciones. ¡Yo he visto la lucha!

Lloyd subrayó sus palabras con un puñetazo en la pared y los pensamientos de Félix siguieron la reverberación hasta el piso contiguo.

—Barnesy es legal, colega. Es un buen tío —dijo de forma automática para defender una serie concreta de recuerdos: jugar con las hijas de Phil junto a los cubos de basura, hurgar entre los fósiles de Phil, cultivar brotes de mostaza sobre algodones en el balcón de Phil. De niño, Félix se imaginaba que el mundo adulto estaba lleno de hombres como Phil Barnes. Que en Inglaterra eran tan comunes como las flores silvestres.

—Es un idiota —dijo Lloyd, y encontró sus gafas entre dos cojines del sofá.

Félix asumió la tarea de pasar las páginas y enseguida dio con el hermano Raymond, esta vez retratado con claridad mientras ayudaba a reconstruir la tapia delantera.

—Ves Holloway Road, ¿verdad? Pues mira, justo donde está ahora la agencia de colocación, ahí estaba.

El hermano Raymond resultó ser un tipo bajito con una pulcra barbita trotskista.

—Me dijiste que era cura.

—¡Y lo era!

Félix siguió con un dedo el pie de foto:

—«Trabajador social voluntario.»

—Escucha, te digo que era cura. En espíritu, al menos.

Félix bostezó sin demasiada discreción. A Lloyd empezaron a molestarle los pies de foto.

—Sí, claro, vale, ésa era Ann. ¿Y qué? Ann no sé qué. ¡Hace treinta años, colega! Todo el mundo estuvo con Ann. ¡Era una furcia! ¿Y qué? ¿Quién le dio permiso a ese tío para hacer tantas fotos? ¡Ni que estuviéramos en el zoo! —Félix reconoció la curva anímica de la marihuana; una anticuada tetera de estaño empezó a pitar en la cocina

—. Fee, ve a preparar un poco de té.

Cuando abrió los armarios, Félix encontró el frasco de la miel volcado y la caja del té pegada al estante. Puso manos a la obra con un paño mojado. Lloyd gritó a través de la fina pared:

—Un renacuajo blanco, ¡me acuerdo de él! Todo el santo día dándonos la tabarra con las fotos, dale que dale el tío. Uno de esos que quieren participar en la lucha

cuando ni siquiera es su lucha. El tontaina de al lado es igual: la misma mentalidad. Nosotros íbamos a lo nuestro. A veces el tipo tenía suerte de salir vivo, ¿me entiendes? Aquellos chicos no se andaban con bromas, qué va, nada de bromas. Y nadie nos dijo que fueran para un libro, nadie habló de dinero. Y el ayuntamiento tenía algo que decir, ¿o no? Si tú sacas una foto de alguien, ¿vale?, si tú sacas una foto, ¿vale, Félix?, ¡esa imagen tiene derechos de propiedad! —

Lloyd apareció en la puerta de la cocina con los ojos inyectados en sangre—. Ahí está el alma, ¿entiendes? ¿Cómo vas a vender eso, ley inglesa en mano? Ni hablar. ¿Y en un edificio público del ayuntamiento? Para nada, hombre. Ve a la biblioteca y mira los libros de leyes. ¿Dónde está mi dinero? ¿Ese tío está vendiendo mi imagen por el internet? Mi imagen, joder. Y una mierda. ¿Dónde están mis derechos, leyes inglesas en mano? Al mío ponle un poco de miel.

Félix vio desde la puerta cómo Lloyd se apoltronaba con su libro en el viejo sofá de velvetón, colocaba un montoncito de galletas de avena en la mesilla de cristal, dejaba al lado el té y mecía delicadamente el porro con el ángulo preciso para que la mesa quedara a salvo y la ceniza cayera sobre la moqueta. Se planteó preguntarle cuándo había sido la última vez que había hablado con

De-von, pero acabó optando por la vía de la autoconservación.

—Lloyd, me abro.

—Pero ¡si acabas de llegar!

—Ya lo sé... pero me abro. Tengo cosas que hacer.

Félix dio una palmada en el marco de la puerta con un gesto jovial y, confiaba, concluyente.

—¿Para quién? —dijo Lloyd con

frialdad, sin levantar la vista—. ¿Para ti o para ella?

Era aquel tono especial, inquisitivo, agudo y repentinamente jamaicano elevándose sinuosamente hacia Félix como una serpiente salida de una cesta. Félix intentó tomárselo a broma («venga ya, colega, no empieces con eso»), pero Lloyd sabía exactamente adonde dirigir su veneno.

—Yo sólo intento educarte, ¿vale? Y no es que tú no me escuches,

Félix, es que no me quieres escuchar. Ya eres mayor. Pero déjame que te pregunte una cosa: ¿por qué sigues yendo detrás de las tías como si ellas te pudieran salvar la vida? En serio. ¿Por qué? Mira a Jasmine. Es que no aprendes. El hombre no puede satisfacer a la mujer, ¿vale? Da igual cuánto le dé. La mujer es un agujero negro. He estudiado a fondo la literatura sobre el tema, Félix. Biológica, social, histórica, hasta el último oráculo. La mujer es un agujero negro. Tu

madre era un agujero negro. Jasmine era un agujero negro. Y esa que tienes ahora es igual, y además es guapa, o sea que te va a sorber del todo antes de que te des cuenta. Cuanto más guapas, peores. — Lloyd bebió un largo y satisfactorio trago de té.

—Me has alegrado el día —dijo Félix débilmente, y a duras penas consiguió salir del cuarto.

En el pasillo, mientras volvía a calzarse las Nike, Félix oyó la

mano de Lloyd aporreando una página.

—¡Félix, ven!

Regresó para encontrarse a su padre doblando el lomo del libro hacia atrás y apretando la juntura entre dos páginas hasta aplanarla.

—Mira ahí, en el borde: la del vestido de flores... me acuerdo de esas flores, eran de color lila. Estoy seguro al ciento veinte por ciento. ¡En serio! ¿Por qué siempre dudas

de lo que digo? Es Jackie. Mira, cuando estaba embarazada de las niñas se puso zapatos planos, ¿vale? Siempre. Jamás llevaba zapatos planos a menos que no tuviera otro remedio, ¿vale? Muy presumida.

Lloyd estiró la mano para coger su porro, satisfecho de aquella lógica. Félix se sentó en el brazo del sofá y contempló el supuesto codo y el presunto pie izquierdo de su madre. Un músculo de esperanza quiso

tensarse en su interior, pero lo tenía debilitado por falta de uso. Se apoyó en la pared. Lloyd se movió para acercarle el libro a la cara. Aquel sitio era un invernadero, era insoportable. ¡Hasta las paredes sudaban! Lloyd le arreó otro bofetón a la página.

—Esta. Es. Jackie. Al ciento veinte por ciento.

—Tengo que abrirme —dijo Félix.

Le dio a su padre un beso fugaz en

la mejilla y se largó.

El aire de fuera estaba frío por contraste. Félix se secó la cara y se concentró en respirar como una persona normal. Cuando cerraba la puerta, el vecino de al lado hizo lo mismo. Phil Barnes. ¿Qué edad tendría, sesenta? Intentaba levantar la pesada maceta que había junto a la entrada. Le echó un vistazo a Félix, que sonrió y se quitó la gorra.

—¿Qué tal, Félix?

—¿Qué tal, señor Barnes?

—Míralo: me lo sentaba en la rodilla y ahora me llama señor Barnes.

—¿Qué tal, Barnesy?

—Eso está mejor. Demonios, cómo pesa esto. No te quedes ahí plantado como un «joven», Félix. Como un JOVEN inútil. Echame una mano con esto, ¿quieres? —Félix

alzó la maceta—. Así me gusta.

Félix observó cómo Barnes miraba a un lado y otro del corredor a la manera de un agente secreto, dejaba caer una llave al suelo y la escondía debajo de una patada.

—Terrible, ¿verdad? Yo preocupándome por mi propiedad como una vieja. Como un PLUTÓCRATA. Dentro de nada estaré diciendo cosas como «¡hay que andarse con mucho cuidado!». Cuando llegue a ese punto me

matas, ¿vale, Félix? Me metes un tiro entre las cejas.

Se rió y se quitó las gafitas redondas a lo Lennon para limpiárselas con la camiseta. Clavó una mirada escrutadora en Félix; de pronto tenía un aire vulnerable, como de topo.

—¿Vas al carnaval, Félix?

—Sí, seguramente, pero mañana. Hoy es sábado, ¿no?

—Claro, claro. Ya me falla el cerebro. ¿Cómo está tu padre? Ultimamente no lo veo mucho por ahí.

—Lloyd está bien. Lloyd es Lloyd.

Era conmovedor que Phil Barnes tuviera la amabilidad de fingir, ante él precisamente, que todavía se hablaba con el que había sido su vecino durante treinta años.

—¡Eso sí que es elocuencia, Félix! «¡Más vale una palabra que mil

imágenes!» Cierto, ¿o no? Aunque ahora que lo pienso es al revés, ¿verdad? ¿No es una imagen lo que vale más que mil palabras?

Félix se encogió de hombros afablemente.

—¡No me hagas caso, Félix! Me he convertido en el típico viejo chocho. Te debe de matar de aburrimiento escuchar a alguien como yo. Me acuerdo de cuando era joven. No aguantaba a los viejos con sus quejas, siempre rajando.

¡Dejad en paz a los jóvenes! ¡Tened un poco de fe en ellos! ¡Que se dediquen a sus cosas! Soy un poco antisistema, pero es que yo era *mod,* ¿sabes? Todavía lo soy, a mi manera. Hoy día, en cambio —añadió Phil apoyando una mano en la barandilla de la galería—, bueno, los jóvenes no tienen esperanzas, Félix, no tienen ninguna. Nosotros hemos agotado todos sus recursos, ¿verdad? ¡Se lo hemos agotado todo, es verdad! Y ahora te estoy soltando otro sermón,

¿verdad? ¡Escápate! ¡Escapa! Soy como el «tsunami plateado». ¿Lo leiste? Salió en el *Guardian* de la semana pasada. Pues soy yo, según parece. Los nacidos entre 1949 y mil novecientos no sé cuántos. Una generación de egoístas. Hemos agotado todos los recursos, fíjate. Se lo conté a Amy y ella me dijo: «Joder, ¿y de qué podemos presumir nosotros?» Me hizo reír. No es que esté muy politizada, Amy, ¿sabes?, pero tiene buenas intenciones. Sí, buenas intenciones

—dijo Phil, y parecía inquieto por haberse alejado en exceso de la charla intrascendente para acercarse al centro de las cosas; cada vez le pasaba más, y ahora debía regresar a las cosas triviales —. ¿Qué edad tienes, Félix?

Félix se dio un puñetazo en la palma.

—Treinta y dos. Me estoy haciendo viejo. Ya ni siquiera tiene gracia.

—Bueno, nunca la tiene, ¿sabes?

Por eso los viejos se quejan todo el rato. Estoy empezando a compadecerlos un poco, te lo aseguro, con sus dolores aquí y allá. ¿Le das al botón, por favor? ¿Está estropeado? Vaya, pues cojamos la escalera. Mejor para ti. Estos ascensores son un desastre total. —Félix abrió la puerta de la salida de incendios y se la aguantó a Barnesy—. Por otro lado, no tienen nada más que hacer, esos chicos, ¿verdad que no? Eso es lo que me molesta. Eso dirían algunos.

Bajaron juntos por la estrecha escalera de cemento, Barnesy delante y Félix detrás. Verlo por la espalda era como un viaje en el tiempo: iba vestido exactamente igual y no se apreciaba ni rastro de los veinte años transcurridos. Su pelo claro y fino estaba encaneciendo de forma sutilmente plateada, de modo que parecía volverse más rubio, y todavía le llegaba, a la manera juvenil, hasta los hombros, tan redondeados, osunos y blandos como siempre.

Aún vestía chaleco negro desabrochado, con una chapa de la campaña por el desarme nuclear en la solapa, una holgada camiseta blanca y vaqueros elásticos de tono celeste descolorido. En los bolsillos de atrás llevaba un par de alpargatas para ponérselas en cuanto terminara su ronda. Podías verlo en el café Rose de la avenida, almorzando con las alpargatas puestas. Félix veía aquello como un toque de excentricidad hasta que él también estuvo repartiendo correo,

solamente cinco meses a finales de siglo, y descubrió que era el trabajo más agotador que había hecho en su vida.

—Siempre los llaman «jóvenes», ¿verdad? —dijo Phil, y se detuvo una vez más, a media escalera, en postura meditabunda; Félix se apoyó en la barandilla para escucharlo, aunque había oído el mismo discurso mil veces—. No a los niños pijos de la zona del parque, ésos son muchachos sin

más, pero los nuestros son «jóvenes», a los de clase obrera los llaman «jóvenes», es terrible, ¿no te parece? Vienen por aquí, Félix... Intenté contárselo a tu padre, pero a él le da igual, ya lo conoces, casi siempre tiene la cabeza llena de mujeres... La policía viene por aquí preguntando por nuestros chicos (no los nuestros de verdad, claro, ésos hace tiempo que se fueron, sino los chicos de la comunidad), en busca de información, ya sabes. ¡Para proteger de nuestros chicos las

casas señoriales del parque! Es una vergüenza, de verdad. Pero a vosotros no os importan esas mierdas, ¿verdad que no, Félix? Vosotros solamente queréis divertiros. ¿Y por qué no? A los jóvenes hay que dejarlos en paz, digo yo. Es mi opinión. Mi mujer piensa que tengo demasiadas opiniones, pero qué se le va a hacer. Los chicos de aquí no quieren enterarse de nada. Me parte el corazón. Sólo quieren ver esos *reality shows,* leer la prensa

amarilla, esa puñetera porquería. Calla la boca y cómprate un teléfono nuevo... así es la gente de por aquí hoy en día. No están organizados, no están politizados... Mira, en los viejos tiempos yo tenía conversaciones muy interesantes con tu madre. Ella tenía ideas muy interesantes, ¿sabes? Por supuesto, soy consciente de sus problemas, problemas serios, pero tenía algo que a la mayoría de la gente le falta: curiosidad. Puede que no siempre tuviera las respuestas

correctas, pero por lo menos se hacía las preguntas. Yo eso lo valoro en una persona. Solíamos llamarnos «camarada», ¡y tu padre se cabreaba! Era una mujer interesante, tu madre, yo podía hablar con ella. Cuesta mucho, Félix, fíjate, si te interesan las ideas y todo eso, las ideas y las filosofías del pasado... cuesta mucho encontrar a alguien con quien hablar, ésa es la tragedia, en serio, o sea, piénsalo. Está claro que por aquí ya no puedo encontrar a nadie

con quien hablar. Y para las mujeres todavía es más difícil, fíjate. Se pueden sentir muy atrapadas. Por culpa del patriarcado. Sí noto que todo el mundo necesita una pequeña charla de vez en cuando. Sí, una mujer muy interesante, tu madre, muy delicada. Para alguien así todo es difícil.

—Ya —dijo Félix.

—No pareces muy convencido. Es cierto que yo no conocí a tu madre muy bien, está claro... sé que tu

padre no habla demasiado bien de ella. No lo sé. Es complicado, ¿verdad?, todo el tema de las familias. Uno no tiene distancia y no puede ver con claridad. Te pondré una analogía. ¿Sabes esas pinturas que tu padre vende a veces, esas hechas de puntos y que tienen una imagen escondida? Pues si te pones demasiado cerca no ves la imagen. Pero yo estoy en la otra punta de la sala, ¿entiendes? Tengo una perspectiva distinta. Cuando mi viejo estaba en la residencia ge-

riátrica, y mira que era una auténtica pocilga, te diré una cosa: algunas enfermeras me contaron cosas suyas de las que yo no tenía ni idea. Ni idea. Y nadie lo conocía mejor que yo. En ciertos sentidos. No en todos. Pero bueno, ya me entiendes. En el fondo es una cuestión de contexto.

Salieron al césped comunitario bajo un sol de justicia, enorme y naranja.

—Y tus hermanas están bien, ¿verdad? Seguro que todavía son

imposibles de distinguir.

—¡Buf, esas chicas! A Tia le dan las mil y Ruby es una vaga del quince.

—¡Lo has dicho tú, no yo! ¡Que conste en acta! —dijo Phil soltando una risita y alzando los brazos en gesto de inocencia—. A ver si lo he entendido bien: lo de las mil quiere decir que siempre llega tarde, ¿verdad? Creo que me lo dijiste la última vez. ¿Lo ves? No me pierdo una. Tengo mi jerga al día. Y «del

quince» quiere decir «muy» o «mucho» o «de verdad». Viene a ser un intensivo. Estoy al día. Vivir aquí ayuda, claro: oyes hablar a los chicos, los paras y les preguntas. Ya te puedes imaginar que ellos me miran como a un loco.

Suspiró. Luego vino la difícil transición, siempre difícil de la misma manera:

—¿Y al pequeño, Devon, cómo le va?

Félix movió la cabeza para transmitir su aprecio por la pregunta. Phil era la única persona de los bloques que le preguntaba por su hermano.

—Le va bien, colega. Le va bien.

Cruzaron el césped en silencio.

—Si no fuera por éstos, te lo juro, Félix, a veces pienso que me largaría de aquí, en serio. Me iría a Bournemouth con todos esos vejestorios de mierda.

Golpeó un árbol con los nudillos para que Félix se parase debajo y levantara la vista: un dosel envolvente de denso follaje, como estar bajo la falda acampanada de una princesa Disney. Félix nunca sabía qué decir sobre la naturaleza. Esperó.

—Un poco de verde tiene mucho poder, Félix. Mucho poder. Sobre todo en Londres. Hasta los londinenses de pura cepa lo necesitamos, por eso vamos a

Hampstead Heath, ¿verdad que sí?, lo ansiamos. Incluso nuestro parquecito es importante. Un poco de verde. *En algún lugar melodioso/ de verdes hayas y sombras sin fin...* ¿Qué poema es? ¡La «Oda a un ruiseñor»! Un poema muy famoso. De Keats. Que también era londinense, fíjate. Pero ¿cómo ibas a saberlo? ¿Quién podría habértelo enseñado? Vosotros ya tenéis vuestra música, ¿verdad?, vuestro hip-hop o vuestro rap... ¿Qué diferencia hay entre las dos

cosas? Nunca he estado seguro. Admito que nunca he entendido ese rollo de los diamantes, las cadenas y los dientes de oro, Félix... A mí me parece muy retrógrada esa obsesión por el dinero. Tal vez sea un símbolo de otra cosa... no lo sé. Pero bueno, por lo menos cuento con mis versos. ¡Aunque tuve que aprenderlos por mi cuenta! En aquella época, como suspendieras la reválida estabas listo... te tocaba pedalear. Así eran las cosas. La educación que tengo tuve que

buscármela yo mismo. Eso me ponía furioso. Pero así eran las cosas en Inglaterra para la gente como nosotros. Y ahora es igual, aunque con otro nombre. ¡Y a ti también debería ponerte furioso, Félix, a ti también!

—A mí me preocupa más el día a día. —Félix le dio un codazo en el costado—. Tú eres un rojillo, Barnesy, un comunista de pro.

Más risas, el cuerpo doblado de la risa, las manos sobre las rodillas.

Cuando volvió a incorporarse, Félix le vio lágrimas en los ojos.

—¡Es verdad! Debes de pensar: ¿de qué coño habla éste la mitad del tiempo? ¡Propaganda! ¿De qué coño habla? —Su rostro se rendía a los sentimientos—. Pero yo creo en la gente, ¿sabes, Félix? Creo en ella. Vale, no me ha servido de nada, pero me da igual. Creo de verdad en ella.

—Sí, Barnesy, pero cambia de canción —repuso Félix, y le dio

una palmada en la espalda a su viejo amigo.

Salieron de los bloques y tomaron la cuesta que llevaba a la calle.

—Me voy al almacén, Félix. Turno de tarde. Clasificar. ¿Adonde vas? ¿Vas por la avenida?

—Qué va. Llego tarde. Voy a la ciudad. Mejor que coja el metro. Primero cogeré el autobús.

Lo tenían justo delante, abriendo

sus puertas. La señora Mulherne, otra vecina de Caldwell, arrastraba una bolsa de espaldas, con el cuerpo doblado y las medias arrugadas a la altura de sus frágiles tobillos. Barnes se apresuró a ayudarla. Félix supuso que él también debía echar una mano. Era casi ingrávida, se la podía llevar el viento. Las mujeres envejecen de otra manera.

Cuando tenía doce años, la señora Mulherne le parecía un poco mayor

para andar por ahí con su padre; ahora parecía la madre de su padre. Atisbo matinal de unas piernas recias y rosadas, envueltas en una toalla de baño raída, alejándose por el pasillo que llevaba al lavabo comunitario. Y no fue la única. «Qué valiente, cuidar tú solo de cuatro chiquillos. Ella no es lo bastante buena para ti, cielo. Te mereces algo mejor. A todos se nos parte el alma.» Las damas de Caldwell transmitiendo sus condolencias. En las paradas de

autobús, en la sala de espera del médico, en el Woolworths. Como una canción de éxito que te sigue de tienda en tienda. «Hace lo que sea por los crios. Se desvive por ellos. No se puede decir lo mismo de su mujer.» Una de ellas, la señora Steele, era su cocinera privada. Se ruborizaba cuando lo veía y le servía ración extra de patatas fritas. Es raro lo que uno recuerda después... o lo que uno comprende.

—¿Grace qué?

—Grace. Punto.

—¿No tienes apellido?

—Para ti no.

En la misma parada de autobús. La vista clavada en los tobillos de sus vaqueros oscuros, arreglándose una y otra vez el dobladillo para que se ajustara a las botas altas y negras. Con el caracol pegado a la frente. Pensó que nunca había visto una

belleza semejante.

—Venga, mujer, no seas así. ¿Tú sabes qué significa «Félix»? Feliz. Yo traigo felicidad, ¿lo ves? Pero ¿puedo preguntarte una cosa? ¿Te molesta que me siente aquí? Grace... ¿puedo hablar contigo? Los dos estamos esperando el mismo autobús, ¿verdad? Por qué no, pues. Pero ¿te molesta que me siente aquí?

Ella lo miró finalmente con unos ojos manufacturados, ese castaño

claro que se compra en la avenida. Tenía un aspecto sobrenatural. Y él lo había sabido de inmediato: ésta es mi felicidad. Llevo toda la vida esperando en esta parada y por fin acaba de llegar mi felicidad. ¡Y por fin ella habló!

—Félix te llamas, ¿no? No me molestas, Félix. Para molestarme tendrías que importarme, ¿lo pillas? Tal como lo oyes.

Su autobús coronó la colina. Entonces. Ahora.

—No, espera, no seas así, escúchame: no intento camelarte. Es que me has ñipado. Sólo quiero conocerte. Tienes una cara súper... intensificada.

Una estrella de cine enarca las cejas.

—¿Ah, sí? Pues tú tienes cara de camelar a las chicas en las paradas de autobús.

Inocente a los cinco años en aquella parada de autobús. Borracho a los catorce. Colocado a los veintiséis. Ciego a los veintinueve, hasta las cejas de farlopa y ketamina: «No puedes dormir aquí, hijo. O te vas a otro lado o te llevamos a comisaría para que duermas la mona.» Si pasas suficiente tiempo en el mismo sitio se te solapan los recuerdos.

—Gracias por ayudarme a bajar, Félix, majo. Me alegro de verte. Ven a casa cuando quieras. Estoy

abajo mismo. Dale recuerdos a Lloyd.

Félix saltó de nuevo al autobús. Se despidió con la mano de Phil Barnes y éste le alzó los dos pulgares. Se despidió con la mano de la señora Mulherne mientras el autobús subía la cuesta y la dejaba atrás. Pegó la mano contra el cristal. Grace con setenta años. El tatuaje de Campanilla que daba inicio a su espalda arrugado o expandido. Pero ¿cómo podría

Grace tener alguna vez setenta años? Mírala. («Fee, acuérdate: yo ni siquiera tenía que estar allí. Tenía que estar en casa de mi tía en Wembley. ¿Te acuerdas? Era el día que me tocaba cuidar a sus niños, pero ella se lesionó el pie y se quedó en casa. Así que me dije: pues cojo el autobús, me acerco a la ciudad y hago unas compras. Félix, por favor, no me niegues que fue el destino. Me da igual lo que digan: está clarísimo que todo tiene una razón de ser. ¡No me niegues

que el universo quería que yo estuviera allí en aquel instante!)

* * *

No introducir el pie entre el coche y el andén. Félix entró en el segundo vagón empezando por la cola y examinó el plano del metro como si fuera un turista; tardó un momento en convencerse de unos detalles que

ningún londinense de pura cepa tendría que verificar: de Kilburn a Baker Street (línea Jubilee); y de Baker Street a Oxford Circus (línea Bakerloo). Otros confían en sí mismos. Una variante del mismo instinto mantenía su mano en el fondo del bolsillo aferrando un papel con un nombre. Pasó un tren disparado que lo lanzó sobre el asiento al que se dirigía. Poco después parecía que los dos trenes navegaran juntos. Le echó un vistazo a su pareja del tren vecino.

Una mujer menuda que le pareció judía sin saber muy bien por qué: morena, guapa, sonriendo para sí misma, con un vestido azul de los setenta (cuello grande, estampado de pajaritos blancos). Ella le miraba la camiseta con el ceño fruncido. Intentaba entenderla. A él le dio por sonreír. Una ancha sonrisa que subrayó sus hoyuelos y reveló tres dientes de oro. La carita morena de la chica se oscureció como un cielo borrascoso. Primero aceleró su tren, luego el de Félix.

(W1)

—¿Eres Félix? ¡Hola! ¡Genial! ¡Eres Félix!

Estaba de pie frente al Topshop. Un chico blanco alto y flaco con un enorme flequillo castaño abandonado sobre la cara. Vaqueros de pitillo y aparatosas gafas negras. Parecía necesitar un momento para reajustarse el cerebro; Félix se lo concedió

sacando su tabaco y liándose un cigarrillo mientras el chico decía:

—Tom Mercer. Está a la vuelta de la esquina. Bueno, a unas cuantas calles.

Y se rió para disimular la sorpresa. Félix no sabía por qué su voz engañaba tantas veces por teléfono.

—¿Vamos? O sea, ¿puedes liar y caminar a la vez?

—Con una mano y corriendo,

colega.

—Ja. Muy bien. Por aquí.

Pero parecía incapaz de franquear la aglomerada esquina de Oxford y Regent; tras varios intentos fallidos había conseguido retroceder un palmo. Félix lamió el papel de liar y vio cómo el chico cedía el paso a un peruano que llevaba una pancarta de cuatro metros: **ALFOMBRAS DE SALDO A CIEN METROS**. No era de Londres, por lo menos no originalmente, pensó

Félix, que había estado una vez en Wiltshire y volvió pasmado. Félix se puso al frente y tomó el mando atravesando un enjambre de chicas indias con exuberantes coletas negras y pins dorados de Selfridges en las solapas. Félix y el chico blanco caminaban contra el flujo natural del gentío; tardaron cinco minutos en cruzar la calle. Félix diagnosticó una resaca. Labios agrietados y ojos de panda. Una delicada reacción a la luz.

—¿Hace mucho que lo tienes?... —preguntó Félix.

El chico pareció sobresaltado. Se metió una mano entre el flequillo.

—¿Cómo...? Ah, ya. No. O sea, me lo regalaron hace unos años, cuando cumplí veintiuno. Era de mi padre, que lo tenía desde hacía mucho. No es un regalo muy práctico. Pero tú eres especialista, claro... tú no tendrás esa clase de problemas.

—Mecánicos.

—Eso. Mi padre conoce tu taller. Hace treinta años o más que tiene coches de ésos y conoce todos los talleres especializados. En Kilburn, ¿verdad?

—Sí.

—Eso está por Notting Hill, ¿verdad?

—Pues no.

—Ah, mira, Félix. Gira a la izquierda por ahí. Vamos a escapar

de este caos.

Se escabulleron por una callejuela lateral adoquinada. A cincuenta metros, en Oxford Street, la gente se apiñaba, tan compacta como en el carnaval y casi tan ruidosa. Pero donde estaban reinaban el silencio y la soledad. Puertas negras relucientes, pomos metálicos, buzones metálicos y farolas salidas de un cuento de hadas. Pinturas antiguas con barrocos marcos dorados descansando sobre

caballetes y ladeadas en dirección a la calle. **PREGUNTE NUESTROS PRECIOS**. Sombreros de señora en perchas individuales, con plumas, listos para volar. **LLAME AL TIMBRE Y LE ATENDEREMOS**. Tienda tras tienda sin un alma dentro. Al final del callejón, Félix vislumbró a un comprador a través de un rutilante escaparate con parteluces; sentado en un puf de cuero se probaba una de esas chaquetas verdes que por fuera parecen manteles de hule y por dentro tienen forro a cuadros.

El cristal se despejaba a media altura y revelaba una gran cara rosada con brotes de pelo blanco aquí y allá, principalmente en las orejas. Una especie que Félix veía a menudo, sobre todo en aque-lia parte de la ciudad. Formaban una gran tribu. No se mezclaban mucho con el resto de la población, se mantenían aparte. **THE HORSE AND HARE.**

—Está muy bien ese pub —dijo Félix por decir algo.

—A mi padre le encanta. Cuando está en Londres es su segunda casa.

—¿Ah, sí? Yo trabajaba por aquí, hace años. Rollo audiovisual.

—¿En serio? ¿Para qué empresa?

—Para muchas. En la calle Wardour y tal —añadió Félix, y se arrepintió al instante.

—Yo tengo un primo que está de vicepresidente en Sony, a lo mejor lo conoces. Daniel Palmer. En Soho

Square...

—Bueno, no... Yo en realidad sólo hacía de recadero. Aquí y allá. En diferentes sitios.

—Ah, ya —dijo Tom, y pareció satisfecho; se acababa de resolver un pequeño enigma—. A mí el cine me interesa mucho. Toqué un poco el tema, ya sabes, cómo funciona la narración, cómo contar historias con imágenes...

Félix se subió la capucha.

—¿Trabajas en el mundillo también?

—No exactamente, o sea, no, ahora mismo no. O sea, estoy seguro de que podría haberme dedicado a ello, pero es un negocio muy inestable. Cuando iba a la universidad estaba muy metido en el cine, tipo cinéfilo. No, yo trabajo más en las industrias creativas. La industria creativa relacionada con los medios. Cuesta explicarlo. Trabajo en una empresa que crea

ideas para consolidar marcas... Para que las marcas mejoren la receptividad de sus productos... la vanguardia en la manipulación de marcas, básicamente.

Félix dejó de andar y obligó al chico a pararse. Se quedó mirando con expresión ausente su cigarrillo sin encender.

—¿Rollo publicidad?

—Básicamente sí —dijo Tom en tono irritado, y luego, como Félix

no lo seguía, añadió—: ¿Necesitas fuego?

—No. Tengo fuego en algún lado. ¿Campañas de publicidad?

—Bueno, la verdad es que no, porque... cuesta explicarlo... Básicamente consideramos que las campañas ya no aportan nada. Se trata más de integrar las marcas de lujo en la conciencia cotidiana de la gente.

—Publicidad —concluyó Félix;

sacó el encendedor del bolsillo y puso cara de inocente.

—Es la próxima a la derecha, si te...

—Te sigo, socio.

Cruzaron una plazoleta señorial y se metieron por otra calle secundaria, aunque allí las casas eran no menos señoriales: fachadas blancas y muchos pisos de altura. En alguna parte repicaron unas campanas de iglesia. Félix se quitó

la capucha.

—Ya hemos llegado... aquí lo tienes, vamos. O sea, está claro que no es de esas cosas que... Perdona, Félix, ¿me disculpas un momento? Tengo que contestar.

El chico se llevó el teléfono a la oreja y se sentó sobre las baldosas blanquinegras de los escalones que daban acceso a la casa más cercana, justo entre dos naranjos en macetas. Félix trazó un semicírculo hasta plantarse en medio de la

calle. Se puso en cuclillas. El coche le sonreía, pero todos lo hacen, da igual en qué estado se encuentren. Faros ojo de rana, una sonrisa maníaca en la rejilla del radiador. Tocó el sitio donde debía ir el escudo. Cuando llegara el momento pondría allí un octágono plateado, con las dos letras dándose la espalda, danzando. No de plástico. De metal. Iba a hacerlo bien. Se irguió. Metió la mano por la enorme raja de la capota y frotó la tela con los dedos: poliéster gastado y

descolorido. De todas maneras, faltaba la ventanilla de plástico. No necesitó tocar las partes oxidadas, ya veía su estado. Lo peor estaba detrás a la izquierda, donde había un continente de óxido, pero también era bastante grave por todo el capó, lo cual significaba que la herrumbre seguramente había traspasado la chapa. A pesar de todo, el rojo era adecuado. El color original. Guardabarros delanteros bien curvados, rectangulares los de atrás, como debe ser, y perfecto

parachoques de caucho, todo lo cual indicaba que al menos era el modelo anunciado. M DGET. Fácil de arreglar, igual que los otros elementos exteriores: pura cosmética. La información de verdad se escondía bajo el capó. Paradójicamente, cuanto peor fuese, mejor para él. Palabras de Barry, en el taller: «Hijo, si se mueve no podrás pagarlo.» Pero él lo pondría en movimiento. Tal vez no ese mes ni el siguiente, pero sí al final. Probó a abrir una portezuela con

cierta impaciencia. Sentía un deseo apremiante de meter la mano por la ventanilla ausente, que estaba cubierta con cartón y cinta adhesiva.

—No es cuestión de quién siente más —dijo el chico; uno de sus pies jugueteaba con un guijarro sobre la baldosa; Félix se apoyó en el coche —. ¿Soph? ¿Soph? Oye, que ahora no puedo hablar. ¡Claro que no! Tenía el teléfono sin batería. No, ahora no. Por favor, cálmate, Soph,

estoy en medio de una historia. ¿Soph?

El chico se despegó el teléfono de la oreja y lo miró un momento con curiosidad. Volvió a guardárselo en el bolsillo del abrigo. Félix silbó.

—Noventa y nueve problemas. ¿Qué me dices, colega?

—Perdona, ¿qué?

—El coche. Que tiene problemas.

—Bueno, claro —dijo Tom Mercer, e hizo un gesto expansivo que pretendía abarcar todo el vehículo—. Claro, salta a la vista que es un proyecto de coche. No está para ponerse ahora al volante. De ahí el precio. Si no, estaríamos hablando de muchos miles. Es claramente un proyecto. Deja que te lo abra y hacemos toda la visita.

Félix vio cómo Tom forcejeaba con la llave.

—Ya lo hago yo si... —empezó

Félix, pero la portezuela se abrió de golpe.

—Tiene un poco de truco. Un proyecto de coche, ya te digo. Pero es factible.

La visita resultó más bien limitada. Tom dijo «el embrague», a continuación «las marchas» y «el volante» rozando vagamente cada uno con la mano. Luego, mientras los dos miraban apesadumbrados la esterilla combada y mohosa, el suelo oxidado, la lana y los

alambres que desertaban de la manchada tapicería y el hueco donde debía alojarse la radio, murmuró el año de fabricación.

—El año en que nací yo —dijo Félix.

—Pues entonces es el destino.

Luego el chico leyó una lista de datos anotada en un pape-lito que se sacó del bolsillo:

—MG Midget, motor Triumph 14

de 1.500 centímetros cúbicos, 160.000 kilómetros justos, descapotable biplaza con transmisión manual, motor de gasolina y dos puertas. La transmisión requiere...

Félix no pudo resistirlo:

—Dos puertas, ¿eh? Vale.

Tom se sonrojó.

—La lista la ha hecho mi padre. Yo no entiendo mucho de coches.

Félix tuvo ganas de dar una palmadita amistosa en aquel hombro alto y huesudo.

—Te estaba tomando el pelo. ¿Podemos abrir un momento el capó?

Se abrió con un crujido. Debajo estaban las malas noticias que él esperaba encontrar. La batería abrumada por el óxido, el cilindro roto, los pistones tirados en el cárter.

—¿Recuperable? —preguntó Tom; Félix puso cara de no entender; Tom probó otra vez—. ¿Se puede arreglar?

—Depende. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

Tom volvió a mirar su papelito.

—He recibido instrucciones de pedir unos mil.

Félix se rió y metió la mano en el motor. Rascó el óxido con la uña.

—Para serte sincero, Tom, me llegan coches como éste todos los días, y en mejor estado que el tuyo, mucho mejor... por seiscientos. Nadie va a pagar seiscientos por esto. Sólo se lo podrás vender a un mecánico, eso te lo garantizo.

Ahora el sol daba directamente sobre el coche: el capó se inflamó. ¡Un despojo radiante! Tom levantó la vista con los ojos entornados.

—Entonces es una suerte que seas mecánico, ¿no?

Hubo algo gracioso en su forma de decirlo. Los dos rieron: Félix a carcajadas y Tom tapándose la boca como un niño. Empezó a sonar el teléfono en su bolsillo.

—-Joder! Mira, a mí me trae sin cuidado, pero si le digo a mi padre que he aceptado menos de setecientas libras me va a echar una bronca del demonio. Personalmente preferiría estar durmiendo. Perdona un segundo... Soph, te llamo en un minuto...

Pero se dejó el teléfono pegado a la oreja y Félix oyó más de lo que quería mientras Tom le hacía gestos de disculpa. Al final de la calle se elevó un alegre bramido desde las mesas exteriores del pub. Tom arqueó sus cejas más festivas en dirección a Félix y alzó en el aire una pinta imaginaria. Félix asintió con la cabeza.

—¿Qué quieres tomar?

—Cerveza de jengibre, gracias.

—¿Cerveza de jengibre con qué?

—No, nada más.

—Mira, yo necesito algo más potente para la resaca. Lo menos que puedes hacer es secundarme.

—No, no me apetece. Cerveza de jengibre, nada más.

—Mi padre dice que solamente hay dos frases que un inglés con amor

propio puede aceptar en estas circunstancias: «estoy tomando antibióticos» y «soy alcohólico».

—Soy alcohólico.

Félix apartó la vista de las tablas de la mesa. Tom se secó el sudor de la frente y abrió la boca, pero no dijo nada. Félix se tomó un momento para agradecer que su piel no pudiese pregonar la vergüenza tan deprisa o tan bien como la de Tom. A éste volvió a sonarle el teléfono.

Félix se levantó del asiento.

—No te preocupes, colega, contesta. Ya voy a pedir. Una pinta, ¿verdad?

Fuera terminaba el verano con un glorioso mediodía de sábado. Dentro eran las diez de la noche de un martes otoñal. Techo negro con molduras hexagonales y una moqueta verde oscuro que absorbía la luz. Mobiliario de madera de ataúd, vetusto y pesado. Un viejo sentado en el rincón, junto a la

máquina de discos, con un chaquetón raído, piel blanca como el papel, pelo y uñas amarillentos, liándose un cigarrillo... él mismo parecía un cigarrillo. En la barra, una mujer de piernas flacas ya entrada en años, sentada en un taburete, contaba una y otra vez cuatro montones de monedas de veinte peniques. Dejó aquella actividad para mirar abiertamente a Félix, que se limitó a devolverle una sonrisa.

—¿Qué tal? —dijo, y se volvió hacia la camarera.

La vieja derribó de golpe las pilas de monedas con el canto de la mano. Félix mostró buenos reflejos e impidió que varias cayesen de la barra. Con el rabillo del ojo vio que Tom se dirigía a los servicios. La camarera articuló una disculpa callada y se atornilló un índice en la sien.

—No pasa nada —dijo Félix.

Cogió un vaso frío con cada mano. Dejó que la camarera le pusiera entre los dientes una bolsa de patatas con sabor a vinagre.

—¿Qué edad tienes, Félix?

—Treinta y dos.

—¿Y por qué pareces más joven que yo?

Félix rasgó el cierre de la bolsa y

la dejó sobre la mesa.

—¿En serio? ¿Qué edad tienes tú?

—Veinticinco. Y ya se me está cayendo el puto pelo.

Félix mordisqueó la pajita de su refresco y sonrió con el resto de la boca.

—Mi viejo es igual. No tiene ni una arruga. La genética.

—Ah, la genética. Eso lo explica

todo hoy en día.

Tom se protegió los ojos con la mano para indicar que el sol estaba molestándolo. Félix tenía una mirada intensa, topabas con sus ojos por mucho que intentaras evitarlo, y Tom no estaba acostumbrado a mirar así ni a su mejor amigo, mucho menos a un completo desconocido a quien quería vender un coche. Sacó las gafas oscuras del bolsillo y se las puso.

—¿Y cómo has pasado de trabajar en cine a ser mecánico de coches, si no es indiscreción?

—He hecho de todo, Tom —dijo Félix en tono jovial, y dispuso los dedos para una enumeración—. Empecé de cocinero, hice un curso de formación profesional en *catering*. Con eso progresé bastante cuando era jovencito, hasta llegué a ser jefe de cocina de un local tailandés de Camden, un sitio que estaba bien. Luego lo dejé, hice un

poco de pintura y decoración, un poco de seguridad, ya sabes, en discotecas, llevé un camión de reparto de las patatas fritas que se venden por las estaciones de servicio de la M25 y trabajé de cartero —contó Félix con un acento tan peculiar que costaba imaginar a quién estaba imitando—. También fabriqué estas camisetas —se señaló el pecho—. Luego tuve un golpe de suerte y me metí en algo... ¿conoces el Cot-tes-low? —preguntó articulando el nombre

despacio para resaltar la importancia de las tes—. Es un teatro —explicó abandonando la pronunciación meticulosa—. Cerca de aquí. Trabajé en la entrada durante un año; o sea, en las taquillas. Luego fui asistente de camerinos, poniendo el atrezo en su sitio y tal... y así fue como entré en el mundo del cine. Simplemente tuve mucha suerte. Siempre he tenido suerte. Pero entonces me metí a saco en las drogas, para serte sincero, Tom, y ahora básicamente

me estoy recuperando de los últimos años, ya sabes.

Tom aguardaba el momento de la mecánica, pero no llegó. Como una persona sobre la que arrojan un montón de objetos extraños, se agarró al primero que lo había golpeado.

—¿Hacías camisetas?

Félix frunció el ceño. No era el dato que solía interesar a la gente. Se puso de pie y estiró la camiseta

para que su desvaído mensaje pudiera leerse sin pliegues.

—Lo siento, no entiendo el... ¿qué es, polaco?

—¡Exacto! Dice: «Me encantan las polacas.»

—Oh. ¿Eres polaco? —preguntó Tom sin demasiada convicción.

Aquello le hizo muchísima gracia a Félix. Se desplomó en su asiento y se pasó un buen rato repitiendo la

pregunta, dando palmadas a la mesa y riéndose mientras Tom sorbía en silencio su pinta como un pajarillo que bebe en un charco.

—Qué va, Tom, qué va, de polaco nada. Soy londinense de pura cepa. Las hice hace mucho tiempo: monté una empresa. Hace cinco años... no, mentira. Siete. ¡Cómo vuela el tiempo! La verdad es que fue idea de mi viejo, yo era más bien... el socio capitalista —explicó Félix con incomodidad porque era una

forma algo atrevida de describir una inversión de mil libras—. Cada una en un idioma distinto. Me encantan las españolas en español, me encantan las alemanas en alemán, me encantan las italianas en italiano, me encantan las brasileñas en brasileño...

—Portugués —dijo Tom, pero el otro siguió con la lista.

—Me encantan las noruegas en noruego, me encantan las suecas en sueco, me encantan las galesas en

galés... Esta era más bien de broma, ¿lo pillas? No, ahí me he pasado, pero ya lo entiendes... Me encantan las rusas en ruso, me encantan Ias chinas en chino. Pero hay dos clases de chino, no lo sabe mucha gente, a mí me lo contó mi colega Alan. Hay que usar las dos clases. Me encantan las indias en hindi, y luego teníamos muchas distintas en árabe, y me encantan las africanas creo que en yoruba o algo parecido. Sacamos las traducciones de internet.

—Ya —dijo Tom.

—Hicimos tres mil y me las llevé a Ibiza para venderlas, fíjate. Imagínate que vas por Ibiza con una camiseta que dice «me encantan las italianas» en italiano. ¡Arrasas!

Al repetir la idea con el entusiasmo de Lloyd, tal como éste se la había explicado por primera vez, casi logró olvidar que no habían arrasado, que ante la insistencia de Lloyd se había ido a Ibiza y había perdido su dinero junto con un buen

empleo en el restaurante tailandés. Dos mil quinientas camisetas seguían almacenadas en la pequeña tienda que un primo de Lloyd, Clive, tenía bajo los arcos ferroviarios de King's Cross.

—¿Y tú qué, Tom?

—¿Yo qué de qué?

Félix sonrió.

—Venga, no seas tímido. ¿Cuál te colocaría a ti? Todo el mundo tiene

su tipo. A ver si lo adivino: ¡seguro que te gustan las brasileñas!

Tom, algo desconcertado por el flamante recauchutado que lucía la boca de Félix, dijo:

—Pues yo diría que las francesas. —Y se preguntó cuál sería la respuesta verdadera, una cuestión que le resultaba peliaguda.

—Las francesas. Vale. Pues añado una al trato. Todavía me quedan unas cuantas.

—¿No soy yo quien tiene que fijar el trato?

—Claro que sí, Tom, claro que sí.

La expresión «meterse en las drogas» seguía flotando sobre la mesa. Tom la dejó en el aire.

—¿Estás casado, Félix?

—Todavía no. Pero tengo planes. ¿Es tu parienta la que no para de llamarte?

—Cielos, no. Sólo llevamos nueve meses juntos. ¡Sólo tengo veinticinco años!

—Yo a tu edad ya tenía dos hijos —dijo Félix, y le enseñó la pantalla del teléfono—. Son ellos vestidos de domingo. Félix júnior ya es un hombre, tiene casi catorce años. Y Whitney tiene nueve.

—Son guapísimos —dijo Tom, aunque no había visto nada—. Debes de estar muy orgulloso.

—No los veo mucho, la verdad. Viven con su madre. No estamos juntos. Para ser sincero, la madre y yo no nos llevamos bien. Es una de esas mujeres... que se oponen a todo, una con-treras.

Tom se rió, pero notó que Félix no quería ser gracioso.

—Perdona... es que... en fin, es una buena expresión. Creo que es lo que me ha tocado también a mí. Una contreras.

—Escucha, si yo le dijera a Jasmine que el cielo es azul, ella me diría que es verde, ¿lo pillas? —dijo Félix rascando la etiqueta de su botella—. Tiene bastantes problemas mentales. Creció en hogares de acogida. Mi madre también pasó por lo mismo. Es algo que te afecta. Vaya si te afecta. A Jasmine la conozco desde que teníamos dieciséis años y ha sido así siempre. Se deprime, pasa días sin salir de casa, no limpia, vive en plan pocilga, todo. Lo ha pasado

mal. Pero en fin...

—Sí, tiene que ser duro —dijo Tom en voz baja, y tomó un largo trago de cerveza.

Después se quedaron callados, los dos contemplando la calle como si únicamente estuvieran juntos por casualidad.

—Félix, ¿puedo pedirte que me líes uno? Yo lo hago fatal.

Félix se encendió el suyo, asintió

con la cabeza y se puso a liar otro en silencio. Le vibró el teléfono dentro del bolsillo. Leyó el mensaje y volvió a ponerle el aparato en las narices a Tom.

—Eh, Tom, tú trabajas en publicidad. ¿A ti qué te parece esto?

Tom, que tenía hipermetropía, se apartó de la pantalla para poder leerlo: «Nuestros registros indican que todavía no ha reclamado usted la compensación por su accidente.

Pueden corresponderle hasta 3.650 £. Para reclamar gratuitamente responda **RECLAMAR**. Para rechazar la oferta mande el mensaje **RECHAZAR**.»

—Es un timo, ¿no?

—Ah, sí, ya lo creo.

—¿Porque cómo van a saber ellos si he tenido un accidente? Qué cerdos. Imagínate que eres viejo o estás enfermo y recibes esto.

—Sí —dijo Tom sin acabar de entenderlo—. Creo que tienen... bases de datos.

—Bases de datos —repitió Félix, y negó con la cabeza, desolado—. Y tú contestas y te pispan cinco libras de la cuenta. Pero así es la gente hoy en día. Todo el mundo te la intenta pegar. Mi chica me regaló un libro, *Los diez secretos de los líderes exitosos*. ¿Lo has leído?

—No.

—Pues tienes que leerlo. Me dice: «Fee, ¿tú sabes quién lee este libro? Pues Bill Gates. La mafia. La familia real. Los banqueros. Tupac lo leyó. Lo leen los judíos. Edúcate.» Es una chica lista. Yo nunca leo, pero ese libro me abrió los ojos. Ten.

Tom cogió el cigarrillo, lo encendió e inhaló con el alivio profundo de quien ha dejado de fumar hace solamente unas horas.

—Escucha... Félix, ya sé que es un

poco raro —Tom bajó la voz y señaló con la cabeza el paquete de Amber Leaf que había entre ellos —, pero ¿no tendrías por casualidad algo más fuerte? No para comprar, solamente una pizca. Me hace la cosa más llevadera.

Félix suspiró, se echó hacia atrás en el banco y empezó a musitar. Dios, dame serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las cosas que puedo cambiar y sabiduría para

distinguirlas.

—¡Oh, cielos! —exclamó Tom encogiéndose avergonzado hacia la derecha; luego consiguió darle la vuelta a su cuerpo y se encogió hacia la izquierda—. No era mi intención...

—No pasa nada. Mi chica cree que tengo un tatuaje invisible en la frente: **PÍDEME HIERBA, POR FAVOR.** Debo de llevarlo en la cara.

Tom levantó su bebida y se la

acabó. ¿Aquello significaba que tenía hierba? Examinó a un Félix distorsionado por el fondo de su vaso.

—Bueno, parece sensata —dijo por fin Tom.

—¿Cómo dices?

—La chica que has mencionado, tu novia.

Félix sonrió abiertamente.

—Ah, Grace. Sí. Lo es. No había sido tan feliz en la vida, Tom, te digo la verdad. Me ha cambiado la vida. Se lo digo todo el tiempo: eres mi salvadora. Y es verdad.

Tom sostuvo en alto el teléfono, que sonaba, y lo miró con cara funesta.

—A mí en cambio me ha tocado una destructora.

—Eso no lo puede hacer nadie, Tom. Solamente tú tienes poder para hacer eso.

Félix lo decía sinceramente, pero provocó una especie de sonrisita en Tom, lo cual a su vez provocó en Félix la necesidad de insistir con mayor firmeza en la idea:

—Escucha, esa chica me ha cambiado del todo la perspectiva. Globalmente. Ella ve mi potencial. Y en el fondo sólo tienes que ser la mejor versión de ti mismo. El resto vendrá solo. Yo he pasado por ello, Tom, ¿vale? O sea que lo sé. Lo personal es eterno. Piénsalo.

¡Qué superfluo era últimamente su trabajo! Los eslóganes ya venían precocinados en el alma de la gente. Un pensamiento agudo: Tom se felicitó discretamente por haberlo tenido. Le dedicó a Félix una profunda y satírica inclinación de cabeza, estilo samurái.

—Gracias, Félix —dijo—. Me acordaré. La mejor versión de uno mismo. Lo personal es eterno. Parece que lo tienes todo muy claro.

Levantó su vaso vacío para brindar con Félix, pero éste no era impermeable a la ironía y dejó su vaso sobre la mesa.

—Parecer no es ser —dijo en voz baja, y apartó la vista—. Mira —sacó un sobre doblado del bolsillo trasero—, tengo cosas que hacer, o sea que...

El chico vio que se había pasado de la raya.

—Claro. Oye... ¿dónde estábamos?

Tienes que hacerme una oferta.

—Y tú tienes que darme un precio razonable, colega.

Sólo entonces advirtió Tom que, a fin de cuentas, no desdeñaba la excesiva familiaridad de Félix. Al contrario, que lo llamara «colega» en aquel punto avanzado de su relación lo percibía como un melancólico descenso al mundo. ¿Y por qué únicamente soy capaz de disfrutar de las cosas cuando ya han pasado?, se preguntó, y trató de

situar mentalmente una cita nebulosa de un libro francés que se refería exactamente a eso y además tenía la amabilidad de ofrecer la respuesta. ¿El *Cándido}* ¿Proust? ¿Por qué no había seguido estudiando francés?

Pensó en lo que le había dicho aquella mañana por teléfono Mercer *pére*: «El problema es que no te esfuerzas por nada, Tom. Ese ha sido siempre tu problema.» Y, por supuesto, Sophie estaba

diciéndole esencialmente lo mismo. Hay días que tienen una deprimente coherencia temática. Tal vez a continuación se abrirían las nubes del cielo y de su vientre emergería una gigantesca mano de dibujos animados que lo señalaría acompañada de una atronadora voz ejecutiva: **TOM MERCER, FRACASO DE DIMENSIONES ÉPICAS**. Pero ya le habían indicado (¡también esa mañana!) que aquella estrategia era una trampa más: «Tom, cariño, de verdad, pensar que el mundo entero

está contra ti es de un horrible narcisismo.» Mientras escuchaba a su madre por teléfono, le había impresionado lo tranquila y amable que parecía aquella voz, y lo satisfecha que estaba del diagnóstico que hacía de su personalidad. ¡Gracias a Dios por su madre! Ella nunca lo tomaba en serio y le reía todas las gracias, hasta cuando no las entendía, que era casi siempre. Sus padres eran gente de campo y además tenían edad de abuelos porque iban los

dos por el segundo matrimonio. No podían imaginarse su vida cotidiana, no se comunicaban por correo electrónico, no habían oído hablar de la Universidad de Sussex hasta que él empezó a estudiar allí; no habían tratado con «vecinos de abajo» ni cogido un «bus nocturno» ni experimentado unas «prácticas sin remuneración» («tú vas, les presentas unas cuantas ideas, Tom, y les demuestras lo que vales; en el peor de los casos, Charlie te escuchará, pero ¡si hemos trabajado

juntos siete años, por el amor de Dios!») ni conocido esos locales donde dejas la ropa (y mucho más) en la puerta. Que él supiera, no llevaban ninguna clase de doble vida. Bebían con la cena, pero nunca demasiado. Si su padre consideraba a Tom exasperante e inexplicable, su madre era un poco más benigna y por lo menos le concedía la posibilidad de que estuviera padeciendo alguna variedad del hastío intelectual del siglo XXI que le impedía sacar

provecho de la buena suerte con que había nacido. Aunque había límites. No estaba obligado a fingir que Brixton era un sitio donde se pudiera vivir. «Pero, Tom, si estás deprimido, el 20 de Baresfield está vacío al menos hasta julio. No sé qué tienes contra Mayfair.

Y encontrarás sitio para aparcar el coche sin miedo a que te lo carbonicen durante un disturbio.» «Pero ¡si de eso hace veinte años!» «Tom, te remito a la fábula de

Esopo, la del leopardo y las manchas.» «¡Eso no es una fábula!» «Sinceramente, no sé por qué no te mudaste a Baresfield.» Pues porque a veces uno quiere tener la ilusión de estar construyendo su propia vida sin depender de otros. Pero no fue eso lo que dijo. Lo que dijo fue: «Madre, tu sabiduría sobrepasa toda comprensión.» A lo cual ella respondió: «No seas tan ocurrente. ¡Y no metas la pata!» Pero ya la había metido. Con aquella chica. Una formidable metedura de pata.

—Un precio razonable —repitió Tom tocándose la cabeza, como si aquellos pensamientos extraños fueran resultado de una mala conexión entre sinapsis y un golpecito en la sien pudiera recolocarlas.

—Porque me estás pidiendo una cantidad absurda —dijo Félix, y se puso a guardar el tabaco, el papel de liar y el teléfono de una forma que, para Tom, transmitía decepción de un modo perfecto, no

sólo por la falta de acuerdo, sino también por su comportamiento.

—Pero ¡no me puedes estar pidiendo en serio que te lo venda por menos de seiscientas! —Tom fue consciente a media frase del extraño e inapropiado matiz de súplica que tenía su voz.

—Más bien cuatrocientas, hermano. Y lo remolcaremos nosotros. ¡Estoy siendo generoso! No te darían tanto si lo vendieras como chatarra. Y seguramente tendrías que pagar lo

mismo para que viniera la grúa a llevárselo.

La audacia de aquellas palabras hizo sonreír a Tom.

—¿En serio? Anda ya. Hablemos en serio.

Félix aguantó la cara de póquer. Tom, sin dejar de sonreír, se cogió la barbilla con la mano y «pensó», como en las viñetas de gente que «piensa».

—¿Quinientas, pues? Así podemos irnos a casa. De verdad que no puedo bajar de eso. ¡Es un MG!

—Cuatro cincuenta. Y hasta ahí llego. Ni una libra más.

A Tom empezó a sonarle otra vez el teléfono. Tenía cara de no haber tomado una decisión: a Félix le recordó a esos actores que deambulan entre bastidores después de la mariné con la sesión nocturna todavía por delante. Ya no actúan, pero tampoco se han despojado

enteramente de sus personajes.

—La destructora en la línea uno. No eres un tipo fácil, Félix. Ya veo que Félix no se achica con nada.

Félix sacó unos billetes arrugados e hizo un ordenado montoncito mientras los contaba con parsimonia.

0 sea, que el taller te ha prestado un MG.

Qué va, rasta, me lo he comprado yo.

¿Ah, sí? Te va bien la cosa.

No me ha costado mucho. Y tenía ahorros. Lo estoy arreglando ~~para regalárselo a Grace~~ como proyecto personal. Rehaciéndolo del todo.

Sabes por qué te has tragado eso, ¿verdad? ¿Lo sabes? No lo sabes, ¿verdad? ¿Yquieres saberlo? Pues te voy a inculcar algo de sabiduría, chaval, prepárate. Te

crees que sabes por qué, pero no lo sabes...

Félix oía esto con tanta claridad como una conversación auténtica con su padre: parecía existir en el mismo plano de la realidad. Tal vez fuera como avistar un tren antes de tiempo, cuando todavía está muy lejos. Los chicos del taller iban a recoger el coche ese mismo día y a dejarlo luego en el aparcamiento para residentes de Caldwell. Y para ello había que pedirle un pase

a su padre. Acto seguido, su padre lo llamaría. Esta perspectiva empañaba el triunfo que suponía aquella adquisición. Cuanto más se alejaba por Regent Street, peor se lo imaginaba.

Félix, escucha: a una mujer no se la puede comprar. No puedes comprar su amor. Si lo intentas, te dejará. Y de todas maneras el amor te va a dejar, o sea, que para qué molestarte con los coches y las joyas. En serio.

Félix pasó frente al niño de san Valentín, con su pierna en alto y la flecha preparada. ¿Quién se alegraría por él? Dejó el pulgar suspendido sobre el cursor de su teléfono, pasando una y otra vez por los números de sus hermanos, pero relacionando cada uno de ellos con un dolor de cabeza en potencia que lo hizo vacilar y finalmente guardarse el aparato en el bolsillo. Tia estaría liada con los niños, y su soledad o su aburrimiento se convertían fácilmente en celos,

hasta de cosas que le importaban un comino, como los coches. Ruby solamente querría saber en qué podría beneficiarla el coche: cuándo podría usarlo y a qué sitios la llevaría. Vivía en el cuarto de invitados de su hermana gemela, no tenía nada ni a nadie y sentía una profunda autocompasión. Siempre esperaba limosnas y al mismo tiempo quería lo mejor. ¿Por qué te has comprado esa chatarra, idiota? A ambas las horrorizaban los artículos de segunda mano. A Grace

también. No le diría ni una palabra del tema hasta que el coche pareciese recién salido de la cadena de montaje. Devon era el único que podría estar interesado, pero era imposible llamarlo, había que esperar a que llamara él.

En el bolsillo de Félix, una orquesta digital tocó una pieza de música clásica procedente de un anuncio de loción para el afeitado de su infancia. Contestó en tono

risueño, pero su amada parecía tensa y se saltó los saludos.

—¿Has ido a ver a Ricky?

—No, lo siento. Me he olvidado. Ya lo llamaré.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a llamarlo? Yo no tengo su número, ¿y tú?

—Cuando vuelva pasaré por áu casa.

—Han llamado del piso de abajo.

El escape ha traspasado el suelo.

—Tranquila, que iré a verlo.

—¿Dónde estás?

—En casa de mi padre.

—¿Se lo has enseñado? ¿Y qué te ha dicho? Dile que puedo pedir más ejemplares por internet. Mejor pensado, déjame hablar con él.

—Ya lo creo. Lo está mirando. Le gusta. Ha contado un montón de

historias... ya lo conoces. Se ha puesto a rememorar los viejos tiempos. Oye, tengo que irme.

—Ponme con Lloyd...

Una ambulancia pasó junto a Félix.

—Estoy en el balcón y él en el cuarto de baño. Escucha, vuelvo a llamarte dentro de un rato. Tengo que colgar.

—¡Tienes que colgar! Soy yo quien tiene que trabajar.

—¡Cierto!

La conversación degeneró en charla infantil y luego se volvió bastante gráfica durante un momento. A Grace le encantaba proclamar su «lascivia», aunque en la cama era bastante mansa, casi mojigata, y en los seis meses que llevaban juntos Félix no había conseguido conectar a la mujer del teléfono con la que luego abrazaba.

—Te quiero, cielo —dijo ella.

Félix lo repitió con pasión, intentando regresar al momento de optimismo que había tenido antes de contestar a la llamada. Resultaba extraño pensar que en aquel mismo instante ella estaba a unas pocas calles de distancia. Al fondo, la jefa de Grace dijo algo acerca de una reserva para doce personas a las dos, y ella colgó sin despedirse. Como un fantasma sobre los hombros y luego se esfumaba: el milagro diario. Recordó los tiempos en que había que girar el

disco con un dedo. A veces se cruzaban las líneas y había cuatro fantasmas hablando. Y ahora Félix júnior y sus primas se hablaban por medio de vídeos. Si esperas el tiempo suficiente, las películas se hacen realidad. Y todo el mundo actúa como si no pasara nada. Aun así, él se alegraba por la oportunidad de ver el futuro. Durante una temporada había parecido que no lo lograría. Como lector de tebeos y aficionado a la ciencia ficción, le resultaba obvio

que se sentiría cómodo en el futuro. Hollywood no podía competir con Félix en materia de futuros imaginados. Ya no le hacía falta ni ir al cine, podía pasear por la calle como ahora y montarse todo el puñetero espectáculo en la cabeza. Guión de Félix Cooper. Dirigido por Félix Cooper. Protagonizado por Félix Cooper.

Anflex, cariño, ¿cómo vas a venir a casa?

Por transferencia de partículas. Te

veo en un segundo, querida Gracian. En un nanosegundo.

Y rollos por el estilo. Danzando en su cerebro. A veces le contaba a Grace una película entera y a ella le encantaba, y no solamente porque lo quería: lo cierto era que las películas imaginadas por Félix eran descaradamente mejores que cualquier cosa que la gente pagaba por ver. Félix chocó con un joven de carne y hueso que abandonaba una sala de videojuegos acris-

talada caminando de espaldas por la doble puerta mientras se despedía con la mano de sus amigos, que seguían aferrados a sus palancas de mando. Félix tocó al tipo con suavidad en el codo y el desconocido, con igual cautela, estiró el brazo y se asió a Félix por el lugar donde la cintura se une a la espalda. Los dos soltaron una risita, se disculparon y se llamaron «jefe» antes de separarse rápidamente; el desconocido se alejó a grandes zancadas en dirección al Eros de

Piccadilly Circus y Félix continuó hacia el Soho.

Cuando llegó, se metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y tecleó: stoy tu calle, stas Ibre? Le llegó la respuesta: puerta abierta.

Llevaba tres meses sin pasar por aquella calle. Le volvió a vibrar el teléfono: dame cinco min porfa. puedes traer pitis? Aquel añadido lo fastidió: lo volvía a situar donde él no

quería. Regresó a la tiendecita sofocante y pasó diez minutos de calor en la cola, intentando pulir el breve discurso que creía tener decidido solamente para darse cuenta de que apenas tenía nada decidido. ¿Qué falta le hacía venir hasta aquí y decir nada? Ella ya no importaba. La noticia de su irrelevancia alcanzaría el Soho sin que él tuviera que hacer ningún esfuerzo; ella sólo debía salir por la puerta de su casa y lo olería en el aire.

—El cambio —dijo la mujer del mostrador, y le devolvió cincuenta peniques.

Alguien que estaba detrás de él suspiró; él se hizo a un lado con esa vergüenza propia de los londinenses que acaban de causar molestias, por momentáneas que sean, a otro londinense. Llevaba el paquete en el bolsillo. Tenía el cambio en la mano. No recordaba nada de la transacción. Estaba sudando como un pardillo.

Ya fuera intentó tranquilizarse y volver a sintonizar con la exaltación que reinaba en la calle. El sol la instigaba precipitando el día sobre la noche. Algunos jóvenes iban a pecho descubierto, como si ya estuvieran en una discoteca. Los tipos blancos llevaban chanclas y pantalones cortos de estilo militar y bebían cerveza de importación directamente de la botella. Una pandilla bailaba sin mucho brío en la puerta del G-A-Y, todavía con el piloto automático de la noche

anterior. Félix soltó una risita con la cabeza gacha y se apoyó en una farola para liarse un cigarrillo. Tenía la sensación de que había alguien observando y apuntándolo todo («Félix era un tipo como Dios manda, con un buen corazón, le gustaba contemplar el devenir de las cosas»), pero al concluir aquella fantasía se quedó sin nada que hacer. Pasó por su lado un coche con las ventanillas tintadas. Tardó un momento en relacionar al niño asustado del reflejo que

acababa de pasar a su lado con lo que él conocía de su propia cara. Luego levantó la vista en dirección a la puerta de ella. Estaba abierta; dos de las chicas charlaban amistosamente en la entrada con los chóferes somalíes de la puerta de al lado. Félix se puso derecho y añadió una cojera jovial a sus andares («¡a veces has de hacer lo que has de hacer!»). Pero no había sonrisa que te permitiera ganar la simpatía de aquellas chicas. Chantelle ya lo miraba con una

mueca de recelo cuando él todavía estaba a veinte metros. Cuando llegó a la puerta, ella ya había decidido prescindir de todo saludo; le cogió entre dos dedos la fina sudadera con capucha, examinó brevemente la tela y volvió a soltarla como si fuera algo inmundo recogido del suelo.

—Vas muy abrigado. Jo-der, la alegría de la huerta.

—A mí esto no me da calor. Soy flaco... necesito ir tapado.

—Cuánto tiempo —dijo Cherry, la blanca con cara de malas pulgas.

—He estado liado.

—Yo de ti ni me molestaría en subir a ver a su majestad: pillarás más aquí abajo.

—Ya, ya, ya —dijo Félix enseñando los dientes de oro, pero la verdad era que nunca había estado del todo seguro de que lo de allí arriba fuese un mundo aparte. Su majestad de arriba juraba que sí.

Antes discutían sobre el tema. Ahora ya daba igual.

—¿Puedo pasar?

Las dos eran muy corpulentas y su broma perpetua consistía en no apartarse para que él se estrujara entre ellas. Félix embistió con sus hombros huesudos.

—¡Pareces un hueso de pollo!

—¡Todo costillas!

Cherry le dio un pellizco en el trasero; cuando llegó al tercer piso, Félix todavía las oía reírse. Rodeó la última barandilla. Sonaban violines de música clásica y se oía el grifo abierto en el baño. Al cruzar el umbral se vio envuelto en una nube de vapor.

—¿Félix? ¿Eres tú, cielo? ¡La puerta está abierta! ¿Está por ahí *Karenin*? Tráeme a ese cabrón, anda.

Karentn estaba sobre su esterilla.

Félix lo cogió torpemente en brazos. El peso considerable del gato no paraba de desplazarse: era imposible cargar con su trasero, barriga y cuello al mismo tiempo, siempre había algo que se desplomaba por algún hueco. El le susurró al oído «¿Qué tal, *K?»y* entró. El mismo gatazo en sus brazos, los mismos carteles amarillentos de películas y fotografías antiguas en las paredes, las mismas cajas con partituras para un piano inexistente, vendido a una

casa de empeños antes incluso de que Félix empezara a ir por allí. Todo pertenecía al pasado. Lo conocía al dedillo. La mugre de siempre, la forma de mantener las cosas como estaban. Ella lo llamaba antigüedades. Otra manera de decir que se había acabado el dinero. ¡Cinco años! Dejó el gato sobre el diván: el asiento sin muelles se hundió bajo su peso. ¿Cómo había llegado a conocer aquel sitio? Dejar de conocerlo devolvería las cosas a un estado

natural y saludable.

—¿Annie? ¿Sales o qué?

—¡Estoy en la bañera! ¡Se está de muerte! ¡Entra!

—No, tranquila. Ya me espero.

—¿Qué?

—QUE YA ME ESPERO.

—No seas ridículo. Trae un cenicero.

Félix miró alrededor. En una percha colgada del marco de la ventana había un atuendo vacío y bañado de luz. Vaqueros púrpura, un viejo chaleco con imperdibles en la parte delantera, una especie de capa a cuadros y en el suelo un par de botas de cuero amarillo con tacones de diez o doce centímetros; un atuendo que jamás vería nadie más que el chico de la licorería que le llevaba «la compra».

—No veo ningún cenicero.

Había diversos sobres y páginas de periódico con montañi-tas de colillas y ceniza encima. Costaba abrirse camino: se estaba llevando a cabo algún intento de reorganización. El suelo estaba salpicado de torres de papeles. Aquello estaba peor que el piso de su padre, pero entonces se dio cuenta de que el espíritu de ambos lugares venía a ser el mismo: una vida larga concentrada en un espacio pequeño. Nunca había visitado a los dos tan seguido. La

sensación de ahogo e impaciencia era idéntica, así como el deseo de libertad que le suscitaba.

—Dios bendito... donde las fotos de la Pavlova, «el ave rusa de cara larga». Debajo de ella.

Ya nunca más tendría que fingir que le interesaban cosas que no le interesaban. Bailarinas de ballet, novelas o la larga y tortuosa historia familiar de aquella mujer. Pasó por encima de una mesilla de cristal hasta el sitio donde ocho

fotografías de la Pavlova formaban un rombo en la pared, un eco de la pirámide de cigarrillos que había debajo y que constituía la única decoración de una mesilla auxiliar.

—¡Si está lleno, usa la bolsa de plástico colgada en el pomo de la puerta! —le gritó Annie—. Para vaciarlo.

El obedeció.

Entró en el cuarto de baño, puso el paquete de cigarrillos sobre el

cenicero y el cenicero en el borde de la bañera.

—¿Por qué llevas esas gafas?

Ella se pasó las yemas de los dedos por sus gafas oscuras de madreperla.

—Hay una luz terrible en este cuarto de baño, Félix. Cegadora. ¿Te importa? Tengo las manos...

En el labio inferior tenía algo que parecía un copo solitario de avena

embadurnado de pintura de labios escarlata. Félix le colocó un cigarrillo en la boca y se lo encendió. Aunque solamente llevaba dos o tres meses sin pasar por allí, le dio la impresión de que las ojeras se le habían alargado y ahondado y ahora le asomaban por debajo de las gafas de sol. Los polvos del maquillaje con los que se había rebozado formaban grumos por todos lados y empeoraban la cosa. El se retiró al retrete. Era la distancia correcta. Ella se acicaló

un poco: se atusó la mata de pelo castaño y dejó que los mechones mojados enmarcaran la cara maquillada. Los hombros estrechos emergieron de las burbujas y él reconoció hasta la última venilla azul, hasta el último lunar. En la cara tenía la misma sonrisa que lo había iniciado todo el día que él la vio llevar una bandeja de té al equipo de rodaje en la azotea de su casa, el pelo recogido con un pañuelo que recordaba a las mujeres de los años de guerra. Con

los labios finos contraídos y dejando al descubierto un dedo y medio de encía reluciente.

—¿Cómo te va, Annie?

—¿Perdona? —Se llevó una mano burlona a la oreja.

—Que cómo te va.

—¿Que cómo me va? ¿Esa es la pregunta? —Se reclinó nuevamente para sumergirse entre las burbujas —. ¿Cómo me va? ¿Cómo me va?

Pues la verdad es que he estado hecha una puta mierda. —Tiró un poco de ceniza, pero en vez de acertar en el cenicero espolvoreó las burbujas—. No enteramente por culpa de tu desaparición, no te creas tan importante. A no sé qué concejal de Westminster le ha dado por revisar mi contrato. Porque resulta que a cierta persona, a cierto ciudadano, le ha dado por denunciarme al municipio. Me han congelado la cuenta y me he visto sometida a una trágica dieta de

sardinas a la parrilla. Y también he tenido que introducir graves recortes en otros artículos de primera necesidad... —Hizo un mohín de niña triste—. Adivina quién ha sido.

—Barrett —dijo Félix en tono sombrío; podía aguantarla en todos los estados de ánimo menos en aquél. Escrutó discretamente el cuarto de baño y enseguida encontró lo que buscaba: el billete enrollado de veinte libras y el

espejito de tocador asomando tras una pata de la anticuada bañera.

—Quiere arruinarme, supongo. Para luego cobrarle...

—...mil libras semanales a algún ruso —murmuró Félix acertando exactamente todas las palabras de ella.

—Siento ser tan aburrida.

Annie se puso de pie. Si era un desafío, él aguantó el tipo.

Contempló cómo la espuma se deslizaba por su cuerpo. Tenía complexión de bailarina, con todas las curvas en la parte de atrás. La que ahora él afrontaba sólo ofrecía una pálida utilidad: unos pechos como músculos suspendidos sobre una carrocería de poleas y palancas bien tensas, todo ello diseñado para una vida que nunca había tenido lugar.

—Podrías pasarle una toalla a la niña, ¿no?

De la puerta colgaba un harapo. Félix intentó esquivarla para ponérselo castamente sobre los hombros, pero ella se dejó caer contra el cuerpo de él, empapándolo.

—Brrr. Qué calentito.

—¡Hostia puta!

Annie le susurró al oído.

—La buena noticia es que, si afirman que me porto mal, pues me

portaré mal. Podemos portarnos mal los dos.

Félix dio un paso atrás, se puso a cuatro patas y metió un brazo por debajo de la bañera.

—Según ellos ya he estado haciendo el gamberro. Resulta que no lo sabía, pero estoy todas las noches de farra en el Heaven con los maricas. Viviendo sonámbula. ¡A lo mejor puedo empezar una nueva vida! Por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo? No seas

coñazo, Félix. Deja eso...

Félix emergió de nuevo sosteniendo un espejo de cuento de hadas con cuatro gruesas líneas de polvo blanco cruzadas por una pajita, como un escudo de armas. Annie extendió los brazos hacia él con las muñecas hacia arriba. Las venas parecían más grandes, más azules.

—Ni siquiera es la hora del almuerzo.

—Al contrario, el almuerzo es eso.

¿Te importaría volver a ponerlo donde lo has encontrado?

Se quedaron plantados a ambos lados del retrete: el gesto obvio se apuntaba a sí mismo. Lo ayudaría a decir lo que le tenía que decir.

—Ponlo. En. Su. Sitio. Por. Favor.

Annie sonrió mostrando sus dientes de corista. Alguien llamaba a la puerta. Félix vio que tenía un temblor díscolo en el párpado, una pugna entre la farsa de jovialidad y

la realidad del agobio. Conocía perfectamente aquella pugna. Dejó el espejo en su sitio.

—¡Ya voy!

Ella descolgó una prenda japonesa de seda de un gancho de la puerta y se la puso, remetiendo un lado por el otro como si tratara de esconder un desgarrón gigante. La prenda tenía en la espalda una bandada de golondrinas que descendía desde el cuello y seguía por el espinazo hasta el suelo. Annie salió a toda

prisa y cerró la puerta tras de sí dejando a Félix dentro del baño. Por pura costumbre, él abrió el botiquín con espejo que había sobre el lavabo. Apartó la primera fila de productos (crema Pond's, Elizabeth Arden, un frasco antiguo y vacío de Chanel N° 5) para alcanzar los fármacos que había detrás. Cogió un frasco de poxi-comosellamara-rendidina, la del tapón rojo, que si la mezclabas con alcohol te provocaba un colocón frenético-tranquilo, como éxtasis cortado con

ketamina. Funcionaba muy bien con vodka. Lo tuvo un momento en la mano y luego lo devolvió a su sitio. Oyó que ella hablaba en la habitación de al lado y levantaba de golpe la voz:

—Pues no... la verdad es que no lo entiendo para nada...

Aburrido, Félix fue para allá y se dejó caer en una incómoda silla de madera con respaldo alto que en otro tiempo había adornado la antesala del castillo de Wentworth.

—Yo casi nunca uso la escalera. Puede que sea «zona comunitaria», pero yo no la uso. La única gente que viene por aquí son el chico de la tienda o algún amigo que sube. Muy de vez en cuando. Yo nunca bajo, no puedo. Está claro que deberías hablar con las señoritas de abajo, todos sabemos que tienen a gente subiendo y bajando todo el tiempo; doy por sentado que eres un hombre de mundo. Arriba y abajo, arriba y abajo. Esto parece el puñetero Piccadilly Circus.

Dio un paso adelante para indicar con el dedo el frecuentado sendero y Félix pudo divisar al hombre que estaba en la puerta: un tipo rubio y grande, con músculos de gimnasio, traje azul marino y una carpeta de anillas que llevaba el logo de Google en la portada.

—Por favor, señorita Bedford, yo solamente hago mi trabajo.

—Perdona, ¿cómo te llamas? ¿Puedo ver alguna identificación...?

El rubio le pasó una tarjeta.

—¿Y te han mandado que vengas a acosarme? ¿En serio? Yo diría que no, señor... Vaya, soy incapaz de pronunciar tu apellido. Yo diría que no, Erik. Pero me temo que yo no respondo ante el señor Barrett. Yo respondo ante el casero de verdad. Soy pariente del casero de verdad, el dueño de esta casa. Es un pariente cercano mío y estoy segura de que no le gustaría que me acosaran.

Erik abrió su carpeta de anillas y volvió a cerrarla.

—Nosotros somos los subagentes y nos han mandado que avisemos a los inquilinos de que las zonas comunitarias se tienen que arreglar y que hay que dividir el coste entre los pisos. Hemos mandado varias cartas a este domicilio y no hemos recibido respuesta.

—Qué acento tan raro tienes. ¿Es sueco?

Erik se puso prácticamente firme.

—Soy de Noruega.

—¡Ah, noruego! Noruega. Qué encanto. Nunca he estado allí, obviamente. Nunca voy a ninguna parte. Félix —dijo dándose la vuelta con una inclinación algo subida de tono hacia el interior del marco de la puerta—. Erik es noruego.

—Mira qué bien —dijo Félix, y movió la mandíbula rígidamente

para imitarla; ella le sacó la lengua.

—Dime, Erik, ¿es Suecia la que ha tenido tantos problemas hace poco?

—¿Perdone?

—Noruega, quiero decir. Ya sabes, problemas de dinero. Cuesta creer que un país entero pueda entrar en bancarrota. A mi tía Helen le pasó, pero la verdad es que se lo buscó. Pero un país entero... menudo descuido, ¿no?

—Se refiere usted a Islandia, creo.

—¿Ah, sí? Pues tal vez sí. A los nórdicos siempre los... ¿cómo se dice? —Annie hizo una maraña con los dedos.

—Señorita Bedford...

—Mira, a lo que iba es a que nadie quiere ver este sitio arreglado más que yo. Aquí no ha habido un rodaje desde... desde cuando fuera, y esa azotea está pidiendo a gritos que alguien filme en ella, en serio, es

absurdo dejarla ahí muerta de asco. Tiene una de las mejores vistas de Londres. De verdad creo que os interesa que el sitio sea más atractivo para invertir en él. Pero en lo que respecta a buscar inversores no habéis pegado ni golpe.

Erik se encogió un poco dentro de su traje. Daba igual qué tonterías le salieran de la boca, el acento de Annie obraba milagros. Félix la había visto usar aquella magia para

salir de algunos aprietos bastante feos, hasta cuando se presentaba la gente de los subsidios, hasta una vez en que la policía hizo una redada en el burdel de abajo y ella tenía una apreciable bolsa de heroína sobre la mesilla de noche. Era capaz de convencer a cualquiera de que se volviera por donde había venido. Era capaz de caer, caer y caer sin llegar nunca al suelo. Su tío abuelo, el conde, era dueño del suelo, el que había bajo aquel edificio y bajo todos los

demás edificios de la calle, bajo el cine, las cafeterías y el McDonald's.

—Pues me parece increíble que una débil mujer que vive sola y casi nunca sale de su apartamento tenga que pagar lo mismo que unas «empresarias» que reciben a sus visitas masculinas aproximadamente cada ocho minutos... ¡Pum, pum, pum! —gritó marcando el ritmo con los pies—. Eso es lo que está haciendo polvo

la puta moqueta. Todo el día para arriba y para abajo. Las visitas masculinas que van por la escalera. —Erik miró a Félix con ojos consternados—. Ese —dijo Annie señalando con el dedo— no es una visita masculina. Es mi novio. Se llama Félix Cooper. Es cineasta. Y no vive aquí. Vive en el noroeste de Londres, en una zona muy mona llamada Willesden de la que probablemente nunca has oído hablar, y te aseguro que sería una equivocación relegarla al olvido

porque en realidad es un sitio muy interesante, con mucha «diversidad». Dios, menuda palabreja. Y lo cierto es que los dos somos personas muy independiente con trayectorias muy distintas y simplemente preferimos mantener nuestra independencia. Es bastante habitual, ¿verdad que sí?, tener...

Llegado este punto, Félix se levantó de un brinco, rodeó la cintura de Annie con los brazos y la devolvió

al interior de la sala. Ella se derrumbó con un suspiro en el diván y le dedicó toda su atención a *Karenin,* que parecía considerar esas deferencias como un derecho de nacimiento. Erik abrió su carpeta, sacó un fajo de papeles y se los alargó a Félix.

—Necesito que la señorita Bedford me firme esto. Es el documento que la obliga a pagar su parte de las obras que...

—¿Y lo necesitas ahora mismo?

—Lo necesito esta semana, desde luego.

—Hagamos lo siguiente: tú lo dejas aquí y vuelves a buscarlo el jueves o el viernes. Te prometo que ya estará firmado.

—Hemos enviado muchas cartas...

—Y os lo agradezco, pero... ella no está bien, colega... No está bien de la... Tiene agarrofobia —dijo Félix, un viejo error que Annie no había logrado corregir ni con mil ojos en

blanco, tal vez porque aquella aleación expresaba una verdad más profunda: su miedo no era tanto a los espacios abiertos como a lo que pudiese ocurrir entre ella y la gente que había en ellos—. Vuelve dentro de un par de días y estará firmado. Yo haré que lo firme.

—Vaya tostón —dijo Annie antes de que se cerrara la puerta—. Desde que ha salido el sol he estado pensando, Félix, pasemos lo que queda de verano en la azotea.

Antes nos gustaba pasar todo el tiempo ahí arriba. Quédate este fin de semana. ¡El lunes es fiesta! Un fin de semana largo.

—Este fin de semana es el carnaval.

Pero ella no pareció oírlo.

—Nada de gente. Los dos solos. Haremos ese plato de pollo que te gusta, en la barbacoa de arriba. Ese pollo picante jamaicano. Para estos dos pollos.

—¿Qué pasa, ahora también comes?

Annie dejó de reírse, se estremeció y volvió la cara. Entrelazó las manos delicadamente sobre su regazo.

—Siempre es agradable ver comer a los demás. Yo como setas. Podríamos comprar unas setas, de las legales. ¿Te acuerdas? Sólo ir desde aquí hasta allí —señaló la distancia que había entre la silla y la tumbona— me costó un año entero. Estaba convencida de que

esto era Francia, no sé por qué. Creía que hacía falta pasaporte para cruzar la sala.

Félix cogió su paquete de tabaco. No tenía intención de ponerse a evocar momentos bucólicos.

—Ya no se pueden comprar. El gobierno cerró el sitio. Hace unos meses.

—¿Ah, sí? Qué aburridos.

—Un chaval de Highgate creyó que

era una tele y decidió apagarse. Se tiró de un puente, el de Hornsey Lañe.

—Vamos, Félix, esa historia es tan vieja como yo. La oí hacia 1985 en el patio de la escuela. «El puente de los suicidas», eso que llaman una leyenda urbana. —Se acercó a él, le quitó la gorra y le frotó la cabeza afeitada—. Subamos a broncearnos un rato. Bueno, yo me pondré morena. Tú puedes sudar. Inauguremos el verano.

—Annie, tía: el verano ya casi se ha acabado. Y yo trabajo. Sin parar.

—Ahora no parece que estés trabajando.

—Normalmente trabajo todos los sábados.

—Bueno, pues otro día, tú eliges cuál, escojamos un día por semana —dijo Annie con un acento que ella juzgó del norte.

—No puedo.

—¿Son mis encantos lo que no puedes resistir —acento americano —, o mi azotea?

—Annie, siéntate, quiero hablar contigo. En serio.

—¡Pues habla conmigo en la azotea!

El intentó agarrarla por la muñeca, pero ella apretó el paso y lo dejó atrás. El la siguió hasta el dormitorio; ella ya había bajado la escala de la trampilla y estaba en

pleno ascenso.

—¡No seas mirón! —Pero subía de tal forma que hacía imposible no vérselo todo, incluida la colita blanca de un tam-pón—. Y ten cuidado, que hay cristales.

Félix salió a la luz; tardó un momento en ver con claridad. Apoyó una rodilla con cuidado entre dos botellas de cerveza rotas y se irguió. Sus manos quedaron cubiertas de virutas de madera cocida por el sol y estropeada por

la lluvia. Había ayudado a poner y pintar aquel suelo con unos cuantos técnicos y hasta con uno de los productores porque andaban cortos tanto de tiempo como de presupuesto. Lo habían revestido con una gruesa capa de pintura blanca y brillante para aprovechar al máximo la luz. Todo se había hecho muy deprisa, al servicio de una ficción. Jamás hubo intención alguna de darle un uso real. Ella cogió un paquete aplastado de cigarrillos y una botella vacía de

vodka y los introdujo escrupulosamente en una papelera rebosante, como si retirar esos dos objetos cambiase algo en aquel mar de basura. Félix pasó por encima de un saco de dormir empapado, repleto de agua y de algo más, aunque, gracias a Dios, no contenía una persona. Había llovido la noche anterior y se respiraba una frescura de rocío, pero también se notaba un fuerte olor que el sol hacía más penetrante a cada minuto. Félix se dirigió al extremo oriental, junto a

la chimenea, buscando su sombra y su relativa impopularidad. Sus pisadas arrancaron ruidos desesperados a los tablones del suelo.

—Todo esto hay que rehacerlo.

—Sí, pero hoy en día no encuentras a nadie que te lo haga. Antes se presentaba aquí un equipo de rodaje joven y encantador, te pagaban dos mil libras semanales, te ponían el suelo, te lo pintaban, te follaban apasionadamente y te decían que te

amaban... Pero esos servicios son cosa del pasado.

Félix se llevó las manos a la cabeza.

—Annie, joder. Me estás volviendo loco, en serio.

Ella sonrió tristemente.

—Me alegro de provocar al menos algún efecto... —Enderezó una silla volcada—. Ahora se ve todo un poco desordenado, lo sé... pero es

que he tenido invitados. El viernes pasado organicé una de mis grandes noches, lo pasamos genial, tendrías que haber venido. Te mandé un SMS. Siempre te las ingenias para no leer mis mensajes. Unos invitados encantadores, gente maravillosa. Aquí arriba hacía más calor que en Ibiza.

Aquello sonaba a fiesta de sociedad con lo mejor de cada casa. Félix cogió una botella vacía de sidra Strongbow reutiliza-da como pipa.

—No debes permitir que la gente se aproveche más de ti.

Annie resopló.

—¡Menuda tontería! —Se sentó con las piernas abiertas en el puentecito de ladrillo que unía las chimeneas —. La gente está para eso. Para aprovecharse unos de otros. Si no, ¿para qué?

—Solamente vienen porque tienes algo que ellos quieren. Gorrones del Soho. Sólo buscan un sitio

donde pasar la noche.

Y si hay droga gratis, pues aún mejor.

—Bien, porque eso es lo que tengo. ¿Y por qué no se iba a aprovechar de mí la gente si lo que tengo les sirve para algo? —Cruzó las piernas como una maestra que se acerca al meollo de su lección—. Resulta que en esta cuestión de la propiedad inmobiliaria y las drogas yo soy fuerte y ellos débiles. En otras cuestiones es al revés. Los

débiles tienen que aprovecharse de los fuertes, ¿no crees? Mejor así que al revés. Yo quiero que mis amigos se aprovechen de mí. Quiero que me devoren. Que me chupen la sangre. ¿Por qué no? Son mis amigos. ¿Qué otra cosa voy a hacer aquí? ¿Formar una familia?

Félix sabía que aquel tema era una trampa. Dio un volantazo para esquivarlo.

—Lo que estoy diciendo es que no son amigos. Son dro-gatas.

Annie le clavó una mirada por encima de sus gafas de sol.

—Pareces muy seguro. ¿Me hablas por experiencia propia?

—¿Por qué intentas tergiversar lo que digo?

Costaba muy poco ponerlo nervioso y su vehemencia producía la falsa impresión de ser cólera. La gente creía que estaba a punto de pegar a alguien cuando en realidad sólo estaba inquieto o ligeramente

molesto. Annie alzó un dedo tembloroso.

—No me levantes la voz, Félix. Espero que no hayas venido aquí a buscar pelea, porque la verdad es que estoy bastante delicada.

El suspiró y se sentó al lado de ella en el puente de ladrillo. Le puso una mano suavemente sobre la rodilla, con gesto de padre o amigo, pero ella se la agarró con fuerza.

—Mira, ¿ves? Tienen la bandera.

Eso quiere decir que hay alguien. Las mejores vistas de la ciudad.

—Annie...

—A mi madre la presentaron en sociedad en palacio, ya sabes. Y a mi abuela.

—¿Ah, sí?

—Sí, Félix, sí. Seguramente ya te lo he contado.

—Pues, mira, resulta que sí.

El se soltó la mano y volvió a ponerse de pie.

—«Huyen de mí los que antaño me buscaron» —dijo Annie en voz baja; luego se quitó el albornoz y se tendió desnuda al sol—. Hay vodka en el congelador.

—Te dije que ya no bebo.

—¿Todavía?

—Te lo dije. Por eso no he venido. Y no solamente por eso, también

hay otras razones. Estoy limpio. Y tú te lo deberías plantear.

—Pero, cielo, yo también estoy limpia. Llevo dos años.

—Sí, salvo por la coca, la maría, el alcohol, las pastillas...

—¡Te he dicho que estoy limpia, no que sea una jodida mormona!

—Yo te hablo de hacerlo bien.

Annie se incorporó apoyándose en

los codos y se empujó las gafas de sol hasta colocárselas sobre el pelo.

—¿Y pasarme las horas escuchando a sujetos que te dan la brasa sobre el día en que se encontraron a ellos mismos en un cubo lleno de vómito? ¿Y fingir que todas las veces que me lo he pasado bien en la vida han sido un autoengaño fruto de mi interminable adolescencia? —Volvió a tumbarse y se puso otra vez las gafas de sol—. No, gracias.

¿Puedes traerme un vodka, porfa? Con limón, si lo encuentras.

En una azotea de la acera de enfrente, cruzando la calle en diagonal, a una mujer japonesa severamente vestida (estrechos pantalones negros y jersey negro con cuello de pico) se le cayó una bandeja. Un vaso se rompió y un plato de comida salió volando; a duras penas consiguió aguantar lo demás. Llevaba la bandeja a una mesilla de hierro forjado ante la

que estaba sentado un francés larguirucho con unos tirantes rojos de opereta y los bajos de los vaqueros enrollados hasta la pantorrilla. El francés se levantó de un salto. En ese mismo momento salió corriendo una niña que contempló la tragedia doméstica y se tapó la boca con la mano. A Félix le sonaban bastante los tres; los había visto muchas veces a lo largo de los años. Primero a la mujer sola, después el tipo se había instalado con ella. Por último había

llegado el bebé, que ahora debía de tener cuatro o cinco años. ¿Cómo había pasado la vida tan deprisa? Cuando hacía buen tiempo, Félix veía a aquella mujer sacar fotos de su familia con una cámara de las buenas puesta sobre un trípode.

—Ups —dijo Annie—. Problemas en el paraíso.

—Annie, escucha: ¿recuerdas a aquella chica de la que te hablé? La que te dije que era muy formal.

—Me temo que lo tienen bien merecido. No pueden quedarse a comer en su piso, no. Eso sería una privación. De modo que suben en una bandeja hasta el último trozo de bacalao con glaseado balsámico y gotas de miso para comer en la azotea de los cojones, y seguro que se van diciendo: «¡Qué suerte tenemos de poder comer en la azotea! ¡Caray, si esto parece la Toscana! ¿Has probado esto, cariño? Es tempura de flores de calabacín. ¡Fusión japoitaliana! La

he inventado yo. ¿Le hago una foto? Así podemos subirla al blog.»

—Annie.

—A nuestro blog, que se llama *Jules et Kim.*

—Esa chica, Grace, y yo vamos en serio. Voy a dejar de venir.

Annie levantó una mano y pareció que se examinaba las uñas, aunque ninguna le llegaba a la punta del dedo; tenía la piel arrancada por

los lados y viejas marcas de pinchazos alrededor de las cutículas.

—Ya veo. Pero ¿no tenía otro amante también?

—Eso ya se acabó.

—Ya veo —repitió Annie; se tumbó boca abajo y agitó los extraordinarios arcos de sus pies en el aire—. ¿Edad?

A Félix se le escapó una sonrisa.

—Veinticuatro, va a cumplir, creo, en noviembre. Pero no va por ahí la cosa.

—Y sigue sin venir mi vodka.

Félix suspiró y echó a andar hacia la trampilla.

—¡Pensaré en el otro amante! —oyó que le gritaba Annie mientras él bajaba por la escala—. ¡Me compadeceré de él! ¡Es muy importante que tengamos piedad del prójimo!

Marión. Habían roto finalmente un domingo de febrero mientras Félix estaba sentado en la escalera de Grace, liándose un cigarrillo con manos temblorosas y mirando a través de los visillos. Había observado cómo el otro caminaba pesadamente por el piso, recogiendo un candado de bicicleta, varias prendas bastante feas, una base de altavoz para un iPad y una rasuradora de pelo. Marión era corpulento, no exactamente gordo, pero sí blando y desgarbado. Se

pasó bastante rato en el cuarto de baño y salió con frascos de cera y tubos de crema, al menos uno de los cuales era de Félix. Pero como se quedaba con la mujer supuso que podía vivir sin su cera Dax para el pelo. Cuando Marión terminó de recoger sus cosas, Félix lo vio agarrarle las manos a Grace, como si estuviera a punto de oficiar un ritual religioso, y decirle: «Te doy las gracias por el tiempo que hemos pasado juntos.» Pobre Marión. No tenía ni puta idea de nada. Hasta se

había presentado en casa de Grace unas cuantas veces después de aquel día: le llevaba cintas de soca caribeña, notas escritas a mano y muchas lágrimas. Nada de lo cual contribuyó a su causa. En última instancia, todas las cosas que Grace afirmaba que le gustaban de Marión (que no estuviera metido en «chanchullos», que fuera dulce y tímido y no le interesara el dinero) fueron las razones por las que lo dejó. Y como era tan dulce, tardó una buena temporada en captar el

mensaje. Al final se llevó su rollo «soy enfermero, el hip-hop me parece demasiado negativo, sé cocinar cabrito al curry y quiero irme a vivir a Nigeria» de vuelta al sur de Londres, que era el sitio que le correspondía (en opinión de Félix).

—Nevera —se dijo Félix.

La abrió: dos botellas de coca-cola tamaño familiar, tres limones y una lata de caballa; luego recordó que no era allí y abrió el congelador.

Sacó la botella de vodka. Regresó a la nevera y sacó el último limón. Contempló la cocina. Era un cuartucho minúsculo con un fregadero de cerámica empotrado y resquebrajado. El fregadero estaba lleno; no había vasos limpios. En la ventana entreabierta ondeaba un trapo que hacía de cortina. Entre el fregadero y la ventana desfilaba en doble sentido una procesión de hormigas con trocitos de comida a cuestas y una seguridad en sí mismas que revelaba su escaso

miedo a ver agua corriente circulando por allí. Félix encontró un tazón. Cortó el limón con un cuchillo desafilado. Sirvió el vodka. Le puso el tapón a la botella, la devolvió al congelador y se imaginó cómo describiría aquella escena de abstinencia el martes a las siete de la tarde ante un grupo de compañeros de fatigas que apreciarían su naturaleza heroica.

De vuelta en el tejado, Annie había cambiado de posición: ahora estaba

sentada en postura de yoga, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados; llevaba un biquini verde. El le puso delante el tazón y ella asintió con la cabeza, como si fuera una diosa que acepta una ofrenda.

—¿De dónde has sacado ese biquini?

—Y dale con las preguntitas.

Sin abrir los ojos, ella señaló hacia la familia de la azotea de enfrente.

—Ya solamente les queda recoger los pedazos. El almuerzo se ha ido al garete y el Sancerre se ha acabado, pero de alguna manera, como sea, encontrarán la forma de salir adelante.

—Annie...

—¿Y qué más te cuentas? Ya te he perdido la pista del todo. ¿Alguna novedad en el mundo del cine? ¿Cómo está tu hermano?

—Ya lo dejé hace mucho tiempo.

Ahora estoy de aprendiz en un taller, ya te lo dije.

—Los coches antiguos son un hobby que está muy bien.

—No es un hobby... es mi trabajo.

—Félix, tú tienes mucho talento para el cine.

—Anda ya. ¿De qué trabajaba? Llevándoles el café y la far-lopa. Ese era mi trabajo. Y nada más. Nunca me habrían permitido llegar

más lejos, descuida. ¿Por qué siempre estás hablando de rollos que no son reales?

—Porque pienso que tienes mucho talento, por eso. Y porque no te haces valorar para nada.

—¡Déjalo ya, joder!

Annie suspiró y se sacó el clip del pelo. Se separó la cabellera en dos secciones y empezó a hacerse unas trenzas largas e infantiles.

—¿Cómo le va al pobre Devon?

—Bien.

—Tú me confundes con esa gente que hace preguntas por pura cortesía.

—Está bien. En principio sale el dieciséis de junio.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Annie.

Félix sintió una tremenda y poco

práctica calidez hacia ella. Con Grace casi nunca se mencionaba a Devon. Era una de esas «fuentes de energía negativa» que debían eliminar de sus vidas.

—¿Por qué «en principio»?

—Porque depende de cómo se porte. Se trata de no cabrear a nadie hasta esa fecha.

—Pues a mí me parece que ha pagado un precio demasiado alto a la sociedad por un pequeño atraco

de nada con una pistola de juguete.

—No era de juguete. Estaba descargada. Aun así lo consideran robo a mano armada.

—El viernes alguien me contó un chiste graciosísimo: te va a encantar. Ay, mierda. ¿Cómo era? Algo así como... ¿sabes qué es lo que los pobres...? No, perdona, vuelvo a empezar. Los pobres... Oh, Dios. En los barrios pobres te roban el teléfono, en los barrios ricos te roban la pensión. —Félix

esbozó una sonrisa minúscula—. Era así, pero mucho mejor contado.

Annie gritaba sin darse cuenta. En la otra terraza, la mujer japonesa se dio la vuelta y miró cortésmente hacia la media distancia.

—Pero mira a esa mujer: está obsesionada conmigo. Mírala: se muere de ganas de hacerme una foto, pero no se atreve a pedírmelo. Es muy triste, la verdad. —Annie saludó con la mano a la mujer y a su familia—. ¡Comeos el almuerzo!

¡Seguid con vuestras vidas!

Félix se interpuso entre Annie y las vistas.

—Es medio jamaicana y medio nigeriana. Su madre da clases en la William Keble, allá por Harlesden: es una mujer seria.

Y es como su madre, tiene ese rollo de la educación nigeriana: es aplicada. Te caería bien.

—Hum.

—¿Sabes ese local, el York's, que está en la calle Monmouth?

—Por supuesto. Era famoso en los ochenta.

—Pues acaban de ascenderla —dijo Félix con orgullo—. Ahora es como jefa de camareras, ¿cómo se llama eso? Que ya no sirve mesas, vamos. ¿Cómo se llama eso?

—Maitre.

—Sí. Lo más seguro es que acabe

llevando el local. Está lleno todos los días... va cantidad de gente.

—Sí, pero ¿qué clase de gente? —Annie se llevó el tazón a los labios y se bebió el vodka de un trago—. ¿Y qué más?

Félix volvió a ponerse nervioso.

—Tenemos mucho en común, o sea... un montón de cosas.

—Los largos paseos por el campo, el vino tinto, las óperas de Verdi, el

sentido del humor... —Annie estiró los brazos y juntó los dedos como si estuviera a punto de hacer un cántico de yoga.

—Sabe lo que quiere. Es una mujer consciente.

Annie lo miró de forma extraña.

—Eso es poner el listón un poco bajo, ¿no te parece? O sea, bravo por ti, ya que no está en coma...

Félix se rió y la vio enseñar las

encías en una sonrisa satisfecha.

—Políticamente consciente, racialmente consciente, me refiero a que sabe de qué va la lucha. Es consciente.

—Está despierta y entiende las cosas. —Annie cerró los ojos y respiró hondo—. Bravo por ti.

Pero un destello de arrogancia en su cara agotó la paciencia de Félix. Empezó a gritar:

—¡Sólo sabes burlarte! ¡Es lo único que sabes hacer! ¿Y qué maravillas haces tú? ¿Qué estás consiguiendo, eh?

Annie abrió un ojo sorprendido.

—¿Que qué estoy...? ¿De qué demonios hablas? Lo decía en broma, por el amor de Dios. ¿Qué es exactamente lo que debería conseguir?

—Te estoy preguntando por tus metas. De qué manera quieres que

llegue a ser tu vida.

—¿De qué manera quiero que llegue a ser mi vida? Lo siento, pero la gramática de esa frase me resulta extremadamente peculiar.

—Vete a la mierda, Annie.

Ella intentó reírse también de aquello y cogerle la muñeca, pero él le apartó la mano con malos modos.

—Contigo todo es una pérdida de

tiempo, ¿verdad? Aquí estoy intentando decirte adonde voy con mi vida y tú te cachondeas. Es perder el tiempo. Contigo siempre se pierde el tiempo.

Le salió más brutal de lo que había querido. Ella hizo una mueca.

—Creo que estás siendo muy cruel. Solamente procuro entender.

Félix moderó el tono. No quería ser cruel. No quería que lo vieran como alguien cruel. Se sentó junto a ella.

Tenía su discurso preparado, pero también tenía la sensación de que los dos estaban recitando un guión, de que en realidad ella lo tenía todo igual de preparado que él.

—Estoy cansado de vivir como hasta ahora. Tengo la sensación de haber agotado el juego, a cierto nivel, y de que a ese nivel me lo he pasado bien... pero bueno, Annie: incluso tú admitirías que es un nivel lleno de demonios. Lleno de demonios. De demonios y de...

—Perdona... estás hablando con una intachable señorita católica que...

—¡Déjame terminar! ¡Por una vez!

Annie asintió en silencio.

—Ya he perdido el hilo.

—Los demonios —dijo Annie.

—Eso. Y yo los he matado. Me ha costado, pero ya los he matado y he culminado el nivel y llega la hora de pasar al nivel siguiente. Y no es

cuestión de llevarte a ese nivel conmigo. Está clarísimo que no quieres ir.

Aquél era el discurso que se había preparado. Ahora que acababa de soltarlo ya no parecía mantener la profundidad sutil que tenía en su mente, pero aun así vio que algún efecto producía: ella abrió los ojos, deshizo su postura de yoga, descruzó los brazos y apoyó las palmas en el suelo.

—¿Me escuchas? El nivel siguiente.

La gente se puede pasar la vida entera en el pasado. Podría pasarme la vida entera reviviendo algunos de los malos rollos que he tenido. Ya lo he hecho.

Pero me ha llegado la hora del siguiente nivel. Estoy avanzando en el juego y ya estoy listo.

—Sí, sí, ya he captado la metáfora, no hace falta que me la sigas repitiendo. —Annie se encendió un cigarrillo, dio una calada larga y expulsó el humo por la nariz—. La

vida no es un videojuego, Félix; no hay un número determinado de puntos que te hagan pasar al nivel siguiente. En realidad no existe el nivel siguiente. La triste realidad es que al final todo el mundo se muere. Fin de la partida.

Las pocas nubes que quedaban en el cielo estaban desviándose hacia Trafalgar Square. Félix levantó la vista para contemplarlas con una expresión deliberadamente espiritual.

—Bueno, ésa es tu opinión, ¿verdad? Todo el mundo tiene derecho a opinar.

—Es la mía, la de Nietzsche, la de Sartre, la de muchos. Félix, cielo, te agradezco que hayas venido aquí para ofrecerme esta «charla en serio» y compartir tus pensamientos sobre Dios, pero ya estoy bastante cansada de hablar y personalmente me gustaría saber lo siguiente: ¿vamos a follar o no?

Le tiró juguetonamente de la pierna.

El intentó levantarse, pero ella empezó a besarle los tobillos y él no tardó en caer de rodillas. Era una derrota y Félix la culpó por ello. La cogió de los hombros, no precisamente con suavidad, y se arrastraron hasta el borde de la pared, donde ambos se dijeron que nadie podía verlos. El le agarró un mechón de pelo y trató de darle un beso violento, pero ella tenía la capacidad de convertir hasta la última caricia malévola en pasión. Los dos encajaban. Siempre les

había pasado. Pero ¿de qué servía encajar de aquella manera y de ninguna otra? Félix sintió las manos de Annie en los hombros, empujándolo hacia abajo, y enseguida se encontró con su cicatriz de apendicitis delante de la cara. Ella levantó el culo. El se lo agarró con las manos y metió la cara en su entrepierna. Tenía catorce años cuando Lloyd le explicó por primera vez que comer coño era antihigiénico y humillante. Unicamente había que hacerlo a

punta de pistola, en opinión de su padre, y sólo si la mujer se había rasurado hasta el último pelo. Annie había sido la primera. Años enteros de programación mental destruidos en una sola tarde. Se preguntó qué pensaría Lloyd de él, con la nariz hundida en una selva de vello lacio y aquel sabor extraño en la boca.

—¡Si te estorba, sácalo!

Félix agarró la cola de ratón con los dientes y tiró de ella. Salió con

facilidad. Lo dejó tirado como si fuera algo muerto, rojo sobre el suelo blanco. Luego se volvió hacia ella y le metió la lengua. Parecía cavar un túnel frenético confiando en llegar al otro lado. Ella sabía a hierro y, cuando al cabo de cinco minutos salió en busca de aire, él se imaginó que debía de tener un aro de sangre en torno a la boca. De hecho, solamente tenía una manchita. Ella se la quitó con un beso. El resto fue rápido. Eran viejos amantes y ya tenían sus

posturas preferidas. De rodillas, con vistas a la ciudad, alcanzaron el placer de forma fiable, fiablemente por separado, con sendas conclusiones que sin embargo resultaron ligeramente decepcionantes comparadas con aquellos cinco minutos, hacía cinco minutos, en que les había parecido posible meterse el uno dentro del otro, de cabeza, y desaparecer por completo.

Al acabar se quedó sobre ella,

sintiendo su proximidad incómoda y sudorosa, preguntándose cuándo sería cortés separarse. No esperó mucho. Se tumbó de espaldas. Ella se apartó el pelo hacia un lado y apoyó la cabeza en el pecho de él. Vieron un helicóptero de la policía que pasaba en dirección a Covent Garden.

—Lo siento —dijo Félix.

—¿Por qué?

Félix estiró los brazos y se subió

los vaqueros.

—¿Sigues tomando aquello?

Félix vio que a ella le pasaba un destello de furia por la cara y que a continuación ese destello quedaba refrenado y disperso por el proceso de abrir el paquete de tabaco, sacar un cigarrillo a golpecitos, encenderlo, esbozar una sonrisa sombría y reírse.

—No hace falta. Tengo más números de que me caiga encima un

rayo. La sangre sigue manando, más o menos, pero créeme: el pozo está casi seco. La naturaleza impone su ley. ¡Destruye! Y hablando de eso, se supone que mi querido hermano James me va a llevar al Wolseley para celebrar nuestra común decrepitud: ayer me telefoneó y se puso a hablarme con total naturalidad. Como si charláramos día sí, día no. Ridículo. Pero yo le seguí el juego y le dije: «¡Hola, querido gemelo!» El tío me sugirió que almorzáramos para celebrar

nuestro cumpleaños, y eso que no es hasta octubre... Y yo le dije vale, pero por supuesto sé exactamente lo que se propone, quiere que yo le firme la escritura de los cojones para poder vender mi casa. No entiende que una parte de esa casa es mía, da igual lo que él piense, y quién sabe cuánto debe de haberse hipotecado ya para pagar la educación de sus pequeños, hasta el cuello, estoy segura, dudo que pueda rascar ya ni un penique, y todos sabemos que él hubiera

querido engullirme en el útero, pero me temo que no lo consiguió, y mientras nuestra madre viva no veo por qué hemos de vender la casa. ¿Adonde va a ir ella si la vendemos? ¿Y quién va a pagar el sitio adonde vaya? Esa clase de sitios son caros. Pero él siempre ha sido así: James siempre ha actuado como si él fuera hijo único y yo no existiera. ¿Sabes cómo me llamaban mi padre y él a mis espaldas? La placenta. ¿Tomamos otra copa? Hace bochorno.

Se tendió boca abajo y le besó la piel que rodeaba el cuello de la camiseta. El le enredó los dedos en el pelo.

—Seguramente deberías tomarte una píldora de ésas. De las que se toman después. Para estar segura.

Annie soltó un gemido de exasperación.

—No quiero bebés tuyos, Félix. Te aseguro que no me paso todas las noches aquí sentada como una

mujer caída en desgracia, pensando en tener bebés contigo. —Con la uña le dibujó un ocho invisible en el vientre; el movimiento parecía ocioso, pero la uña apretaba—. Por supuesto, te das cuenta de que si esto fuera al revés aquí se aplicaría una ley, ¿no? Una ley de verdad: John contra Jen en el tribunal supremo. Y John acusaría a Jen de habérselo follado obstinadamente durante cinco años antes de dejarlo tirado sin previo aviso en el crepúsculo de su edad fértil, para

largarse con Jack el chiquillo, de veinticuatro añitos y con una polla más larga que mi brazo.

Y el tribunal fallaría a favor de John. Siempre es así. A Jen le tocaría pagar daños y perjuicios. Una suma enorme. Y seis meses de cárcel. No... nueve. Justicia poética. Y tú no serías capaz de...

—¿Sabes una cosa? Tengo que irme.

Félix se quitó de encima la cabeza

de Annie, se bajó la camiseta y se puso de pie. Ella se incorporó y cruzó los brazos por encima de los pechos. Miró en dirección al río.

—Sí, claro, ¿por qué no?

El se inclinó para darle un beso de despedida, pero ella apartó la cabeza como una niña.

—¿Por qué eres así? Tengo que irme, simplemente.

Félix notaba que había algo fuera

de sitio: bajó la vista y vio que se había dejado la bragueta abierta. Se la cerró. Pensó que desde que había entrado por la puerta había hecho y dicho justamente todo lo contrario de lo que había tenido intención de hacer y decir.

—Lo siento —añadió.

—No pasa nada. Estoy bien. La próxima vez tráete a tu querida Grace. Me gustan las personas conscientes. Son mucho más vivaces. Tengo la impresión de que

la mayoría de la gente vive en un estado semivegetativo.

—Lo siento mucho. —Félix la besó en la frente.

Echó a andar hacia la trampilla. Al cabo de un momento oyó unos pasos que lo seguían, vio el revoloteo del vestido de ella, un puñado de golondrinas de seda a un costado y, por fin, sintió una mano que lo agarraba por el hombro.

—¿Sabes, Félix? —dijo ella con

una vocecilla afectada, como de camarera que recita los platos del día—. No todo el mundo quiere esa pequeña vida convencional hacia la que estás remando. A mí me gusta mi río de fuego. Y cuando me llegue la hora de desaparecer, remaré con mi botecito de una sola plaza hasta las llamas y dejaré que me consuman. ¡No tengo miedo! Nunca he tenido miedo. La mayoría de la gente lo tiene, ya lo sabes. Pero yo no soy como la mayoría. Tú nunca has hecho nada por mí y tampoco

hace falta que lo hagas.

—¿Que nunca he hecho nada por ti? Cuando estabas tirada en esta azotea, babeando y con los ojos en blanco, ¿quién estaba aquí, quién te metió los dedos por...?

Los orificios nasales de Annie se ensancharon y su expresión se volvió cruel.

—Félix, ¿a qué viene esa necesidad patológica de ser el bueno de la película? Es tediosa. Francamente,

resultabas más divertido cuando eras mi camello. No hace falta que me salves la vida. Ni a mí ni a nadie. Estamos todos bien. No necesitamos que vengas al galope en un corcel blanco. No eres el salvador de nadie.

No levantaban mucho la voz, pero se estaban poniendo las manos encima de forma cada vez más violenta; las agitaban ferozmente. Félix advirtió que estaba teniendo lugar, en su peor versión, la escena

que tanto había temido y que lo había alejado de aquel lugar durante meses. Lo más extraño era que sabía exactamente cómo se sentía Annie en aquel momento porque él había desempeñado muchas veces el papel de Annie frente a su madre y otras muchas mujeres, y cuanto más lo entendía más ganas tenía de escapar, como si la derrota que ella estaba soportando ahora fuese una especie de virus. Y pobre del que lo coja.

—Actúas como si tuviéramos una relación, pero esto no es una relación. Yo sí que tengo una relación, es justamente lo que he venido a decirte. Pero esto... ¿Esto qué coño es?, esto no es nada, es...

—¡Joder, otra palabra repugnante! ¡Dios me libre de las «relaciones»!

Desesperado por marcharse, Félix jugó la que consideraba su mejor carta:

—Tienes cuarenta y tantos años.

Mírate. Sigues viviendo igual. Yo quiero tener hijos. Quiero seguir con mi vida.

Annie forzó algo parecido a la risa.

—Quieres decir «más hijos», ¿verdad? ¿O es que eres una de esas almas cándidas que creen convertirse en una persona nueva cada siete años, en cuanto se han regenerado todas las células?... Página en blanco y vuelta a empezar, da igual a quién hayas hecho daño y da igual lo que haya

pasado hasta entonces... Ha llegado el momento de mi nueva relación.

—Me largo —dijo Félix, y empezó a alejarse.

—«Relación», una palabra patética y cobarde, de gente que no tiene cojones para vivir, que no tiene la imaginación necesaria para llenar su existencia con nada que no sea...

Félix sabía que no debía seguirle la corriente: ya no le quedaban cartas que jugar y, además, ella ya estaba

jugando sola. Cuando se ponía así era capaz de pelearse con un perchero, con una escoba. ¿Y cómo podía saber Félix qué había tomado antes de que él apareciera? De manera que le dio la espalda, abrió la trampilla y bajó por la escala, pero ella lo siguió.

—Es lo que hace la gente hoy en día, ¿verdad? Cuando no se les ocurre nada mejor que hacer... No hay ideas, no hay posturas políticas y no hay huevos. Pues a casarse.

Pero yo he trascendido todo eso. Hace mucho, hace milenios. Esa idea de que toda tu felicidad reside en otra persona. ¡Esa idea de la felicidad! Yo estoy en un plano distinto, cielo. Tengo más pelotas de las que se sueñan en tu filosofía. Estaba comprometida a los diecinueve, estaba comprometida a los veintitrés, ahora mismo podría estar pudriéndome en alguna mansión de Hampshire, tapizando y retapizando sofás con algún barón, en perfecta armonía asexuada. A

eso se dedica mi gente. Vosotros, en cambio, os dedicáis a tener montones de niños que no podéis ni cuidar. Estoy segura de que es todo maravilloso y tal, pero ¡a mí no me busquéis, hostia!

En el pasillo que iba del dormitorio a la sala, Félix se volvió y le agarró las dos muñecas. Estaba temblando. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo que quería. No sólo deseaba su derrota: también que dejase de existir.

—Tienes suerte de que la vida te sonría, Félix. Tienes suerte de ser feliz, de encontrar la felicidad, de ser buena persona...

Y quieres que todo el mundo sea feliz y bueno porque tú lo eres, y que las cosas les resulten fáciles a todos porque así son para ti. Pero ¿nunca se te ha ocurrido que puede haber gente a quien la vida no le resulta tan fácil de vivir como a ti?

Annie tenía una expresión triunfal. Los dientes le rechinaban movidos

por la cocaína.

—¿Mi vida? ¿Que mi vida es fácil?

—No digo que haya sido fácil. Digo que te resulta fácil. No es lo mismo. Por eso me gusta el ballet: porque es difícil para todos. Félix, suéltame, me haces daño.

El la soltó. Tocarse tanto rato, aunque fuese de forma colérica, volvía insostenible la cólera, de manera que ambos se ablandaron, bajaron la voz y apartaron la vista.

—Te estoy estorbando, ya lo veo. Bueno. Aquí no ha pasado nada. Y con eso quiero decir, por supuesto, que aquí ha pasado lo peor.

—Cada vez que vengo aquí encuentro el mismo drama, el mismo drama. —Félix negó con la cabeza con la vista clavada en el suelo—. No lo entiendo. Si yo siempre te he tratado bien. ¿Por qué intentas destrozarme la vida?

Annie clavó los ojos en él.

—Qué gracioso —dijo—. Aunque, claro, así es como debes de verlo tú.

Después caminaron en calma hasta la puerta, él por delante. Un desconocido habría pensado ante esa escena que el hombre pretendía venderle una Biblia o una enciclopedia a la mujer. Sin éxito. Félix, por su parte, estaba convencido de que aquélla era la última vez (la última vez que pasaba frente a aquel cuadro, la

última vez que veía aquella grieta en la pared) y se imaginó que rezaba una breve oración para dar las gracias. Casi deseaba contárselo todo a la mujer que amaba para mostrarle cómo había asimilado sus enseñanzas. El universo quiere que seas libre. Tienes que sacudirte de encima las ataduras de lo negativo. El universo solamente quiere lo que tú pides, y sólo por eso te lo dará. Entonces oyó a su espalda el llanto mudo de una mujer. Era la señal para

volverse, pero no lo hizo, y cuando llegó al umbral el llanto era un sollozo. Corrió hacia las escaleras, y ya había bajado unos cuantos peldaños cuando oyó el golpe sordo de unas rodillas hincadas en la moqueta de arriba, y supo que debía sentir el peso de la culpa, pero lo cierto era que estaba experimentando un proceso aún sin inventar llamado transferencia de partículas, algo maravillosa y dichosamente ligero.

NW6

Félix se adentró trabajosamente en el vagón. Se agarró a la barra. Examinó el plano del metro. No expresaba su realidad. El centro no era «Oxford Circus», sino las luces brillantes de Kilburn High Road. «Wimbledon» era el campo, y «Pimlico», pura ciencia ficción. Puso el índice derecho sobre la marca azul de Pimlico. Estaba en el limbo. ¿Quién vivía allí? ¿Quién

pasaba alguna vez por allí?

Quedaron dos asientos libres en una hilera de cuatro. Félix despertó de sus cavilaciones y se sentó. El tipo de delante meneaba la cabeza al ritmo de un estruendoso *breakbeat*. El amigo que iba a su lado tenía los pies encima del asiento. Enormes pupilas, riendo de cuando en cuando con la cabeza gacha, entretenido con algún delirio privado. Félix estableció un espacio privado para sí mismo

arrellanándose con las piernas bien abiertas. En Finchley Road, cuando el tren salía al exterior, su teléfono resucitó con el pitido de una llamada perdida. Su pulgar recorrió esperanzado la lista de llamadas. El mismo número tres veces. Sólo tenía un referente físico en el mundo: una lastimosa cabina de teléfono atornillada a un muro en un pasillo de cemento. Félix la había visto muchas veces tras el cristal reforzado de la sala de visitas. Se guardó el teléfono en el bolsillo.

* * *

El problema de Devon era que uno quería hablar con él y al mismo tiempo no quería. En realidad ya no era Devon, sino un extraño de voz dura que llamaba y decía cosas duras, cosas hirientes. Era Jackie quien hablaba por la boca de Devon. Ella le mandaba cartas. Félix se había enterado por Lloyd

(Devon no se lo había dicho; Félix no se lo había preguntado). Su madre tenía un extraño poder sobre la gente: Félix no descartaba que fuese brujería (Jackie afirmaba tener una abuela de Ghana; allí esas cosas no eran desconocidas). Seguramente había tenido poder sobre Félix tiempo atrás. También sobre las chicas. Pero con ella siempre había una gota que colmaba el vaso. Devon tendría que averiguarlo, como lo habían averiguado Félix y las chicas. El

episodio final estaba muy claro para Félix: en aquella ocasión habían pasado ocho años desde la última «visita». Las chicas se negaban a verla. Como era un sentimental, Félix la recibió con cautela, sin prometer nada. Y le pidió a su hermano que lo acompañara para darle apoyo moral. Devon comenzó la velada en la otra punta de la sala, apoyado en la pared con cara de odio. Acabó la noche cobijado en el sofá y aceptando los besos babosos que

Jackie le daba en toda la cara. Félix también se ablandó. Bajó el ron blanco que había en un estante. Una estupidez. Tia se marchó pronto, igual que Ruby. Y Lloyd. Todo el mundo se marchaba. Karen, la hermana de Jackie, los avisó: «Hacedme caso. Sacadla de casa y cambiad las cerraduras.» Pero en aquel momento daba la impresión de que la conformidad de Devon permitía (requería) la de Félix. A lo largo de los años había sufrido mucho más que Félix y, sin

embargo, no guardaba rencor alguno.

Apareció en pleno verano. Pasaron muchos días fumando hierba juntos en Hampstead Heath, riendo como locos, rodando por la hierba como jóvenes amantes. Jackie, Devon y Félix. Por las noches se sentaban a beber. «¡No me puedo creer lo rubio que es este niño! ¡Mira qué rizos!» Una noche, saliendo de la cocina con un paquete de galletas, le contó despreocupadamente al

pobre Devon que su padre había muerto hacía unos años, ahogado. A Félix le sonó a cuento chino, pero guardó silencio.

Ahora resultaba que eran hermanastros: no era asunto suyo. Él tenía un padre y sus propios problemas. Una madrugada ella se plantó en mitad de la sala, como si actuara en un escenario y les contó lo triste y sola que había estado en Inglaterra cuando era jovencita. Félix nunca había oído aquello;

descubrió que quería oírlo, aunque sabía perfectamente que Jackie podría haber cambiado aquella historia de su vida por cualquier otra y él la habría aceptado igualmente. Quería amarla. Intentó imaginarse la vida en la tristemente célebre Garvey House, con «aquellos sujetos del Frente Nacional que te escupían en las tiendas». Ella desgranó sus distintas teorías conspirativas. Félix no la interrumpió. Quería ser feliz. Había una sobre las torres. Otra sobre la

llegada a la Luna. La Virgen María había sido negra. El planeta se estaba enfriando. En 2012 se acabaría todo. Ella parecía haber pasado los últimos años en cibercafés de todo el país reuniendo aquella información. Devon la apoyaba con firmeza en todo. Félix, más escéptico, le seguía la corriente sin hacer comentario alguno. Ella llevaba el pelo recogido en dos trenzas, como una piel roja, con una banda elástica fina y dorada sobre la

frente. Y, ¡oh, maravilla!, se avecinaba un mundo perfecto donde no habría ni dinero ni tiendas, solamente almacenes en el centro de las poblaciones con todo lo que uno necesitaba y sin cerraduras.

Y todo el mundo viviría sin religión y en armonía. El sabía que aquellos ojos estaban empañados de locura.

Al día siguiente desapareció con la tarjeta bancaria de Félix, su reloj y todas sus cadenas. Dos meses más tarde, Devon entró en la Khandi's

Gem Express and Jewellery de la avenida con un chico del sur de Kilburn, Curtis Ainger, y una pistola. Sonríe a la cámara de seguridad, por favor. Lo metieron en la cárcel con diecinueve años. Este verano cumplía veintitrés.

—Perdona, ¿puedes pedirle a tu amigo que mueva los pies?

Félix se quitó los auriculares. Allí había una mujer blanca sudorosa y

extremadamente preñada.

—Me gustaría sentarme... —dijo ella.

Félix miró al «amigo» inmóvil que tenía enfrente y le pareció mejor hablar con el otro. Se inclinó hacia delante. El tipo tenía la cabeza apoyada en el cristal, medio escondida por la capucha; la meneaba absorto por el ritmo de la música. Félix le tocó ligeramente una rodilla.

—Eh, colega, creo que la señora quiere sentarse.

El tipo se quitó uno de sus gigantescos auriculares. —¿Qué?

—Creo que la señora quiere sentarse.

La embarazada puso una sonrisa tensa. Era un día muy caluroso para su estado. El mero hecho de verla hacía que a Félix le brotara sudor en la nariz.

—¿Ah, sí? ¿Por qué me lo pides tú? ¿Y por qué me tocas? —¿Qué?

—¿Que por qué me lo pides tú? ¿Por qué no me lo pide ella?

—Tu colega tiene los pies en el asiento de ella, hermano.

—¿Y eso es asunto tuyo? ¿A ti qué coño te importa? ¿Y a quién llamas hermano? Yo no soy tu hermano.

—Yo no he dicho que fueras...

—Pero ¿es asunto tuyo? ¿No tienes un asiento? Pues levanta el puto culo tú. —Félix intentó defenderse, pero el chico le puso una mano delante de la cara—. Que te calles, capullo.

El otro abrió un ojo y se rió por lo bajo. Félix se levantó.

—Siéntese en el mío, yo me bajo.

—Gracias.

Félix vio que la mujer temblaba

como un flan y tenía los ojos llorosos. El se apartó para dejarla pasar y notó el roce húmedo de sus brazos. La mujer se sentó. Miró fijamente a los dos individuos y les habló con voz entrecortada:

—Tendría que daros vergüenza.

El tren estaba llegando a la estación de Kilburn. El vagón entero guardaba silencio. Nadie miraba hacia ellos, y las miradas fugaces eran imperceptibles. Félix sintió una oleada de aprobación asfixiante

e indeseada dirigida hacia él, y otra de asco y odio que envolvía a los dos tipos y los separaba de Félix, del resto del vagón y de la humanidad. Los tipos parecieron notarla: se alzaron de golpe y se fueron precipitadamente hacia la puerta, donde Félix ya estaba esperando. Oyó el inevitable murmullo de maldiciones dirigidas a él. Por fortuna se abrieron las puertas. Félix recibió una fuerte embestida y aterrizó en el andén dando trompicones como un payaso.

Risas que se alejan. Levantó la vista a tiempo de ver cómo las suelas de las deportivas subían los peldaños de dos en dos, saltaban por encima de la barrera y se esfumaban.

Árboles de espeso ramaje. Setos desgreñados por encima de las cercas. Hasta la última grieta de la acera, hasta la última raíz. Un sol que castiga la plataforma superior del 98. Los muros han crecido

frente a la escuela judía y también la musulmana. La Kilburn Tavern ha sido repintada, negro brillante con letras doradas. Si se da prisa podría incluso llegar a casa antes que ella. Tumbarse en aquella cama limpia, en aquel lugar benéfico. Devorarla con todo el cuerpo. Empezar otra vez, desde cero.

Félix divisó a Hifan y Kelly fuera de la taberna comiendo una bandeja de patatas fritas en una mesa de picnic, ambos de su curso en el

instituto: él ya calvo y ella aún atractiva. Para echar unas risas, Félix chocó los cinco con Hifan, besó a Kelly en la mejilla, robó una patata y siguió caminando, todo como si fuera un único movimiento, una forma de danza.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó Kelly levantando la voz.

Félix le devolvió el grito sin darse la vuelta:

—Por amor, ratona. A.M.O.R.

¡A.M.O.R.! —adoptó sus andares chulescos y disfrutó de las risas mientras desaparecía elegantemente doblando la esquina.

Nadie lo vio tropezar con los basureros grises que había detrás. Recuperó el equilibrio apoyando una mano en la puerta trasera de la taberna, que ahora tenía un llamativo cristal coloreado y un nuevo pomo de latón. Suelos de madera donde antes había moquetas; comida de verdad en

lugar de patatas fritas y cortezas de cerdo. ¡Ahora una copa de vino te costaba seis libras!

Jackie no lo reconocería. Tal vez su madre era ya uno de esos exiliados que se sientan en las escaleras de la casa de apuestas con una lata de Special Brew en la mano, expulsados de los pubs por las remodelaciones. O tal vez nunca cayó tan bajo. Con Lloyd resultaba imposible saber cuánto era verdad y cuánto pura bilis. Félix miró el

interior a través del ventanal: ya no estaba el cubículo afelpado del rincón donde se había sentado con sus hermanas, seis piececitos que no llegaban al suelo, a escuchar ansiosamente cómo Jackie pronunciaba su discurso de despedida. Había conocido a un hombre con el que se sentía libre. Vivía en Southampton, un tipo blanco. A los siete años, Félix no tenía ni idea. No sabía que la libertad es algo que se puede sentir. Pensaba que simplemente se tiene.

No sabía dónde estaba Southampton. Félix adoraba a su padre y no quería vivir con un blanco al que no conocía de nada. Sólo cuando la conversación ya casi había acabado se dio cuenta de que su madre no estaba invitándolo a ir a Southampton. Dos años más tarde, Jackie se presentó en Londres con un bebé moreno de piel clara. Dejó a Devon con Lloyd y se fue... quién sabe adonde. ¡Quién sabe adonde!

En Albert Road, Félix echó a andar detrás de una chica alta que llevaba vaqueros rojos ajustados y un top negro con tirantes finos. Era ancha de espaldas y de torso cuadrado. Tenía más músculos que Félix, y cuando caminaba se le movían todos al unísono, con movimientos fluidos y complejos: los brazos parecían conectados con la espalda, el trasero y las caderas. Nada que ver con Grace, que era más bajita, suave y curvilínea. Aquella mujer podía cargar con Félix, correr

llevándolo en volandas hasta casa y dejarlo en la puerta como si fuera un bebé. Llevaba un montón de anillos de plata baratos, con los aros medio verdes, y le recorría el antebrazo una flor tatuada con el tallo muy largo y sinuoso. Tenía los talones secos y agrietados. Se le veía la etiqueta del top. ¿Y si él se la metía por dentro? Un hilillo de sudor le caía de la oreja, le bajaba por el cuello y la espalda hasta alcanzar por fin la robusta división (bien definida) entre los hemisfe-

ríos derecho e izquierdo. A la chica le sonó el teléfono. Contestó y llamó a alguien «cielo». Dobló hacia la derecha. Otra vida. Félix percibió que alguien le clavaba dos dedos en la espalda.

—Dinero. Teléfono. Venga.

Tenía a uno a cada lado. Se habían subido las capuchas, pero se los veía perfectamente. Los tipos del metro. No mucho más altos que él.Tampoco mucho más anchos. Eran las seis en punto.

—VENGA.

Lo empujaban, lo zarandeaban. Levantó la vista para verles las caras. El más hablador, el que soltaba todas las palabrotas, era sólo un crío. El otro, el más callado, se acercaba a la edad de Félix, demasiado mayor para estar haciendo tonterías. Tenía las manos cenicientas, como Félix, y el mismo lustre apagado en la cara. Una cicatriz descendía por su mejilla. Debía de ser del barrio, porque le sonaba. Félix intentó darles la

espalda, pero ellos lo retuvieron. Les soltó un chorro de palabrotas, muy creativo, y miró a su derecha: a cuatro casas de allí, la chica alta metió una llave en su cerradura y entró.

—No os voy a dar nada, ¿me oís? ¡Nada!

Se vio a sí mismo tirado en la acera. Mientras se incorporaba hasta ponerse de rodillas, oyó que uno de ellos decía:

—Muy valiente en el tren, pero ahora no tanto, ¿eh?

Y en vez de miedo lo invadió la piedad; recordó un tiempo en que sólo importaba ser valiente. Se metió la mano en el bolsillo. Que se llevaran su teléfono. Y también el solitario billete de veinte que tenía en el bolsillo, llegado el caso. Lo habían atracado muchas veces y conocía el ritual. Cuando era más joven, tal vez podrían haber herido su orgullo; ahora la furia y la

humillación ya habían desaparecido: que se lo quedaran todo. Las cosas que le importaban estaban en otra parte. Intentó burlarse de ellos mientras les entregaba sus escasas pertenencias.

—Tendríais que haberme pillado hace dos horas, troncos. Hace dos horas estaba forrado.

El más joven le clavó una mirada gélida, el rostro desencajado por una mueca feroz. Era una máscara necesaria, sin ella no podría haber

hecho lo que estaba haciendo.

—Y las piedras —dijo el chico.

Félix se tocó las orejas. Las preciadas circonitas que le había regalado Grace.

—Ni de coña —contestó.

Se volvió de nuevo hacia la calle. Una ráfaga de aire pasó por encima de los tres inflándoles las capuchas; las hojas de sicómoro volaron en remolino hasta la acera. Recibió un

fuerte golpe en el costado. ¿Un puñetazo? El dolor lo rasgó hacia la izquierda, profundo y bajo. Un líquido caliente ascendió por su garganta. Rebasó los labios. Pero no podía ser el final si era capaz de ponerle nombre, y con eso en mente dijo en voz alta lo que le habían hecho, lo que le estaban haciendo, intentó decirlo, pero no dijo nada. ¡Grace! Un autobús se acercó traqueteando por Willesden Lañe; en el preciso instante en que vislumbraba la empuñadura y la

hoja, Félix vio cómo el 98 volvía a abrir las puertas para admitir al último ser visible: una niña con un vestido amarillo de verano. La chiquilla corrió con su billete en alto como si estuviera presentando la prueba de algo, llegó justo a tiempo, exclamó «¡gracias!» y dejó que las puertas se plegaran limpiamente tras ella.

anfitriona

1. Unas coletas pelirrojas

Había ocurrido un suceso. Hablar de ello requería el pluscuamperfecto. Por aquel entonces, Keisha Blake y Leah Hanwell, las protagonistas de ese suceso, tenían cuatro años. La piscina del parque, en realidad una alberca cuadrada con apenas palmo y medio en la parte más profunda, había estado llena de niños «chapoteando por todos lados y alborotando». En el momento del

suceso no había socorrista y los padres se las arreglaban como podían para vigilar a sus criaturas. «Colina arriba, en Hampstead, sí tenían un socorrista para ellos. Para nosotros, nada.» Un detalle interesante. Keisha (que ahora tenía diez años y sentía curiosidad por las tensiones que se creaban entre los adultos) intentó acceder a su significado. «Deja de mirar, levanta el pie», le dijo su madre. Estaban sentadas en el banco de una zapatería en Kilburn High Road; le

tomaban medidas para probarle unos zapatos de color marrón apagado con tiras en forma de T, unos zapatos incapaces de transmitir algo de la alegría que seguramente existe en el mundo, a pesar de todo. «Tenía a Cheryl haciendo el bestia en una esquina, tenía a Jayden berreando en brazos e intentaba ver dónde estabas tú, intentaba controlar la situación...» Fue durante aquella elipsis cuando había ocurrido el suceso: una niña había estado a punto de ahogarse.

No obstante, el significado del suceso se había hallado en otra parte. «Te levantaste con unas coletas pelirrojas en la mano. La sacaste a rastras. Fuiste la única que vio que estaba en apuros.» Después del suceso, la madre de la niña, una irlandesa, le había dado las gracias muchas veces a Marcia Blake, lo cual ya era un acontecimiento en sí mismo. «Conocía a Pauline de vista, pero no nos hablábamos.

Por entonces era un poco estirada conmigo.» Keisha no podía ni desmentir ni confirmar aquella versión: no guardaba recuerdo alguno del episodio. Sin embargo, su carácter premonitorio podía considerarse sospechoso. La historia ya establecía con claridad la célebre prudencia y el mucho tesón de Keisha, igual que la rebeldía y la irresponsabilidad de Cheryl. Además, no era posible que Jayden hubiera nacido cuando tuvo lugar el suceso porque era cinco

años más joven que Keisha. «Ahora quédate quieta», murmuró Marcia empujando la barra metálica para que se encontrara con los dedos del pie de su hija.

2. Kiwis

En la calma mortal del piso de los Hanwell, la merienda era un hecho destacado. La señora Hanwell se la tomaba tan en serio que tenía un carrito especial para transportarla. El vehículo contaba con tres bandejas y unas ruedecitas

metálicas. Era demasiado bajo para empujarlo sin agacharse ridiculamente. «No tiene sentido sacarlo cuando somos dos, pero si viene una tercera persona sí que me gusta usarlo.» Keisha Blake estaba con las piernas cruzadas delante del televisor, al lado de su gran amiga Leah Hanwell, con quien había intimado a raíz de cierto acontecimiento dramático. Se volvió para supervisar el avance del carrito: a Keisha Blake le encantaba la comida, que siempre

era lo que más ilusión le hacía. Tapándoles la pantalla a las niñas, la señora Hanwell le hizo una pregunta al televisor: «¿Quiénes son esos tipos de pinta peligrosa que van en la furgoneta?» Leah subió el volumen. Señaló el televisor y el lustroso pelo blanco de Aníbal, y luego a su madre, en el mundo real. «Ese pelo te envejece», dijo. Keisha intentó imaginarse a ella misma diciéndole algo así a su madre. Lamentó en silencio la pérdida de la bandeja con las

galletas y de las deliciosas novedades que pudieran contener aquellos huevos marrones y peludos. Juntó los pies lista para levantarse y marcharse a casa, pero la señora Hanwell no se puso a gritar ni a repartir tortazos. Se limitó a tocarse el casquete de pelo y suspiró: «Se me puso de este color cuando naciste tú.»

3. Agujeros

El palo atrancó las puertas del ascensor: ése era el propósito

mismo de la operación. Saltó la alarma. Los tres niños bajaron las escaleras chillando y riendo, subieron la rampa y cruzaron la tapia de la finca para sentarse en la acera de enfrente. Nathan Bogle se pegó las rodillas al mentón y se las abrazó. «¿Cuántos agujeros tenéis?», preguntó. Ninguna de las dos chicas dijo nada. «¿Qué?», preguntó Leah por fin. «Ahí abajo...» Puso un dedo en la entrepierna de Keisha a modo de indicación. «¿Cuántos? Ni siquiera

lo sabéis.» Keisha se atrevió a levantar la vista desde la calle hasta su amiga. Leah estaba ineludiblemente ruborizada. «Eso lo sabe todo el mundo», replicó Keisha Blake tratando de reunir el extra de audacia que, sospechaba, el caso requería. «¿Por qué no te vas a la mierda y lo averiguas?» «No lo sabéis», concluyó Nathan, pero Leah se alzó de golpe, le dio una patada en el tobillo y le gritó: «¡Ella sí que lo sabe!»; luego cogió a Keisha de la mano y volvieron

corriendo a casa sin soltarse durante todo el camino porque eran amigas del alma, unidas para siempre por un suceso dramático que todo el mundo conocía perfectamente en Caldwell.

4. Incertidumbre

Encontraron a Cheryl viendo la televisión y trenzándose el pelo desde la nuca. Keisha Blake desafió a su hermana mayor a que les dijera cuántos agujeros había. No era muy agradable que Cheryl se riera de ti.

Era una risa estridente e implacable, alimentada por la humillación de los otros.

5. Desacuerdo filosófico

Keisha Blake anhelaba remedar algunas de las ceremonias que había visto en casa de los Hanwell: taza, bolsita de té, luego agua y después (solamente después) leche. En una bandeja. Su madre opinaba que quien pasa en casa ajena tanto tiempo como Leah Hanwell en casa de los Blake renuncia a los

derechos del invitado y ha de recibir el mismo trato que los miembros de la familia, con todas las licencias y libertades que ello implica. Cheryl sostenía una tercera postura: «Siempre está en nuestra casa. ¿Qué ocurre, que no le gusta la suya? ¿Y por qué usa mi maquillaje? ¿Quién se ha creído que es?»

—Mamá, ¿tienes bandeja de té?

—¡Llévaselo así! ¡Dios!

6. Algunas respuestas

Keisha Blake *Leah Hanwell*

M o r a d o
Amarillo

Carneo, Culture Club, Bob Marley
Madonna, Culture Club, Thompson Twins

Prefiero el dinero
Ser muy famosa

Michael Jackson

Harrison Ford

Nadie. Si no hubiera más remedio, Rahim

Supersecreto:

Nathan Bogle

No lo sé
Las margaritas o los tulipanes

Médico o misionera
Directora

Leah Hanwell
Keisha Blake

La paz mundial en Sudáfrica
Que no haya bombas

S o r d a

Sorda

H u r a c á n *El león, la bruja y el armario*

E.T. *E.T.*

7 . Filete de pescado, ración grande de patatasfritas y tarta de manzana

En Caldwell todo el mundo daba por sentado que los fontaneros se

ganaban muy bien la vida. Keisha no lo veía nada claro. O bien la riqueza personal de los fontaneros era un mito o bien su padre era un incompetente. En otro tiempo había rezado para que a Augustus Blake le saliera trabajo, pero sin resultado alguno. Era un sábado casi a mediodía y continuaban sin noticia de escapes en tuberías o retretes atascados. Durante las épocas de ansiedad, Augustus Blake se retiraba al balcón y fumaba cigarrillos Lambert *&c* Butler, y

eso era justamente lo que estaba haciendo ahora. Keisha no sabía si Leah notaba como todos los demás la angustia del teléfono mudo. Las dos chicas estaban tumbadas boca abajo delante del televisor. Llevaban cuatro horas viendo programas matinales y dibujos animados. Se turnaban para ridiculizarlos y no dejaban que Jayden los viera en paz, pero no había otra forma de explicarse mutuamente por qué querían ver los mismos programas que un niño de

seis años. Cuando empezaron las noticias de la hora del almuerzo, Gus entró y preguntó dónde estaba Cheryl.

—Ha salido.

—Ella se lo pierde.

Chillidos y un bailecito con las manos agarradas. Aparte de que Marcia aprovechara la situación para apuntarse un tanto («¿Veis qué pronto estáis listas para salir cuando queréis ir a algún sitio?»),

la alegría se desató y todo se concertó para extenderla; Marcia no las hizo hablar con las mujeres de la iglesia a las que vieron en la avenida y Gus llamó a Keisha «señora Uno» y a Leah «señora Dos», y no se enfadó cuando Jayden salió corriendo hacia los arcos gemelos de la eme dorada.

8. Radiografía

De vuelta a casa, sin embargo, se toparon con Pauline Hanwell, sola, arrastrando un carrito de la compra.

Era verdad que se parecía al actor George Peppard. Jayden sostuvo en alto el juguete de su *happy meal* para que lo viera la señora Hanwell. La señora Hanwell no lo vio porque estaba mirando a Leah. Keisha Blake miró a su amiga Leah Hanwell y vio cómo le subía el rubor por el cuello. La señora Blake le preguntó a la señora Hanwell cómo estaba, la señora Hanwell contestó que bien y luego la pregunta fue repetida en sentido contrario con idéntico resultado. La

señora Hanwell trabajaba de enfermera de cuidados generales en el Royal Free Hospital y la señora Blake era asistente sanitaria afiliada al Saint Mary's de Paddington. Ninguna de las dos pertenecía en modo alguno a la burguesía, pero tampoco se consideraban totalmente de clase obrera. Hablaron brevemente de la sanidad pública, con una mezcla de queja y orgullo. La señora Hanwell les contó a los Blake que estaba haciendo un curso de formación

para ser radiografista, y Keisha se preguntó si la señora Hanwell era consciente de que les había contado exactamente lo mismo hacía unos días delante de los contenedores. «Oye, Augustus, Colin dice que si todavía quieres esos permisos de aparcamiento para la furgoneta, él te puede ayudar.» El señor Colin Hanwell trabajaba para el ayuntamiento. Su principal responsabilidad era la seguridad de las bicicletas, pero también tenía cierto poder en materia de

aparcamiento. Keisha pensó: ahora va a decir que se va al Marks *&c* Sparks, y cuando hizo justamente eso Keisha notó una punzada inolvidable de omnipotencia creativa. Tal vez fuera verdad que ella podía crear el mundo. «Leah —dijo la señora Hanwell—, ¿vienes?» Keisha Blake percibió el intervalo entre aquella pregunta y su respuesta como una tensión intolerable que se dilataba más allá de su capacidad de aguante, como una experiencia casi infinita.

9. Lanzada

Estaba claro que Keisha Blake era incapaz de empezar algo y no terminarlo. Si trepaba la tapia de Caldwell, estaba obligada a recorrer el perímetro entero sin importar los obstáculos que hallara por el camino (latas de cerveza, ramas). Aquella compulsión, aplicada a otros campos, se manifestaba en forma de «inteligencia». Cada palabra ignorada la conducía al diccionario

(en busca de algo parecido a una «conclusión») y cada libro la llevaba a otro, un proceso que, por supuesto, nunca concluiría. Como era de esperar, aquel itinerario vital le producía enormes satisfacciones y al principio resultaba claro que sus deseos y capacidades estaban básicamente alineados. Quería leer cosas (no podía resistir el deseo de leer cosas), y leer era algo que costaba poco esfuerzo y salía relativamente barato. Por otro lado, el hecho de que la elogiaran por

aquellos hábitos reflexivos la desconcertaba, porque ella se sabía fabulosamente tonta en relación con muchas cosas. ¿Acaso no era posible que aquello que los demás consideraban inteligencia sólo fuese en realidad una especie de mutación de la voluntad? Ella era capaz de estar más rato sentada en el mismo sitio que los demás niños, de aburrirse durante horas sin queja, y se dedicaba en cuerpo y alma a rellenar hasta la última esquina de los libros para colorear

que a veces le llevaba Augustus Blake. Podía alterar aquella mutación volitiva tanto como la forma de sus pies o la calle donde había nacido. Era incapaz de obtener una satisfacción verdadera de los accidentes. Ahora apareció una brecha en la mente de la niña: una brecha entre lo que ella creía conocer de sí misma, esencialmente, y su esencia entendida por los demás. Empezó a existir para los otros, y si alguien le hacía una pregunta cuya respuesta

desconocía, se cruzaba de brazos y miraba hacia arriba. Como si la pregunta misma fuera demasiado obvia para merecer su atención.

10. Habla, radio

¿Coincidencia? El azar tiene límites. El DJ que hablaba por la radio en la cocina de Colin Hanwell no podía estar siempre entre dos temas. No podía estar siempre entre dos temas justo cuando Keisha Blake entraba en la cocina de los Hanwell.

Ella hizo pesquisas. Pero el padre de Leah, que estaba junto a la encimera desgranando guisantes, no pareció entender la pregunta.

—¿Qué quieres decir? Es que no hay música. Es Radio 4. Solamente hablan.

Uno de los primeros ejemplos de la máxima «a veces la realidad supera la ficción».

11. Métela

A Keisha Blake nunca se le había ocurrido que su amiga Leah Hanwell poseyera una personalidad en particular. Como les pasa a la mayoría de los niños, su relación se basaba no en los sustantivos sino en los verbos. Leah Hanwell era una persona dispuesta y preparada para hacer una serie de cosas que Keisha Blake estaba dispuesta y preparada para hacer. Juntas corrían, saltaban, bailaban, cantaban, se bañaban, coloreaban, iban en bicicleta, metían tarjetas de San Valentín bajo

la puerta de Nathan Bogle, leían revistas, comían patatas fritas, fumaban cigarrillos a escondidas, leían el diario de Cheryl, escribían la palabra **FOLLAR** en la primera página de una Biblia, intentaban sacar *El exorcista* del videoclub, veían a una prostituta o a una perdida o a una loca de amor mamársela a un tipo en una cabina telefónica, buscaban la marihuana de Cheryl, buscaban el vodka de Cheryl, afeitaban el brazo de Leah con la maquinilla de Cheryl, hacían

el *moonwalk,* aprendían la danza obscena popularizada por las Salt-N-Pepa y otras muchas cosas de similar naturaleza. Pero ahora habían terminado en la Quinton Primary y les tocaba ir a la Brayton Comprehensive, donde todo el mundo parecía tener personalidad, de manera que Keisha observó a Leah y trató de discernir el contorno de su personalidad.

* * *

12. Retrato

Una persona generosa, abierta al mundo, con la posible excepción de su propia madre. Había dejado de comer atún por consideración hacia los delfines y después toda clase de carne por consideración hacia los animales en general. Si resultaba que había un vagabundo sentado en el suelo frente al supermercado de Cricklewood, Keisha debía esperar a que Leah Hanwell terminara de

hablar con él, y no solamente para preguntarle si quería algo, sino para entablar toda una conversación con medio cuerpo inclinado. El hecho de que fuera más áspera con su propia familia que con un vagabundo sólo indicaba que la generosidad no tiene un volumen infinito y debe emplearse de forma estratégica donde hace más falta. En la Brayton congeniaba con todo el mundo sin excepciones ni límites, pero los peores casos no la distanciaban de la gente popular o

viceversa, y Keisha Blake no lograba entender cómo se las arreglaba. Algo de esta armonía universal se extendía a Keisha por asociación, aunque nadie confundió jamás la contumacia mental de Keisha con el espíritu generoso de su amiga.

13. Grava

Un día, de vuelta a casa con una chica llamada Anita, Keisha Blake y Leah Hanwell se encontraron escuchando una historia terrible. A

la madre de Anita la había violado un primo suyo en 1976 y ese hombre era el padre de Anita. Lo metieron en la cárcel, pero ya había salido. Anita no había llegado a conocerlo y tampoco quería. Parte de su familia pensaba que su padre no había violado a su madre. Era un drama doméstico, pero también una especie de intriga aterradora, porque ¿quién sabía si el padre violador de Anita no estaba viviendo también en NW y/o espiándolos a todos en aquel

preciso instante desde alguna atalaya? Las tres chicas se detuvieron en el patio de grava de una iglesia y se sentaron en un banco. Anita lloró y Leah también.

—¿Cómo sé qué mitad de mí es malvada? —preguntó Anita.

Pero el legado de los padres no significaba gran cosa para Keisha Blake; ella tenía la firme convicción de no ser en absoluto una creación de sus padres y, en consecuencia, tampoco podía creer

que alguien fuera creación de los suyos. De hecho, abrigaba la tenaz fantasía del padre y/o la madre inexistentes, y los libros infantiles que más le habían gustado siempre empezaban con el protagonista heredando una libertad terrible tras alguna forma de apocalipsis parental. Trazó un ocho en el suelo con la zapatilla izquierda y pensó en las dos páginas que tenía que escribir antes de la mañana siguiente sobre las Leyes del Trigo de 1804.

14. Ese oscuro objeto del deseo

La aérea tecnología rojiblanca de la diosa griega de la victoria. Keisha Blake pegó la mano al cristal reforzado del escaparate. Separada de la felicidad. Estaba por todas partes, el aire, para quien quisiera tomarlo, pero ella había empezado a desearlo ahora que lo veía así definido, exento y hecho visible. ¡La cosa infinitamente disponible ahora encerrada en la suela de una zapatilla! Hay que admitir la

audacia. Noventa y nueve libras. Tal vez para Navidad.

15. Evian

Y con el agua habían conseguido exactamente lo mismo. Cuando vio la botella escondida bajo una bolsa de zanahorias, Marcia Blake le soltó un improperio a Keisha Blake, arrancó el envase del carrito y lo devolvió a un estante que no le correspondía, junto a las mermeladas.

* * *

16. El horario nuevo

—Fíjate. Lo tienes en clase de Francés. Y en clase de Teatro. —¿A quién?

—¡A Nathan!

—¿A Bogle? ¿Y qué?

—Dios bendito, Keisha. Pero si

éramos unas crías. Mira que eres boba a veces.

17. Certificado General de Estudios Secundarios

En el despacho del tutor de Keisha Blake, las gorras de béisbol y la bisutería improcedente eran confiscadas y colgadas de ganchos en la pared. A Keisha Blake no la habían llamado para una reprimenda, había ido ella para hablar de las opciones que tenía en una serie de exámenes para los que

aún faltaban tres años. No era verdad que quisiera hablar de aquellos exámenes, simplemente quería poner de manifiesto que era una de esas personas que piensan en las cosas importantes de la vida con tres años de antelación. Cuando se levantaba para marcharse, vio una cadena de plata de la que pendía una pistola diminuta engastada con cristales de *strass*.

—Es de mi hermana —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo el profesor, y

miró por la ventana.

—Ya no estudia aquí —insistió Keisha—. La expulsaron.

El profesor frunció el ceño. Descolgó el collar de la pared, se lo dio a Keisha y le dijo:

—Cuesta creer que entre Cheryl Blake y tú haya el más mínimo vínculo familiar.

18. Walkman Sony (prestado)

El hecho de que Keisha pudiera oír a Rebel MC con los cascos y al mismo tiempo caminar por Willesden Lañe era una especie de milagro y éxtasis moderno, y sin embargo la jornada apenas dejaba espacio para el éxtasis, el abandono o la simple pereza, porque todo lo que hicieras en la vida debías hacerlo el doble de bien que los demás, «sólo para obtener lo mismo», un inquietante principio que defendían simultáneamente la madre de Keisha Blake y su tío

Jeffrey, de quien se decía que era un tipo «con mucho talento», pero también «un bala perdida».

19. Desvío al tiempo pluscuamperfecto

(A veces Jeffrey, que no era miembro de la Iglesia, arrinconaba a su sobrina de trece años y le decía cosas desconcertantes. «¡Compruébalo! ¡Compruébalo!», le había dicho el día anterior, durante la boda de la prima Gale. Keisha solamente podía suponer

que se estaba refiriendo a una conversación mantenida muchas semanas antes. Por ello, lo que había querido decir era: «Comprueba si la CIA tiene la estrategia de inundar con crack los barrios negros pobres y verás que tengo razón.» ¿Cómo? ¿Dónde?)

20. Walkman Sony (revisitación)

Que dos personalidades tan distintas como su madre y el tío Jeffrey coincidieran en una opinión confería cierta fuerza a esa opinión.

Pero seguramente ninguno de ustedes recriminaría a Keisha Blake el actual placer de pensar con música, ¿verdad? ¡Oh, esa banda sonora al aire libre! ¡Oh, esa existencia orquestal!

21. JaneEyre

Siempre que se metían con ella, a Keisha Blake le resultaba útil recordar que si leías la literatura relevante o veías las películas pertinentes pronto descubrías que ser puteada era, a todos los efectos,

el signo de una personalidad superior, y cuanto más intenso el puteo, más probable resultaba el desquite durante la segunda parte de la vida, cuando las cualidades como las que Keisha Blake poseía (inteligencia, voluntad de poder) se convertían en «su propia recompensa». Esta idea seguía siendo cierta aunque la gente de esa literatura y esas películas no se pareciera en nada a ti, viniera de un universo histórico y socioeconómico distinto y (si te

hubiera conocido) seguramente te habría esclavizado o al menos puteado de la manera en que lo hacía Loma Mackenzie, que tenía un problema con el hecho de que actuases como si fueras mejor que todos los demás.

22. Cita

Se podían encontrar más confirmaciones de este principio en la misma Biblia.

23. Spectrum 128k

A Leah le regalaron un ordenador personal por su decimocuarto cumpleaños. Keisha Blake leyó el folleto explicativo y fue capaz de programar una serie básica de comandos para que en respuesta a avisos específicos aparecieran textos en pantalla como si el ordenador estuviera «hablando». Hicieron una prueba con el señor Hanwell.

>>¿CÓMO TE LLAMAS?

—¿Tengo que escribir aquí? Me

siento ridículo.

>> COLIN ALBERT HANWELL

>> ENCANTADO DE CONOCERTE, COLIN

—¡Caray! ¿Eso lo has hecho tú, Keisha? ¿Cómo haces esas cosas? Me estoy quedando anticuado. Pauline, ven a ver esto, no te lo vas a creer.

Cuando terminaron de deslumbrar a los Hanwell, hicieron otra prueba

para divertirse en privado.

>>¿CÓMO TE LLAMAS?

>>LEAH HANWELL

>>¿AH, Sí? VAYA CAÑA DE NOMBRE, ¿NO?

24. El número 37

Los domingos, Keisha Blake iba a la Kilburn Pentecostal con su familia, salvo Cheryl, y Leah los acompañaba a menudo, no porque fuera creyente, ni mucho menos,

sino más bien movida por la generosidad de espíritu que se ha descrito antes. Pero ese día emergió un nuevo planteamiento. Cuando llegaron a la esquina del McDonald's, Leah Hanwell le dijo a Keisha Blake: —Mejor pensado, creo que voy a coger el 37 para ir al Lock y ver a esa peña.

—Muy bien —dijo Keisha Blake.

Durante el verano se había producido un intento de mezclar a la peña del Camden Lock con la de

Caldwell, pero a Keisha Blake no le interesaban especialmente ni Baudelaire ni Bukowski ni Nick Drake ni Sonic Youth ni Joy División ni los chicos que parecían chicas y viceversa, ni Anne Rice ni William Burroughs ni *La metamorfosis* de Kafka ni la campaña por el desarme nuclear ni Glastonbury ni los situacionistas ni *Elfinal de la escapada* ni Samuel Beckett ni Andy Warhol ni un millón de cosas de Camden, y cuando Keisha llevó un maravilloso

single de Monie Love para ponerlo en el equipo de Leah hubo algo espantoso en el modo como Leah se sonrojó y admitió que seguramente no pasaba nada por bailar aquello. Solamente les quedaba Prince, y también se estaba agotando.

25. Vivre sa vie

Aquella divergencia de gustos tan repentina y violenta tenía estupefacta a Keisha, que insistía en creer que los nuevos gustos de Leah eran una pose sin relación alguna

con lo esencial de su ser y principalmente adoptada para fastidiar a su más vieja amiga.

—Llámame luego —dijo Leah Hanwell, y se subió de un salto a la plataforma trasera del autobús.

Keisha Blake, cuya célebre determinación y constancia no dejaban mucho sitio para la angustia existencial, vio cómo su amiga subía al piso alto del autobús con su nuevo maquillaje de ojos de panda, y luego pasó un *mauvais*

quart d'heure preguntándose si ella misma tenía personalidad o sólo era la acumulación y el reflejo de todas las cosas que había leído en los libros y visto en la televisión.

26. Tiempo relativo

Una serie de factores (su recato indumentario, su prematura maduración física, las gafas) se combinaban para hacer que Keisha Blake pareciera considerablemente mayor de lo que era en realidad.

27. 50 ml de vodka

En vez de ser conocida como una «personalidad», Keisha Blake se volvió indirectamente popular como función. Compraba alcohol a mucha gente que parecía demasiado joven para hacerlo ella misma, y la creencia irracional en el «talento» de Keisha para esa actividad empezó a acarrear su propio cumplimiento, pues, investida con esa fe ajena en su infalibilidad, acabó por creérsela. Pese a todo,

resultaba extraño comprar alcohol para Leah.

—Tiene que caberme en el bolsillo de atrás.

—¿Por qué?

—Porque va a haber doscientas personas bailando pogos y una no puede ir por ahí con una copa de vino.

Como el evento no empezaba hasta tarde, Leah fue a la habitación de

Keisha Blake a beber y hablar hasta que llegara la hora de marcharse. Lo más probable era que luego conociese a alguien con el pelo hasta los ojos y se acostara con él.

—Ayer vi a Nathan en el sitio de las patatas fritas —dijo Keisha.

—Dios, Nathan —dijo Leah Hanwell.

—No vuelve el trimestre que viene —dijo Keisha Blake—. Al final lo han expulsado.

—Era cuestión de tiempo —dijo Leah Hanwell, y abrió la ventana para encenderse un cigarrillo.

Siguió bebiendo y se pasó un buen rato girando el dial de la radio en busca de una emisora pirata que no encontraba. Sobre las diez y cuarto de la noche, dijo:

—No creo que las mujeres puedan ser hermosas de verdad. Creo que pueden ser muy atractivas y que te pueden dar ganas de follártelas y de quererlas y bía, bía, pero estoy

convencida de que en el fondo sólo los hombres pueden ser hermosos de verdad.

—¿Eso crees? —repuso Keisha, y escondió su desconcierto con un largo trago de té. No estaba nada segura de a quién se refería aquel pronombre en segunda persona.

28. Conejo

En la víspera de su decimosexto cumpleaños, a Keisha Blake le dejaron un regalo frente a la puerta

de su apartamento. El papel de regalo estaba poblado de mariposas idénticas. La tarjeta no llevaba firma y decía: **ÁBRELO EN PRIVADO**, pero el ángulo de la pe y las puntas de la uve le indicaron que era la letra de su buena amiga Leah Hanwell. Se retiró al cuarto de baño. Un vibrador rosa fluorescente con cuentas giratorias en la formidable punta. Keisha se sentó sobre la tapa del retrete e hizo algunos cálculos estratégicos. Envolvió el consolador en una

toalla, lo escondió en la habitación que compartía con Cheryl y luego se llevó la caja y el papel de regalo al patio para tirarlos en los contenedores públicos situados junto al aparcamiento. El sábado siguiente por la mañana empezó a experimentar los primeros síntomas de un resfriado y el domingo alegó tos fuerte y dolor de vientre. Su madre le presionó la lengua hacia abajo con un tenedor y dijo que era una lástima porque el pastor Akinwande iba a comentar la

historia de Abraham e Isaac. Desde el balcón, Keisha Blake vio, no sin cierto pesar, cómo su familia se iba andando a la iglesia: le interesaba sinceramente la historia de Abraham e Isaac.

29. Corre, conejo

Pero también había decidido en privado que ella era una creyente distinta a su madre, y que podía sobrevivir a ocasionales incursiones antropológicas en el terreno del pecado. Volvió adentro

y asaltó un despertador y una calculadora para extraerles las pilas. No recurrió a ninguna iluminación ambiental ni puso música suave o velas aromáticas. Tampoco se quitó la ropa. Al cabo de tres minutos ya había averiguado unas cuantas cosas que antes no sabía: qué es un orgasmo vaginal, la diferencia entre el orgasmo vaginal y el clitoriano, y la existencia de una sustancia viscosa segregada por su cuerpo que después debía enjuagar de los surcos del vibrador

usando el pequeño lavabo que había en un rincón del cuarto. Solamente tuvo el consolador un par de semanas, pero durante ese tiempo lo utilizó con regularidad, en ocasiones varias veces al día, a menudo sin lavarlo después y siempre de aquella forma escueta y eficiente, como si estuviera delegando la tarea en otra persona.

30. Plusvalía, esquizofrenia, adolescencia

—Aquí deberíamos hacer esto —

dijo Layla antes de cantar una nota nueva que Keisha apuntó.

—*Role models* —cantó Layla en la nueva clave—, *Bringing the truth, bringing the light.*

Keisha volvió a tomar notas.

—*Making it right* —dijo Layla, y repitió las mismas palabras pero cantándolas, y Keisha asintió con la cabeza e hizo otra anotación.

Layla tenía un talento genuino para

la música y una voz preciosa. Su madre era una conocida cantante de Sierra Leona. Keisha no sabía cantar y tocaba la flauta bastante mal. Había aprendido notación musical por su cuenta en unas pocas semanas usando partituras de piano cogidas en la iglesia. Como ocurría con todo lo que tuviera que ver con símbolos y/o significados, a Keisha no le había costado nada aprender, y no sabía ni por qué era así ni qué significaba aquella facilidad ni por qué su hermana Cheryl no había

recibido la misma merced ni qué iba a hacer con aquello, ni siquiera si «aquello» era un nombre o un verbo o tenía alguna realidad material fuera de su mente. Ahora estaban las dos escribiendo una canción para el coro infantil que se reunía en aquel centro parroquial los jueves después de misa. Keisha y Layla eran buenas amigas, aunque no tanto como Keisha y Leah. La verdad es que no las había juntado ningún episodio dramático, aunque en la mente de la Iglesia estaban

unidas de una forma natural e inevitable.

—*Leading the way* —cantó Layla.

Keisha tomó nota. Sus manos olían a vagina. Ahora Layla volvió a hablar sin música:

—O algo así como *sisters today, leading the way.*

Keisha apuntó aquello y lo puso entre paréntesis para indicar que todavía no era una letra definitiva.

Si aquello era «talento» (la capacidad de cantar o de asimilar y reproducir rápidamente la notación musical), ¿a qué categoría pertenecía entonces el «talento»? ¿Era un artículo de consumo? ¿Un don? ¿Un premio? ¿Una recompensa? ¿Para qué?

—*We followj the truth, we follow the light!* —cantó Layla.

Se trataba de una parte ya definitiva de la canción, tanto la música como la letra. Sin nada que apuntar,

Keisha se inquietó. Al otro lado de la sala había un espejo. Dos jóvenes y admirables hermanas sentadas en el borde de un escenario improvisado, la una cantando y la otra transformando la música en su sombra, en notación musical. Esa eres tú. Y ésa es ella. Ella es real. Tú, una impostura. Mira más de cerca. Aparta la vista. Ella es coherente. Tú lo inventas todo sobre la marcha. Ella no debe saberlo.

—*And then from here to here* —cantó Layla, y cantando esas palabras daba instrucciones para la música. Keisha hizo la anotación.

31. Permiso para entrar

Aunque eran cinco, los Blake ocupaban un apartamento de tres dormitorios y un solo cuarto de baño, y únicamente el más pequeño, Jayden, tenía habitación propia. Por lo que Keisha veía, a su hermano la intimidad no le interesaba, tenía doce años y seguía siendo propenso

a arranques de desnudez doméstica; en cambio, para ella sí que era necesaria, y lo era más cada día que pasaba, y la llegada del consolador la llevó a reabrir un viejo debate con su madre.

—¡Es un derecho humano! —exclamó Keisha Blake.

Módulo B16 del bachillerato elemental: *El movimiento de los derechos civiles en Norteamérica.* Módulo D5: *El movimiento cartista.*

—Si hubiera un incendio te quemarías en tu cuarto —le dijo su madre—. ¿Esto es idea de Cheryl? La gente que quiere cerraduras tiene cosas que esconder.

—La gente que quiere cerraduras solamente reclama un derecho humano básico: la intimidad. Búscalo si no te lo crees —repuso Keisha, aunque con menos vehemencia, alarmada por el hecho de que su madre, limitándose a esgrimir un to-picazo materno,

pudiera haber adivinado la verdad con tanta exactitud.

Se retiró a su habitación y pensó en Jesús, otra persona profundamente divina a quien no consideraba como tal la misma gente estereotipada que se calificaba a sí misma de piadosa, aunque, para ser justos, lo más seguro es que aquella gente también fuera divina a veces, a su manera inculta, aunque solamente por accidente y muy poco.

* * *

32. Diferencia

El orgasmo clitoriano es un fenómeno localizado y circunscrito al clítoris mismo. Absurdamente, la estimulación directa del clí-toris no suele causarlo, sino que provoca dolor, molestias y a veces un aburrimiento infinito. La forma más directa de alcanzarlo es la manipulación vigorosa y circular del clítoris y los labios vaginales de forma conjunta, con la mano. El

espasmo resultante es brusco e intensamente placentero, pero breve, como el orgasmo masculino. Con respecto a la controversia «orgasmo clitoriano vs. orgasmo vaginal», Keisha descubrió que era agnóstica. Como si te preguntan por la superioridad del azul con relación al verde.

El orgasmo vaginal podía provocarlo la penetración, pero también el simple acto de mover ligeramente la pelvis adelante y

atrás mientras una pensaba en algo estimulante. Este último método era especialmente eficaz en autobuses o aviones. Parecía existir una pequeña protuberancia carnal (del tamaño aproximado de una moneda de diez peniques) en medio de la pared vaginal, en el lado más cercano al ombligo, que era estimulada por este «bamboleo», pero Keisha no tenía forma humana de saber si se referían a esto cuando hablaban del «punto G», ni tampoco si éste era la causa de ese

placer casi insoportable. Se alcanzara como se alcanzara, lo llamativo del orgasmo vaginal era su duración y su intensidad. Se experimentaba como una serie de espasmos en los que daba la impresión de que la vagina misma se abría y se cerraba como un puño. Y tal vez fuera así. Pero Keisha Blake tampoco tenía claro si la expresión «orgasmo múltiple» designaba aquello, aunque lo más común en las vacilantes descripciones del orgasmo

femenino era identificar cada «cierre de puño» con un orgasmo hecho y derecho. Tal vez sólo fuera un problema fenomenológico. Si Leah Hanwell decía que la flor era azul y Keisha Blake decía que la flor era azul, ¿cómo podían estar seguras de que al decir la palabra «azul» estaban designando el mismo fenómeno?

* * *

33. Prueba de cargo

Marcia encontró el regalo de Leah durante uno de sus registros rutinarios. En realidad, esos registros tenían como objetivo a Cheryl (que había empezado a desaparecer los viernes y regresar los lunes), y a Keisha nada le habría resultado más fácil que añadir tenencia de consolador a la reputación ya arruinada de su hermana. Incapaz de seguir viendo

cómo Marcia blandía la bolsa de plástico, Keisha Blake se tiró boca abajo sobre la cama para romper en un llanto fingido, pero durante esa maniobra se sintió atrapada por un dilema auténtico: era tan incapaz de tolerarse la inculpación de Leah o su hermana como de imaginar la segunda alternativa disponible (que su padre fuese informado). Lo pensó de una forma y lo pensó de otra, pero no había escapatoria, y probablemente fue ésa la primera vez que consideró la cuestión del

suicidio.

—Y no me cuentes que lo has comprado —le dijo su madre—, porque ya me dirás de dónde podrías haber sacado el dinero.

En el curso de aquel interrogatorio, Marcia fue mencionando a casi todas las chicas del bloque antes de resignarse a la do-lorosa posibilidad de Leah y de hallar la confirmación en la cara de su hija.

34. Ruptura

Después de aquello se abrió una brecha (impuesta por Marcia) entre Leah Hanwell y Keisha Blake, seguida de un enfriamiento del que ya no se podía culpar únicamente a Marcia. Las chicas tenían dieciséis años. Aquel período duró año y medio.

35. ¡Angustia existencial!

Sin Leah (en la escuela, en las calles, en Caldwell), Keisha Blake se sentía desenmascarada y expuesta. Hasta la ruptura no había

advertido que el atributo «ser la amiga de Leah Hanwell» constituía una especie de pasaporte y le otorgaba un salvoconducto en casi todas las situaciones. Ahora, en cambio, se veía relegada al reino conceptual de «las chicas de la iglesia», que eran en su mayoría nigerianas o de otras partes de Africa, y no compartían ni la curiosidad antropológica que sentía Keisha por el pecado ni su amor por el rap. Estaba convencida, con o sin razón, de ser una anomalía

para las chicas de su propio mundo, y no le cabía duda de que para las juerguistas y las indies había escogido una forma de marginación inapropiada. Keisha Blake no reparaba en que esos sentimientos de alienación son el destino banal de todos los adolescentes. Se consideraba afligida de una forma especial, y no es ninguna exageración decir que difícilmente lograba pensar en alguien (tal vez James Baldwin o Jesucristo) que hubiera experimentado el hondo

aislamiento y la amarga soledad que ahora constituían para ella la única realidad verdadera de esta vida.

36. El enemigo de tu enemigo

Hay que admitir que Marcia Blake creyó ver una oportunidad en la ruptura de Keisha Blake con Leah Hanwell. La ruptura coincidió con el problema del sexo, que en cualquier caso ya no se podía pasar por alto. Una simple prohibición habría causado el efecto contrario:

ya habían pasado por eso con Cheryl, que ahora tenía veinte años y estaba embarazada de seis meses. La elegante solución de la señora Blake fue empujar a Keisha hacia Rodney Banks: en el momento exacto en que su hija estaba a punto de explotar, aquello apagó la mecha. Rodney vivía en la misma planta del edificio e iba al mismo instituto. Era uno de los pocos chicos antillanos en la iglesia. Su madre, Christine, era íntima amiga suya.

—Tienes que darle un poco de tiempo a Rodney —dijo Marcia pasándole a Keisha un plato para que lo secara—. Es como tú, siempre está leyendo.

Keisha siempre había recelado de Rodney exactamente por eso, y procuraba evitarlo (si ello era posible en un sitio como Caldwell) basándose en el principio de que lo último que necesita una persona que se está ahogando es a otra persona que se está ahogando.

38. Por otro lado

A buen hambre no hay pan duro.

39. Lectura con Rodney

Keisha Blake estaba sentada en la cama de Rodney Banks, con las piernas bajo el trasero. Ya medía metro setenta y dos, mientras que Rodney había dejado de crecer el verano anterior. A fin de ser previsiblemente cristiana con él, intentaba estar sentada en casi todas las circunstancias. Rodney tenía en

la mano la versión abreviada de un peligroso libro de Albert Camus que había sacado de la biblioteca. Ambos pronunciaban la te y la ese del nombre porque ignoraban la pronunciación correcta: los peligros de ser autodidacta. Rodney leía el texto en voz alta añadiendo sus comentarios escépticos. Lo llamaba «poner a prueba su fe». Al buen pastor le gustaba recomendar aquella estrategia aguerrida a los adolescentes de su rebaño, aunque es poco probable que lo hiciera

teniendo en mente a Camus. Rodney Banks se parecía un poco a Martin Luther King: la misma cara redonda y afable. Cuando hallaba un argumento interesante hacía una pequeña anotación ilícita en la página, que luego Keisha leía y trataba de admirar. A ella le costaba concentrarse en el libro porque le preocupaba bastante cuándo y cómo iban a empezar los tocamientos sexuales. Había sucedido el viernes pasado y el anterior, pero ninguna de las dos

veces ella había sabido lo que se avecinaba hasta el último momento, puesto que ninguno de los dos era capaz de referirse a ello verbalmente, y tampoco de prepararlo de forma natural. Lo que había hecho en ambas ocasiones era lanzarse raudamente encima de Rodney y esperar una reacción que había obtenido sólo de forma aproximada.

—«Adoptamos el hábito de vivir antes que el de pensar» —leyó

Rodney. Luego apuntó junto a aquella frase: «¿Y qué? (argumento falaz).»

40. Abogacías

El período de enfriamiento en la relación entre Keisha Blake y Leah Hanwell coincidió con sus exámenes de acceso a la universidad, y esto fue en parte una decisión práctica por parte de Keisha. Por entonces Leah estaba tomando casi cada fin de semana la popular anfetamina de discoteca

conocida como éxtasis, y Keisha no tenía fe en su capacidad para adoptar ese estilo de vida y aun así aprobar unos exámenes que empezaba a juzgar esenciales. Una comprensión que había llegado en parte gracias a los esfuerzos de una orientadora profesional que visitaba su instituto. Lector, ¡hay que entenderlo! Una joven de Barbados, recién llegada a ese trabajo y optimista. El nombre no importa. Estaba especialmente impresionada con Rodney, se lo

tomaba en serio y lo escuchaba con atención cuando él hablaba del «Derecho». Costaba saber de dónde había sacado Rodney Banks la idea del «Derecho». Su madre servía comidas en el colegio y su padre conducía un autobús.

41. Entre paréntesis

(Muchos años después, mientras daba un largo paseo por el noroeste de Londres, a Keisha Blake se le ocurrió que aquel joven a quien había convertido en simple

anécdota cómica durante las cenas con invitados también había sido en muchos sentidos un milagroso inventor de sí mismo, un joven provisto de una voluntad tremenda que superaba con creces la suya.)

42. Buen lugar / no lugar

La joven de Barbados les dijo a Keisha Blake y Rodney Banks que necesitaban un plan. Los tres sabían que Marcia Blake ya tenía su propio plan: apuntarla durante un año a un curso de administración de

empresas en la Academia Coles, que en realidad sólo era un pasillo con despachos sobre el antiguo Woolworths de Kilburn High Road. Un chanchullo, un centro sin papeles regentado por un keniata conocido del pastor Akinwande, y que no requería moverse de casa.

43. Contra

La orientadora profesional de Barbados eligió cinco centros para Keisha Blake y Rodney Banks (los mismos centros; habían decidido no

separarse) y les enseñó a rellenar los formularios necesarios. Escribió a Marcia de parte de Leah. No va a costar dinero. Le darán una beca del ayuntamiento que lo cubrirá todo. Hay iglesia. El tren va directo, ella no correrá riesgo alguno y además no será la única. Luego aconsejó a Keisha que continuara con aquella campaña de presión durante el invierno. Y a Rodney le dijo que hiciera lo mismo con su madre, Christine. Keisha no confiaba en que aquellas

campañas surtieran efecto. Marcia había estado en el «campo» y no lo consideraba un entorno seguro; prefería Londres, donde al menos sabías a qué atenerte. Luego, en abril, «ese pobre chico indefenso» (como lo llamaba invariablemente Marcia) fue atacado por una «manada de animales» y apuñalado en una parada de autobús de Eltham. Keisha Blake, Marcia Blake, Augustus Blake, Cheryl Blake y Jayden Blake se congregaron frente al televisor para

ver cómo aquellos jóvenes blancos salían libres de los juzgados blandiendo sus puños en dirección a los fotógrafos. El cadáver del chico fue enviado a Jamaica y enterrado en la parroquia de Marcia.

* * *

44. Lejos de Brideshead

La puerta principal no estaba

cerrada con llave. Rodney entró, fue directamente al dormitorio de las hermanas Blake y dijo:

—¿Dónde está?

—En la cama —dijo Keisha.

—Déjame verla —pidió Rodney.

Keisha le enseñó la extraña carta sellada con un escudo de armas y le dijo:

—Pero si tú no vas, yo tampoco.

—Déjame leerla.

—Sólo es la invitación para una entrevista. No pienso ir. Además, debe de costar un pastón.

—Si entras te lo paga el gobierno —dijo Rodney—. ¿Es que no lo sabes?

—¡A ver si os calláis los dos, tíos, que está durmiendo el niño! —exclamó Cheryl.

—¡Si no quiero ir! —exclamó

Keisha.

—¿Me dejas leerla, por favor?

Y después de leerla ya no volvió a mencionarla, ni tampoco Keisha. Aquella noche fueron al Odeon de Swiss Cottage a ver una película sobre un hombre que se disfrazaba de mujer para vigilar a sus hijos por razones que la ensimismada Keisha no pudo ni empezar a entender.

45. Economía

Las entrevistas de Manchester estaban programadas entre las diez y las once de la mañana. Para llegar a Manchester desde la estación de Euston había que coger un tren que saliera antes de las nueve y media. Los billetes de ida y vuelta para aquellos trenes costaban 103 libras. Edimburgo quedaba descartado por una razón incluso más cara.

* * *

46. Pausa para un pensamiento abstracto

En todas las casas del mundo, y en muchos idiomas, esta frase suele aflorar tarde o temprano: «Es que ya no te conozco.» Siempre estuvo allí, oculta en un rincón olvidado, esperando la hora propicia. Apilada con los vasos, aplastada entre los vídeos o cualquier otro dispositivo visual. ¡Ya no te conozco!

47. Una pausa más

En las revistas de divulgación científica ponen como ejemplo biológico la regeneración celular. Muchos años después de los hechos que se cuentan aquí, durante una cena con invitados en su casa, un filósofo sentado a la derecha de nuestra heroína le sugirió a ésta que hiciera un experimento mental: ¿Qué pasaría si tus neuronas fueran reemplazadas una a una por las de otra persona? ¿En qué momento dejarías de ser tú misma? ¿En qué momento te convertirías en otra

persona? Le olía el aliento. El le puso una mano sobre la rodilla y ella no se la quitó para no montar una escena delante de su mujer. La señora Blake había adquirido a esas alturas de su vida unos modales extraordinariamente civilizados. La mujer del filósofo era una canosa abogada de la Corona. En la brillante cabeza del filósofo era una vieja ya inconcebible como esposa. Y aun así.

48. Reunión de vecinos

En una junta de vecinos de Caldwell (donde Leah y Keisha, obligadas por sus padres, eran las únicas asistentes jóvenes), Keisha vio un asiento libre junto al de Leah, pero no fue hacia allí. Al acabar la reunión intentó escabullirse sin ser vista, pero Leah la llamó desde la otra punta de la sala: Keisha se volvió y se encontró con aquella cara franca que tan bien conocía, son-riéndole, indiferente a

las maldades con que la imaginación de Keisha intentaba denigrarla.

—Eh —dijo Leah Hanwell.

—Qué tal —dijo Keisha Blake.

Hablaron sobre el aburrimiento de la reunión y el crío de Cheryl, pero fue imposible reprimir el otro tema durante mucho rato.

—¿Cómo te fue en Manchester? ¿Viste a Michael Kons-tantinou?

Estaba el mismo día que tú. Pero él quiere entrar en Periodismo.

—Ya no vamos allí —dijo Keisha Blake subrayando deliberadamente el plural—. Vamos a Bristol o a Hull.

—A Rodney lo veo en Historia. Nunca abre la boca.

Keisha entendió aquel comentario como un insulto personal y defendió a Rodney con vehemencia. Leah pareció confusa y se toqueteó los

tres anillos que le colgaban del cartílago superior de la oreja.

—No; quiero decir que no hace preguntas, que ya lo sabe todo. Es callado pero letal. Ninguno de los dos vais a tener ningún problema para entrar, está claro. Por lo menos tú has aprobado las matemáticas. Yo tengo insuficiente. Y si has suspendido las matemáticas hay muchos sitios donde ni siquiera te miran el resto de las notas. Lo tengo muy cuesta

arriba.

Keisha intentó neutralizar la desproporcionada reacción sugiriéndole a su vieja amiga que fuera a estudiar con ella y su nuevo novio.

—Supongo que sólo necesito ponerme a ello y concentrarme. Ya me las apañaré sola. Aunque estaría bien verte pronto, antes de mudarnos. Pauline está encantada. A mí me da igual. De todas maneras, para septiembre estaré en

Edimburgo, o eso espero. Ella actúa como si me hubiera hecho un gran regalo. Una nueva vida. «Es prácticamente Maida Vale. Más vale tarde que nunca, supongo.» —Esto último lo dijo imitando la voz de Pauline.

* * *

49. Movilidad

Los Hanwell se mudaban a un

dúplex. Prácticamente en Maida Vale. A Keisha ya se lo había contado todo Marcia; jardín compartido y tres dormitorios. Una cosa llamada «estudio».

50. Rodney toma nota

«Nuestra preeminencia: vivimos en la época de la comparación» (Nietzsche).

51. Infiltrado

Rodney Banks no alborotaba en

clase, tampoco hablaba, y esta combinación lo hacía invisible, anónimo. Keisha Blake le preguntó por qué nunca hablaba con los profesores. El le contestó que era una estrategia. Igual que a Keisha, le gustaban las estrategias. Era una de las cosas que tenían en común, aunque debe señalarse que la esencia de sus estrategias era muy distinta: Keisha quería entrar por la puerta principal a base de encanto; Rodney quería entrar a hurtadillas por la puerta de atrás,

desapercibido. Había marcado tantos pasajes de *El príncipe* de Ma-quiavelo que ahora el libro era un enorme bloque amarillo y no se atrevía a devolverlo a la biblioteca. «La difícil situación y la corta edad de mi reino me obligan a hacer estas cosas y a proteger todas mis fronteras.» Parecía que siempre llevaba el libro encima, junto con la Biblia del Reyjacobo, una combinación en la que no veía contradicción alguna.

52. Nirvana

Leah estaría seguramente en su habitación, agarrada a su foto, llorando. A Keisha le costaba reprimir cierto placer cuando se imaginaba la escena. Luego, en mitad del noticiario, Marcia dijo algo increíble citando como fuente a un médico de su clínica, y a la mañana siguiente Keisha se fue directa a la biblioteca a comprobarlo. Se enfureció al descubrir que en términos

estadísticos la bravata de Marcia era correcta: nuestra gente casi nunca hace eso.

53. Paridad

Para julio, tanto a Leah Hanwell como a Keisha Blake ya les habían ofrecido plaza en la universidad. Las dos tenían amantes (el de Leah tocaba el bajo en una banda llamada No No Never). Las universidades y los amantes mostraban niveles similares de calidad, pese a sus muchas

diferencias. Ambas chicas se habían convertido en mujeres con cierto atractivo físico, sin problemas de salud o mentales importantes. A ninguna le interesaba broncearse. Leah tenía planeado pasar gran parte de su último verano en NW, a la sombra de un roble de Hampstead Heath con un buen surtido de amigos, comida de picnic, mucho alcohol y un poco de marihuana. No paraba de invitar a Keisha, que tenía muchas ganas de ir. Pero Keisha

ahora tenía un trabajo a tiempo parcial en una panadería de Kilburn High Road, y cuando no estaba en la panadería estaba en la iglesia, o bien ayudando a Cheryl con el bebé. En la panadería le pagaban 3,25 por hora. La normativa la obligaba a llevar unos zapatos negros y planos de suela gruesa y punta redondeada y un uniforme marrón y blanco rematado por un «gorro de panadera» provisto de una banda elástica en cuyo interior había que colocar hasta el último

mechón de pelo. La banda le dejaba una marca alrededor de la cabeza. Le tocaba lavar los moldes de los cruasanes y limpiar el azúcar de los dónuts que quedaba incrustado en el fino surco situado entre la bandeja del expositor y el cristal. Y muchas otras tareas ingratas. Había pensado que prefería aquello a hacer de dependienta en una tienda de ropa, pero al final ni siquiera su entusiasmo por los canapés de salchicha y las barritas glaseadas le permitía aguantarlo. Tenía el folleto

informativo de la universidad guardado en su taquilla y a menudo dedicaba la pausa del almuerzo a pasar lentamente sus páginas satinadas.

Cada dos sábados tenía media jornada, y en algunas ocasiones conseguía escabullirse hasta el Heath ella sola. A Rodney no le gustaba la movida del Heath y no se le podía mencionar el tema de forma razonable so pena de suscitar preguntas sobre las contabilidades

paralelas que Keisha se había acostumbrado a llevar. En una columna del dietario ponía a Rodney, a Marcia, a sus hermanos, la iglesia y al propio Jesucristo. En la otra estaba Leah holgazaneando entre la hierba, bebiendo sidra y preguntándole a su buena amiga Keisha si en caso de tener delante a R W. Botha aprovecharía la oportunidad para matarlo.

—Soy incapaz de asesinar —protestaba Keisha Blake.

—Todo el mundo es capaz de todo —insistía Leah Hanwell.

54. Enseñanza para adultos

Aquel otoño, Keisha Blake y Rodney Banks empezaron a asistir a una iglesia de una zona residencial de Bristol, la Holy Spirit Ministry, que era idéntica en espíritu a la Kilburn Pentecostal; de hecho, la había recomendado el cura. Allí hicieron casi toda su vida social durante aquel primer semestre en compañía de un amable surtido de

sexagenarios y septuagenarios. Con los jóvenes de su edad, en cambio, tuvieron menos éxito. Rodney dejó folletos de la iglesia bajo todas las puertas del pasillo de Keisha; después de aquello, los demás estudiantes empezaron a evitarlos y viceversa. No parecía haber punto de acceso. Los estudiantes estaban ya hartos de cosas que Keisha nunca había oído mencionar y horrorizados con la única cosa que ella conocía bien: la Biblia. Por las noches, Rodney y Keisha se

sentaban a cada lado de un pequeño escritorio en la habitación de ella y estudiaban, igual que habían estudiado para los exámenes del instituto, con tapones en los oídos y escribiéndolo todo a mano, primero en borrador y después «pasado a limpio», un hábito que habían adquirido en la catequesis. En el sótano del edificio de Keisha había una sala de ordenadores recién acondicionada que podría haberles facilitado la vida: fueron la primera semana para ver qué tal estaba.

Había un chico con un ancho sombrero de fieltro y una tira de cuero colgada del ala jugando al *Doorn*, aquel corredor oscuro que se abría sobre sí mismo una y otra vez. Los demás estaban o bien programando o bien usando alguna forma primitiva de correo electrónico intrauniversitario. Keisha avistó una pantalla de aspecto caótico por encima de un hombro.

55. *La primera visita de Keisha*

Sus circunstancias materiales eran muy distintas. Keisha vivía en una residencia de estudiantes construida en los sesenta y de diseño insulso. Leah, en una casa adosada del XIX, con chimeneas en desuso en todas las habitaciones y nueve compañeros. En lugar de sala tenían zona de *chill-out*. No había sofás, pero sí unos altavoces enormes. Keisha no esperaba que hubiese una fiesta la primera noche ni se había puesto la falda adecuada para sentarse en un cojín de cuentas. El

volumen de la música tecno o lo que fuera convertía la conversación en una tarea titánica. Todo el mundo era blanco. Leah pronunciaba un discurso y aguantaba la puerta de la nevera. La cocina se iba enfriando. Llevaba mucho rato con la puerta abierta. Parecía haber olvidado el motivo.

—Mira, imagínate que eres Einstein y estás pensando, momento a momento, y de pronto tienes una idea genial, sobre la naturaleza del

universo o lo que sea. Pues esa idea no es como los demás momentos, porque, aunque tú la hayas tenido dentro del tiempo normal, la idea en sí trata básicamente de la naturaleza del universo, que viene a ser infinito... De manera que es una clase distinta de momento. Pues Kierkegaard llama a eso un «instante». No pertenece al tiempo normal como los otros.

Y hay un montón de cosas así. A veces tengo que pellizcarme en

clase. Como diciendo: ¿Qué hago aquí con todos estos listo-rros? ¿Qué pasa, que alguien se ha equivocado?

Keisha untó un poco de hummus en un trozo de pan de pita y miró las pupilas dilatadas de su amiga.

—En un momento dado me planteé hacer Filosofía —dijo Keisha—, pero luego oí que había matemáticas.

—Oh, no hay matemáticas —dijo

Leah.

—¿En serio? Yo creía que sí.

—No —insistió Leah, y se volvió hacia la nevera para sacar por fin una botella de cerveza—. No hay.

El chico que se acostaba con Leah tampoco era precisamente fácil. A menos que uno se dedicara a hacerle preguntas sobre él o sobre los cortos que filmaba, dejaba de hablar y se quedaba mirando la nada.

—Sobre el tedio —explicó.

—Parece interesante —dijo Keisha Blake.

—No, todo lo contrario. Esta fiesta llena de gente interesante es el ejemplo perfecto. Carece totalmente de interés.

—Oh.

—Todos tratan esencialmente sobre el tedio. Es el único tema que queda. Estamos todos aburridos.

¿No lo estás tú?

—En Derecho hay muchas cosas aburridas que memorizar —dijo Keisha Blake—. En Medicina igual.

—Creo que estamos hablando de cosas distintas —dijo el chico que se acostaba con Leah.

56. Novela familiar

Sonó el teléfono del pasillo comunitario. Rodney señaló con la cabeza. Keisha se levantó. Cuando

sonaba el teléfono solía ser para Rodney o para Keisha (o Marcia o Christine) y ellos contestaban a las llamadas de forma indistinta. Eran como hermanos en todos los sentidos, dejando aparte que tenían relaciones sexuales de vez en cuando. El sexo en sí era plácido y familiar, sin asomo de erotismo o de orgasmos, fueran vaginales o clito-rianos. Rodney era un joven cuidadoso, preocupado por los condones, que tenía pavor al embarazo y las enfermedades.

Cuando por fin permitió que Keisha se acostara con él, sólo fue una transición técnica. Ella no aprendió nada nuevo sobre el cuerpo de Rodney, ni sobre Rodney, solamente muchas cosas sobre condones: su eficacia relativa, el grosor de la goma y el momento oportuno (que era el más seguro) para extraerlos después del acto.

57. Ambición

Iban a ser abogados, los primeros individuos de sus familias con

profesiones liberales. Pensaban que la vida era un problema que se podía resolver por medio de la profesionalización.

58. La tercera visita de Leah

Primavera. Árboles en flor. La señorita Blake esperaba en la estación del anhelo y la esperanza, incapaz de recordar por qué en otro tiempo se había sentido tan tensa con su mejor amiga de Londres, Leah Hanwell. Llegó el autobús y se abrieron las puertas. Surgió una

marea de figuras humanas con caras y el cerebro de la señorita Blake buscó la coincidencia entre un recuerdo reciente y una realidad material. Su equivocación fue aferrarse a ideas que pertenecían más bien a visitas previas. Ideas como «pelo rojo» o «vaqueros negros / botas negras / camiseta negra». Las modas cambiaban. La universidad era una época de experimentación y metamorfosis. A la persona que ahora la cogía de los hombros ya no se la podía

confundir con la integrante de una banda de *riot-girrrls* o con una artista berlinesa poco conocida. Ahora era una especie de guerrillera ecologista con un pelo pajizo que formaba rastas por sí mismo y unos pantalones militares que jamás superarían una inspección.

* * *

59. Nombres propios

No es que la señorita Blake no hubiera observado a aquellos blancos que se paseaban por allí con equipo de escalada, ni a los que se apiñaban en las escaleras debatiendo cuál era el método más efectivo para encadenarse a un árbol. Había experimentado su habitual curiosidad antropológica hacia aquellas cuestiones. Pero le había parecido que era más una estética que una protesta. Los detalles del proyecto le resultaban nebulosos.

—Este es Jed —dijo Leah—, y éstos son Katie y Liam, y éste es Paul. Chicos, ésta es Keisha, es...

—No. Natalie.

—Perdón, ésta es Natalie, fuimos juntas a la escuela —dijo Leah—. Anda por aquí, es abogada. ¡Qué raro resulta veros!

Cuando Leah procedió a ofrecerle una ronda a aquella gente («no, sentaos, ya vamos nosotras...»), a Natalie Blake le entró el pánico: su

presupuesto era extremadamente ajustado y no dejaba sitio para pagar rondas a unos hippiosos con los que no había hablado nunca en la vida. Pero Leah puso un billete de veinte sobre la barra y el único trabajo de Natalie fue colocar seis pintas en una bandeja redonda donde sólo cabían cinco.

—Lee, ¿de qué conoces a esta gente?

—¡De Newbury!

60. Y cayó la venda de sus ojos

Al parecer, era importante que mantuvieran «la presión» si querían impedir que el gobierno construyera aquella carretera secundaria. Rodney la escuchó, pero se limitó a señalar los libros de su escritorio, volúmenes que cargaban con el imponente peso de la ley, miles de páginas y unas atroces cubiertas funcionales. Leah probó una táctica distinta:

—Básicamente es una cuestión

legal. Ahora mismo hay mucha gente de Derecho allí con nosotros. Es una buena experiencia, Rodney, hasta tú estarías de acuerdo, hasta el juez Rodney y su tribunal del mundo.

Natalie Blake se sorprendió a sí misma sonriendo. En aquel momento no se le ocurría nada más maravilloso que sentarse en lo alto de un árbol con su gran amiga Leah Hanwell, a cientos de kilómetros de aquella habitación claustrofóbica.

Rodney apartó la vista de los daños y perjuicios. Mostraba una expresión implacable.

—Los árboles no nos importan, Leah —dijo—. Ese lujo te lo puedes permitir tú. Pero nosotros no tenemos tiempo para preocuparnos de los árboles.

61. Flechazo

—Señor De Angelis, ¿puede seguir leyendo usted a partir de «el poder de la costumbre», al principio de la

segunda página? —dijo el profesor Kirkwood, y en la primera fila se irguió un joven extraordinario.

No era estudiante de Derecho, pero había asistido a una conferencia sobre «filosofía del derecho». Estaba construido con elementos que a Natalie le parecían incongruentes y difíciles de entender en conjunto. Tenía una colección de pecas insólita. Su nariz era muy larga y dramática, de una forma que ella no estaba segura

de llamar «romana». Tenía el pelo trenzado en unas rastas opuestas a las de Leah, inmaculadas. Le enmarcaban pulcramente la cara llegándole justo por debajo de la barbilla. Llevaba pantalones caqui sin calcetines y esos zapatos con cuerdas enhebradas en los costados, blazer azul y camisa rosa. Su acento era indescriptible. Como si hubiera nacido en un yate en medio del Caribe y lo hubiera criado Ralph Lauren.

62. Montaigne

Hay un país donde las vírgenes exponen abiertamente sus partes íntimas para que las monten hombres casados. Hay otro con burdeles masculinos. Hay otro donde se llevan varas doradas atravesadas en los pechos o las nalgas y donde la gente se limpia las manos en los testículos. Hay sitios donde se comen a la gente. Hay otros donde el padre decide, cuando la criatura todavía está en el

vientre materno, si se la quedarán para criarla o bien la matarán o abandonarán. Kirkwood levantó la mano para detener esta crónica.

—Como es natural —dijo—, a toda esa gente sus costumbres les parecen lo más normal del mundo.

Unos cuantos estudiantes se rieron. Natalie Blake y Rodney Banks intentaron hallar el artículo aludido en las páginas de la edición barata que compartían (solían comprar un solo ejemplar de cada libro y en

cuanto lo terminaban lo vendían a alguna de las tiendas de segunda mano que había en los alrededores de la biblioteca universitaria). Pero el título no parecía estar ni en el sumario ni en el índice, y el hecho de que siguieran sin hablarse dificultaba la cooperación.

—¿Qué lección hay aquí para un abogado? —preguntó Kirkwood.

El notable joven levantó la mano. Incluso desde el sitio donde estaba sentada, Natalie le vio los anillos

que llevaba en los dedos morenos y un elegante reloj con correa de cocodrilo que parecía más antiguo que el mismo Kirkwood.

—Que aunque uno pueda presentarse en los juzgados armado de razón —dijo—, vivimos en un mundo de sinrazón.

Natalie Blake calibró si se trataba de una respuesta interesante. Kirkwood hizo una pausa, sonrió y dijo:

—Pone usted mucha fe en la razón, señor De Angelis. Pero piense en el ejemplo de la semana pasada. Suben al estrado cientos de testigos: viejos amigos, antiguos profesores, ex niñeras, ex amantes... y todos dicen: «Ese es Tichborne.» La propia madre del desaparecido sube al estrado y dice: «Ese es mi hijo.» La razón nos dice que el demandante pesa sesenta kilos más que el hombre que afirma ser. La razón nos dice que el verdadero Tichborne hablaba francés. Y sin

embargo, miren. Pero si «prevaleció la razón», ¿por qué hubo disturbios en las calles? No ponga usted demasiada fe en la razón. Mire, yo creo que Montaigne es más escéptico. Lo que plantea, en mi opinión, no es que ustedes, los abogados, no sean razonables, ni tampoco que no lo sean las leyes a las que la gente se somete, sino que la gente que se somete a las leyes tradicionales tiene por lo menos la defensa de «la simplicidad, la obediencia y el

ejemplo»... ¿No lo encuentran? Al final de la página tres... Mientras que quienes intentan cambiarlas, las leyes, quiero decir, suelen ser de alguna manera terribles y monstruosos. Y nosotros nos consideramos excepciones perfectas a este fenómeno.

Natalie Blake se había perdido. El joven asintió levemente con la cabeza para expresar su aprobación, como si estuviera dirigiéndose a un igual. Su

confianza parecía injustificada, no procedente de algo que hubiera hecho o dicho. Por el aula circulaba un papel. En él se pedía a los alumnos que escribieran su nombre completo y a qué departamento pertenecían. Antes de escribir sus datos, Natalie Blake buscó los de él.

63. Exploración

Francesco de Angelis. Segundo de Económicas. Conocido universalmente como «Frank». El

mes siguiente se presentaba a presidente de la Asociación Africana y Antillana. Era probable que ganase. Había ido a un «internado de segunda fila». Se lo dijo alguien que había ido a un «colegio de élite». Y más: «Su madre es italiana o algo similar. Su padre seguramente era un príncipe africano, suele funcionar así.»

64. Paréntesis educativo

(De ciertas escuelas uno «fue alumno». De la Brayton se dice

simplemente que uno «fue» allí.)

* * *

65. 8 de marzo

Resultó que la tercera visita de Leah coincidió con una cena por el Día Internacional de la Mujer. Una buena excusa para no ver a Rodney. Leah se puso un vestido verde, Natalie uno morado; se arreglaron juntas y se fueron andando al

comedor cogidas del brazo. El placer obvio que les producía estar juntas, su profunda familiaridad y la comodidad que sentían en su mutua compañía las hacían más atractivas como pareja de lo que habrían sido nunca por separado, y, como eran perfectamente conscientes de este hecho, acentuaban sus parecidos de altura y complexión y sincronizaban las zancadas de sus largas piernas. Cuando llegaron a su mesa, Natalie se sentía algo mareada por el poder de ser joven, por estar casi liberada

de un hombre que la aburría y por la inminencia de una comida con más de dos platos.

66. Menú

Melón verde con ensalada de langostinos

Pechuga de pollo envuelta en *pancetta* con judías verdes

y patatas amarillas Fondant de chocolate caliente con helado de vainilla

Quesos

Cafés, menta

67. Deseo

—¿Ésa quién es? —preguntó Leah Hanwell.

—La decana —respondió Natalie Blake, y se lamió el chocolate que tenía en los dientes—. Si acabase la perorata podríamos ir al bar.

—No; digo la chica que hay al final

de la mesa. La del sombrero de copa.

—¿Cuál?

—Esa china o japonesa de ahí.

—Ah, no la conozco.

—¡Es preciosa!

68. Valentino

Coreana. En el bar dejó el sombrero sobre la mesa, y mientras

Natalie Blake hablaba con otra persona del reservado, ella, Natalie Blake, extendía con frecuencia el brazo para tocar aquel sombrero y acariciar el ala de satén. Detrás de ella oía a su buena amiga Leah Hanwell hablar con la coreana, que se llamaba Alice y se reía de lo que escuchaba; cuando fue a la barra a pedir una ronda pudo ver con claridad a Leah como un tenorio de la vieja escuela, con una mano sobre el respaldo del sofá, la otra en la rodilla de Alice y echando el

aliento al cuello de aquella chica encantadora. Natalie había visto a Leah hacer aquello muchas veces, pero con chicos, y siempre le había parecido algo un poco escandaloso y perverso. Ahora, en cambio, la situación resultaba natural. La idea hizo que Natalie se asombrara de sí misma y se preguntara qué relación tenía últimamente con Dios, si es que tenía alguna. Incapaz de no mirar, se obligó a caminar hasta la máquina de discos para poner *Electric Relaxation,* de A Tribe

Called Quest, con la esperanza de que la relajara.

69. La invención del amor: primera parte

Frank no estaba en el bar ni se lo veía por ningún lado.

70. Despedidas

En el autobús de vuelta a la estación, después de lo que había sido (debe admitirse) una visita importante que tal vez incluso se

acercaba a la categoría de acontecimiento memorable, Leah Hanwell dijo en tono algo avergonzado:

—Espero que no te molestara que desapareciese. Por lo menos os quedó la habitación para ti y Rodders.

Y eso fue todo lo que se dijo aquel día sobre la noche que Leah Hanwell pasó con Alice Nho. Natalie Blake tampoco mencionó el hecho de que esa noche no había

invitado a Rodney a su habitación y que ya no lo haría nunca más. El autobús empezó a ascender por una cuesta que parecía casi vertical. Natalie Blake y Leah Hanwell se apretujaron pegadas a los respaldos de sus asientos.

—Me ha encantado verte —dijo Leah—. Eres la única persona con la que puedo ser yo misma de verdad.

El comentario hizo que Natalie rompiera a llorar, no tanto por el

sentimiento que comunicaba, sino más bien por el conocimiento temible de que la declaración carecería casi por completo de significado a la inversa, porque la señorita Blake no tenía una identidad definida, ni con Leah ni con nadie.

71. Ayudando a Leah a subir su pesada mochila por los escalones del autocar

Natalie Blake sintió el impulso de hablarle a su amiga del exótico

joven al que había visto en la clase de Kirkwood. Pero no lo hizo. Aparte de que las puertas se estaban cerrando, temía justamente lo que la diferencia socioeconómica entre Frank de Angelis y Rodney Banks podría indicarle a su amiga Leah Hanwell sobre ella, Natalie Blake, en el plano psicológico, como persona.

72. Lenguas romances

Muchos de los hombres con quienes tuvo relaciones Natalie Blake

después de Rodney Banks estaban tan lejos de ella en el terreno socioeconómico y cultural como Frank, y además eran mucho menos atractivos, pero aun así ella no se acercó a Frank, ni él a ella, a pesar de lo muy conscientes que eran el uno del otro. Una forma poética de explicarlo sería la siguiente: «El camino que conducía de uno a otro era tan inevitable que los animaba a dar mil rodeos.»

73. La única autora

De forma más prosaica, Natalie Blake estaba en la vorágine de inventarse a sí misma. Perdió a Dios con tal naturalidad y falta de dolor que no le quedó más remedio que preguntarse a quién habría estado refiriéndose con aquel nombre. Descubrió la política, la literatura, la música y el cine. «Descubrir» no es la palabra adecuada. Puso su fe en esas cosas y no pudo entender por qué (justo cuando ella las descubría) sus compañeros de clase parecían

renunciar a ellas. Si las demás estudiantes le preguntaban por Frank de Angelis (no era la única que había notado la compatibilidad fundamental entre ambos), Natalie alegaba que era demasiado engreído, vanidoso y pijo, que estaba racialmente confuso y que no era de su rollo. Sin embargo, el vínculo silencioso e invisible que los unía se reforzaba, porque ¿a quién sino a Frank de Angelis (o a alguien idéntico) podía ella pedirle que la acompañara en aquel extraño

viaje vital que estaba planeando?

74. Un avistamiento

Cinco filas por delante, durante el pase de medianoche de *Orfeo negro*, contemplando a su doble en la pantalla.

75. Activismo

Natalie iba en bicicleta por University Walk cuando un joven con el que se estaba acostando se interpuso en su camino

bloqueándole el paso. Tenía una expresión tan agitada que Natalie pensó al principio que se disponía a declararle su amor eterno.

—¿Tienes media hora? —le preguntó Imran—. Quiero enseñarte una cosa.

Natalie llevó la bicicleta hasta Woodland Road y allí la encadenó frente a la residencia de estudiantes de Imran. En el pequeño dormitorio del joven había dos chicas de su curso y un estudiante de posgrado al

que ella no conocía.

—Te presento al grupo de acción —dijo Imran, y puso un vídeo en el reproductor.

Por supuesto, Natalie estaba enterada del conflicto de Bosnia, pero sería justo afirmar que no era una guerra que ocupara un sitio prominente en su cabeza. Se decía que era porque no tenía televisor y pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca. Algo parecido le había sucedido dos años atrás,

cuando la existencia de un país llamado «Ruanda» y la realidad de su genocidio le habían llegado de forma simultánea por medio del mismo artículo de prensa. Ahora se sentó con las piernas cruzadas y se dedicó a ver cómo desfilaban los soldados y escuchar el discurso grabado de aquel hombre que chillaba enloquecido; leyó unos subtítulos que hablaban de pureza racial y de un lugar fantástico llamado «Gran Serbia». ¿Y aquello acababa de pasar? ¿Ahora mismo?

¿Durante el fin de la Historia? Recordó todas las veces en que ella y Leah se habían preguntado (por pura experimentación mental) qué habrían hecho de haber estado en Berlín en 1933.

—Vamos a llevar una ambulancia llena de suministros a Sarajevo —dijo Imran—. Para cooperar en la reconstrucción. Deberías venir.

Hacerlo violaría el primer mandamiento de la familia Blake: no ponerse nunca a uno mismo en

situaciones de peligro físico innecesario.

Durante las semanas siguientes, Natalie se volcó en la organización de aquel viaje e hizo el amor con Imran, y años más tarde recordaría este período como su máximo acercamiento al radicalismo juvenil. Sexo, protesta y viajes, todo junto. El hecho de que finalmente no participase en la aventura le parecía, en el recuerdo, menos importante que la intención

de participar (una pelea con Imran, a falta de unos cuantos días; él no la había llamado, de manera que ella no lo llamó).

76. *Abandono*

Natalie Blake pidió un cuantioso préstamo de estudios y se dedicó a gastárselo en frivolidades. En comidas, taxis y ropa interior. Tras intentar seguirle el ritmo a «aquella gente», se encontró nuevamente sin nada, pero ahora, cuando metía la tarjeta de débito en la ranura

confiando en que salieran cinco libras, lo hacía sin la ansiedad infinita que antaño había compartido con Rodney Banks. Cultivaba un espíritu hedonista. Desde que había vislumbrado una posibilidad de futuro, los descubiertos en el banco ya no la aterraban tanto. La imagen que Marcia Blake tenía de aquella gente, y que había legado a su hija, se le vino encima como una tromba de blasfemias despreocupadas, marihuana, cocaína e indolencia.

¿Eran ésas las personas a quienes los Blake ofrecían siempre su mejor comportamiento? En el metro, en el parque, en la tienda. ¿Y para qué? Marcia: «Para no darles ninguna excusa.»

77. *Avistamiento*

Disfrazado de Frantz Fanón y sentado en una escalera durante una fiesta a la que Natalie había ido disfrazada de Angela Davis. El disfraz de él consistía en una acreditación con el nombre y una

bata blanca que le había prestado un estudiante de Medicina. Natalie se había esforzado más: una camisa africana y un peinado afro que no se sostenía bien por culpa de los muchos años dedicados a estropearse el pelo con la plancha. La fiesta de disfraces se celebraba en la casa que compartían cuatro estudiantes de Filosofía y su tema era «creadores de discursos». La chica que salía con él iba de Safo.

78. Teoría sobre el seguimiento

de Michelle Holland

Tal vez sea la profundidad con que el capitalismo penetra en las mentes y los cuerpos de las mujeres lo que hace que su modo básico de relacionarse con las demás sea la «comparación implacable». Estaba claro que Natalie Blake seguía los progresos de Michelle Holland con más atención de la que ponía en seguir su propia vida; y eso que nunca hablaba con ella. Michelle era uno de los pocos ex alumnos de

la Brayton que iban a la universidad. Un prodigio de las matemáticas. No podía permitirse el lujo de la mediocridad. Criada en las espantosas torres del sur de Kilburn, que no tenían absolutamente nada recomendable, ni una refinada cultura parroquial, ni las bonitas zonas verdes de Caldwell ni (suponía Natalie) la relación estrecha con los vecinos. ¿Cómo podía no ser excepcional? El padre en la cárcel y la madre en un psiquiátrico. Vivía con su

abuela. Era sensible y sincera, socialmente torpe, defensiva y solitaria. Natalie tenía la sensación de que no le hacía falta intercambiar ni una sola palabra con Michelle Holland para saber todo aquello; que podía saberlo viendo simplemente su forma de andar. Soy la única autora. En consecuencia, Natalie no se sorprendió al enterarse de la decadencia y caída de Michelle, en mitad de su último año. Ni alcohol ni drogas ni mala conducta.

Simplemente se detuvo (interpretación de Natalie). Dejó de asistir a las clases, de estudiar y comer. Le habían pedido que pasara por un agujero donde sólo cabía una parte de ella (conclusión de Natalie).

79. Elfin de la historia

Cuando pensaba en la vida adulta (y casi nunca pensaba en ella), Natalie se imaginaba un pasillo largo del que salían muchas habitaciones, cada una con un amigo o una amiga

dentro, una cocina comunitaria y una cama gigantesca donde todos dormían y follaban; un mundo gobernado por los principios de la amistad. Lo anterior es una metáfora, pero también una representación bastante precisa de cómo pensaba Natalie en aquella época. Porque ¿cómo se puede oprimir a un amigo? ¿Cómo se le puede ser infiel? ¿Cómo se le puede pedir que sufra mientras uno prospera? De esa forma tan simple, sin manifestaciones ni consignas,

sin el engorro de arrancar los adoquines del suelo, había llegado la revolución. Pese a llegar tarde a la fiesta, ahora Natalie Blake aceptaba con entusiasmo el consejo que le daba su gran amiga Leah Hanwell y empezó a abrazar a desconocidos en las pistas de baile. Miró la pastillita blanca que tenía en la palma de la mano. ¿Qué puede salir mal ahora que todos somos amigos? Acuérdate de llevar una botella de agua. Y, en cualquier caso, ya estaba todo decidido. No

mastiques. Traga. Las luces estroboscópicas centellean. El ritmo sigue. (Yo seré abogada y tú serás médica y él será profesor y ella será banquera y nosotros seremos artistas y ellos serán soldados, y yo seré la primera mujer negra y tú serás la primera árabe y ella será la primera china y todos seremos amigos y todos nos entenderemos los unos a los otros.) Los amigos se portan como amigos, los amigos se ayudan. A nadie le hace falta ser excepcional. Los

amigos conocen la diferencia entre abogados y letrados, y el mejor lugar para presentar una solicitud, y la probabilidad de que te acepten, y los nombres de las becas y ayudas para los estudios más importantes. «A tus amigos los escoges, a tu familia no.» ¿Cuántas veces había oído Natalie Blake aquella frase?

80. La ideología del entretenimiento popular

En caso de que alguien corriera el riesgo de olvidarlo, el programa de

televisión más popular del mundo insistía en el mismo punto cinco veces por semana.

* * *

81. El desconsolado (sexta visita de Leah)

—¡Oh, Dios mío, acabo de ver a Rodney en el Sainsbury's! —dijo

Leah consternada, dejando caer dos bolsas de la compra sobre la mesa —. Le he mirado la cesta. Llevaba pastel de carne, dos cervezas de jengibre y una botella de esa salsa picante que le echáis a todo. Me he puesto detrás de él en la cola y ha fingido que se había olvidado algo y se ha ido a toda prisa. Pero luego lo he visto al cabo de unos minutos en una cola de la otra punta y llevaba exactamente las mismas cosas.

82. La ronda del lechero

Una escena festiva y caótica, con tanta afluencia de público como la Bienvenida a la Universidad, aunque esta vez los carteles no eran de fabricación casera y, en vez de asociaciones de amigos de Tolkien y clubes corales, lo que anunciaban eran los melodiosos nombres de los bufetes y los familiares nombres de los bancos. Por la sala se paseaban chicas con uniformes de animadoras deportivas y logotipos de

consultorías de empresa repartiendo tarri-nas de helado y latas de bebidas energéticas. Natalie Blake giró la lata que sostenía para leer la etiqueta que la rodeaba: «Reivindica tu futuro.» Hundió un palito de madera en su helado y vio cómo los globos verdes de un banco alemán se soltaban de sus cordeles y se elevaban flotando lentamente hasta el techo. De alguna parte le llegó la voz de Rodney. Estaba a tres mesas de ella, sentado con monstruoso

entusiasmo en el borde mismo de una silla de plástico. Delante de él tenía a un tipo con traje y corbata que parecía divertirse mientras tomaba notas sobre un sujetapapeles.

83. Tristes tropos

Año y medio más tarde, cuando todo el mundo había vuelto o se había mudado a Londres y Natalie estudiaba para sacar el título de abogado, Rodney Banks le mandó (a la dirección de Marcia Blake)

una carta que empezaba así: «Keisha, dices que debemos seguir el camino del corazón, pero no deja de ser curioso que tu corazón sepa siempre dónde está el pan que comerás y el culo que lamerás.» Frank de Angelis tomó aquella carta y besó a Natalie Blake en la sien: «Pobre Rodney, ha renunciado a ser abogado, ¿verdad?»

84. Pensamiento colectivo

Un anuncio del ejército emitido por la televisión. Un grupo de soldados

salta a tierra desde un helicóptero suspendido cerca del suelo. Movimientos caóticos de cámara: entendemos que están atacándolos. Ahora corren por un áspero paisaje de viento y polvo, cruzan un claro y emergen al borde de una sima. El puente de madera que iba a llevarlos al otro lado está medio destruido. Los tablones rotos se desploman hacia el abismo. Los soldados miran la sima, se miran entre ellos y miran las pesadas mochilas que llevan a cuestas.

85. Lincolns Inn

Había un nutrido grupo de recién llegados viendo aquel anuncio, vestidos de etiqueta, repantigados en butacas y sofás, conversando en tono bullicioso. Natalie Blake también acababa de llegar, pero se mostraba más tímida. Estaba de pie al fondo de la sala de recreo, intentando mantenerse ocupada con la mesa de los refrigerios. En aquel momento apareció en pantalla un texto marcado con hierros al rojo

vivo. Lo acompañaba la voz de un sargento de instrucción:

SI ESTÁS PENSANDO: ¿CÓMO LLEGO AL OTRO LADO?, EL EJÉRCITO NO ES PARA TI.

SI ESTÁS PENSANDO: ¿CÓMO LLEGAMOS AL OTRO LADO?, LLÁMANOS.

—Pues yo estoy pensando: ¿cómo coño llegáis al otro lado? Quien lo dijo señalaba el televisor y quienes lo rodeaban se rieron. Ella reconoció la voz al instante, el

turbio deje de Milán.

86. Estilo

Ya no llevaba rastas. Su chaqueta de esmoquin era sencilla y elegante. Por el bolsillo de la pechera asomaba un pañuelo rosa almidonado y lucía unos estridentes calcetines de rombos. Sus Nike, ligeramente escandalosas, parecían recién sacadas de la caja (bastantes raperos vestían así; el dinero era la moda).

87. La primera cena de patrocinadores del primer trimestre

Natalie Blake era «capitana» de su sección. No estaba segura de qué implicaba aquello. Estaba detrás de su silla, en la mesa del comedor que le correspondía, esperando a su patrocinador, un tal Singh. Levantó la vista hacia la bóveda del techo. A su lado se puso una chica blanca con vestido de satén.

—Es precioso, ¿verdad? —le dijo

—. ¡Ese techo majestuoso con cenefas de fuego dorado! Hola, soy Polly. Estoy en tu equipo.

Después de Polly llegó un chico llamado Jonathan, quien explicó que «capitana» solamente quería decir que la comida se servía a tu izquierda. Retratos de muertos venerables. Cuberte-ría pesada. Tenedores para pescado. Los decanos entraron en el salón desfilando con el vaivén de sus togas negras e hicieron una

reverencia. Empezó una bendición en latín. Voces aburridas y satisfechas repitieron palabras extrañas.

88. La invención del amor: segunda parte

Natalie Blake extendió la gruesa servilleta de lino sobre su regazo y divisó a Frank de Angelis caminando hacia su mesa.

Llegaba con retraso y ahora la veía. Tenía un aspecto irresistible: más

Orfeo que nunca. Se sintió halagada por su reacción.

—¿Blake? ¡Estás espectacular! Me alegro mucho de verte. ¡Oh, capitana, mi capitana...! —Le hizo una pequeña reverencia y se sentó casi pegado, muslo con muslo; después examinó el menú y esbozó una mueca—. Pastel de carne con patatas. Echo de menos Italia.

—Lo superarás.

—Ah, ¿os conocéis? —preguntó

Polly.

Ciertamente había algo íntimo en aquella manera de hablarse, con las cabezas muy juntas y mirando a la otra punta de la sala. Natalie aceptó su papel con tanta soltura que se sintió obligada a recordar que esa intimidad no había existido antes de aquella noche. Se estaba fabricando en aquel mismo instante, junto con su historia.

Corría el vino malo. Un anciano juez se levantó para pronunciar un

discurso. Tenía cejas de búho y no se privó de mencionar la primera representación de *Noche de reyes* ni de pintar un sangriento retablo de salvajes campesinos quemando libros de leyes:

—...y si leemos la traducción que hizo Omán de la *Ano-nimalle Chronicle,* me temo que encontraremos un retrato bastante descorazonador de nuestra profesión... Porque, al verse arrinconados en la Iglesia del

Temple, nuestros no tan nobles predecesores hicieron poco para disuadir a la multitud airada. Si me permiten que cite el texto, «fue prodigioso ver cómo hasta los más ancianos y enfermos huían con agilidad de ratas o de espíritus malignos». Les garantizo que las decapitaciones son hoy en día afortunadamente escasas, ¡por lo menos en Londres!, y que los ataques a los abogados suelen limitarse a...

Natalie estaba fascinada. ¡Pensar que su existencia pudiera vincularse a personas que habían vivido hacía seiscientos años! Ya no era una invitada accidental a la mesa, lo que siempre se había considerado, sino una anfitriona que continuaba una tradición en compañía de otros anfitriones.

—De manera que ahora les compete a ustedes —dijo el juez.

Frank miró a Natalie intentando atraer su mirada y bostezando

cómicamente. Ella cruzó los brazos con mayor firmeza sobre la mesa y volvió la cabeza hacia el juez. Nada más hacerlo, se dio cuenta de que su gesto constituía traición. Pero ¿quién era Frank de Angelis para ella? Sin embargo... Le devolvió la mirada y enarcó levemente una ceja. El guiñó un ojo.

89. El tiempo va más despacio

Una camarera polaca caminaba discretamente en torno a la mesa en busca de los vegetarianos. Frank

hablaba mucho y de forma indiscriminada, cambiando bruscamente de tema. Allí donde antes no había visto más que presunción repelente, Natalie veía ahora una ansiedad pura y dura. ¿Acaso era posible que ella lo hubiera puesto nervioso? Sin embargo, ella sólo estaba allí en silencio, mirando su plato.

—Te has cambiado el pelo. ¿En serio? ¿Esa es tu mantequilla? ¿Has visto a James Percy? Ahora tiene

plaza fija. A la primera. Estás espectacular. En serio, yo pensaba que cuando volviera ya te habrías marchado. ¿Qué has estado haciendo todo este año? Aquí va mi confesión con la boca llena de pan: he estado esquiando. Oye, que yo también encajaba en la conversación sobre leyes. No soy el inútil total que piensas.

—Yo no pienso que seas un inútil total.

—Sí lo piensas. No, yo quiero

ternera, por favor. Pero ¿en qué andas?

Natalie Blake no había estado esquiando. Había estado trabajando en una zapatería de un centro comercial de Brent Cross, ahorrando dinero, viviendo con sus padres en Caldwell y soñando con ganar la beca Mansfield, que en realidad...

La doctora Singh apareció entre disculpas. Sustituía al tipo con turbante que se había imaginado

Natalie por una mujer bajita y treintañera de cabeza afeitada, a quien le asomaba una blusa de seda púrpura entre los pliegues del vestido. La doctora Singh se sentó. El juez terminó. Los aplausos sonaron como rebuznos.

90. Dificultades con el contexto

Natalie Blake dejó de flirtear con Francesco de Angelis para ofrecerle una lista de todos sus éxitos académicos a la doctora Singh. A ésta se la veía cansada.

Sirvió agua en el vaso de Natalie.

—¿Y qué haces para divertirte?

Frank se inclinó hacia ellas.

—No tiene tiempo para divertirse. La dama es una currante explotada.

Estaba claro que era una broma, por patosa que fuera, y Natalie intentó reírse, pero vio que Polly se sonrojaba y que Jonathan bajaba la vista. Frank intentó rescatarse haciendo un comentario sociológico

más amplio:

—Por supuesto, nosotros somos una especie amenazada —Escrutó el salón con una mano sobre los ojos —. Un momento. Ahí hay otro. Eso hace un total de seis. Quedamos pocos.

Estaba borracho y haciendo el ridículo. A ella le dio bastante lástima. Aquel «nosotros» sonaba extraño viniendo de él, artificial. Ni siquiera sabía cómo ser lo que era. ¿Y por qué iba a saberlo? Ella

estaba tan ocupada felicitándose a sí misma por su capacidad para empatizar con la curiosa situación de Francesco de Angelis y analizarla correctamente, que tardó un momento en darse cuenta de que la doctora Singh estaba mirándolos a los dos con el ceño fruncido.

—Parece que tenemos aquí un plan de diversidad muy eficaz —dijo la doctora en tono envarado, y se volvió para hablar con la chica rubia que tenía a la izquierda.

91. Miércoles, 12.45 h: abogacía

Cuatro estudiantes y una profesora ocuparon sus puestos en la tarima del aula. Al demandante y al demandado les pusieron nombres estupendamente descriptivos: Fortuna el Blanqueador y Antorcha el Incendiario. En aquel momento, Natalie Blake se vio obligada a ir al lavabo para arreglarse el pelo. Hacía mucho calor para aquella época del año y ella no había ido preparada. Le caía sudor desde las

raíces del cabello ondulado, encrespándoselo, y cuanto más lo pensaba, más sudaba. Por ambiciosa que fuera, en el fondo seguía siendo una chica de NW y no podía pasar por alto la crisis que se avecinaba. Se alejó a toda prisa por el pasillo. En los lavabos llenó la pila de agua fría, se echó el pelo atrás y puso la cara en remojo. Cuando volvió, el único asiento libre era el contiguo a Francesco de Angelis. ¿Acaso él se lo había guardado? La invención del amor,

tercera parte. Mientras se sentaba, sintió que él le ponía una mano en la rodilla. Frank le pasó un lápiz por encima de la mesa.

—Siento lo de la otra noche, Blake. A veces soy un idiota. Bueno, a menudo.

Natalie Blake estaba ante un fenómeno nunca presenciado: un hombre que reconocía de forma espontánea su error y se disculpaba. Muchos años más tarde, se le ocurriría que la sinceridad de su

marido tal vez sólo había sido una consecuencia más de su condición inusualmente privilegiada. Aquella tarde, sin embargo, se limitó a quedarse desarmada y sentirse agradecida.

—Apunta deprisa, que te has perdido un montón de cosas.

Frank le susurró al oído los «datos establecidos» con mucha confianza, pero añadía tantos faroles y comentarios de cosecha propia que se vio obligada a eliminarlos a

tiempo real mientras apuntaba la información pertinente en una lista con todos los motivos de la demanda.

—Y ahora llega el abogado auxiliar. Ya está: ya lo tienes todo.

El abogado auxiliar se puso en pie. Natalie se volvió para mirar a Frank de perfil. Realmente era el hombre más bello que había visto nunca. Fornido, imponente. Con los ojos un poquito más claros que la piel. Se volvió de nuevo para ver al

abogado auxiliar. Parecía que no hubiera llegado a la pubertad. Hizo su exposición con torpeza: apenas levantó la vista de un grueso fajo de folios y llamó dos veces a la profesora «señoría».

—¿Dónde estamos? ¿Por qué estoy aquí?

—En Marylebone. Londres no empieza y termina en Kil-burn High Road.

—Tengo mi habitación en la

residencia.

—Argumento falaz.

—Frank, llévame a la residencia. No sé dónde estoy.

—A veces es bueno no saberlo.

—Tenemos debate por la mañana. Colega, qué mala era la comida. Y había demasiado vino. Anda, vete a casa.

—Ya estoy en casa. Yo vivo aquí.

—Nadie vive aquí.

—Oh, mujer de poca fe. Esta es la casa de mi abuela. ¿Por qué no intentas divertirte por una vez?

93. Conexión

En la nevera no había más que una gran caja rosa de la pastelería Fortnum *&c* Masón. Contenía cuatro pastelillos de almendras, en elegantes tonos claros. Natalie Blake los llevó al sitio donde Frank estaba sentado, naufragado en la

«isla» de la cocina. Espacio blanco en todas direcciones. Él le quitó la caja y le puso las manos en los hombros.

—Blake, intenta relajarte.

—No puedo relajarme en este sitio.

—Esnobismo al revés.

—Me muero de hambre. La comida era asquerosa. Dame de comer.

—Después.

La llevó en brazos al piso de arriba pasando entre pinturas y litografías, fotografías familiares y un diván que descansaba en el pasillo. Entraron en una pequeña buhardilla situada en lo alto del piso. La cama quedaba debajo de la parte inclinada del techo; ella no paró de darse en el codo contra un estante d e libros. Libros de derecho, Tolkien, muchas novelas de terror de los años ochenta en edición de bolsillo, memorias de hombres de negocios y políticos. Natalie vio un

solo amigo: *La próxima vez, elfuego.*

—¿Te lo has leído?

—Creo que conoció a mi abuela en París.

—Es un buen libro.

—Te creo, abogada auxiliar.

94. El placer de poner nombres

Tal vez el sexo no pertenece al

cuerpo. Tal vez sea una función del lenguaje. Los actos mismos son limitados (hay un número finito de acciones en un número finito de lugares) y Rodney no era nada deficiente desde el punto de vista técnico. Era callado. En cambio, toda esa cháchara boba, espontánea, desvergonzada y embarazosa de Frank hallaba su sentido allí, en el dormitorio.

95. Poscoito

—Vino de Trinidad, vivía en el sur

de Londres y era ferroviario. Ella dice «inspector» para impresionar, pero no es verdad. Era jefe de tren. Más tarde trabajó en una oficina de algo. Lo conoció en un parque. Yo no llegué a conocerlo. Harris. En realidad debería llamarme «Frank Harris». Murió y ya está.

Incluso desnudo era un bravucón. Natalie Blake maniobró hasta ponerse encima de él y lo miró a los ojos. En su cara adulta se le seguían viendo perfectamente las

expresiones infantiles de vulnerabilidad, orgullo y miedo. Eran, por supuesto, las cualidades que la atraían.

—Se volvió a Milán embarazada de mí. Eran los setenta. Luego fuimos a la Apulia. Y luego vinimos a Inglaterra para ir a la escuela. No fue ningún problema, fue una forma genial de criarse. Me encantaba mi escuela.

Hijo único. Familia legendaria, rica pero no tanto como en el pasado.

—Hubo un tiempo en que no había familia decente en Italia que no tuviera una cocina de gas De Angelis...

Nadie sabía qué hacer con su pelo. Sin hablar inglés. Peligrosamente guapo. Ocho años de edad.

96. La única autora

—Pero me estás convirtiendo en una víctima, y lo que yo quería decir es que me lo pasé muy bien, eso eran nimiedades, no sé ni por

qué hablamos de ellas. Todo lo que preguntas va con segundas. Insólito negroide italiano tiene infancia feliz, aprende latín, se acabó. Luego no pasa nada muy interesante entre 1987 y esta noche.

La besó de forma exagerada. Tal vez ella siempre fuera a cuidar de él y lo ayudara a convertirse en una persona de verdad. ¡Al fin y al cabo era una mujer fuerte! Hasta la debilidad relativa de Caldwell se convertía en una fuerza

impresionante en el mundo. El mundo pedía mucho menos a las personas y tenía una estructura mucho más simple.

97. *Nota bene*

Natalie no se detuvo a preguntarse si el internado había tenido el mismo efecto en Frank.

98. Primeros seis meses

—Frank, me voy abajo, no puedo trabajar con la tele puesta. ¿Puedo

llevarme el libro de derecho penal?

—Sí, y quémalo.

—¿Cómo vas a aprobar este examen?

—Ingenio, inventiva.

—¿Qué es eso?

—La MTV. Los vídeos musicales son la única forma marchosa de arte moderno. Mira qué marcha.

Se estiró sobre la cama y puso un dedo sobre una gogó que bailaba con un chándal blanco.

—Yo estaba en la Apulia cuando murió. Nadie lo entendió. «¿Un gángster gordo? ¿A quién le importa?» Esa fue su actitud. Para ellos ni siquiera es música.

Todo lo que había dicho sonaba maravilloso. Lo único que le faltaba a Frank era eso que los italianos llaman *forza* y que la propia Natalie Blake se encargaría

de proporcionarle *(vid. supra*).

99. Frank tantea a Leah

El sol atravesaba las persianas en forma de sombras alargadas. Natalie Blake estaba en la puerta de la sala, nerviosa, con un vaso de vodka en la mano, lista para afrontar cualquier ruptura que se produjera. Leah y Frank estaban sentados en el sofá Chesterfield de la abuela de él. Natalie vio que Leah se había hecho mujer. Ya no era larguirucha, sino alta. Y ya no

era pelopanocha, sino castaña caoba. La época de los experimentos había terminado. Falda vaquera, sudadera con capucha, botas de pelo largo y un grueso aro dorado en cada oreja. Vuelta a sus raíces. Natalie Blake miró cómo su novio Frank de Angelis hacía rayas blancas torcidas sobre una mesa de cristal mientras su buena amiga Leah Hanwell enrollaba un billete de veinte hasta formar un tubito. Vio que él escuchaba con atención a

Leah, que le hablaba de un individuo cuyo nombre pronunciaba *misheel*. Acababa de conocerlo en Ibiza. Frank se estaba tomando a pecho su tarea. Entendía que no podría querer a Natalie Blake sin querer también a Leah Hanwell.

—Eso lo encuentro interesante: a las dos os gustan los chicos negros posmodernos del Continente. ¿Verdad que sí? Es una coincidencia extraña. La verdad es que no somos tantos. ¿Es una

competición?

—Del Continente eres tú, guapo. ¡Él es de Guadalupe! Su padre estuvo en el movimiento de resistencia clandestino... Básicamente tuvo que escaparse, él y toda la familia. Ahora su padre trabaja de conserje en una escuela de Marsella. Su madre es argelina. No sabe ni leer ni escribir.

Frank ladeó la cabeza e hizo un cómico mohín con la boca.

—Puntos para Hanwell. El tipo parece la sal de la tierra. Hijo de un combatiente por la libertad... Me veo obligado a admitir su superioridad moral. Está claro que yo no soy la sal de la tierra.

Leah se rió.

—Tú eres la cocaína del espejo. La cocaína muy cortada.

IOO. Natalie tantea a Elena

Almuerzo en Mayfair. Una bella

mujer se traga una ostra. Su teléfono es tan delgado y ligero que se adapta sin problemas al bolsillo de la blusa de seda.

—¿Y trabaja mucho? —pregunta.

Elena de Angelis dio unos golpecitos con un fino cigarrillo sobre el mantel y le dedicó a Natalie Blake una mirada de astucia feroz con el rabillo del ojo. Antes de que Natalie pudiera balbucear una respuesta, Elena rió.

—No te preocupes. No te pido que mientas. Mi Cesco no va a dedicarse a las leyes, claro que no. Pero esperaba que fuera útil para su carácter en general. Con su tío fue así. Pero bueno. Te ha conocido a ti. Eres la primera mujer de verdad que me ha traído para que la conozca. Eso es importante. Dime, ¿es cierto que para ser abogada superior en los altos tribunales tienes que asistir a un número determinado de cenas al año?

Natalie vio que Elena tiraba la ceniza en su plato. Sintió un deseo apremiante de averiguar cómo aquella mujer había amado y perdido a un ferroviario de Trinidad.

—Sí —contestó—. Doce veces. En el gran salón. Antes eran treinta y seis.

Elena expulsó dos nubecitas de humo por los orificios nasales.

—¡Qué país tan curioso!

Vino un camarero y la cuenta fue abonada de alguna forma sin esos gestos tan feos de llevarse la mano al bolso o el monedero. Nadie mencionó la prohibición de fumar.

—Cesco, por favor, llama a tu primo. Le dije que lo llamarías hace dos semanas, no pueden reservarte el puesto para siempre. ¡Qué vergüenza!

101. Viento en popa

Frank suspendió el examen para el

título de abogado superior de forma espectacular: se presentó con cuarenta y cinco minutos de retraso y se marchó diez minutos antes de tiempo. Al salir, lo primero que hizo fue llamar a su madre. Natalie vio que la conversación lo animaba. Elena era de esas mujeres que prefieren un desastre espectacular a un fracaso convencional.

Leah Hanwell encontró un piso siniestro al sur del río, en New Cross, y Natalie Blake, por respeto

a su vieja amistad, se fue a compartir piso con ella. Leía los expedientes en los largos trayectos triangulados del metro: New Cross, Lincoln's Inn, Marylebone. Se metía en la cama de Frank. Salía de ella. Volvía.

—¿Qué hora es?

—Las once y cuarto.

—¡Tengo que largarme!

Intentó obligarse a coger un autobús

nocturno hacia el sur.

—Tus principios pasan más tiempo en ese estercolero que tú —comentó él; ella volvió a dejarse caer sobre las almohadas.

Perspicaz en forma de arranques repentinos e impredecibles.

Tontorrón y siempre afectuoso. La llamaba mucho.

Cuando estaba entrando en el metro, sonó el teléfono que él le había

comprado.

—Natalie Blake, eres literalmente la única persona en el mundo que soporto.

Aquél fue el año en que la gente empezó a decir «literalmente».

Frank estaba en su escritorio de Inversiones Durham y Mac-aulay, apostando por el precio futuro de unas cosas que era del todo incapaz de describirle a Natalie. Más símbolos, supuso ella, aunque de un

tipo indescifrable.

102. Sálvate

Para entenderse a sí misma, Natalie Blake se valía de una imagen trillada: el ancho río. Aguas turbulentas. Vado de piedras. Caldwell, los exámenes, la universidad, el título... y las prácticas. Ese último trecho era casi infranqueable. No había becas ni forma alguna de ganar un penique durante la primera mitad del año en prácticas. Tendría que recurrir a

otro préstamo y usar los ahorros de la constructora, que no se habían tocado desde su infancia. Ocurría que esa empresa, un negocio local, también operaba en el ámbito de las imágenes trilladas.

103. Cerdos capitalistas

Se llamaba *Peter*: tenía una ranura en el lomo para introducir monedas. Marcia Blake guardaba la cartilla roja y se encargaba de tratar con los cajeros. A medida que se alcanzaban ciertas sumas

(veinticinco, cincuenta, cien libras), la niña iba recibiendo a diversos miembros de la familia porcina con la marca de la empresa constructora. *Peter* fue el primero. En casa de los Blake, aquellos cerditos se consideraban adornos y estaban todos juntos en un estante de la sala. A veces Marcia le dejaba ver la columna del «saldo», donde figuraba la extraordinaria (e intocable) cifra de setenta y una libras o algo parecido. Natalie jamás tocó ese dinero, que ahora,

veinte años más tarde, por fin sumaba una cantidad apreciable. ¡Ah, qué recuerdos! ¿Tal vez incluso se recordaba a sí misma con los viejos billetes de una libra en la mano? Quién sabe: la nostalgia es una fuerza que todo lo distorsiona.

—¿Estás en esta cola?

Natalie miró a la belicosa ancianita que tenía al lado con la cartilla roja bien agarrada. Ella enseñó distraídamente su propia cartilla y contestó:

—Creo que sí.

Pero la cola era una turba amorfa de ruidosos habitantes de NW que enarbolaban cartillas, gritaban y empujaban.

—¡Necesitamos orden en esta cola, tío! —dijo alguien—. ¡Esto siempre es un caos!

—Estos no saben lo que es una cola británica —dijo otro.

No había postes de aluminio

plantados a intervalos sobre la moqueta mugrienta. Natalie los vio amontonados en un rincón junto a los mostradores.

—Te toca a ti. ¡Venga! —dijo la anciana.

Natalie Blake, sin saber si se había hecho justicia, se acercó al mostrador que le indicaban, tuvo una conversación inquietante con una cajera que se llamaba Doreen Bayles, se abrió paso entre la marabunta con rumbo a Kilburn

High Road, se apoyó en una marquesina de autobús y se echó a llorar.

104. Ciento diez por ciento

—Estoy muy enfadada con el pastor —dijo Marcia llorando—. Es terrible porque yo se lo di de buena fe y él me prometió que la recuperación de mi dinero estaba garantizada al ciento diez por ciento. ¡Me lo prometió con la mano en el corazón, porque era para la Iglesia y era a corto plazo!

Estamos promoviendo la Iglesia en Laos, difundiendo allí la palabra de Dios, donde la gente la necesita de verdad. No me lo puedo creer, porque yo lo saqué para devolverlo enseguida y tú ni siquiera te ibas a enterar porque era una cosa a corto plazo, una operación transitoria, eso me dijo, ¡y yo me lo creí, claro! Es un buen hombre. ¡Ahora estoy muy enfadada con el pastor, Keisha! Cuando lo supe me puse furiosa de verdad. Confío demasiado en la gente, ése es el problema, y es lo

peor, porque creo que la gente me está diciendo la verdad cuando en realidad me están engañando, están mintiéndome. Después de esto es muy difícil seguir confiando. Muy difícil.

105. Escena romántica en Green Park

Natalie había fijado la norma de que las actividades románticas debían ser asequibles para ambas partes. Eso a veces provocaba discusiones. El plan de hoy era

incuestionable. Periódicos del fin de semana. Entrevistas a famosos. Reseñas de películas. Opinión. Anuncios personales. Sol de justicia. Bolsa con bocadillos. Botellas de Red Stripe.

—Ah, y lo he hablado con Elena. Está de acuerdo.

—Ahí viene el guarda, Frank. Vámonos a la hierba, no pienso pagar dos libras por una tumbona.

—¿Me estás escuchando? Lo he

hablado con mi madre. Queremos darte el dinero.

Natalie dejó la revista del sábado, apartó la cara para que no se la viera Francesco de Angelis y la pegó a la lona esperando llorar, sentirse «abrumada». Pero su cara estaba seca y su mente extrañamente ocupada.

106. Vida de parque

Mujer busca a hombre para relación amorosa. Y viceversa.

Persona de posición humilde, con capital intelectual pero sin excedentes monetarios, busca a persona de elevada posición con sustanciales excedentes monetarios para el mutuo disfrute de beneficios, como una mayor esperanza de vida, una mejor alimentación, menos horas de trabajo y una jubilación anticipada.

Animal humano femenino necesitado de comida y techo busca animal humano del sexo opuesto

que le suministre descendencia y permanezca a su lado hasta que la supervivencia autónoma de dicha descendencia sea viable.

Algunos genes, en aras de su supervivencia, buscan aquello que les proporcione mayores garantías de reproducción.

107. No nos peleemos, cari

Él seguía hablando. Había puesto su cara de adulto, la que llevaba diariamente al trabajo. Ella sabía

que era falsa. La razón de que él fuese incapaz de explicarle lo que hacía en el trabajo no era que el asunto resultara demasiado complejo para ella (aunque lo era), sino que él mismo tampoco lo entendía del todo. Iba de farol cada día. Ella había sabido siempre que él tenía un ego muy frágil apoyado en cimientos inestables, pero consideraba que este rasgo (universal entre los hombres, a juzgar por la experiencia que tenía de ellos) era un pequeño precio a

pagar por su franqueza, su diligencia sexual y su belleza, cualidades ya mencionadas anteriormente.

—...entonces le dije a Elena: esa chica ha sacado la segunda calificación del año. Aunque no la quisiera, no tiene sentido permitir que esa capacidad se malogre por falta de medios. No tiene sentido desde el punto de vista económico. Tu familia, por las razones que sea, se niega a ayudarte...

—¡No se niegan a ayudarme, Frank! ¡No pueden! —gritó Natalie Blake, y se lanzó a una defensa apasionada de su familia a pesar de que no se hablaba con ninguno de sus miembros.

* * *

108. Política en marcha

—Cheryl podría dejar de tener hijos. Tu hermano podría buscar trabajo. Y podrían dejar esa secta que les chupa el dinero. Me temo

que tu familia escoge las peores opciones, eso está claro.

—Tendrías que callarte, visto que no sabes de qué estás hablando. No quiero hablar de esto en el metro, joder.

Parecía que Natalie Blake y Francesco de Angelis entendían de modo distinto la palabra «opción». Ambos creían que sus respectivas interpretaciones derivaban de criterios objetivos y no eran productos de infancias opuestas.

109. John Donne, Lincolns Inn, 1592

En la secretaría del piso de arriba se oyó un tumulto. Polly lo describió con una frase ingeniosa: «una vulgar sinfonía de improperios».

—Nat, ¿a qué hora es tu vuelo?

—A las siete de la mañana.

—Escucha, ¿dónde prefieres estar? ¿En la Toscana o en el Tribunal de

Menores de West London? En serio, sal de aquí mientras puedas.

En la sala de prácticas solamente quedaban ellas dos. Todos los demás estaban en los juzgados o ya habían bajado al pub.

—Incluso puedes llevarte mi último pitillo. Considéralo parte del ajuar.

Natalie empezó a ponerse el abrigo mientras Polly prendía su encendedor, pero les faltó velocidad para evitar a un

secretario, Ian Cross, que apareció al pie de la escalera con un expediente en la mano.

—Eh, apagad eso. Prestad atención. ¿Quién quiere esto?

—¿Qué es?

Ian giró el expediente entre las manos.

—Yonquis. Robo a mano armada. Leve incendio provocado. Las notas que hay detrás son del joven señor

Hampton-Rowe, de Bridgestone. En el último minuto le ha salido un encargo de más altura. La cagada del reverendo Marsden. Muy mediático.

Natalie vio que Polly se sonrojaba y se dispuso a coger el maletín, fingiendo un interés moderado.

—¿Qué reverendo?

—Estás de broma o qué. Un cura ha descuartizado a una furcia y la ha tirado al Camden Lock. Ha salido

en todas partes. ¿Es que no lees la prensa?

—Esa clase de prensa no.

—Deberías mudarte al siglo veintiuno, guapa. Ya sólo hay una clase de prensa. —Sonrió y la mancha de color oporto que tenía alrededor del ojo izquierdo se le arrugó horriblemente.

Otra de las frases ingeniosas de Polly: «toda una personalidad construida alrededor de una

mancha».

—Dámelo a mí. Nat no puede. Se casa el domingo.

—Felicidades. Todo el mundo tendría que hacerlo. Ningún hombre es una isla, siempre lo digo.

—Ah, la frase es tuya, ¿verdad? Me estaba preguntando de quién sería. Nat, cielo, huye de aquí. Sálvate. Tómate una copa por mí.

IIO. Personalidad entre paréntesis

(A veces, cuando disfrutaba de las cápsulas descriptivas que hacía Pol con las personalidades ajenas, Natalie temía que en su ausencia —la de Natalie— también encapsulara su personalidad —la de Natalie—, aunque no se decidía a temerlo del todo porque en el fondo no podía creer que de ella —de Natalie— se pudiera hablar de la manera como ella —Natalie— hablaba de los demás y oía hablar de los demás. Y sin embargo, a modo de puro experimento mental:

¿en torno a qué estaba construida la personalidad de Natalie?)

* * *

111. Copas de trabajo

Natalie Blake subió apresuradamente las escaleras y pasó corriendo frente a la secretaría para evitar más expedientes. Salió a la riada humana de Middle Temple Lañe. Todo el mundo fluía en la misma dirección, hacia Chancery Lañe, *y* ella se sumó a la corriente.

Luego se encontró a dos amigos y luego a dos más. Cuando llegaron al Seven Stars ya eran un grupo demasiado grande para encontrar mesa dentro. La otra mujer del grupo, Ameeta, se ofreció para ir a buscar las bebidas y Natalie se ofreció para acompañarla.

—¿Chupitos de vodka o cervezas?

Se habían olvidado de preguntarlo. Ameeta, que también era de clase obrera pero de Lancashire, estaba ansiosa por no equivocarse. Natalie

Blake le aconsejó que pidiera las dos cosas. Al cabo de unos minutos salieron de allí con sus mesuradas faldas profesionales y dos bandejas temblorosas empapadas de espuma. Los hombres estaban desplegados junto a la verja de los tribunales, fumando. Era una magnífica tarde de finales de verano. Los hombres silbaron. Las mujeres se acercaron.

112. Sir Thomas More, Lincolns Inn, 1496

—¡Que alguien mantee a esta chica!

Que se casa... Ah, los buenos mueren jóvenes. ¿Cómo se llamaba? Francesco. Italianini, ¿no? Yo anularía el proceso por defectos de forma. En realidad es medio trini. **LA CORRECCIÓN POLÍTICA SE HA VUELTO LOCA.** Ahora en serio, Nat. Mucha suerte. Todos te deseamos toda la suerte del mundo. Yo no creo en la suerte. ¿Dónde está mi invitación? Sí, ¿dónde está mi invitación? ¡Cuidado con ese vaso! No hemos invitado a nadie, ni a la familia. Queremos estar solos.

¡Ooh, qué exclusivos! Que alguien la levante. Pol dice que está forrado, el tío. Trabaja para Durham y Macaulay. Una firmita en el Ayuntamiento de Islington. Luna de miel en Positano. *Business class*. Uy, lo sabemos todo. Ya lo creo. Blake no es tonta.

¡Au! Nada de violencia. La cuestión es que te estás pasando al otro bando. Al enemigo. En tu ausencia nos veremos obligados a continuar la búsqueda del amor. Ese tal

Francesco: ¿está a favor del sexo después del matrimonio? Los italianos tienen esa tendencia. Imaginamos que será católico. Uy, sí, lo imaginamos. Frank. Todo el mundo lo llama Frank a secas. Solamente es medio italiano. Jake, cógele la pierna derecha. Ezra, cógele la izquierda. Ameeta, cógele el culo. ¡Soltadme! Tú te encargas del culo, Ameeta, cariño. ¡Protesto! ¿Cómo es que a Ameeta le toca lo mejor? Porque sí. No ha lugar a la protesta. ¿Por qué hoy en día a un

caballero ya no se le permite aludir a la parte posterior de una dama? **YA TE DIGO, LA CORRECCIÓN POLÍTICA SE HA VUELTO...** Bah, a la mierda, uno, dos y tres, **ARRIBA.**

Los abogados en prácticas llevaron a Natalie Blake en volandas hasta el otro lado de la calle, entre vítores. La nariz le llegaba hasta las arcadas del **XVI.** ¡Qué lejos estaba de casa!

—SE CASA POR LA MAÑANA.

—La mañana siguiente. ¿A quién representa esa estatua de ahí arriba?

—Tengo el latín un poco oxidado... ni puta idea... ¿Hacia dónde vamos? ¿Al norte? ¿Al oeste? ¿Qué línea tomas, Nat? ¿La Jubilee?

113. Miele di luna (dos semanas)

Sol.

Prosecco.

Cielo azul muy claro.

Golondrinas. Arco. Descenso.

Guijarros azules.

Guijarros rojos.

Ascensor a la playa.

Playa vacía. Sol. Puesta de sol.

—¿Sabes lo difícil que es encontrar esto en Italia?

Esto es lo impagable...

¡el silencio!

Oh.

El nada. Todos los días.

—¡El agua está perfecta!

Ola.

Periódicos ingleses. Dos cervezas. *Arancini*.

—¿Podemos cargar esto a la tarjeta? Estamos en la quinientos doce. Tengo mi pasaporte.

—Por supuesto, señora, está usted en la suite nupcial. ¿Le importa que le haga una pregunta? ¿De dónde son ustedes?

Ola.

Los camareros llevan guantes blancos. Necrológicas. Reseñas. De principio a fin.

Ron con coca-cola. Tarta de queso.

—¿Puedo cargarlo directamente a la habitación? El otro camarero me dijo que podía. Es la quinientos doce.

—Por supuesto, señora. ¿Qué lleva en esa funda?

—Unos prismáticos. A mi marido le gustan las aves. Se me hace raro decirlo.

—¿Qué, «prismáticos»?

—No, «marido».

La playa pública está en la punta de la península. A seis kilómetros. Vítores. Gritos. Rosas. Música de altavoces. Más cuerpos que arena.

¿Ojalá estuvieras aquí?

Vacío.

Exclusivo.

—¡Es realmente como el paraíso!

Oh.

Ola.

Familia solitaria. Sombrilla roja.
Madre, padre, hijo. Louis.
Pronunciado: ¡Luiiiiii!

Bañador rosa. OLA.

Ningún lugar y ninguna cosa.

¡LUIIIIII!

Cóctel de vodka.

—¿Tiene usted un bolígrafo? ¿Sabe de dónde son?

—De París, *signora.* Ella es modelo americana. Él es informático. Francés.

A Louis lo ha picado una medusa.

¡Episodio dramático!

Cóctel de ron. Gambas. Pastel de chocolate.

—La quinientos doce, por favor.

—Señora, le aseguro que eso no es posible. Aquí no hay medusas. Somos un centro turístico de lujo. ¿Y por eso no se baña? —No me baño porque no sé nadar.

Linguine con vongole, gin-tonic, cóctel de ron.

—*Signora*, ¿de dónde es usted? ¿Americana?

—La quinientos doce.

—¿Ese que nada es su novio?

—Mi marido.

—Pues habla muy bien italiano.

—Es que es italiano.

—¿Y usted, signora? *Dovesei?*

114. L'isola che non c'é

—Deberías meterte por lo menos una vez en el agua —dijo Frank de Angelis; Natalie Blake levantó la vista para contemplar el bello torso moreno de su marido, que

chorreaba agua salada, y regresó a su lectura—. Desde que bajaste del avión llevas trajinando con esos periódicos por todas partes. ¿Qué tienen de interesante? —Ella le enseñó las páginas de anuncios personales, arrugadas y estropeadas por el agua; él suspiró y se puso las gafas de sol—. «Almas gemelas.» *Che schifo!* No sé cómo te puede gustar leer esas cosas. A mí me deprimen. ¡Cuánta gente sola hay en el mundo!

115. Audiencia de lo Penal

Ian Cross asomó la cabeza por la puerta de la sala. Todos los abogados en prácticas lo miraron, esperanzados. Cross miró a Natalie Blake.

—¿Quieres ver llorar a un jurado de adultos? Bridgestone necesita a alguien en prácticas para redondear los números. Sala Uno de lo Penal. Con Johnnie Hampton-Pollas. Tranquila, que no tendrás que hacer nada, solamente estar guapa. Coge

tu peluca.

Estaba emocionada por ser la elegida. Aquello demostraba la eficacia de su estrategia en comparación con, por ejemplo, la de Polly. Nada de líos románticos con las estrellas del equipo de penal. Trabaja bien. Y espera a que se fijen en lo bien que trabajas. Consiguió conservar aquella inocencia y aquel orgullo hasta el mismo momento en que ocupó su asiento y vio a la familia de la

víctima en la galería, inconfundiblemente jamaicanos, los hombres con relucientes trajes cruzados grises y las mujeres con sombreros de ala ancha coronados con ramilletes de flores sintéticas.

—Mira y aprende —susurró Johnnie mientras se ponía en pie para las alegaciones previas.

116. Voyeurismo

La defensa se erigía sobre los mismos principios básicos que la

transustanciación. Había sido otra persona la que había usado el piso del vicario para trocear a Viv. Había sido otra persona quien había depositado su cuerpo en varias bolsas de basura junto al Camden Lock, a veinte metros de la puerta trasera de su casa. Él aseguraba que la llave circulaba libremente entre sus feligreses; mucha gente tenía copia. El hecho de que se hubiera encontrado su esperma dentro de ella sólo evidenciaba otra coincidencia (la prensa había

sacado a la luz a unas cuantas prostitutas locales de aspecto sospechosamente similar, y todas ellas afirmaban haber conocido al sacerdote en el sentido bíblico del verbo).

—Pero éste no es un juicio por cuestiones raciales —dijo Johnnie dirigiendo la atención del jurado hacia Natalie Blake con un ligero movimiento de la mano—, y permitir que se convierta en eso equivale a someter las pruebas

incriminatorias (que ustedes deben examinar cuidadosamente como miembros de un jurado británico) al criterio de «culpable porque lo digo yo» que tanto practica nuestra lamentable prensa amarilla.

Los integrantes del afligido corrillo familiar de Viv seguían abrazados, pero Natalie ya no volvió a mirarlos.

La fiscalía hizo una presentación con PowerPoint. Interiores de Camden de aspecto deplorable.

Natalie Blake se inclinó hacia delante en su asiento. Lo importante eran las salpicaduras de sangre, pero lo que le interesaba era todo lo demás. Cuatro sillas blancas a la moda de los sesenta que no cuadraban para nada con la vivienda de un clérigo. Un piano demasiado grande en una sala demasiado pequeña. Un sofá y una otomana incompatibles y un televisor de gama alta. Mobiliario de cocina anticuado y el suelo de corcho, que ya es mala pata porque

absorbe la sangre. Natalie notó que el abogado auxiliar le daba un codazo y se puso a escribir las presuntas notas que, según lo instruido, debía garabatear.

117. En el guardarropa

Mientras Natalie Blake se quitaba la toga, Johnnie Hampton-Rowe apareció a su lado, le puso una mano en la camisa y se la apartó junto con el sujetador. Tardó en reaccionar: él le pellizcó un pezón antes de que ella consiguiera

preguntarle qué coño creía que estaba haciendo. Empleando el mismo juego de manos recién visto en la sala, convirtió los gritos de Natalie en el delito. Retrocedió al instante, suspirando:

—Vale, vale, me he equivocado.

Ya estaba fuera del vestidor antes de que ella volviera la vista. Cuando recobró la compostura y salió de allí, él estaba en la otra punta del pasillo bromeando con el resto del equipo y discutiendo la

estrategia para el día siguiente. El abogado auxiliar señaló a Natalie con un bolígrafo.

—Pub. Seven Stars. ¿Vienes?

118. Consulta de emergencia

Leah Hanwell quedó con Natalie Blake en el metro de Chancery Lañe. Trabajaba cerca, de recepcionista en un gimnasio de Tot-tenham Court Road. Caminaron hasta el Hunterian Museum. Empezó a llover. Leah se detuvo entre dos

enormes columnas palladianas y levantó la vista para mirar la inscripción en latín labrada sobre la piedra gris.

—¿No podemos ir al pub?

—Esto te gustará.

Hicieron sus minúsculas donaciones en la recepción.

—Hunter era anatomista —explicó Natalie Blake—. Esta era su colección privada.

—¿Se lo has contado a Frank?

—No ayudaría mucho.

Sin previo aviso, Natalie empujó a Leah al primer atrio, lo que Frank le había hecho hacía unos meses. Leah no gritó ni ahogó un grito ni se tapó los ojos con las manos. Pasó entre las narices, pantorrillas y nalgas que dormitaban en sus frascos de formol. Derechas a los huesos del gigante O'Brien. Pegó la palma de la mano al cristal y sonrió. Natalie Blake la seguía

leyendo un folleto, explicando, siempre explicando.

* * *

119. Pollas

Gruesas, cortas y un poco cómicas; seccionadas a pocos centímetros del glande o tal vez simplemente encogidas por la muerte. Algunas circuncidadas y otras con aspecto gangrenoso.

—No siento demasiada envidia —

dijo Leah—. ¿Y tú?

Siguieron avanzando. Pasaron entre huesos de cadera y dedos de pies, manos y pulmones, cerebros y vaginas, ratones, perros y un mono con un tumor horrible en la mandíbula. Cuando llegaron a los fetos totalmente formados ya estaban un poco histéricas. Frentes enormes, barbillas pequeñas y estrechas, ojos cerrados y bocas abiertas. Natalie Blake y Leah Hanwell se miraron con caras de

Munch, primero entre ellas y luego a los fetos. Leah se arrodilló para observar un pedazo enfermo de material humano que Natalie no pudo identificar.

—¿Y al final fuiste al pub?

—Me pasé allí veinte minutos mirando el veteado de la mesa. Ellos estuvieron hablando del caso. Y luego me marché.

—¿Crees que le hizo lo mismo a la tal Polly?

—Tenían un rollo. Tal vez empezó de la misma manera. Tal vez se lo hace a todo el mundo.

—La historia se complica. Odio las complicaciones. El gimnasio es igual, está lleno de pollas montando líos. Me pone de los nervios.

—¿Eso qué es? ¿Un tumor?

—De intestino. Como el de mi padre. —Leah se alejó del frasco y se sentó en un banquito que había en medio de la sala; Natalie se sentó a

su lado y le cogió la mano con fuerza—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó Leah Hanwell.

—Nada —dijo Natalie Blake.

120. Intervención

Pasaron unas semanas. La doctora Singh arrinconó a Natalie Blake en la sala de prácticas. Estaba claro que la habían mandado como emisaria. Había gente arriba, gente «anónima», que estaba preocupada. ¿Por qué había dejado de participar

en la vida social del equipo? ¿Acaso se sentía aislada? ¿La ayudaría hablar con alguien que «hubiera pasado por ello»? Natalie cogió la tarjeta. Debió de poner los ojos en blanco sin darse cuenta. La doctora Singh pareció ofendida y pasó el dedo por una hilera de títulos: doctora, abogada de la Corona, Orden del Imperio.

—Theodora Lewis-Lane fue una pionera —dijo a modo de amonestación—. Sin ella no

estaríamos aquí.

121. Modelos de conducta

Una pastelería elegante de Gray's Inn Road. Natalie llegó quince minutos tarde, pero Theodora se retrasó cinco más, demostrando así que «la hora jamaicana» no había muerto en ninguna de las dos. Natalie quedó fascinada con aquellas extensiones capilares dignas de una tertulia televisiva (ella había abandonado recientemente las suyas a instancias

de Frank) y con las exquisitas variaciones que había introducido en el uniforme oficioso de las abogadas: una camisa de satén dorado por debajo de la chaqueta y acabado de *strass* en los zapatos negros de juzgado. Tenía por lo menos cincuenta años, con el habitual don jamaicano de parecer veinte años más joven. Lo sorprendente (dada su temible reputación) era que apenas llegaba al metro sesenta. Cuando Natalie se levantó de la silla para darle la

mano, Theodora pareció desconcertada. Una vez sentada recobró su empaque. Con un acento de ninguna parte, a medio camino entre el de la reina y el del número de información horaria, pidió una cantidad tremenda de pasteles antes de proceder, sin que nadie se lo pidiera, a narrar su infancia gótica en el sur de Londres y su inaudito éxito profesional. Antes de que terminara aquel relato, Natalie Blake dio un aprensivo mordisquito a un cruasán y murmuró:

—Supongo que sólo quiero que se valore mi trabajo por lo que vale...

Cuando levantó la vista del plato, Theodora tenía las mani-tas juntas sobre el regazo.

—Usted en realidad no quiere tener una conversación conmigo, ¿verdad, señorita Blake?

—¿Cómo?

—Déjeme que le cuente una cosa —dijo Theodora con un tono

cortante que impugnaba su sonrisa imperturbable—. Soy la abogada de la Corona más joven de mi generación. Y no es ningún accidente, a pesar de lo que usted pueda creer. Como uno aprende muy pronto en esta profesión, la fortuna sonríe a los valientes, pero también a los pragmáticos. Supongo que está interesada en algo relacionado de alguna manera con los derechos humanos. ¿Brutalidad policial? ¿Ese es su plan?

—Todavía no estoy segura —dijo Natalie intentando sonar intimidante; le faltaba muy poco para echarse a llorar.

—No era lo mío. En mi época, si seguías esa ruta, la gente tendía a relacionarte con tus clientes. Tuvieron que aconsejarme muy al principio: «Evita los trabajos relacionados con el gueto.» Fue el juez Whaley quien me lo dijo. El lo sabía mejor que nadie. La primera generación hace lo que no quiere

hacer la segunda. La tercera ya es libre de hacer lo que quiera. Qué suerte tiene usted. Ojalá la buena suerte viniera acompañada de educación y humildad. En fin, creo que en este sitio se sirve vino. ¿Quiere usted una copa de vino?

—No era mi intención ser maleducada. Lo siento.

—Le doy un buen consejo para los tribunales: no se imagine que su desprecio es invisible. Ya descubrirá usted, a medida que

madure, que la vida es un espejo con dos direcciones.

—Pero lo mío no es desprecio.

—Cálmate, hermana. Bébete una copa de vino. Yo a tu edad era exactamente igual. Odiaba que me echaran broncas.

* * *

122. El consejo de Teodora

—Cuando empecé a comparecer

ante los jueces, no paraban de reprenderme desde el banquillo. Perdía casos y no entendía por qué. Luego me di cuenta de una cosa: cuando un pelolacio de Surrey se pone frente a los jueces, sus enérgicos argumentos se ven como «pura abogacía». El juez lo reconoce como un igual. Se entienden. Es muy probable que asistieran a la misma escuela. Pero la pasión de Whaley o la mía o la tuya son vistas como «agresividad». Así lo ve el juez. Estás en su casa y

eres una intrusa. Y te lo aseguro, es peor si eres mujer: entonces es «agresividad histérica». La primera lección es: contrólate. Modera tu discurso. Todo lo que puedas. Porque esto no es neutral. —Se pasó una mano por su pulcra figura, desde la cabeza a la cintura—. Esto nunca es neutral.

123. Hatsa luego

hola por fin

no ha sido tan difícil no crees

es que no me gusta descargarcosas

mí no gustar ordenadores

delinternet del trabajo. Los ordenadores del gobierno son débiles. Un

virus de nada

mí tener miedo del futuro

y se mueren verdad

ah sí

calla, blake

vaya puta CAÑA

hola hanwell QUERIDA. Qué te trae al internet esta bonita tadre

tarde

la mujer que tengo al lado hurgándose la nariz va a sacar petróleo

te he intentado llamar pero no has contestado

qué bonito

no puedo contestar llamadas pesronales en la sala de prácticas qué tal

gran noticia

has cogido sida gatuno?

tienes libre el 6 de mayo?

vas a coger sida gatuno el 6 de mayo? tengo libre si no estoy en los juzgados,

ahora soy una señora abigada pez gordo, eh? una señora abogada pez gordo

coño

qué mal tecleo

abogadapez gordo me caso

!!!!!?????

en mayo

fabuloso! Cuándo será eso?

el6 en el registro igual que tú pero cninvitdos y todo

me alegro mucho por ti en serio

invitados y todo

es por mi madre n realidad

claro

además lo quiero de verdad lo deseo

es importante para él y él quiere

es lo normal, no?

espera, el secretario, un momento

son razones suficientes?

creo que voy a ir de morado

también por Pauline

y dorado, pareceré un cura católico

hola?

perdona, es fabuloso, felicidades!

Eso quiere devir

decir procreación?

VETE A LA MIERDA

:-)

VETE A LA MIERDA CON TU CARITA SONRIENTE

no me puedo creer que pases por el altar

qué le está pasando al

ni yo

universo?

que somos viejas

no somos viejas, joder

tú por lo menos progresas en la vida. Yo sólo me muero lentamente

es mi segundo año de prácticas. Puedo pasarme de prácticas toda

me muero de aburrimiento

la vida

no sé qué significa eso

eso = no bueno. La mayoría consigue titularidad después de UN AÑO

en todo caso un aburrimiento — te puedo

hacer una pregunta sin que te vendas

perdón ofendas?

a la mierda la mayoría

jaja, no me vendo tranquila

puedo?

cuando pasas por el altar tienes que renunciar a todos los demás de todas maneras, no?

ésa es la idea

Menuda idiotez

jaja

así que renuncio también a eso

eso responde tu pregunta abogada pez gordo?

jaja, sí. En serio que lees la mente

y cuando todo lo demás falle:

www.adultosmirandoadultos.com

así se pasa el rato

ya sabes de qué estoy choteando. Venga, chica!

Eh, colega, no me dejes tirada!

Perdona. Me acaba de caer una avalancha de trabajo me tengo que ir un beso hatsa luego

«hatsa luego»

124. Una pregunta en la reunión para conseguirla titularidad

Señora Blake, ¿estaría usted dispuesta a defender a alguien del banco BNP?

125. Heroína de Harlesden (entreparéntesis)

Natalie Blake no se esperaba que le ofrecieran el puesto. Para convertir un juicio externo en una elección personal, se contó a sí misma una historia sobre ética legal, fortaleza de carácter moral e indiferencia al dinero. Le contó la misma historia a Frank y Leah, a su familia, a los demás abogados en prácticas y a cualquiera que le preguntara por su futuro. Era una forma de hacer que el futuro le resultara seguro (todas las historias de Natalie tenían en última instancia aquella meta).

Cuando, en contra de lo que ella se esperaba, le ofrecieron la titularidad, Natalie Blake se vio en una posición bastante incómoda en relación con su ética personal, su fortaleza de carácter moral y su indiferencia respecto al dinero (o por lo menos con las representaciones públicas de estas cualidades), y se vio obligada a rechazar el dinero de la titularidad y aceptar el trabajo de auxiliar jurídica en R senb rg, SI tte y & No ton, del que llevaba varios meses

hablando. Un bufete diminuto de Harlesden al que se le habían caído la mitad de las letras.

126. Tonya tantea a Keisha

Los clientes de Natalie Blake la llamaban a horas intempestivas. Le mentían. Solían llegar tarde a los juzgados, casi nunca se ponían la ropa que ella les aconsejaba que llevaran y rechazaban acuerdos de culpabilidad completamente razonables. De vez en cuando la amenazaban de muerte. En sus

primeros seis meses trabajando para RSN, tres de sus clientes fueron jóvenes que habían «ido a la Brayton», aunque eran mucho más jóvenes que ella. Aquello la hizo preguntarse si la escuela se habría degradado; bueno, si se habría degradado todavía más. Compró algo de comida preparada en el jamaicano que había delante del McDonald's, se sentó en un taburete y se las vio y deseó para no mancharse el traje de grasa. Hamburguesa, buñuelo de pescado

y cerveza de jengibre, como casi todos los días. A veces intentaba variar el menú, pero cuando llegaba al mostrador la abandonaba todo su espíritu aventurero. Existía un plan desde hacía tiempo para almorzar con Marcia y la hermana de Marcia, Irene, que vivía cerca, pero aquella cita fantástica, que implicaba dos horas de tiempo libre y sin expedientes que leer, no parecía llegar jamás, y muy pronto Natalie Blake entendió que no iba a llegar nunca. En cambio, veía bastante a

menudo a su prima Tonya en Harlesden High Street. Cada vez que se la encontraba (a pesar de su nuevo estatus de abogada pez gordo), volvía a experimentar los mismos sentimientos de inseguridad e ineptitud que Tonya le imponía cuando eran niñas. Aquella tarde, Tonya vestía unos pantalones de chándal con la palabra **HONEY** escrita de lado a lado en el trasero y un chaleco vaquero ajustado con sujetador amarillo debajo. Llevaba el flequillo teñido de púrpura y

unos pendientes de aro tan grandes que le rozaban los hombros. Los tacones de sus zapatos rojos con plataforma medían doce centímetros. A pesar del niño y el bebé que llevaba en el cochecito doble, Tonya conservaba unas proporciones corporales de superheroína de tebeo. Natalie, en cambio, era tristemente *margar,* como decían los jamaicanos. Para los blancos, eso quería decir «flaca» o «atlética» y se consideraba generalmente un valor

positivo. Para Natalie, sin embargo, quería decir «sin curvas» y, por tanto, «invisible». Tonya nunca había tenido la piel cenicienta, sino siempre sedosa y estupenda, y tampoco era propensa a los sarpullidos de acné rosado que le salían en la frente a Natalie, como por ejemplo aquel día. Si los dientes de Natalie eran pequeños y grises, los de Tonya eran enormes, blancos, uniformes y ahora mismo se estaban desplegando en forma de sonrisa gigantesca. Al acercarse su

prima, a Natalie no le cupo duda de que ella, Natalie, tenía grasa del buñuelo alrededor de la boca. Pero tal vez toda aquella proyección de la ansiedad al terreno de lo físico fuera una forma femenina de simplificar una diferencia mucho más profunda e irresoluble entre ambas, porque Natalie estaba convencida de que Tonya tenía un don para la vida del que ella palpablemente carecía.

—Estos niños son tan guapos que

deberían estar prohibidos.

—¡Gracias!

—Mira a André: está clarísimo que lo sabe.

—Es culpa de su padre. Su padre le ha comprado esa cadena.

—¿Ahora va del rollo: soy un chulo de tres años?

—¡Tú ya me entiendes! En serio.

Por debajo de su sonrisa, Natalie vio que a su prima la decepcionaba aquella conversación y que quería, como de costumbre, establecer una «conexión» más profunda con Natalie, quien a su vez quería evitar precisamente aquella intimidad para conservar una fachada superficial y agradable que le permitiera mantener las distancias con su prima. Natalie dejó a André en el cochecito y cogió en brazos a Sasha. Ninguno de los dos niños le parecía real, daba igual cuántas

veces los levantara y notara su peso. ¿Cómo podía Tonya ser madre de aquellos niños? ¿Cómo era posible que tuviera veintiséis años? ¿Cuándo había dejado de tener doce? ¿Y cuándo iba a llegarle a ella la vida adulta?

—Pues yo he vuelto a Stonebridge, con mi madre. Elton y yo hemos acabado, del todo. Estoy harta de malgastar mi tiempo. Es para bien, está claro. Vuelvo a estudiar, en Dollis Hill... En el College of North

West London. Turismo y hostelería. Estudiar y estudiar. Es duro, pero me está encantando. ¡Mi inspiración eres tú!

Tonya puso una mano en el hombro del feo traje chaqueta azul marino de Natalie. ¿Era compasión aquello que veía en los ojos de su prima? Natalie Blake no existía.

—¿Cómo está tu amiga? Aquella tan simpática. La pelirroja.

—Leah. Está bien. Casada. Trabaja

para el ayuntamiento.

—¿Ah, sí? Muy bien. ¿Hijos?

—No. Todavía no.

—Las dos lo estáis retrasando, ¿eh?

Tonya apartó la mano del hombro y le tocó el cabello.

—¿Qué te has hecho en el pelo, Keisha?

Natalie se tocó la raya torcida del

pelo y el moño reseco, repeinado hacia atrás y sin adornos.

—No gran cosa. Nunca tengo tiempo.

—Esto me lo he hecho yo sola. Microtrenzas. Tienes que venir a casa y dejar que te las haga. Solamente son seis horas. Podemos hacerlo una tarde y tener una charla como Dios manda.

127. La conexión entre el caos y otras cualidades

En RSN Asociados, la ley salía a borbotones de los archivadores rotos y cubría los pasillos, el cuarto de baño y la cocina. Se trataba de un caos inevitable, pero en cierta medida también de una estética ligeramente exagerada por los abogados y destinada a transmitir desprendimiento y sinceridad. Natalie veía que a sus clientes aquel caos les resultaba reconfortante, igual que los sofás falso estilo reina Ana y los cuadros con cacerías de zorro

tranquilizaban a otra clase de clientes. Si uno trabajaba aquí, únicamente podía ser por amor a la ley. Sólo unos genuinos altruistas podían ser tan pobres. Para comparecer en los juzgados, los clientes eran despachados al Jimmy's Suit Warehouse de Cricklewood. Las victorias se celebraban en las mismas oficinas, con vino barato, pan de pita y hummus. Cuando un abogado de RSN te visitaba en la celda, iba en autobús.

128. «En elfrente»

De vez en cuando, en los juzgados o en comisaría, Natalie se topaba con abogados de empresa a los que conocía de la universidad. A veces hablaba con ellos por teléfono. Normalmente se dedicaban a alabar de forma excesiva y teatral la ética jurídica de Natalie, su fortaleza moral y su indiferencia hacia el dinero. A veces terminaban con un cumplido equívoco, como insinuando que las calles donde

Natalie se había criado, y a las que ahora regresaba para trabajar, eran, en sus mentes, un lugar sin esperanza, análogo a una zona de guerra.

* * *

129. Regreso

El desplazamiento de casa al trabajo la estaba «matando». A veces la simple elección de un término puede surtir efecto sobre el mundo. Ese «matando» se convirtió

en la premisa para regresar a NW.

—¿Y qué pasa con mi desplazamiento? —protestó Frank de Angelis.

—Línea Jubilee —le dijo su mujer, Natalie Blake—. De Kilburn a Canary Wharf.

A continuación preparó un meticuloso contrato, negoció una hipoteca y dividió el depósito por la mitad. Todo por un piso en Kilburn que su marido podría haber

comprado directamente sin despeinarse. Cuando el acuerdo estuvo cerrado, Natalie compró una botella de cava para celebrarlo. A las seis, cuando recogió las llaves, Frank todavía estaba en el trabajo, y seguía allí a las ocho, hasta que llegó la inevitable llamada de las diez menos cuarto:

—Lo siento... tengo para toda la noche. Ve sin mí, si quieres.

El lema de su matrimonio. Natalie Blake llamó a Leah Hanwell:

—¿Quieres ver cómo me cojo en brazos para entrar en el piso?

130. Reingreso

Leah giró la llave en la tiesa cerradura. Natalie la siguió sigilosamente hacia la vida adulta. Notoria por su silencio y su privacidad. La electricidad no estaba aún conectada. Una luna clara iluminaba las desnudas paredes blancas. Natalie se avergonzó de sentirse momentáneamente decepcionada:

después de tantos meses acampada en casa de Frank, aquello le parecía pequeño. Leah recorrió el salón y soltó un silbido. Todavía se valía de la vieja escala de medidas: aquello era el doble de grande que un piso doble de Caldwell.

—¿Qué es eso de ahí?

—El techo del piso de abajo. No es una azotea, la agente dijo que no se puede...

Leah salió por la ventana de

guillotina a la cornisa cubierta de hiedras. Natalie la siguió. Se fumaron un porro. Desde la entrada para coches del edificio las contemplaba una zorra bien gorda y tan descarada como un gato.

—Tu hiedra —dijo Leah tocándola —, tu ladrillo, tu ventana, tu pared, tu bombilla y tu desagüe.

—Los comparto con el banco.

—Aun así. Esa zorra está preñada.

Natalie descorchó la botella con el pulgar. El tapón rebotó en la pared y cayó en la oscuridad. Dio un trago apresurado. Leah se inclinó y le secó la barbilla a su amiga:

—La socialista que bebe cava.

Ahora observen cómo Natalie reajusta la conversación. Es un arte femenino. Se sitúa a sí misma en medio de una pendiente que tiene en la cúspide a los amigos de Frank, todos esos jóvenes solteros con sus incomprensibles bonificaciones de

Navidad. Le resultaba agradable describirle ese mundo a Leah, que apenas sabía nada de él. Chelsea, Earls Court, West Hamsptead. *Lofts y* apartamentos de lujo completamente libres de niños y mujeres, vacíos de muebles, bordeados de guetos.

—Corrección: siempre hay un enorme sofá de cuero marrón, una nevera inmensa y una tele tan grande como este piso.

Y un formidable equipo de sonido.

Y nunca llegan a casa antes de las dos de la madrugada. «Llevan a los clientes por ahí», normalmente a clubes de *striptease*. O sea, que en el piso nunca hay nadie. Cinco dormitorios. Y una cama.

Leah arrojó la ceniza del porro en dirección a la zorra.

—Parásitos —dijo.

De pronto, a Natalie le sobrevino algo que a ella le pareció su «conciencia».

—Muchos de ellos son buena gente —se apresuró a añadir—. Quiero decir que, individualmente, son majos. Graciosos.

Y trabajan mucho. La próxima vez que montemos una cena tienes que venir.

—Oh, Nat, todo el mundo es majo. Todo el mundo trabaja mucho. Todo el mundo es amigo de Frank. ¿Eso qué tiene que ver?

131. Retorno

La gente enfermaba.

—¿Te acuerdas de la señora Iqbal? Bajita, siempre era un poco estirada conmigo... Cáncer de mama.

La gente moría.

—Seguro que te acuerdas de él, vivía en Locke. Pues el martes cayó fulminado. La ambulancia tardó media hora en llegar.

La gente se portaba de forma bochornosa.

—El bebé nació hace dos semanas y todavía no me han abierto la puerta. Ni siquiera sabemos cuántas criaturas hay ahí dentro. No las registran.

La gente estaba en la inopia.

—Adivina cuánto me han costado los huevos en ese mercado. Ecológicos. ¡Adivínalo!

La gente se dejaba ver.

—He visto a Pauline. Ahora tiene a

Leah trabajando para el ayuntamiento. Pauline siempre tuvo grandes planes para esa chica. Hay que ver cómo son las cosas. En cierto modo, la verdad es que a ti te ha ido mucho mejor que a ella.

La gente no se dejaba ver.

—Está arriba con Tommy. Ahora se pasa todo el tiempo con él. Solamente salen de esa habitación para ir a ligar con señoritas. Jayden y Tommy invierten su dinero y su tiempo en ligar con señoritas. Tu

hermano no piensa en nada más. Pero lo que necesita es encontrar trabajo, no dejo de repetírselo.

La gente no era gente, sino un simple efecto del lenguaje. Uno podía invocarla y matarla en la misma frase.

—Owen Cafferty.

—Mamá, no me acuerdo de él.

—Owen Cafferty. ¡Owen Cafferty! Hacía todo el *catering* para la

iglesia. Con bigote. ¡Owen Cafferty!

—Vale, lo recuerdo vagamente, sí. ¿Qué le pasa?

—Se ha muerto.

En el piso todo seguía igual, pero ahora había una nueva sensación de carencia. Una nueva conciencia. Y hete aquí que se vieron desnudos y sintieron vergüenza. Marcia desplegó sobre la mesa un abanico de tarjetas de crédito. Mientras

Marcia le explicaba a su hija la caótica historia de cada tarjeta, Natalie tomaba notas como podía. Su madre la había llamado para hacerle una consulta de emergencia. La verdad era que no sabía por qué estaba tomando notas. La única respuesta útil sería firmar un cheque bien generoso. Y eso justamente no podía hacerlo, dadas sus circunstancias presentes. Tampoco tenía valor para pedírselo a Frank. ¿A quién ayudaría que ella convirtiese las cifras en palabras?

—Te digo lo que me hace falta de verdad —dijo Marcia—. Necesito que Jayden mueva el culo, se case y se haga cargo de su propia casa, y así los crios de tu hermana no tendrán que dormir en la misma habitación que su madre. Eso es lo que me hace falta.

—Oh, mamá... Jayden nunca se va a... A Jayden no le interesan las mujeres, lo que...

—Por favor, no vuelvas a empezar con esas bobadas, Keisha. Jayden

es el único de vosotros que se ocupa a veces de mí. Así es como vivimos. Cheryl no está en condiciones de ayudar a nadie. Apenas se puede valer por sí misma. Tiene el tercero en camino. Por supuesto que quiero a esos niños. Pero así es como estamos viviendo, Keisha, ésa es la verdad. Sobreviviendo. Así de claro.

La gente vivía así. La gente vivía asá. Vivía así.

* * *

132. Conversación doméstica

—¡No soporto que vivan así! —gritó Natalie Blake.

—No te pongas melodramática —dijo Frank.

133. Epluribus unum

Ciertamente resultaba excepcional que volvieran a acogerla en el redil del Middle Temple, pero es que Natalie Blake era en muchos sentidos una candidata excepcional,

y además en el grupo había varios miembros titulares que, informalmente, la consideraban su protegida, a pesar de que en realidad no la conocían más que de vista. Había algo que movía a la protección de Natalie, como si al ayudarla uno estuviera ayudando a una multitud invisible.

134. Paranoia

A la mesa contigua a la de Natalie y Frank estaban sentados un hombre y una mujer, una pareja, que comían

su *brunch* del sábado en aquel café del noroeste de Londres.

—Es ecológico —dijo Ameeta (se refería al kétchup).

—Es malo —dijo Imran, su marido (también se refería al kétchup).

—No es malo. Simplemente no tiene las catorce cucharadas de azúcar a las que estás acostumbrado —dijo Ameeta.

—Se llama sabor... —dijo Imran.

—Cómetelo o déjalo, coño —dijo Ameeta—. A nadie le importa.

Los bebés de otras familias lloraban en las mesas próximas. —Yo no he dicho que le importara a nadie —dijo Imran. —La India contra Pakistán —dijo Frank, refiriéndose de forma jocosa a los países de origen de sus amigos—. Recemos por que no lo conviertan en un conflicto nuclear.

—Ja, ja —dijo Natalie Blake.

Volvieron a su desayuno, un desayuno que apuntaba a *brunch*. Lo hacían una o dos veces al mes. El *brunch* de aquel día le estaba resultando más animado que de costumbre a Natalie, y hasta más cómodo, como si ahora que volvía a trabajar para un bufete comercial y a velar, al menos en parte, por los intereses de las corporaciones, hubiera perdido los últimos vestigios de un aura preocupante que había estado molestando a sus amistades y haciendo que se

mostraran cautelosas en compañía de ella.

135. Desprecio

Los huevos llegaron tarde. Frank discutió amigablemente con el camarero hasta conseguir que se los quitaran de la cuenta. En un punto de la conversación dijo lo siguiente:

—Mira, los dos somos negros cultos.

Natalie Blake pensó que no era muy feliz con su matrimonio. Su marido era un bobo. Hacía chistes malos y ofendía a la gente. Siempre estaba de buen humor y sin embargo era un terco. Ni leía ni tenía intereses culturales de ninguna clase más allá de su viejo y nostálgico afecto por el hip-hop de los noventa. La idea del Caribe lo aburría. Cuando pensaba en el alma de los negros prefería pensar en Africa («la oscura Etiopía y el enigmático Egipto»), donde las dos cepas de su

ADN batallaban noblemente en los relatos de la Antigüedad (sólo conocía los vagos perfiles bíblicos de esos relatos). Tenía kétchup junto a la boca y se habían casado a toda prisa, sin conocerse demasiado bien.

—No me cae mal —dijo Ameeta—, simplemente no confío mucho en ella.

Frank de Angelis nunca la engañaría con otra, ni mentiría ni haría daño a Natalie Blake. Era

físicamente hermoso. Amable.

—No es evasión fiscal —dijo Imran—. Es gestión fiscal.

La felicidad no es un valor absoluto. Es una simple cuestión de comparaciones. ¿Acaso ellos eran más infelices que Imran y Ameeta? ¿O que esa gente de allá? ¿O que tú?

—Todo lo que lleve harina me irrita la piel —dijo Frank.

Sobre la mesa yacía un gran montón de periódicos. En Caldwell había sido muy importante la cuestión de qué periódico leías. A Marcia, por ejemplo, le producía un gran orgullo que los Blake compraran el *Voice y* el *Daily Mirror* en lugar de «porquería». Ahora todo el mundo acudía al *brunch* con un periódico «de calidad» y varios de porquería para acompañar. Tetas, curas, famosetes y asesinatos. Los reparos de su madre, y por extensión de Natalie, ya se veían anticuados.

—Es una sublevación —dijo Ameeta.

Natalie hundió un cuchillo en su huevo y miró cómo la yema se derramaba sobre las alubias.

—¿Pedimos más té? —dijo Frank.

Todos coincidían en que la guerra era un error y una barbaridad. Estaban en contra de la guerra. A mediados de los noventa, cuando Natalie Blake se acostaba con Imran, los dos habían planeado

viajar a Bosnia en un convoy de ambulancias.

—Pero Irie estaba destinada a ser esa clase de madre —dijo Ameeta —. Eso podría habértelo dicho yo hace cinco años.

Ya solamente existía el ámbito privado. El trabajo y la casa. El matrimonio y los hijos. Ya solamente querían regresar a sus pisos y vivir la vida red de las conversaciones domésticas, la televisión, los baños, el almuerzo y

la cena. El *brunch* quedaba fuera del ámbito privado, aunque tampoco mucho: estaba justo al otro lado de la frontera. Aun así, hasta el *brunch* quedaba demasiado lejos de casa. En realidad, el *brunch* no existía.

—¿Puedo darte un consejo? —dijo Imran—. Empieza por el tercer episodio de la segunda temporada.

¿Era posible sentirse en pie de guerra constantemente, hasta en el *brunch*?

—Ahora es propietaria de una criatura de cada raza, es como las Naciones Unidas de la estupidez —dijo Frank, porque uno podía desmarcarse del mero interés por los «cotilleos sobre famosos» mediante el simple procedimiento de ironizar sobre ellos.

—Un «devaneo» con dos bailarinas de *striptease* —leyó Ameeta—. ¿Por qué *lo* llaman «devaneo»? Yo no he devaneado en mi vida.

La perversión sexual también

estaba anticuada: olía a otros tiempos. En la presente economía era sucia, embarazosa y poco práctica.

—Nunca sé cuánto es razonable —dijo Imran—. ¿El diez por ciento? ¿El quince? ¿El veinte?

Conciencia global. Conciencia local. Conciencia. Y hete aquí que se vieron desnudos y no sintieron vergüenza.

—Te estás engañando —dijo Frank

—. No se puede conseguir nada que dé al parque por menos de un millón.

La equivocación era pensar que el dinero significaba exactamente (o bien que equivalía a) una disposición concreta de ladrillos y mortero. El dinero no era para pagar aquellas casitas minúsculas adosadas con sus breves jardines traseros. El dinero era para pagar la distancia que la casa ponía entre uno y Caldwell.

—Esa falda —dijo Natalie Blake señalando una fotografía del suplemento—, pero en rojo.

Cuando el *brunch* daba paso al almuerzo, Imran pidió unos *pancakes*, como si fuese americano. Después de décadas enteras de decepciones, por fin el café era café de verdad. ¿No sería una crueldad marcharse ahora que habían llegado hasta allí? Los cuatro estaban ofreciendo un servicio a los otros clientes del

café por el mero hecho de estar allí. Eran la «efervescencia local» a la que se referían los agentes inmobiliarios. Por esa razón no necesitaban preocuparse demasiado de la política. Sus mismas personas ya eran hechos políticos.

—¿No viene Polly? —preguntó Frank.

Los cuatro revisaron sus teléfonos buscando noticias de la única amiga soltera que les quedaba. El tacto suave del teléfono en la palma de la

mano. Un envoltorio parpadeante que prometía conexión con el exterior, trabajo y compromiso. Natalie Blake se había convertido en una persona que no servía para reflexionar sobre ella misma. Abandonada a su suerte mental, enseguida caía en el desprecio hacia sí misma. El trabajo, en cambio, sí que le sentaba bien: si Frank anhelaba los fines de semana, ella no podía esconder su entusiasmo cuando llegaba el lunes por la mañana. Solamente podía

justificarse ante ella misma cuando trabajaba. Ojalá pudiera ir al baño y pasar la hora siguiente a solas con su correo electrónico.

—Otra vez trabajando en fin de semana —dijo Imran; era el que tenía la conexión más rápida.

—Qué lástima —dijo Natalie Blake.

Pero ¿acaso lo era? Si venía Polly, lo único que haría sería sentarse y hablar de sus buenas obras:

investigaciones policiales, litigios civiles y arbitraje internacional para países desvalidos; recientes artículos de opinión sobre la legalidad de la guerra. Un bufete nuevo, moderno y progre le había ofrecido un puesto donde cobraba mucho y al mismo tiempo gozaba de inmunidad moral. Estaba viviendo el sueño. Era el año en que la gente empezó a decir «vivir el sueño», a veces con sinceridad, pero normalmente con ironía. A Natalie Blake, que también cobraba un buen

sueldo, tener que escuchar a Polly le resultaba últimamente una provocación casi inaguantable.

136. Flor de manzano, 1 de marzo

Sorprendida por la belleza, en el jardín delantero de una casa de la avenida Hopefield. ¿Aquello había estado allí el día anterior? Al examinarla de cerca, la nube blanca se dividió en millares de florecillas diminutas con el centro amarillo, partes verdes y motas rosa. Como era un animal de ciudad, no conocía

el nombre de las cosas naturales. Extendió un brazo hacia arriba para arrancar una ramita cargada de flores (intentando que le saliera un gesto simple y despreocupado), pero la ramita era dura, estaba verde por dentro y no lo bastante reseca para romperse. Una vez empezó, sin embargo, sintió que ya no podía dejarlo (la calle no estaba vacía, había gente mirándola). De manera que apoyó el maletín en la tapia de un jardín, agarró la ramita con las dos manos y se puso a

forcejear. El problema fue que acabó desprendiéndose no una ramita sino una rama entera de tamaño considerable, conectada a otras muchas ramitas también cargadas de flores. La vandálica Natalie Blake se vio obligada a largarse corriendo para doblar la esquina con la rama a cuestas, camino del metro. ¿Qué iba a hacer con una rama de árbol?

137. El hilo de los pensamientos

Al guionista Dennis Potter lo

entrevistaron por televisión. A principios de los noventa. Le preguntaron qué sentía al pensar que le quedaban semanas de vida. Natalie Blake recordaba su respuesta: «Miro por mi ventana y veo los árboles en flor, y hay más flores que nunca.» Cuando tuviera cobertura podría comprobar el año y si aquéllas habían sido o no sus palabras exactas. Aunque, bien pensado, tal vez lo que importaba era cómo las recordaba ella. Había dejado la rama delante de una

cabina telefónica en la estación de Kilburn. Sentada en el *metro,* Natalie Blake bamboleaba ligeramente la pelvis. Para Natalie Blake las plantas en flor siempre florecían intensamente. La belleza creaba en ella una conciencia especial. «La diferencia entre un momento y un instante.» Ella no recordaba gran cosa sobre la significación filosófica de esta distinción, más allá del hecho de que una vez, mucho tiempo atrás, su buena amiga Leah Hanwell había

intentado entenderla y hacer que ella la entendiera. Cuando eran estudiantes y mucho más listas que ahora. Y durante un breve período de 1995, tal vez una semana aproximadamente, a Nata-lie le había parecido entenderla.

138.

http://ww'w.google.com/search?client=safari&rls=en&q=kierkegaard&ie= UTF-8&oe= UTF-8

Ese momento posee un carácter peculiar. Es breve y temporal,

ciertamente, igual que todos los momentos; es transitorio, igual que todos los momentos; y es pasado, igual que todos los momentos en el momento siguiente. Y sin embargo es decisivo y contiene lo eterno. Ese momento debería tener un nombre distintivo; llamémoslo «plenitud del tiempo».

139. Ideas contradictorias

La abogada mercantil Natalie Blake trabajabarro *bono* en casos de pena capital en las islas caribeñas de sus

antepasados y le daba instrucciones a su contable para que donara el diez por ciento de sus ingresos, repartiéndolo entre organizaciones benéficas y la manutención de su familia. Daba por sentado que los restos de su fe le infundían la sospecha nerviosa de que en realidad aquellas buenas acciones no eran más que otro ejemplo velado de interés propio y no servían más que para calmarle la conciencia. Reconocer la raíz de esa sospecha no contribuía a

disiparla. Tampoco le producía ningún alivio la persona de su marido, Frank de Angelis, que planteaba otro tipo de objeciones a sus actos: el sentimentalismo y la ñoñería.

140. Espectáculo

Los Blake-De Angelis entraban a trabajar temprano y solían acabar tarde, y en los intervalos que pasaban juntos se trataban con ternura exagerada, como si aplicar la más ligera presión fuera a

reventarlo todo. A veces, por las mañanas, sus desplazamientos al trabajo se alineaban brevemente hasta que Natalie hacía transbordo en Finchley Road. Lo más normal, sin embargo, era que Natalie saliera entre media hora y una hora antes que su marido. Le gustaba reunirse temprano con la chica que hacía las prácticas en su despacho, Melanie, para repasar todos los asuntos del día. Por las noches la pareja veía la televisión o se conectaba a internet para planear vacaciones futuras, lo

cual ya era un ejemplo de doblez porque Natalie odiaba las vacaciones y prefería el trabajo. Sólo estaban juntos de verdad los fines de semana, con los amigos, ante quienes se mostraban frescos, vibrantes (únicamente tenían treinta años) y llenos del buen humor de siempre, como si fueran un dúo de actores que sólo se hablan cuando coinciden sobre el escenario.

141. Listados

Fue durante esta época cuando

Natalie Blake empezó a visitar en secreto la página web. ¿Por qué empieza uno a mirar una página web? Por curiosidad antropológica. A la declaración «he oído que hay gente en esa web» pronto la sigue «¡no me puedo creer que la gente visite de verdad esa web!». Luego viene «¿qué clase de gente visita esa página?». Si uno visita varias veces la página web en cuestión, la pregunta obtiene respuesta. El problema se vuelve circular.

142. Tecnología

«Lo tengo por el trabajo.» «Es para el trabajo, no lo pago yo.» «Lo necesito para el trabajo, la verdad es que me facilita bastante las cosas.» «Es mi teléfono del trabajo, por mí no lo tendría.»

143. El presente

Natalie Blake, que le contaba a todo el mundo que detestaba los chismes caros y odiaba internet, adoraba su teléfono y era completa,

compulsiva y adverbialmente adicta a internet. Por increíblemente rápido que fuera, el acceso seguía resultando demasiado lento para ella. No había terminado de descargar la página nueva de su servicio jurídico cuando se cerraron las puertas del ascensor en la estación de Covent Garden. Durante los veinte minutos que duró el trayecto en metro, la pantalla que tenía en la mano permaneció obstinadamente adherida a la frase:

los estándares más altos de

representación legal en este mundo vertiginoso.

144. Velocidad

En un momento dado fuimos conscientes de ser «modernos», de estar cambiando deprisa. De estar adelantándonos al presente. John Donne también era moderno y seguro que también vio cambios, pero nosotros nos sentimos todavía más modernos y nos parece que los cambios son más rápidos. Hasta lo inmutable va más rápido. Hasta el

florecer de las plantas. Mientras compraba una sarnosa en la repulsiva tienda que había en la estación de Chancery Lañe (un residuo de su educación era que seguía dispuesta a comprarle comida a cualquiera en cualquier parte), Natalie Blake volvió a comprobar los listados. Por entonces ya estaba comprobándolos dos o tres veces al día, aunque continuaba siendo una voyeur y no hacía ninguna contribución concreta.

145. Perfección

Por alguna razón, aquel picnic era muy importante para Nata-lie Blake, así que se puso a planearlo meticulosamente. Lo cocinó absolutamente todo. Decidió llevar una cesta con platos y vasos de verdad. Mientras lo encargaba todo por internet se dio cuenta de que en realidad era «demasiado», pero ya estaba lanzada y se vio incapaz de cambiar de rumbo. En el trabajo estaba inmersa en una disputa entre

una compañía tecnológica china y su distribuidor británico. Durante la primera videoconferencia, el director ejecutivo de los chinos no pudo ocultar su sorpresa. No debería estar preparando un picnic. Debería estar en la oficina leyendo los informes nuevos del otro lado. Pero Natalie mantuvo su rumbo. Eligió su atuendo. Sandalias centelleantes, pendientes de aro, falda larga de color ocre con chaleco marrón y un peinado afro enorme, voluminoso y apartado de

la cara con una media negra cortada y atada por detrás de la cabeza. Era un atuendo que la hacía sentirse africana, aunque nada de lo que llevaba venía de Africa, salvo quizá los pendientes y las pulseras, al menos conceptualmente. Su marido pasó por la cocina justo cuando intentaba embutir tres tarteras más en la cesta con forro a cuadros que había comprado para la ocasión.

—Cielos, ¿eso es nuestro?

—Es mi amiga de toda la vida, Frank.

—Pero si irán los dos en chándal.

—Un picnic es algo más que fumar maría y comerse un bocadillo del supermercado. Ya casi nunca los vemos. Y hace un día precioso. Quiero que sea agradable.

—Vale.

El pasó a su lado esquivándola con movimientos teatrales. Como si

fuera un médico eludiendo a una loca. Luego abrió la nevera.

—No comas. Es un picnic. Come en el picnic.

—¿Desde cuándo haces pasteles?

—No lo toques. Es pastel de jengibre. Jamaicano.

—Sabes que no puedo comer nada que lleve harina.

—¡No es para ti!

Su marido salió de la cocina en silencio y no quedó del todo claro si aquello era o no el principio de una disputa. Lo más seguro era que él lo decidiera más adelante, dependiendo de si la discordia presentaba o no alguna ventaja práctica. Natalie Blake puso las manos sobre el mostrador y pasó un buen rato mirando los azulejos amarillos que tenía delante de la cara. ¿Para quién era? ¿Para Leah? ¿Para Michel?

* * *

146. Cheryl (A.M.O.R.)

—Puedes quitar eso de ahí.

Con Carly chillando entre sus brazos, Cheryl se inclinó para echar al suelo la Barbie y el correo comercial. Natalie encontró alguna clase de anuario encuadernado en tapa dura y puso encima los tazones de té.

—Déjame que intente dormir a esta

cría y luego podemos ir a la sala de estar.

Se sentaron una frente a la otra en sus antiguas camas infantiles. Natalie creía recordar cierto día en que estaba tendida con su hermana en una de aquellas camas y le trazaba sobre la espalda desnuda unas finas letras que Cheryl tenía que descifrar y convertir en palabras. Ahora Cheryl le dio el biberón a Carly. Estaba sentada con la espalda muy recta y su tercer hijo

en brazos. Una adulta con problemas adultos. Natalie cruzó las piernas como una niña y se guardó para sí los buenos recuerdos. ¿Acaso no había algo infantil en la misma idea de «buenos recuerdos»?

—Keesh, pásame ese trapo de ahí. Me lo está vomitando todo.

Pocahontas estampada en la persiana cerrada. El sol la teñía de dorado. La habitación no había cambiado mucho desde los viejos

tiempos, salvo porque ahora estaba dividida entre una zona de niño y otra de niña. La primera, roja, azul y Spiderman; la segunda de color rosa princesa con piedrecitas de *strass*. Natalie cogió un volquete y lo condujo por su muslo.

—Dos contra uno.

Cheryl levantó la cabeza con gesto fatigado; el bebé estaba nervioso y no quería comer.

—Nada... lo de la guerra del rosa

contra el azul. El pobre Ray no va a sobrevivir ahora que están Cleo y Carly.

—¿A sobrevivir? ¿De qué estás hablando?

—De nada. Perdona, sigue.

En todas las superficies había cosas apoyadas sobre cosas con otras cosas colgando de ellas, encajadas en ellas o envolviéndolas. Los Blake eran incapaces de tirar nada. En casa de Natalie pasaba lo

mismo, aunque allí las grandes torres de porquería consumista estaban amontonadas dentro de armarios cerrados o escondidas tras otros artículos también arrumbados pero de calidad superior.

Cheryl le sacó el biberón de la boca a la criatura y suspiró.

—No se va a dormir. Vamos a lo nuestro.

Natalie siguió a su hermana por el estrecho pasillo; casi no se podía

pasar por culpa de la ropa tendida en un cordel a lo largo de ambas paredes.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, cógela un momento mientras yo meo. Carly, ve con tu tía, anda.

A Natalie no le daba miedo manejar bebés; tenía mucha práctica. Se apoyó a Carly en la cadera y con la otra mano llamó a Melanie para darle unas instrucciones innecesarias que podrían haber

esperado perfectamente a que estuvieran las dos en el despacho. Caminó de un lado a otro por la sala mientras hablaba, meciendo al bebé, hablando con voz fuerte, totalmente competente y despreocupada. El bebé, que pareció notar su extraordinaria competencia, se calló y contempló desde abajo a su tía con una mirada de admiración en la que Natalie vislumbró incluso un toque de melancolía.

—Pero sí, la cosa es, bueno —dijo Cheryl mientras volvía—, que al no estar Jay, aquí sobra sitio. Y no quiero dejar a mamá más sola que la una.

—En algún momento Gus terminará las obras. Y ella se volverá a Jamaica.

Cheryl se puso las manos en la base del cuello y sacó barriga con aquel deprimente gesto maternal que Natalie pensaba no hacer nunca, ni en el caso de que llegara a ser

madre.

—Para eso falta mucho —dijo Cheryl bostezando mientras se desperezaba—. Ha mandado fotos. No por correo electrónico, fotos dentro de un sobre. Aquello es una caja de chapa metálica sin tejado. Le crece una palmera en el cuarto de baño.

Aquel recordatorio de la inocencia de su padre, de su optimismo e incompetencia, hizo sonreír a las hermanas y envalentonó a Natalie.

Ahora se pegó la sobrina al pecho y le dio un beso en la frente.

—Es que odio veros vivir así.

Cheryl se sentó en el viejo sillón de su padre, negó con la cabeza mirando el suelo y soltó una risa desagradable.

—Ya estamos con lo de siempre —dijo.

Natalie Blake, cuyo mayor miedo en el mundo era quedar en ridículo

(o que los demás consideraran, aunque fuese por un instante, que estaba en el bando equivocado de una disputa moral), fingió no haber oído aquello, sonrió al bebé y lo levantó en el aire para arrancarle una risita; pero no funcionó, así que volvió a ponerlo en su regazo.

—Si tanto odias Caldie, ¿por qué vienes? En serio, colega. Nadie te ha pedido que vinieras. Vuélvete a tu nueva mansión. Yo estoy liada, tampoco tengo tiempo para

sentarme a charlar contigo. Es que a veces me cabreas, Keisha. En serio te lo digo.

—Cuando estaba en el RSN —dijo Natalie con firmeza, con la voz que usaba en los tribunales—, ¿sabes cuántos de mis clientes eran de Caldie? No hay nada malo en querer veros a ti y a los niños en un sitio que esté bien.

—Pero ¡si esto está bien! Hay cosas mucho peores. A ti te ha ido bien y has salido de aquí. Mira, Keisha: si

yo quisiera irme de aquí me pillaría otro piso del ayuntamiento antes que acudir a ti, la verdad.

Natalie le dirigió el siguiente comentario a la niña de cuatro meses:

—No sé por qué tu mamá me habla así. ¡Soy su única hermana!

Cheryl se ocupó de una mancha que tenía en las mallas.

—Venga ya, Keisha, nunca hemos

tenido una relación muy estrecha.

En el bolso de Natalie, junto a la puerta, había tres somníferos metidos en el mismo bolsillo interior donde tenía el monedero.

—Nos llevamos cuatro años —se oyó decir a sí misma con una vocecilla suave y grotesca.

—No, si no es eso —dijo Cheryl sin alzar la vista.

Natalie se levantó de golpe. Ya de

pie, descubrió que tener en brazos a la pequeña Carly limitaba sus opciones dramáticas. La niña se le había quedado dormida en el hombro. Repitiendo una dinámica que no había cambiado desde sus infancias, Natalie perdió los nervios mientras su hermana se calmaba:

—Oh, perdón, me había olvidado: en esta puta familia no se puede tener amigos.

—La familia es lo primero. En eso

creo yo. Primero Dios y luego la familia.

—Oh, corta el rollo de una puta vez. Ya está aquí la Virgen María. El hecho de que no puedas identificar a los padres no significa que sean concepciones inmaculadas.

Cheryl se levantó e hincó un dedo en la mejilla de su hermana.

—Cuidado con lo que dices, Keisha. ¿Y por qué tienes que soltar

palabrotas, colega? Un poco de respeto.

Natalie sintió que se le nublaban los ojos, que la arrastraba una ráfaga de autocompasión infantil.

—¿Por qué me castigáis por salir adelante en la vida?

—Oh, Dios bendito. ¿Quién te castiga, Keisha? Nadie. Lo sueñas. ¡Estás paranoica, colega!

Pero Natalie Blake ya era

imparable:

—Trabajo mucho. Empecé sin reputación y sin nada. He montado un bufete serio. ¿Tienes alguna idea de cuántas...?

—¿De verdad has venido a contarme lo importante que te has vuelto?

—He venido a ayudarte.

—Pero ¡aquí nadie te está pidiendo ayuda, Keisha! ¡Ya está! No te

estoy pidiendo nada, punto.

Entonces tuvieron que trasladar a Carly del hombro de Natalie al de su madre, una operación extrañamente delicada en medio de aquella carnicería.

Natalie Blake buscaba a la desesperada un hachazo de despedida.

—Has de hacer algo con esa mala leche, Cheryl. En serio. Tienes que ver a un especialista, porque tienes

un problema de verdad.

En cuanto tuvo a la cría en brazos, Cheryl le dio la espalda y se alejó por el pasillo hacia el dormitorio.

—Sí, bueno, hasta que tengas hijos no puedes decirme nada, Keisha, la verdad.

147. Listados

Ella era lo que todo el mundo estaba buscando en la página web.

148. El futuro

Natalie Blake y Leah Hanwell tenían veintiocho años cuando empezaron a recibir los primeros correos electrónicos. Fotos adjuntas de mujeres de aspecto aturdido con pulseras de hospital en la muñeca, bebés acostados sobre el pecho y el pelo inexplicablemente empapado. Tenían pinta de haber salvado el abismo que llevaba a otro mundo. Era perfectamente posible que su propia madre fuera a las casas de

aquellas nuevas madres, con la chapa identificativa sujeta al delantal, a pinchar los pies de los bebés con una aguja, o tal vez a comprobar los puntos de sutura de las madres tumbadas de costado en el sofá. Marcia debía de haber visto a un par de ellas, de acuerdo con las estadísticas locales. No paraba de llegar gente nueva al vecindario. Y no era la clase de gente que apagaba las luces y se tendía en el suelo. Madre e hijo estaban bien, agotados. Parecía que nadie hubiera

tenido nunca un bebé en toda la historia de la humanidad. Y todo el mundo decía exactamente esto, era la nueva frase de moda: parece que nadie ha tenido nunca un hijo. Natalie le reenviaba los correos electrónicos a Leah: «Parece que nadie ha tenido nunca un hijo.»

149. La naturaleza se vuelve cultura

Muchas cosas que para sus madres eran las evidencias elementales de un mundo previsible, resultaban

ahora sorprendentes o incluso atroces para Natalie y Leah. El dolor físico. La existencia de la enfermedad. La diferencia entre las etapas fértiles de hombres y mujeres. El envejecimiento. La muerte.

Lo escandaloso era su propia materialidad. El hecho en sí de la carne.

Como era una mujer fuerte, Natalie Blake decidió luchar. Declararle la guerra a todo aquello, en plan

soldado.

150. Listados

Después de abrir un correo electrónico que hablaba de un bebé, entró en la página web y puso un comentario. Y se fue a dormir.

151. Revisión

—¿Adonde vas?

Natalie Blake se quitó la mano de su marido de la espinilla y se

levantó de la cama. Fue por el pasillo hasta el dormitorio de invitados y se sentó delante del ordenador. Introdujo la dirección en el navegador con la facilidad de un pianista que toca una escala. Y eliminó el comentario.

152. El pasado

—¿Nathan? 298

Estaba sentado en la glorieta del parque, fumando con dos chicas y un chico. Dos mujeres y un hombre.

Pero iban vestidos como chiquillos. Natalie Blake llevaba el uniforme de abogada exitosa de treinta y pocos años. Si no hubiera habido nadie más, tal vez habrían dado una vuelta alrededor del parque y hablado del pasado. Ella se habría quitado aquellos zapatos de tacón tan feos y luego se habrían sentado en la hierba; Natalie se habría fumado la maría de Nathan y después le habría dicho en tono maternal que dejara las drogas. El habría asentido con la cabeza,

habría sonreído y lo habría prometido. Pero, con aquella compañía, ella no tenía la menor idea de cómo comportarse.

—Qué calor hace —dijo Nathan Bogle.

—Y que lo digas —ratificó Natalie Blake.

153. Brixton

Era una vieja invitación, pero ella no había llamado ni enviado un SMS

para decir que iba. Fue una decisión impulsiva tomada en la estación Victoria. Quince minutos más tarde caminaba por Brixton High Street, agotada de los juzgados, todavía con el traje, estorbando a la gente risueña que ya empezaba a festejar la noche del viernes. Compró flores en una gasolinera y pensó en las escenas de película donde la gente compra flores en gasolineras y en el hecho de que casi siempre era mejor presentarse sin nada. Encontró la

casa y llamó al timbre. Abrió un tipo con mucha pluma y un peinado afro teñido de rubio.

—Hola. ¿Está Jayden? Soy su hermana Nat.

—Ah, claro. ¡Si eres igual que Angela Bassett!

La cocina estaba abrumadoramente llena. ¿Sería el mariquita? ¿O alguno de los blancos? ¿O el chino, o el otro tipo?

—Está en la ducha. ¿Vodka o té?

—Vodka. ¿Vais a salir?

—Acabamos de llegar. Lo único que hay de comer ahora mismo son estas galletas de naranja y chocolate.

154. Fuerza de la naturaleza

¿Cuándo había sido la última vez que estuvo tan borracha? Había algo que la animaba a excederse en el hecho de estar en compañía de

tantos hombres que no tenían intención alguna hacia ella. Estaba descubriendo muchas cosas que no sabía de su hermano pequeño. Por ejemplo, que era «famoso» por beber White Russians. Que le gustaba Nathan Bogle. Que le encantaba la literatura fantástica. Que era capaz de hacer más flexiones con un solo brazo que ningún otro de los presentes.

Se acabó el vodka. Se pusieron a beber chupitos de una bebida azul

que encontraron en un armario. Natalie se dio cuenta de que en la casa no había ningún hombre elegido ni especial. Jayden se las había apañado para encontrar exactamente la clase de vida fluida y llena de amigos con la que ella había soñado hacía tantos años. Si no era del todo posible alegrarse por él se debía a que aquella situación era atemporal (no venía limitada por las restricciones del tiempo), lo cual a su vez era consecuencia de un detalle crucial:

en aquel plan no había ninguna mujer. Las mujeres llevan el tiempo a todas partes. Nata-lie lo había llevado a aquella casa, sin ir más lejos. No podía parar de mencionar el tiempo ni de preocuparse por él. ¡Qué hubiese dado por librarse de su cuerpo y juntarse con todos ellos en la Vauxhall Tavern para la segunda parte! En realidad tenía diez SMS de Frank y ya le tocaba volver a casa. El tiempo otra vez.

—Y todo en la misma semana —

dijo Jayden—. En la misma semana, mi hermana le dijo que me dejara en paz a un matón que había en nuestros bloques y que me la tenía jurada, lo echó de allí sin más, y recién salida del último examen. Y sacando sobresalientes. Mucho cuidado con ésta. ¡Mi hermana es una fuerza de la naturaleza, ya lo creo!

La habitación daba vueltas y se bamboleaba. Natalie no reconocía aquella historia. No creía que

aquellas dos cosas hubieran pasado, por lo menos no en la misma semana, tal vez ni siquiera en el mismo año. Y estaba claro que ella no sacaba sobresalientes. Ya le había pasado varias veces en lo que iba de velada, eso de encontrarse con versiones conflictivas, y aunque al principio había intentado burlarse de ellas o cuestionarlas, ahora se limitó a dejarse caer en los brazos de un hombre llamado Paul y acariciarle el bíceps. ¿Acaso importaba qué

era verdad y qué no?

155. Algunas observaciones relativas a la televisión

Estaba viendo a los pobres por la televisión con Marcia. Un *re-ality* ambientado en unos bloques de protección oficial. Los bloques que mostraban eran ligeramente peores que los bloques en los que ella estaba viendo ese programa sobre unos bloques de protección oficial. De vez en cuando Marcia hacía algún comentario sobre lo guarros

que estaban los pisos de la gente que aparecía en la televisión y el esmero con que ella limpiaba el suyo pese al desorden de Cheryl.

—Una Guinness. ¡A las diez de la mañana! —dijo Marcia.

Natalie, que veía el programa por primera vez, preguntó por la trayectoria personal de una participante.

—Fuma crack. Lo único que le importa es el maquillaje y la ropa.

Su hermano cobra prestación por enfermedad, pero no le pasa nada. Es un sinvergüenza. El padre está en la cárcel por robar. La madre es yonqui. —La pobreza se entendía en aquel programa como un rasgo de la personalidad—. ¡Mira eso! Mira qué cuarto de baño. Qué vergüenza. ¿Qué clase de gente vive así? ¿Lo has visto o no?

Natalie se declaró inocente. Estaba mirando su teléfono.

—Lo único que haces es mirar ese

teléfono. ¿Has venido a estar conmigo o a estar con el teléfono?

Natalie levantó la vista. Un tipo sin camisa y con una cerveza en la mano cruzó corriendo una zona de hierba roñosa entre dos bloques de pisos y tiró la botella por la única ventanilla que le quedaba a un coche quemado. La escena tenía acompañamiento musical. No le faltaba cierta belleza.

—Odio eso de que la cámara no pare de dar saltos —dijo Marcia—.

No permiten que te olvides de la realización ni un momento. ¿Por qué ahora siempre hacen eso?

A Natalie le pareció una pregunta muy profunda.

156. Melanie

Natalie Blake estaba en su despacho tomando notas sobre un críptico detalle de la ley inmobiliaria que se aplicaba a la prescripción adquisitiva cuando Melanie entró, intentó hablar y

rompió a llorar. Natalie no sabía qué hacer con la gente que lloraba. Le puso una mano en el hombro a Melanie.

—¿Qué ha pasado?

Melanie negó con la cabeza. Le salió líquido de la nariz y le brotó una burbuja en la comisura de la boca.

—¿Algún problema en casa?

Lo único que Natalie sabía del

ámbito privado de Melanie era que tenía un novio policía y una hija llamada Rafaella. Ni el policía ni Melanie eran italianos.

—Coge un pañuelo de papel —dijo Natalie.

Tenía fobia a los mocos. Melanie se desplomó en la silla. Sacó un teléfono del bolsillo. Dio la impresión de que buscaba algo allí entre sollozos entrecortados. Natalie vio cómo su pulgar movía rápidamente la bolita del cursor.

—¡Es que de verdad necesito salir de aquí!

Aquel problema parecía interesante, y también bastante inesperado viniendo de la clara y fiable Melanie, a quien Natalie se refería a menudo como «su roca» (era el año en que todo el mundo decía que tal y cual persona era «su roca»). Ahora, sin embargo, a Melanie le estaba viniendo un insulso ramalazo práctico.

—¡Salir alguna vez! La verdad es

que tengo a Rafs y la quiero y no me apetece fingir que ya no tengo a Rafs. Mírala... es maravillosa, tiene casi dos años.

Natalie se inclinó para echar un vistazo a la imagen de la pantalla. Como una aristócrata a quien una campesina aterrada acude para hacerle una confesión sobre la cosecha.

157. Vistas al parque

Natalie Blake estaba ocupada con

la disputa fronteriza de Cachemira, por lo menos en la medida en que ésta afectaba a la importación de equipos de música a la India pasando por Dubái que llevaba a cabo su gigantesco cliente japonés fabricante de electrónica. Su marido, Frank de Angelis, estaba de juerga con unos clientes. Tenían «déficit de tiempo». Ni siquiera tenían tiempo para recoger la última recompensa por la dureza de sus trabajos. Marcia tuvo que hacerles el favor de pasar a recoger la llave

antes de que cerrara la inmobiliaria y Natalie se reunió con su madre y Leah en la puerta. Entraron hablando en voz baja. No estaba claro por qué. Todavía no había persianas y sus sombras se elevaban por encima de la chimenea hasta el techo. Natalie les enseñó la casa, señalando dónde irían los sofás, las sillas y las mesas, qué iban a derribar y qué iban a conservar, qué iban a enmoquetar y qué iban a dejar al descubierto y pulir. Natalie animó a

su madre y a su amiga a ponerse delante del ventanal y admirar las vistas del parque. Advirtió en sí misma una necesidad de someterlas del todo.

Se adelantó un poco a ellas para admirar un dormitorio. Mirad estas cornisas. Aquí hay una chimenea que funciona. Esperó a que su madre y Leah la alcanzaran. Arrancó con la uña un pedacito de yeso suelto. Cuando estaba haciendo las prácticas y le tocaba

el bando «incorrecto» de un caso penal, Marcia le pedía que «pensara en la familia de la víctima». Ahora, si recibía instrucciones de alguna gran multinacional, le tocaba escuchar los sermones moralistas y desinformados que le soltaba Leah sobre las maldades de la globalización. El único que la apoyaba era Frank. Era el único que parecía orgulloso. Cuanto mayor era el caso, más le gustaba a su marido. Cheryl, hacía unos años:

«Cada vez que intento volver a la universidad, Colé intenta dejarme preñada.» Cualquier día puede pasarte a ti. En momentos de ansiedad siempre le resultaba útil pensar en Cheryl. Por lo menos, Natalie Blake y Frank de Angelis no trabajaban el uno contra el otro, ni competían entre ellos. Estaban asociados. Un anuncio de sí mismos. Déjame que te enseñe este anuncio de mí misma. Aquí está la ventana y aquí está la puerta. Y vuelta a empezar, vuelta a empezar.

Natalie estaba abriendo la puerta de su futuro despacho cuando Marcia dijo algo probablemente inocente:

—Aquí hay espacio de sobra para una familia.

Pero Natalie lo usó para inventarse una discusión y ya se negó a dar marcha atrás. Se quedó mirando cómo su madre se alejaba por el pasillo de baldosas blancas y negras que llevaba a la puerta, ya no la indómita dueña de su infancia, sino una mujer pequeña y canosa

con un gorro de lana caído que seguramente merecía un trato mejor del que ella le dispensaba.

—¿Estás bien? —preguntó Leah.

—Sí, sí —dijo Natalie—. Es lo de siempre.

Leah encontró unas bolsitas de té en un armario de la cocina y una sola taza.

—La gente piensa que yo ya podría ser candidata a abogada de la

Corona. Pero para mamá eso no significa nada. Para ella lo único que hay que hacer es volver a casa. Ahora su ángel es Cheryl. Se llevan como uña y carne.

—Es que le cuesta entenderte.

—¿Por qué? ¿En qué soy difícil?

—Tienes tu trabajo. Tienes a Frank. Tienes montones de amigos. Estás triunfando. Nunca te sientes sola.

Natalie intentó imaginar a la mujer

que su amiga estaba describiendo. Leah se sentó en el escalón.

—Créeme, Pauline es igual.

* * *

158. Conspiración

Natalie Blake y Leah Hanwell estaban convencidas de que la gente quería que se reprodujeran. Los parientes, los desconocidos de la calle, la gente de la televisión, todo el mundo. De hecho, la

conspiración estaba más arraigada de lo que Hanwell imaginaba. Blake era un agente doble. No tenía intención de caer en el ridículo por no hacer lo que se esperaba de ella. Para ella era una simple cuestión de tiempo.

159. En el parque

Leah llegaba tarde. Natalie estaba sentada en el café del parque, al aire libre, a una de las mesas de madera, protegida de la llovizna por un amplio parasol verde. Los

primeros diez minutos los pasó consultando su teléfono. Repasando los listados, mirando su correo electrónico, echando un vistazo a los periódicos. Luego se guardó el teléfono en el bolsillo. Durante otros diez minutos nadie habló con ella y ella no habló con nadie. Vinieron y se fueron varias ardillas y pájaros. Cuanto más tiempo pasaba Natalie a solas, más indistinta se volvía para ella misma. Como un líquido vertido con jarra. Se vio a sí misma bajarse

del banco y adoptar la forma de un animalillo. A cuatro patas llegó al final del asfalto mojado y se metió por la hierba. Y desde allí siguió, ahora más deprisa, cogiéndole el tranquillo a la locomoción a cuatro patas, moviéndose con rapidez por el césped y los montículos artificiales, por el Jardín Silencioso y los lechos de flores, metiéndose en la maleza, cruzando la calle y llegando a los apartaderos del ferrocarril, aullando.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Ya sabes cómo es la Central Line. Joder, esto parece una guardería.

Natalie levantó la mirada y vio a los niños y el caos que invadían todas las mesas. Le dedicó una sonrisa neutral a su amiga y se preguntó en qué momento del almuerzo iba a darle la noticia a Leah.

160. El tiempo se acelera

En el mundo funciona un sistema de

imágenes. Siempre estamos esperando una experiencia lo bastante grande o brutal para trastornarlo o despanzurrarlo, pero ese momento nunca acaba de llegar. Tal vez llegue al final, cuando todo se rompa y ya no queden imágenes posibles. En Africa, presumiblemente, las imágenes que dan forma y sentido a una vida, y en cuyas dimensiones se encaja una persona (el viaje de hijo a jefe, de hija a protectora), están sacadas del mundo de la naturaleza y el

imaginario colectivo de la gente (cuando Natalie Blake decía «en África», se refería a «en un momento anterior de la historia»). En aquellas circunstancias, lo más seguro era que resultara hermoso el alineamiento entre lo uno y lo múltiple.

A Natalie el embarazo únicamente le trajo más imágenes rotas procedentes de la enorme masa de detritos culturales que recibía a diario de toda su panoplia de

artilugios, algunos de los cuales se podían llevar en la mano. Comportarse de acuerdo con aquellas imágenes la aburría. Desviarse de ellas la llenaba de una vieja ansiedad. La ponía nerviosa el hecho de no estar nerviosa por las cosas que se suponía que tenían que ponerla nerviosa. Su propia ecuanimidad la ponía nerviosa. No le parecía que encajara en el sistema de imágenes. Ella comía y bebía igual que siempre, y a veces fumaba. Por fin se alegró de ver que

aparecía alguna curva entre sus líneas estrechas y aburridas.

Sobre el parto que se avecinaba, su vieja amiga Layla, que ya tenía tres hijos, le dijo:

—Es como encontrarte a ti misma al final de un callejón oscuro.

No iba a ser el caso para Natalie Blake. Los fármacos que pidió eran asombrosos, trascendentes; no tan buenos como el éxtasis, pero aun así cargados de un vago recuerdo

de la lucidez y el placer de aquella época feliz. Se sintió eufórica, como si hubiera salido a bailar y hubiera seguido bailando en lugar de volver a casa cuando alguien más sensato le sugería coger el autobús nocturno. Se puso los auriculares y empezó a bailar en torno a su cama de hospital al ritmo de Big Pun. No fue un episodio muy dramático. Las horas se convirtieron en minutos. En el momento crucial fue capaz de decirse a sí misma con bastante

calma: «Vaya, mira, estoy pariendo.»

Lo cual significa que la salvaje conciencia de lo real que ella tanto había esperado y deseado (y con la cual ni siquiera era consciente de que contaba) nunca llegó.

161. Alteridad

Sin embargo, hubo un momento (unos minutos después del acontecimiento, cuando ya le habían lavado la porquería a la criatura y

se la habían devuelto) en que casi pensó que podía sentirla. Se quedó mirando los ojos negros y escurridizos de un ser que no era para nada idéntico a la entidad Natalie Blake, que era, en algún sentido, la prueba de que no existía aquella entidad distinta. No obstante, ¿acaso aquel ser no era también un atributo de Natalie Blake? ¿Una extensión? En aquel momento lloró y sintió una humildad magnífica.

Muy poco después llegaron flores y tarjetas y fotografías y amigos y familiares cargados de regalos que mostraban distintos niveles de gusto y sensatez, y la misteriosa otra de ojos negros fue reemplazada por un bebé de tres kilos doscientos y talante tranquilo llamado Naomi. Llegó la gente cargada de consejos. La gente de Caldwell opinaba que estaba bien todo lo que no fuera tirar a la criatura por las escaleras. La gente que no era de Caldwell pensaba que nada iría bien a menos

que se hiciera todo perfectamente, y aun así no había garantías. A ella nunca lo había alegrado tanto ver a la gente de Caldwell. A Leah Hanwell no conseguía encajarla con precisión en aquel esquema, igual que siempre es más difícil caricaturizar a las personas más queridas. Leah vino con un conejo de peluche blanco y miró a su amiga como si ésta hubiera salvado un abismo que llevaba a otra tierra.

* * *

162. Pruebas

Catorce meses después de que naciera su primer hijo, Natalie Blake tuvo otro. Iba a llamarse Benjamin, pero llegó con un mechoncito de pelo en la coronilla, como una cresta, de manera que se pasaron tres días llamándolo Spike, pinchapapeles, y entonces recordaron una tarde romántica y sin hijos pasada años atrás viendo un reestreno matinal de *Ñola Darling,* el primer largometraje de

Spike Lee.

Frank estaba radiante y se olvidaba de las cosas prácticas, y durante una temporada Natalie descubrió que tenía que tratarlo como si fuera una tercera criatura, o una cuarta (si contaba a la niñera), a la que organizar y dirigir junto con las demás a fin de sacarle el máximo partido al tiempo y de que todo el mundo estuviera donde tenía que estar. Natalie era la única que podía perder el tiempo, sentada a su

mesa, ojeando fotografías digitales de su prole. Considerada con objetividad, se trataba de una acción idéntica a las revisiones de fotografías hechas en los escenarios de crímenes. Una mañana, Melanie la sorprendió así de absorta y no pudo disimular su placer. Escondida detrás de la imagen de Spike había otra ventana con listados. Natalie se sometió, irritada, a un abrazo.

163. La arquitectura como destino

Para Leah era «salita», para Natalie «sala de estar» y para Marcia «salón». Siempre había una luz encantadora. Y a ella todavía le gustaba plantarse frente al ventanal y admirar las vistas del parque. Cuando contemplaba las cosas que Frank y ella habían comprado y colocado por la casa, le gustaba pensar que esas cosas contaban una historia sobre sus vidas. Una historia donde la realidad de la casa misma resultaba secundaria, aunque por supuesto también era

posible que la casa fuera la realidad irrefutable y que Natalie, Frank y su hija no fueran más que una colección de sombras chinescas proyectadas sobre la pared. Por las paredes de aquella casa llevaban pasando sombras desde 1888, sombras que se sentaban, vivían y holgazaneaban. En los días buenos, Natalie se enorgullecía de las pequeñas diferencias que había entre los residentes del pasado, los vecinos del presente y ella misma. Mira estas máscaras africanas.

Bosquejo de un callejón de Kingston. Mesa minimalista con cuatro sillas semejantes a tronos. Pero otras veces, sobre todo cuando la niñera salía con Naomi y ella se quedaba sola en la sala dando de comer al bebé, tenía la sensación frustrante de que su sombra era idéntica a todas las demás y a las de la casa de al lado y a las de la casa de más allá.

Aquel otoño, el jaleo de los bebés llorando hizo que cada noche se

encendieran las luces de toda la calle y que siguieran encendidas hasta bien entrada la madrugada. En la casa con vistas al parque de Natalie, el impacto de la crisis financiera arrancó de la pared un pedazo de yeso con el tamaño exacto de un puño y detuvo los planes para la ampliación del sótano. De baja laboral y ansiosa por sentirse útil, Natalie Blake esperó hasta la siesta de Spike, abrió un documento de word y, llena de determinación,

mecanografió el siguiente título:

Tras el dinero: relato de una esposa

Tenía el don profesional de expresarse bien y la indignaba oír cómo atacaban por la radio y la televisión lo que ella consideraba el buen carácter de su marido. Como si el pobre Frank (cuyas bonificaciones eran insignificantes en términos relativos) perteneciera a la misma especie que todos aquellos maleantes y estafadores de

dimensiones épicas.

Esperó a que Frank llegara a casa para conversar con él sobre el tema. Frank levantó la vista de la comida china que acababa de comprar.

—-Jamás me has hecho ni una sola pregunta sobre mi trabajo.

Natalie negó aquello, pese a que era esencialmente cierto. Pero volvió a la carga en nombre del periodismo:

—No debería ser una cuestión de moral individual, ¿verdad? Debería ser una cuestión legal, de regulación.

Frank dejó los palillos sobre la mesa.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Porque es la historia. Y tú formas parte de ella.

Frank negó que él perteneciera a la

historia. Regresó a su *chow mein*. Pero Natalie Blake estaba imparable.

—Hoy en día, muchos de nuestros abogados escriben artículos para la prensa digital. Artículos de opinión. Yo debería hacer cosas así. Al menos, es algo que puedo hacer desde casa.

Frank señaló con la cabeza el mando a distancia.

—¿Podemos ver la tele? Estoy

reventado.

Pero la televisión no concedía tregua.

—Cambia de canal —dijo Frank tras cinco minutos de noticias.

Natalie lo hizo.

—Si la City cerrara mañana —dijo Frank sin mirar a su mujer—, este país se hundiría. Y punto.

El bebé rompió a llorar en el piso

de arriba.

Durante los días siguientes, Natalie solamente pudo añadir dos líneas a su intento de crítica social.

Soy consciente de que no soy lo que la mayoría de la gente se imagina cuando piensa en «la esposa de un banquero». Soy una mujer negra con un nivel muy alto de formación. Y abogada de éxito.

Ella culpaba a Spike de su lentitud en la redacción, pero lo cierto era que el niño dormía bien, y además

Natalie tenía a su polaca, Anna. Le sobraba el tiempo libre. Una semana más tarde, mientras estaba atendiendo a su correo electrónico, vio el documento en el escritorio y lo trasladó discretamente a una parte de su ordenador donde no volviera a toparse con él fácilmente. Veía la tele en la sala y daba de comer a su criatura. Cada día oscurecía más temprano. Las hojas se volvían marrones, anaranjadas y doradas. Los zorros chillaban. A veces consultaba los

listados. Los jóvenes que aparecían en la televisión vaciaban sus mesas de trabajo. Salían llevando sus cajas por delante como si fueran escudos.

164. Semidistante

Cada vez que volvía al trabajo, el desafío estaba perfectamente claro: fingir que allí no había pasado nada. En la sección «Mujer» de los suplementos dominicales se hablaba mucho de este fenómeno, y Natalie leía aquel material con

interés. La clave de todo era la gestión del tiempo. Por fortuna, la gestión del tiempo era el don de Natalie. Había descubierto, por ejemplo, que se ahorraba mucho tiempo gracias a la simple ambivalencia. A ella no le importaba demasiado qué comieran los niños, qué ropa llevaran, qué vieran o escucharan ni qué clase de recipiente usaran para beber leche o cualquier líquido que no fuera leche.

En otras ocasiones, la sorprendía encontrarse a sí misma al final de un callejón oscuro. Le daba pánico y rabia ver a sus hijos malcriados sentados en el suelo, ojeando imágenes de sí mismos en el pasado, imágenes en movimiento, en el teléfono de su padre, un narcisismo literalmente inédito en toda la historia de la existencia humana (más allá de los sueños y los milagros) hasta hacía muy poco. Hasta prácticamente ahora.

165. Acotaciones escénicas

Interior. Noche. Luz artificial.

A la izquierda y al fondo, una ventana pequeña y alta. Persiana cerrada.

Al frente y a la derecha, una puerta entreabierta. Librerías a derecha e izquierda.

Escritorio sencillo. Silla plegable. Con libros encima.

Nat entra por la puerta. Levanta la vista para mirar la ventana. Se detiene cerca de ella.

Abre la persiana. La cierra. Se marcha. Vuelve. Se marcha. Pausa.

Regresa con urgencia y abre la persiana. Quita los libros de la silla. Se sienta. Se pone de pie.

Camina hasta la puerta. Vuelve. Se sienta. Abre el ordenador portátil. Lo cierra. Lo abre.

Se pone a teclear.

FRANK *(en tono mecánico, fuera de escena):* Voy **a la cama.** ¿Vienes? *(pausa)* ¿Vienes?

NAT: Sí. *(teclea deprisa)* No. Sí.

166. El tiempo se acelera

Ahora que había tanto trabajo, ahora que en esencia su vida entera se había convertido en trabajo, Natalie Blake sentía una calma y una satisfacción que antes

únicamente había experimentado durante el período previo a los exámenes universitarios o bien durante los preliminares de los juicios. ¡Ojalá pudiera hacer que todo pasara más despacio! Había tenido ocho años de edad durante un siglo. Había tenido treinta y cuatro durante ocho minutos. Se acordaba muy a menudo de un diagrama hecho a tiza sobre una pizarra, mucho tiempo atrás, cuando las cosas todavía se movían a un ritmo razonable. La esfera de un

reloj que representaba la historia del universo en un lapso de doce horas. El *big bang* era a mediodía. Los dinosaurios llegaban en algún momento a primera hora de la tarde. Todo lo relacionado con los seres humanos tenía lugar en los cinco minutos previos a la medianoche.

167. Duda

Spike empezó a hablar. Lo que más le gustaba decir era «Ésta es mi mamá». El énfasis variaba: «Esta es *mi* mamá. Esta es mi *mamá*. *Esta* es

mi mamá.»

168. Fin de la partida en el colmado africano

De pronto deseaba algo que no fuera la pura inercia de avanzar. Ahora quería conservar. Por este motivo empezó a buscar la comida de su infancia. Los sábados por la mañana, cuando salía del enorme supermercado británico, caminaba trabajosamente por la avenida hasta el colmado africano, con los dos niños en un cochecito doble y sin

ayuda de nadie, para comprar cosas como boniatos, bacalao salado y plátanos para cocinar. Llovía. Lluvia con viento. Los dos niños chillaban. ¿Podía haber un sufrimiento más majestuoso que el suyo?

Naomi tiró cosas en el carro. Natalie las sacó. Naomi volvió a tirarlas. Spike se cagó encima. La gente miraba a Natalie. Ella les devolvía la mirada. Las caras de paranoia y desprecio iban de un

lado a otro. Fuera hacía un frío tremendo y dentro también. Consiguieron ponerse en una cola. Apenas. Lo consiguieron por los pelos.

—Te cuento una historia, Nom-Nom. Si paras de hacer eso, te cuento una historia. ¿Quieres oír mi historia? —preguntó Natalie Blake.

—No —dijo Naomi de Angelis.

Natalie se secó el sudor frío de la frente con su pañuelo y buscó con la

vista a alguien que estuviera admirando su tranquilidad maternal frente a una provocación tan inverosímil. A quien vio, sin embargo, fue a la mujer que tenía delante en la cola. Estaba vaciando sus bolsillos sobre el mostrador, ofreciendo desprenderse de esto y aquello. Sus hijos, que eran cuatro, se encogían de vergüenza alrededor de sus piernas.

Natalie Blake había olvidado por completo cómo era ser pobre. Era

un idioma que había dejado de hablar, e incluso de entender.

169. Almuerzo con Layla

Su vieja amiga Layla Thompson ahora se llamaba Layla Dean. Había abandonado la iglesia hacía muchos años. Trabajaba de directora de programación musical en una emisora de radio negra y asiática. Estaba casada con un hombre que poseía y dirigía dos cibercafés-copisterías en Harlesden. Damien. Tenía tres

hijos. Siempre que Natalie Blake discutía con alguien sobre temas de educación (y tenía discusiones de aquella clase asiduamente), ponía a su vieja amiga Layla como ejemplo positivo de todo lo que estaba intentando decir.

Las veces que usaba a Layla como ejemplo positivo, sin embargo, no mencionaba el hecho de que llevaba un par de años sin verla. Layla había tenido a sus hijos antes que ella, y durante aquella época a

Natalie le había resultado difícil quedar para comer con su amiga, tan miopes y cerradas le parecían sus preocupaciones. Sin embargo, ahora que Natalie también tenía hijos se le ocurrió que le encantaría volver a almorzar de forma regular con Layla. Había muchas cosas que podía contarle y que no le había contado a nadie. Así que concertaron el almuerzo. Y mientras almorzaban, Natalie se sorprendió a sí misma hablando muy deprisa y disfrutando al máximo de la

hospitalidad de Layla en aquel hermoso restaurante de comida negra de Camden High Street. Casi no podía hablar lo bastante deprisa para sacarse de dentro todas las cosas que quería decir.

—«Qué alivio no tener que fingir que te interesan las noticias» —dijo, citando a otra mujer y engullendo un cucharón de porcelana lleno de gambas con leche de coco—. Y yo ahí sentada, en medio de aquel corro de

espantajos, y pensé: yo aquí no tengo nada que hacer. ¿Dónde está la salida? Necesito gente con la que pueda bailar. —Pasó por la calle un coche en que sonaba *Billie Jean*.

—Yo iré a bailar contigo, Natalie.

—¡Gracias! Hay un sitio en Farringdon donde hacen una noche de hip-hop de la vieja escuela, me lo dijo mi hermano. Podríamos ir el sábado que viene. Puedo llamar a mi amiga Ameeta para que se apunte. Es mejor que cantar

OídMacDonald.

—A mí me gustan esas clases infantiles. Antes iba mucho.

—Ésta no. Ésta es pija. Pero la parte que de verdad no aguanto es cuando todos se ponen a... —empezó a contar Nata-lie, y siguió en esa vena durante casi todo el primer plato.

Iban hombres con ponche y ellas iban con ponche. Nunca tenía la copa ni medio vacía ni medio llena,

siempre llenándose. Iban hombres con ponche. Pasó por la calle un coche en el que sonaba *Dorít Stop TillYou Get Enough*.

—¿Qué? —preguntó Natalie Blake.

La verdad era que estaba demasiado borracha para volver al bufete. Su amiga Layla sonreía con una expresión tristona. Con la mirada clavada en el mantel.

—Nada. Que no has cambiado nada.

Natalie estaba escribiéndole un SMS a Melanie para avisarla de que no volvería al trabajo hasta la mañana siguiente.

—Ya. Tampoco es que tenga que convertirme en otra persona sólo porque...

—Siempre quisiste dejar claro que no eras como nosotras.

Y sigues haciéndolo.

Un camarero fue a preguntarles si

querían postre. Aunque Natalie se moría por un postre, le pareció que no tenía que pedirlo. Estaba aterrada. El corazón le latía a cien. Tuvo la tentación (digna de una colegiala) de contarle al camarero lo que acababa de hacer Layla Dean, de soltera Thompson: «¡Layla me está tratando fatal! ¡Layla me odia!» Pasó por la calle un coche en el que sonaba *Wanna Be Startin Somethin*.

Layla ni siquiera levantó la vista

para mirar al camarero y al cabo de un momento el hombre se marchó. Tenía una gruesa servilleta blanca que estrujaba entre las manos.

—Hasta cuando tocábamos aquellas canciones estabas conmigo pero al mismo tiempo estaba clarísimo que no estabas conmigo. Exhibiéndote. Falsa. Pura fachada. Haciendo señas a los chicos del público o lo que fuera.

—Layla, ¿de qué estás hablando?

—Y sigues haciéndolo.

* * *

170. Disfrazada

Disfraz de hija. Disfraz de hermana. Disfraz de madre. Disfraz de esposa. Disfraz para el juzgado. Disfraz de pobre. Disfraz de británica. Disfraz de jamaicana. Cada uno requería un ropero distinto. Sin embargo, cada vez que pensaba en todas aquellas personalidades se esforzaba por

averiguar cuál era la más auténtica, o tal vez la menos auténtica.

171. Yo, yo misma y mi circunstancia

Natalie puso a Naomi en su sillita para coche y le cerró la hebilla del cinturón. Natalie puso a Spike en su sillita para coche y le cerró la hebilla del cinturón. Natalie se subió al enorme coche. Natalie cerró todas las ventanillas. Natalie puso el aire acondicionado. Natalie puso *Reasonable Doubt* en el

equipo de música. Natalie le dio instrucciones a Frank para que quitara el volumen cada vez que se avecinara alguna palabrota atroz.

172. Estuches de temporada

Mientras caminaba por Kilburn High Road, Natalie Blake sintió un fuerte deseo de meterse en las vidas de los demás. No estaba nada claro cómo se podía satisfacer aquel deseo en la práctica, ni tampoco qué quería decir, si es que quería decir algo. «Meterse» era una idea

imprecisa. ¿Seguir hasta su casa al niño somalí? ¿Sentarse con la ancianita rusa en la parada de autobús delante del Poundland? ¿Sentarse con el gángster ucraniano en la pastelería? Un consejo para la gente de fuera: la parada de autobús delante del Poundland de Kilburn es el escenario de algunas de las conversaciones más interesantes que se pueden oír en todo Londres. De nada.

No bastaba con escuchar. Natalie

Blake quería conocer a gente. Estar involucrada íntimamente con ellos.

Entretanto:

En el trabajo de Natalie y en el de Frank, todo el mundo estaba íntimamente involucrado en las vidas de un grupo de afroamericanos, casi todos hombres, que vendían viales de crack por veinte dólares en los descampados de una cadena de bloques espantosamente diseñados en una ciudad deprimida y olvidada

que tenía una de las tasas de homicidios más altas de Estados Unidos. A Frank le irritaba que todo el mundo estuviera tan metido en las vidas de aquellos jóvenes, aunque no sabía exactamente por qué, así que a modo de protesta se excluyó a sí mismo y a su mujer de lo que era, según todo el mundo, una experiencia colectiva de éxtasis televisivo.

Entretanto:

Natalie Blake consultó su listado.

Respondió a sus respuestas.

173. En el patio

—En el parque infantil no se puede fumar. Es obvio. Lo sabe cualquier persona medianamente civilizada.

—Sí. —Natalie se mostró de acuerdo—. Sí, claro.

—¿Y él sigue fumando? —preguntó la anciana blanca.

Natalie se inclinó hacia delante en

el banco. El chico seguía fumando. Unos dieciocho años. Estaba con otros dos chicos: uno blanco con un acné espantoso y una chica muy guapa con chándal gris y zapatillas Nike amarillo neón. La chica estaba ocupada en lo que Natalie y sus amigas solían llamar «hacer el vago» o «tramar algo». Es decir, estaba sentada entre las piernas del chico blanco, con los codos apoyados en las rodillas de él en un perezoso abrazo estival. Y quedaban bien juntos, haciendo el

vago en aquel tiovivo. Pero no se podía negar: el chico que fumaba estaba plantado en el tiovivo. Fumando.

—Les voy a echar una buena bronca —dijo la anciana blanca—. Vienen todos de esos bloques de las narices.

La anciana se fue para allá en el mismo momento en que Naomi llegaba corriendo de la piscina de los niños pequeños y se echaba en brazos de su madre gritando

TOALLA TOALLA TOALLA. En caso de que el lector se lo esté preguntando, se trataba de la misma piscina donde había tenido lugar el acontecimiento dramático, muchos años antes. Natalie Blake envolvió a su hija con una toalla y le calzó unas sandalias de plástico.

La anciana regresó.

—¿Sigue fumando? Ha sido muy maleducado conmigo.

—Sí —dijo Natalie Blake—. Sigue

fumando.

—¡**APÁGALO**! —le gritó la anciana.

Natalie cogió en brazos a Naomi y echó a andar hacia el tiovivo. Cuando ya estaba llegando se unió a ella una mujer de mediana edad con unas rastas de aspecto formidable recogidas bajo un enorme gorro zulú. Las dos se plantaron frente al tiovivo. La rastafari se cruzó de brazos.

—Tienes que apagar eso. Esto es un

parque infantil —dijo Natalie.

—**AHORA MISMO** —dijo la rastafari —. Ni siquiera tendrías que estar aquí. He oído cómo le hablabas a esa señora. A esa señora le debes un respeto. Debería darte vergüenza.

—Apágalo —dijo Natalie—. Mi hija está aquí —añadió, aunque la verdad era que el humo de segunda mano no le quitaba el sueño, menos aún cuando estaba al aire libre.

—Mira, si a mí me viene alguien y me falta al respeto —dijo el chico —, yo le diré que no me venga a tocar los cojones. ¿Acaso ella se ha dirigido a mí con respeto? Eh, tú, no mientas, porque todos te han oído y no lo has hecho.

—¡NO SE PUEDE FUMAR EN UN PARQUE INFANTIL! —gritó la anciana desde el banco.

—Pero ¿por qué la ha tomado conmigo de esa manera? —preguntó el chico.

—¡Está en su derecho! —insistió la rastafari.

—Apágalo —dijo Natalie—. Esto es un parque infantil.

—Mira, yo no tengo las mismas costumbres que la gente de aquí. Este no es mi territorio. Nosotros no hacemos las cosas como las hacéis aquí, en Queens Park. No vais a convencerme. Yo soy de Hackney, ¿sabéis?

Aquello fue una maniobra poco

inteligente en términos retóricos. Hasta la chica que estaba sin hacer nada gimió.

—Oh, NO —dijo la rastafari—. No me lo puedo creer. No, no, no. ¿Estás de broma? ¿Soy de Hackney? ¿Y qué? ¿Y QUÉ? Mira, de esta gente te puedes burlar, pero no de mí, cielo. Yo te conozco. Profundamente. Yo no soy de Queens Park, cariño. Soy de HARLESDEN. ¿Por qué te pones a hablar así de ti mismo? ¿Y por qué

te pones a hablar así de tu zona? Joder, me has cabreado, tío. Soy de Harlesden: asistente social de jóvenes, certificada. Hace veinte años. Y ahora mismo me avergüenzo de ti. Eres la razón de que ahora estemos como estamos. Qué vergüenza. ¡Qué vergüenza!

—Ya ya ya ya ya ya ya ya —dijo el chico; la chica se rió.

—¿Esto te parece gracioso? —repuso la rastafari—. Tú ríete, hermana. ¿Adonde te crees que

lleva esto? —le dijo a la chica.

—¿Yo? ¡Si yo no tengo nada que ver con esto! ¿Qué tengo yo que ver?

—A ningún lado —dijo Natalie—. A ningún lado. **A NINGÚN LADO**.

—¡Mami, para de gritar! —dijo Naomi.

Natalie no sabía por qué estaba gritando. Empezó a temer hacer el ridículo.

—Lo siento mucho por vosotros, en serio —dijo un hombre indio que hasta entonces no se había metido en el asunto y que ahora se unió al coro de jueces—. Está claro que sois unos jóvenes muy infelices e insatisfechos.

—¡Oh, por el amor de Dios, no empecéis, hostia! —gritó la chica.

El chico blanco con el que ella estaba retozando echó un vistazo a la gente que se había congregado y abrió mucho los ojos. Se echó a

reír.

—Me parto el culo con vosotros —dijo.

—¿Cómo hemos llegado a este nivel? —preguntó la chica riendo —. ¡Si yo estoy aquí sentada sin hacer nada! ¿Qué tengo yo que ver con esto? Marcus, colega, van a por ti. Prepárate. No me voy a enterar y saldré en el puto programa de Jeremy Kyle.

—¿De qué te ríes? —preguntó la

anciana blanca, que ahora estaba plantada con el resto frente al tiovivo—. A mí no me parece gracioso.

—Eh, colega, vaya flipe —dijo la chica—. Ahora ésta vuelve a las andadas. La abuela Puñetas vuelve a la palestra. ¡Putos chiflados!

—¿Todo esto —preguntó Marcus— por un pitillo? ¿De verdad que vale la pena? Sentaos donde estabais y tranquilizaos. Id a ocuparos de vuestros asuntos. Siéntate, colega.

—Chiflados —dijo la chica.

—Apágalo, colega —pidió Natalie; hacía mucho tiempo que no terminaba una frase con la palabra «colega».

—Eh, Marcus —dijo la chica—. Apaga el piti, porfa, para que se calle esta mujer. Esto se está poniendo absurdo.

—Tendría que daros vergüenza —les espetó la anciana blanca.

—Yo estaba dispuesta a hablar contigo, ¿sabes? —volvió a la carga la rastafari—. De adulta a adulto, y también a intentar comprender tu punto de vista. Pero me has perdido con esas chorradas. Vergüenza debería darte, hermano. Y lo más triste es que yo he visto adonde conducen.

—Por mí no os preocupéis —dijo Marcus—. Yo cobro un sueldo. Me va bien la vida.

Y se subió el cuello de la camisa.

Su gesto no resultó nada convincente.

—Cobro un sueldo, me va bien la vida —repitió Natalie, el labio torcido en una mueca de desprecio —. Cobro un sueldo, me va bien la vida —repitió—. Uy, ya lo creo. Yo soy abogada. Yo sí que cobro. Yo cobro de verdad.

—Esta gente está mal de la puta azotea —dijo la chica.

—Si la vieja hubiera venido y me

lo hubiera pedido con respeto, ¿sabéis?, pues yo lo habría apagado —afirmó Marcus—. Porque soy un joven inteligente, ¿sabéis? Pero si alguien no me respeta, me está faltando al respeto, y yo siempre los voy a joder.

—Si tuvieras alguna autoestima o respeto por ti mismo —repuso Natalie—, no estarías viendo a una persona que te pide que apagues un cigarrillo en un puto parque infantil como un ataque a tu pequeño y

precioso ego.

Ya se había congregado un pequeño gentío de padres, madres y ciudadanos preocupados. Aquel último argumento de Natalie tuvo un gran éxito popular, y ella notó su victoria con la misma certeza que si un jurado hubiera ahogado sus chillidos al ver el alijo de fotografías que tenía en la mano. Acomodándose en el triunfo, dejó que su mirada se encontrara accidentalmente con la de Marcus,

provocándose a sí misma un momento de tartamudeo. Sin embargo, pronto descubrió un vacío situado encima del hombro del chico y todos sus comentarios posteriores los dirigió a aquel punto de fuga. Alrededor de ellos dos, la discusión degeneró en una serie de pequeñas disputas. La chica discutía con la anciana. Su novio, con la rastafari. Varias personas hicieron piña con Natalie para seguir gritándole al pobre Marcus, que a aquellas alturas ya se

había terminado el cigarrillo y parecía completamente agotado.

174. Melocotón, peonías

No podía encontrar la dirección y pasó varias veces por delante. Era una puerta anodina de Finchley Road con un panel de cristal doble, embutida entre un Habitat y un Waitrose. Un edificio ruinoso de los años treinta. Pulsó el botón y enseguida le abrieron la puerta con el interfono. Se detuvo a examinar unas flores de plástico que había en

el vestíbulo, de una verosimilitud extraordinaria. Cuatro pisos sin ascensor. Natalie Blake se quedó largo rato inmóvil frente a la puerta interior. Para llamar al timbre tuvo que ejecutar un número que más tarde denominaría para sí misma «salida de tu propio cuerpo». A través del cristal pudo ver paredes y moquetas de color melocotón, así como una esquina de la sala donde había un mullido sofá de cuero blanco con brazos y patas de nogal. Delante del sofá vio un sillón a

juego y un puf gigante, todo del mismo estilo. En una mesa del pasillo había un periódico. Natalie se esforzó por averiguar-cóál y concluyó que era un ejemplar del *Daily Express* parcialmente tapado por un viejo teléfono de disco. Pensó en el listado, que había descrito a aquella pareja como «acomodada». Se acercaron dos cuerpos a la puerta. Ella los vio a través del cristal. Mucho mayores de lo que afirmaban. Sesentones. Horribles, piel blanca con arrugas

de pasa y venas azules. Todo el mundo a la caza de una «mujer negra de 18-35 años». ¿Por qué? ¿Qué creen que podemos hacer? ¿Qué buscan en nosotras? Oyó cómo le gritaban «¡Vuelve!»

175. Crematorio de Golders Green

A Natalie Blake no le resultaba difícil vestirse para un funeral. La mayor parte de su ropa ya tenía un aspecto fúnebre. Le costó más vestir a los niños, de manera que convirtió aquella tarea en el objeto

de su ansiedad, cerrando armarios a portazos y lanzando al suelo todo lo que la estorbaba.

En el coche, su marido, Frank de Angelis, le preguntó:

—¿Era buen tipo?

—No sé qué significa eso —respondió Natalie Blake.

Mientras entraban en el aparcamiento no apareció ni una sola cara en el retrovisor que ella

no reconociera, aunque no recordase sus nombres. Gente de Caldwell, gente de la Brayton, gente de Kilburn, gente de Willesden. Cada uno representaba un período concreto. Seguro que para aquella gente ella era también una forma narcisista de medir el tiempo. En fin... Bajó de su coche al patio. Una amiga de su madre le tocó el brazo. Caminó hacia el parque conmemorativo. Un hombre que presidía la Asociación de Vecinos de Caldwell le puso su

manaza en el cuello y dio un apretón. ¿Acaso era posible sentir algo más que desprecio hacia la gente que te servía para medir el tiempo? ¿Era posible quererlos?

—¿Cómo estás, Keisha?

—Natalie, me alegro de verte.

—¿Estás bien, cielo?

—Señorita Blake, cuánto tiempo.

El extraño saludo con la cabeza que

la gente se dedica en los funerales. No era sólo que Colin Hanwell estuviera muerto, sino que un centenar de personas que habían compartido con él veinte o treinta hectáreas de calles ahora estaba conmemorando esa relación, a la vez íntima y accidental, próxima y lejana. Nata-lie no había conocido realmente a Colin (era imposible conocer realmente a Colin), pero sabía en qué consistía conocerlo. Colin era un objeto presentado a su conciencia. Igual que todos los

presentes.

La gente habló. La gente cantó. *And did those feet, in ancient times.* Natalie se vio obligada a ir y venir cada vez que uno de sus hijos daba la lata. Por fin se abrió la cortina y desapareció el ataúd. Sonaba Dusty Springfield. Hay cosas que solamente se pueden descubrir cuando la persona ha muerto. Mientras la concurrencia desfilaba, Leah se quedó en la puerta con su madre. Llevaba una larga falda

negra y una blusa espantosas que alguien debía de haberle prestado. Natalie pudo oír a desconocidos bienintencionados que agobiaban a Leah con interminables recuerdos triviales. Narraciones.

—Gracias porvenir—decía Leah en tono mecánico a quienes iban pasando.

Se la veía muy pálida. No tenía hermanos. No tenía primos. Sólo podía ayudarla Michel.

—¡Oh, Lee! —exclamó Natalie Blake cuando llegó su turno.

Lloró y abrazó muy fuerte a su gran amiga Leah Hanwell. ¡Ojalá alguien hubiera obligado a Natalie Blake a asistir a un funeral cada día de su vida!

176. En el limbo

Cranley Estate, Camden. Más N que NW. Un hombre flaco que se hacía llamar «JJ» y que se parecía un poco a su tío Jeffrey. Una chica

iraní con un apodo igualmente improbable: «Honey.»

Dos desastres de veintipocos años. Natalie Blake supuso que le daban al crack, pero podría haber sido cristal o cualquier otra cosa. A Honey le faltaba un diente. La sala merecía a duras penas su nombre. Un futón mugriento y roñoso y la tele sin pausa. El piso entero apestaba a maría. Estaban sentados en sillones de cuentas, apenas conscientes, viendo el concurso

¡Allá tú! No parecían nerviosos. JJ dijo:

—Primero nos distraemos aquí un poco. Acabo de llegar y estoy reventado.

No le indicó ninguna silla. Adaptable como siempre, Nata-lie Blake halló un sitio en el suelo entre los dos.

Intentó concentrarse en el programa, que no había visto nunca. No paraban de llegarle mensajes de

texto procedentes del trabajo. JJ tenía una elaborada teoría conspirativa sobre el orden de las cajitas. A Natalie no le quedó más remedio que aceptar el porro y dejar que la hierba la transportara. Enseguida perdió la noción del tiempo. Luego acabó la sesión de tele y JJ se puso a jugar a un videojuego: duendes, espadas y elfos soltando necedades. Natalie se excusó para ir al baño. Se equivocó de puerta, vio una pierna y oyó un chillido.

—Es Kelvin —dijo JJ—. Está durmiendo un rato ahí. Trabaja por las noches.

La tapa del retrete era de plexiglás transparente con pe-cecillos estampados. El agua que salía del grifo era marrón. Head 8c Shoulders. Radox. Los dos envases vacíos.

Natalie encontró el camino de vuelta. JJ se dedicaba a hablar con la pantalla.

—Dime dónde coño está el almacén de cereales.

Una campesina enigmática le devolvió una sonrisa. Natalie intentó entablar conversación. Le preguntó si había hecho eso antes.

—Unas cuantas veces —le dijo él —, cuando no hay nada mejor que hacer. Lo que pasa es que suelen ser feas de cojones y las echo a patadas antes de que entren por la puerta.

—Oh —dijo Natalie; esperó, nada.

Honey, aburrida, se volvió hacia su invitada.

—¿A qué te dedicas, Keisha? Se te ve maja.

—Soy peluquera —dijo Natalie Blake.

—¡Oh! Es peluquera, ¿oyes? Qué bien. Yo soy de Irán.

JJ hizo una mueca.

—¡Del eje del mal!

Honey le dio un cachete, pero con afecto. Luego le acarició la cara a Natalie. ¿Crees en las auras, Natalie?

Liaron más hierba y fumaron. En un momento dado, Nata-lie recordó que Frank también trabajaba hasta tarde. Le mandó un SMS a Anna y la sobornó con la tarifa de las horas extra para que se quedara hasta las once y acostara a los niños. JJ llegó a un castillo donde le dieron una

nueva lista de tareas. Honey se preguntaba en voz alta por unos polvos de MDMA que había guardado en un envoltorio de chicle. Natalie dijo:

—Me parece que esto no va a pasar, ¿verdad que no?

—Lo más probable es que no —respondió JJ—, para serte sincero.

177. Envidia

Leah quería que Natalie diera una

charla durante una subasta benéfica para un colectivo de jóvenes negras que había ayudado a financiar. No paraba de hablar del tema. Pero el local que habían conseguido para el acto estaba al sur del río.

—Yo no voy al sur —declaró Natalie Blake.

—Es una muy buena causa —insistió Leah Hanwell.

Natalie le dio las gracias a Leah por su presentación y se plantó

frente al estrado. Su charla trataba sobre gestión del tiempo, identificación de metas, trabajo duro, amor propio, respeto mutuo en la pareja e importancia de una buena formación.

—Todo lo que se base exclusivamente en nuestras necesidades físicas, en nuestra animalidad, está condenado al fracaso —leyó—. Para sobrevivir, vuestras ambiciones tienen que ir en la misma dirección.

Seguramente acabaría diciéndole algo parecido a Leah. No ahora mismo, pero sí algún día. Lo atenuaría, por supuesto. Pobre Leah.

Entre el principio de la página 2 y el de la 3 debía leer con garra y convicción, debía sugerir que había una línea ininterrumpida (nadie en el público la miraba como si estuviera loca), y sin embargo no pudo evitar que su mente divagara hacia estampas obscenas. Se

preguntó qué harían Leah y Michel, que siempre parecían estar magreándose, en la intimidad de su dormitorio. Orificios, posiciones y orgasmos.

—Y cuando por fin me negué a imponerme límites artificiales —le explicó Natalie Blake al colectivo de jóvenes negras—, pude alcanzar todo mi potencial.

178. Colmena

Los altavoces del café difundieron

aquella voz deliciosa por el parque. Natalie Blake y su amiga Leah Hanwell habían acordado hacía mucho tiempo que esa voz sonaba a Londres (y sobre todo a las zonas septentrionales), como si su propietaria fuera la santa patrona de sus barrios. ¿Se puede ser propietaria de una voz? La hija de Natalie y muchas otras criaturas daban brincos y bailaban al son de la canción mientras sus padres y madres seguían discretamente el ritmo con la cabeza. Brillaba el sol.

Por desgracia, Leah Hanwell solía llegar tarde y la canción terminó enseguida y Naomi ya estaba chillando por algo y Spike se despertó y Leah se perdió una demostración perfectamente escenificada del placer de vivir, y en particular de la vida familiar.

—Está muy deprimida —le dijo Natalie a Frank mientras esperaban —. Ella cree que no me doy cuenta, pero lo veo. Está completamente encallada. Estancada. Parece

incapaz de salir del agujero en que está metida.

Nada más decirlo, sin embargo, se le ocurrió la posibilidad de que aquel juicio procediera de la canción que acababan de oír, de que no fuera nada más que una estrofa que había añadido la propia Natalie dejándose llevar por el momento, y que al decirlo en voz alta se hubiera puesto en ridículo. Frank levantó la vista del periódico y sorprendió la cara de su mujer

atrapada en aquella calamidad.

—Leah y Michel son más felices que unas perdices —respondió.

Un tiempo después, Natalie vio en la televisión una entrevista a aquella cantante.

«Cuando era niña no encontraba nada especial en mí. Pensaba que todo el mundo sabía cantar.»

Su voz era el mismo milagro que Natalie había oído una vez a través

de la ventana de un pub de Camden. Pero apenas quedaba algo de la mujer que poseía (o no) la voz. Natalie se quedó mirando a aquella niña grande, patizamba, casi ausente, casi irreal.

179. Aforismo

¡Qué difícil es el regalo para una mujer! Se castigará a sí misma por recibirlo.

180. Todas las comodidades modernas

El encantador Primrose Hill. Después de largas negociaciones por correo electrónico, se fijó una hora en pleno día: las tres de la tarde. La mujer abrió la puerta de la casa y dijo:

—¡Uau!

Pelo ondulado, salto de cama, tacones, hermosa, inconfundiblemente africana. Su primer objetivo fue rodear a Natalie Blake con un brazo e introducirla en la enorme casa antes

de que alguien la viera. Natalie era fiel a su indumentaria de costumbre: aros de oro, falda vaquera, botas de ante con borla, la goma del pelo con los dados y la ropa del trabajo guardada en una mochila a su espalda. Se vislumbró a sí misma en un enorme espejo dorado del pasillo y se vio convincente. En aquel momento estaba completamente decidida. Por lo menos eran atractivos. Natalie Blake seguía creyendo en la importancia del atractivo.

Pintura verde utopía (mate) de Farrow & Ball en el pasillo. Escultura africana en la pared. Piezas minimalistas. Un disco de oro enmarcado. Una foto de Marley enmarcada. La portada de un periódico enmarcada. Una especie de deplorable «buen gusto» por todos lados. Natalie Blake levantó la vista y vio al marido o novio en lo alto de la escalera. Era especialmente guapo, de cabeza afeitada y líneas elegantes. Una pareja espectacular, hechos el uno

para el otro. Como si anunciaran un seguro de vida americano. El hombre le sonrió mostrando su formidable odontología, una dentadura luminosa y perfectamente alineada. Batín de seda. Hortera. Estamos encantados de que hayas venido, Keisha, no estábamos seguros de que fueras real. ¿A que es increíble? Demasiado bueno para ser verdad. Sube aquí, hermana, para que pueda verte bien. Arriba sonaba música soul. La trona para bebés Bloom, edición

limitada de 2009, levitaba en la cocina como una estación espacial. Un MacBook Air abierto sobre la mesa. Un Mac más antiguo cerrado en la escalera. El le ofreció la mano.

—Tenéis una casa preciosa —dijo Natalie Blake.

—Tú sí que eres preciosa —dijo él.

Natalie notó que la esposa o la novia le ponía la mano en el

trasero.

En el piso de arriba le presentaron una cama «trineo», de las que estaban de moda unos cinco años antes. El armario de los zapatos permanecía abierto. Suelas rojas del suelo al techo. Sobre la cama tenían el manido mapa del metro cuyas estaciones habían sido reemplazadas por iconos del último milenio agrupados en camarillas y movimientos. Natalie buscó Kilburn: Pelé. En la cama había un

iPad que pasaba pornografía, tríos. Natalie veía por primera vez aquel artefacto tecnológico. Dos chicas se comían el coño mientras un hombre sentado junto a un escritorio las contemplaba con la picha en la mano. Todos alemanes.

La hermosa mujer africana no paraba de hablar. ¿De dónde eres? ¿Vas a la universidad? ¿Qué quieres ser? No te rindas nunca. Lo importante es tener grandes sueños. Aspiraciones. Trabajar duro. No

aceptar un no por respuesta. Ser la persona que quieres ser.

Cuanto más tiempo pasaba Natalie Blake vestida y apática, más nerviosos se ponían y más hablaban. Por fin Natalie pidió ir al baño. En suite. Se introdujo en una auténtica bañera victoriana con acabados de metal y porcelana de Water Monopoly. Sabía que todo terminaba allí. Se tumbó. Acqua di Parma. Chanel. Molton Brown. Marc Jacobs. Tommy Hilfiger.

Prada. Gucci.

181. Vacaciones de Pascua

Anna se había ido unos días a Polonia a ver a su familia y ahora el volcán le impedía regresar. Natalie hizo un Google. Se quedó mirando la enorme nube de ceniza.

—Tú tienes más flexibilidad que yo —alegó Frank, y se fue de casa.

El sótano volvía a estar en marcha. Había albañiles por todas partes.

Frank había trabajado duro para poner de nuevo las cosas en marcha. Los dos habían trabajado duro. Se merecían todo lo que se avecinaba.

¿Tienes más té, cielo? Mejor será que no dejes que se acerquen por aquí esos niños. Se pueden hacer daño. Supongo que no tendrás una galleta por ahí abandonada...

A las diez de la mañana se vio atrapada en una celda pintada de blanco en compañía de dos seres de

misteriosos ojos negros que parecían querer algo que ella no tenía forma de entender o de suministrarles. Hombres con tabardos de color naranja iban y venían. La leche está pasada, cielo. ¿Tienes mermelada? Ella cogió a los niños en brazos y salió del solar en obras que era su cocina. Se los llevó al piso de su madre. Al parque. Al zoo. Al mercado de Kilburn. Al colmado africano. Al Toys R Us de Cricklewood. A casa.

Naomi le contó aquella odisea con mucho más detalle a su padre cuando éste llegó a casa.

—Eres asombrosa —dijo Frank, y besó a Natalie Blake en la mejilla —. Yo me habría quedado todo el santo día perdiendo el tiempo y jugando con ellos.

182. Amor entre ruinas

Eran unos jóvenes muy agradables y estaban evidentemente asombrados de que alguien hubiera respondido.

Natalie tuvo la certeza de que la habían escrito estando borrachos. ¿Primos? ¿Hermanos? Un adosado de los cincuenta en Wembley, con vistas a la Circular Norte y cristales dobles hasta en el último orificio. Una casa familiar donde faltaba la familia. Lo que los chicos de la Brayton solían llamar «chalet de barrio». Natalie Blake no podía explicar cómo sabía que no iban a matarla. Debía admitir que tenía la convicción (perfectamente irracional) de que «puedes

percibir» si alguien quiere o no asesinarte. Que los chicos parecieran más asustados que ella cuando abrieron la puerta sin duda contribuyó a esta idea. Oh, cielos. Te lo dije, Dinesh. Te lo dije. Te dije que no era un tío. Entra, cielo. Entra, Keisha. Oh, cielos. Si estás buena y todo. ¿Por qué le dices eso? ¿Y por qué no? Ella lo sabe y nosotros lo sabemos. No hay sorpresas. ¡Oh, cielos! Por ahí, encanto. No te vamos a hacer daño, ¿eh?, somos buenos chicos. Entra

ahí. ¿Nos vamos a turnar o qué? ¿Qué? ¡Yo no quiero verte desnudo, colega! Eso es un disparate gay. ¡Sí, pero ella quiere un polvo a tres bandas! ¡Eso no quiere decir primero uno y después el otro! Eso es dos simul... simultini... al mismo tiempo. ¿No sabes qué quiere decir polvo a tres bandas, colega? A tres bandas. Ni siquiera sabes qué estás diciendo cuando chateas. ¡A tres bandas! Cállate, payaso. Natalie oyó cómo discutían en el pasillo. Se sentó a esperar en la cocina. Había

un charco enorme alrededor del congelador. En todas las puertas ponía SALIDA DE INCENDIOS. Volvieron a entrar. Sugirieron con timidez que todo el mundo se trasladara a un dormitorio. Resultaba peculiar lo tímidos que eran, dadas las circunstancias. No paraban de pelearse. Aquí dentro. ¿Tú estás tarado? No pienso hacerlo ahí. ¡Ahí duerme Bibi! Pues ahí, colega. Capullo. Sígueme, Keisha, ponte cómoda, ¿vale? ¡Dinesh, tío, pero si no hay ni

sábana! ¡Ve a buscarla! ¡Deja de usar mi nombre! Nada de nombres. Vamos a buscar una sábana, tú espérate aquí, no te muevas.

Natalie Blake se tendió en el colchón. Encima del ropero había un montón de cajas. Cosas que nadie iba a necesitar. Excedentes. Todo el lugar tenía un aire terriblemente triste. Le dieron ganas de bajar las cajas, ponerse a hurgar en ellas y rescatar lo rescatable.

Se abrió la puerta y reaparecieron

los dos jóvenes sin más ropa que sus calzoncillos Calvin Klein, unos blancos y los otros negros, como si fueran dos pesos pluma en un ring de boxeo. Ninguno tenía más de veinte años. Sacaron un portátil. El asunto era una especie de ruleta. Hacías clic y aparecía un ser humano, a tiempo real. Hacías clic otra vez. Clic otra vez. El ochenta por ciento del tiempo les salía un pene. El resto eran chicas calladas que jugaban con su pelo, grupos de estudiantes que querían hablar y

matones de cabezas rapadas plantados delante de su bandera nacional. En las escasas ocasiones en que aparecía una chica, se ponían a teclear de inmediato: SÁCATE LAS TETAS. Natalie les preguntó: chicos, chicos, ¿por qué estáis haciendo eso? Aquí tenéis algo de verdad. Pero ellos seguían en internet. A Natalie le pareció que intentaban ganar tiempo. O tal vez no podían hacer nada sin la mediación de internet. Prueba tú, Keisha, prueba tú, a ver qué te sale.

Natalie se sentó ante el portátil. Le salió un israelí solitario que escribió ERES MAJA y se sacó el pene. ¿Te gusta que te miren, Keisha? ¿Te gusta? Lo dejaremos ahí, en la cómoda. ¿Cómo quieres hacerlo, Keisha? Tú dínoslo y nosotros lo hacemos. Lo que sea. Y Natalie Blake seguía sabiendo que no corría peligro alguno. Haced lo que queráis, les dijo.

Pero ninguno consiguió hacer nada, y pronto empezaron a culparse

mutuamente. ¡Es él! Es porque lo estoy mirando. Me está jodiendo el puntillo. No le hagas caso, no tiene puntillo ni tiene nada.

Los dos jóvenes se contentaban con juguetear como adolescentes. Natalie perdió por completo la paciencia. Ya no era una adolescente. Sabía lo que estaba haciendo. No le apetecía nada esperar hasta que alguien la penetrara. Era capaz de envolver. Era capaz de retener. Era capaz de

emitir.

Hizo que el chico del Calvin Klein negro se sentara en el borde de la cama, le bajó el prepucio, se subió encima y le ordenó que no la tocara ni se moviera a menos que ella lo pidiese. Tenía una minga no muy gorda, pero tampoco fea. El le dijo: «Eres bastante lanzada, ¿a que sí, Keisha? Sabes lo que quieres y tal. Siempre lo dicen de las chicas negras, ¿verdad?» Y Natalie respondió: «La verdad es que me

importa una mierda lo que digan.» Advirtió enseguida que el chico no tenía un ritmo aprovechable: era mejor para los dos que se quedara quieto. Se restregó sobre él. Se meció. El se corrió muy pronto, pero no tanto como su amigo circunciso del otro lado de la cama, que soltó un gemido, se sacudió unas gotitas de la mano y desapareció en el cuarto de baño. Dinesh, serás capullo. Vuelve aquí. Hum. Esto es un poco raro. ¿Adonde se ha ido? Pues tú y yo

solos. Tú ya te has corrido, ¿verdad? Bien, pues. ¿Sabes qué? Yo creo que la cosa no va a volver ahora mismo, Keisha. Me siento un poco acalorado, inquieto, para serte sincero.

Lo dejó ir. El chico salió blandamente de su interior, muy reducido. Ella volvió a metérsela dentro de los calzoncillos y empezó a vestirse. El otro regresó del lavabo con aspecto avergonzado. A ella le quedaba un porro de Camden

y se lo fumaron juntos. Procuró que le contaran algo, lo que fuera, sobre la gente que vivía en aquella casa, pero no había manera de distraerlos de lo que llamaban su «parloteo». A esta chica la tenemos que venerar, colega. Hermana, ¿estás lista para que te veneremos? Eres una diosa a mis ojos. Toda la noche, cariño. Hasta que me supliques que pare. Hasta las seis de la mañana. Dinesh, tío, que yo entro a trabajar a las ocho.

* * *

183. Puesta al día

Natalie Blake despidió a Anna y contrató a María, que era brasileña. Se acabaron las obras del sótano. María se instaló allí. Se abrió una nueva fase de tiempo retribuido. Natalie y Leah fueron al pub irlandés.

—¿Y en qué andas? —preguntó Leah Hanwell.

—En poca cosa —dijo Natalie Blake—. ¿Y tú?

—Lo de siempre.

Natalie contó la historia de un chico que estaba fumando en el parque, y subrayó su oposición heroica a aquella obstinada falta de urbanidad. Contó la historia de lo mezquina y miserable que se había vuelto su común conocida Layla Dean, de un modo en que se halagaba sutilmente a sí misma. Contó la historia de los

preparativos de sus hijos para el carnaval, un relato que a duras penas conseguía ocultar la feliz plenitud de su vida.

—Pero Cheryl quiere a todos «los primos» en una carroza de la iglesia. ¡Y yo no quiero ir en una carroza de la iglesia!

Leah defendió el derecho de Natalie a no aceptar la religión disfrazada de festejo carnavalesco. Leah contó una historia donde su madre era una vez más

insoportable. Natalie defendió el derecho de Leah a indignarse con las fechorías de su madre, por nimias que fueran. Leah contó una divertida historia sobre Ned, el vecino de arriba. Y contó una divertida historia sobre los hábitos de Michel en el cuarto de baño. Natalie advirtió con ansiedad que las historias de Leah carecían de dramatismo, de épica y de intenciones.

—¿Has vuelto a ver a la chica

aquella? —preguntó Natalie Blake —. La que te timó... la que fue a tu casa.

—Sin parar —dijo Leah Hanwell —. La veo sin parar.

Se bebieron dos botellas de vino blanco.

* * *

184. Cazada

—¿Qué es esto?

KeishaNW@gmail.com. ¿Qué coño es esto? ¿Fantasía?

Estaban frente a frente en el pasillo. El agitaba un papel en la cara de su esposa. A dos metros, sus hijos y los primos y Cheryl y Jayden practicaban números de baile para ejecutarlos sobre una carroza de carnaval a la mañana siguiente. Marcia ayudaba a coser lentejuelas y plumas en leotardos fosforescentes. Cuando oyeron voces airadas, los numerosos

miembros de la familia de Natalie Blake hicieron una pausa y se asomaron al pasillo.

—Por favor, vayamos arriba —dijo ella.

Subieron a la habitación de invitados del primer piso, que tenía una encantadora decoración marroquí. El marido le cogió la muñeca con fuerza.

—¿Quién eres?

Natalie Blake intentó soltarse.

—Tienes dos hijos abajo. Se supone que eres adulta, hostia. ¿Quién eres? ¿Esto es verdad? ¿Quién coño es *wildinwembley*? ¿Qué es eso que tienes en el ordenador?

—¿Por qué fisgas en mi ordenador? —preguntó Natalie Blake con una vocecilla aguda y ridicula.

185. Tierra por medio

Frank estaba sentado en la cama de espaldas a ella. Se tapaba los ojos. Natalie Blake se levantó, salió del cuarto de invitados y cerró la puerta. Una extraña sensación de calma la acompañó escaleras abajo. En el pasillo de la planta baja tropezó con la chica brasileña, María, que la miraba con la misma confusión obtusa de la semana anterior, cuando descubrió que quien le ofrecía trabajo era una mujer varios tonos más negra que ella.

Dejó atrás el corredor y la mesilla donde reposaba su ordenador portátil con la pantalla todavía abierta a los ojos de todos.

Dejó atrás a su familia, que la llamó. Oyó que Frank bajaba presuroso la escalera. Vio su chaqueta arrojada sobre el pasamanos, con las llaves y el teléfono en el bolsillo. En la puerta tuvo otra oportunidad de llevarse algo (sobre la mesa del recibidor vio su bolso, una tarjeta de

transporte y otras llaves). Salió de la casa sin nada y cerró la puerta tras de sí. Desde el ventanal, Frank de Angelis le preguntó a su esposa, Natalie Blake, adonde iba. Adonde se creía que iba. Adonde coño se creía que iba.

—A ninguna parte —dijo Natalie Blake.

travesía

De Willesden Lañe a Kilburn High Road

Dobló a la izquierda. Caminó hasta el final de su calle y luego hasta el final de la siguiente. Se alejó rápidamente de Queens Park. Se adentró en la zona donde Willesden se convierte en Kilburn. Pasó por la casa de Leah y luego por Caldwell. El viejo piso tenía la ventana de la cocina abierta. Había una funda de edredón (decorada con el logotipo

de un club de fútbol) secándose en el balcón. Sin mirar adonde iba, echó a andar por la cuesta que empieza en Willesden y termina en Highgate. Iba emitiendo unos lamentos extraños, como de zorro. Mientras cruzaba la calle, el autobús 98 se bamboleó abruptamente a su lado, daba la sensación de que podía volcar, y por un momento pareció ser la fuente de la extraña luz roja y azul que teñía las rayas blancas del paso de cebra. Después vio el coche de

policía aparcado bajo su sombra, con las luces del techo girando en silencio. Una barrera de coches patrulla aparcados en ángulo recto cerraba Albert Road al tráfico. En el lado exterior de aquella frontera se había congregado un grupo de gente. Un policía alto y con turbante estaba allí contestando a preguntas. Pero ¡es que yo vivo en Albert!, dijo una joven. Llevaba demasiadas bolsas de la compra en las manos y algunas más colgando de las muñecas, hincándose en su piel.

¿Qué número?, le preguntó el policía. La mujer se lo dijo. Pues va a tener que dar un rodeo. En la otra punta de la calle encontrará a unos agentes que la acompañarán a su casa. Por el amor de Dios, dijo la mujer, pero al cabo de un momento echó a andar en la dirección indicada. ¿No puedo ir por allí?, preguntó Natalie. Ha habido un incidente, dijo el policía. La miró. Camiseta holgada, mallas y unas repugnantes pantuflas rojas, como de yonqui. Se miró el reloj.

Son las ocho. Esta calle va a estar cortada otra hora más o menos. Ella se puso de puntillas para ver lo que había detrás del policía. Sólo alcanzó a ver más policías y una carpa de lona blanca situada a la izquierda, sobre la acera opuesta a la parada del autobús. ¿Qué clase de incidente? El no contestó. Natalie no era nadie. No se merecía una respuesta. Un chico subido a una bici BMX dijo: Se han cargado a alguien, ¿a que sí?

Natalie dio media vuelta y echó a andar hacia Caldwell. Caminar era ahora su trabajo, su identidad misma. Sólo era un fenómeno ambulante, ni más ni menos. No tenía ni nombre ni biografía ni rasgos propios. Todo aquello se había perdido en la paradoja. Perduraban ciertos recuerdos físicos. Notó las bolsas de sus ojos y se dio cuenta de que le dolía la garganta de tanto grito y tanta lágrima. Tenía una marca en la muñeca que su marido le había

agarrado. Se llevó la mano al pelo y supo que era un desastre y que en medio de la discusión se había arrancado un mechón de la sien derecha. Llegó al muro exterior de Caldwell. Caminó junto a la tapia trasera contemplando el talud verde que subía desde la hondonada hasta el nivel de la calle. Recorrió el muro de punta a punta y volvió sobre sus pasos. Parecía buscar una abertura en los ladrillos. Iba y venía por la misma senda. Ya levantaba una rodilla para trepar

cuando oyó una voz de hombre.

—Keisha Blake.

Al otro lado de la calle y a su izquierda. Bajo un castaño de indias, con las manos hundidas en los bolsillos de la sudadera.

—Keisha Blake. Espera.

El cruzó la calle al trote llevándose unas manos nerviosas a la nariz, las orejas, el cuello.

—Nathan.

—¿Vuelves a escondidas? —Se subió de un salto a la tapia.

—No sé qué estoy haciendo.

—Ni siquiera me preguntas cómo estoy. Qué antipática. —Se puso en cuclillas y la escrutó—. Tienes mala cara, Keisha. Cógeme las manos.

Natalie cruzó las muñecas. Nathan le vio las manos temblorosas. Tiró

de ella. Saltaron juntos hasta el otro lado y aterrizaron suavemente en los arbustos. Mientras se enderezaba, Nathan miró por encima del hombro en dirección a la calle.

—Ven, anda.

Bajó apartando la maleza hasta la pequeña zona de hierba donde aparcaban los vecinos. Se apoyó en un coche viejo. Nata-lie se abrió camino más despacio, agarrándose a los troncos y las ramas,

resbalando con sus pantuflas.

—Tienes muy mala cara.

—No sé qué estoy haciendo aquí.

—Te has peleado con tu hombre, ¿a que sí?

—Sí. ¿Cómo...?

—No tienes pinta de tener problemas de verdad. Ven conmigo. Estoy volando.

Natalie se fijó entonces en las pupilas de Nathan, enormes y vidriosas, e intentó recuperar su antiguo papel. Sería tremendo reemplazar aquella ausencia de sensaciones, aquella nada. Le puso una mano en el hombro. La sudadera tenía la tela acartonada y sucia.

—¿Estás volando?

Nathan hizo un ruido con la garganta, como ahogando un grito. Le vino un poco de flema y tosió

levemente.

—Esta noche toca volar o rendirse. ¿Vas a casa de tu madre?

—No. Al norte.

—¿Al norte?

—Quería coger el metro en Kilburn. Pero la calle está cortada.

—¿Ah, sí? Pues vente a dar un paseo. No me apetece nada estar aquí. Ya he pasado bastante tiempo

en este sitio.

Se detuvieron en el centro de la hondonada de Caldwell. Cinco bloques conectados por pasarelas, puentes, escaleras y ascensores que convenía evitar prácticamente desde su construcción. Smith, Hobbes, Bentham, Locke y Russell. Aquí está la puerta y aquí la ventana. Y otra vez y otra vez. Algunos vecinos habían colocado bonitas macetas de geranios y violetas africanas en sus balcones.

Otros tenían ventanas reparadas con cinta adhesiva marrón, visillos sucios y puertas sin número y sin timbre. Enfrente, en el largo balcón de cemento que recorría toda la fachada de Bentham, un chico blanco y gordo tenía un telescopio sobre un trípode, pero apuntado hacia abajo, hacia el aparcamiento, en lugar de hacia la luna. Nathan lo miró un rato. El chico plegó el telescopio, se metió el trípode bajo el brazo y entró apresuradamente en el edificio. El olor a maría era

omnipresente.

—Cuánto tiempo, Keisha.

—Cuánto tiempo.

—¿Tienes un cigarrillo?

Natalie se llevó las manos al cuerpo para ilustrar la falta de bolsillos. Nathan se paró en seco y se sacó un cigarrillo suelto del bolsillo trasero. Lo partió por la mitad usando la larga uña del pulgar, gruesa, amarillenta y con

una ancha raja en el centro. El tabaco le cayó en las manos. Unas arrugas negras y resecas le surcaban las dos palmas. Rebuscó en sus vaqueros y sacó papel de liar naranja y una bolsita que agarró con los dientes.

—¿Tú de cuál eras?

—Del Locke. ¿Y tú?

El señaló con la cabeza hacia el Russell.

—No te muevas.

Nathan la cogió por los hombros y la movió hasta tenerla directamente delante de él. Era un alivio convertirse en un objeto. Si no cometía ningún error podía servir como parapeto entre la brisa y aquellos dos papeles de liar que estaban siendo enrollados meticulosamente.

—Quédate así un momento más. Eh, ¿estás llorando?

—Sí. Lo siento.

—Eh, venga, Keisha. Tu hombre no es tan cabrón. Te dejará volver.

—Pues no debería.

—La gente hace muchas cosas que no debería. Ya está.

Le ofreció el porro, con la cara levantada hacia el cielo nocturno.

—No. Necesito tener la cabeza despejada.

—No finjas que eres buena chica, Keisha. Te conozco de siempre. Conozco a tu familia. A Cheryl. Como tú quieras.

Se guardó el porro detrás de la oreja.

—No lleva sólo maría, ¿eh? Le he puesto unas cuantas sorpresas. Pruébalo. Vámonos a un sitio tranquilo. Anda, vente.

Echó a andar. Natalie lo siguió. Ahora caminar era su trabajo.

Mientras andaba intentó situar a la gente de allí, de la casa, en la corriente actual de sus pensamientos. Pero su relación con cada uno de ellos se había vuelto irreconocible, y su imaginación (por culpa de un largo proceso de abandono casi tan largo como su vida entera) ya no tenía el poder generador necesario para invocar un futuro alternativo. Sólo podía concebir la vergüenza de una plácida vida residencial ahogándolo todo. Lo pensó de una

forma y lo pensó de otra, pero no había salida. Aunque tal vez Jayden... Volvió a encallarse. ¿Tal vez Jayden qué?

—¿Qué hora es, Keisha?

—No lo sé.

—Tendría que haberme largado de aquí hace mucho tiempo. A veces no me entiendo. ¿Quién me encadena? Nadie. Tendría que haberme ido a Dalston. Ahora ya es tarde.

Un niño de unos nueve años apareció tras un taxi negro aparcado, montando una bicicleta sin manos y con gran lentitud y pericia. Lo seguían otros dos chiquillos de unos seis y una niña de unos cuatro. Tenían esas caras alargadas y ojos de azabache que Natalie asociaba con los somalíes, y al verlos le resultó familiar su aburrimiento. Lo recordaba. La chica le daba patadas a una lata abollada. Uno de los niños llevaba una rama lánguidamente y la dejaba

chocar con todo lo que se le ponía por delante. Al pasar les echaron un vistazo ceñudo y hablaron en su idioma. El palo se cruzaba con la trayectoria de Nathan. A éste le bastó mirarlo para que el niño levantara suavemente el palo por encima de sus cabezas.

—¿Qué estamos haciendo, Nathan? ¿Qué hacemos?

—Vamos de excursión. Al norte.

—Ah.

—Es a donde quieres ir, ¿no?

—Sí.

Hay una conexión entre el tedio y el deseo de caos. A pesar de sus muchos disfraces y faroles, tal vez ella nunca había dejado de buscar el caos.

—¿Tienes música, Keisha?

—¿Qué?

—Tendríamos que ir y pillar algo

de música. ¡Al Locke!

Gritó y lo señaló como si al nombrarlo hubiera conseguido que se materializara el bloque.

—Keisha, dime nombres de gente del Locke.

—Leah Hanwell. John-Michael. Tina Haynes. Rodney Banks.

El esfuerzo de decir los nombres hizo que Natalie tuviera que sentarse donde estaba. Se tumbó de

espaldas y apoyó la cabeza en el suelo hasta que dejó de ver y de pensar en nada que no fuera la luna.

—A Rodney lo vi, ya hace tiempo, en Wembley. Tiene una tintorería allí. Le ha ido bien. Pero es un tío legal, no se le han subido los humos. Charlamos un rato. Otros fingen que no te conocen. Levántate, Keisha.

Natalie se apoyó en los codos para incorporarse y mirarlo. Llevaba décadas sin tumbarse en la acera.

—Venga, levántate. Habla conmigo. Como siempre. Venga, colega.

Por segunda vez en lo que iba de noche, ella cruzó las muñecas y se dejó levantar como si apenas estuviera allí, como si apenas fuera nada.

—Leah. Estaba obsesionada contigo. Obsesionada.

—La he visto. Y hay más. Excelente en matemáticas.

—¿Quién, Leah?

—¡Yo, tía! ¡Se me daban bien las matemáticas! Tú te acuerdas. La mayoría de la gente no me conoce de entonces. Pero tú te acuerdas. Me ponían estrellitas doradas todo el tiempo.

—A ti se te daba bien todo. Eso recuerdo yo. Hasta hiciste una prueba.

—Eso mismo. Con los Queens Park Rangers.Todo el mundo fanfarronea

con que hizo una prueba, pero yo la tuve de verdad.

—Ya lo sé. Tu madre se lo contó a la mía.

—Tenía los tendones mal. Y seguí jugando. Nadie me lo dijo. Muchas cosas serían distintas hoy, Keisha. Muchas cosas. Como te lo digo. Así mismo. La verdad es que no me gusta recordar aquellos tiempos. A fin de cuentas estoy aquí, tirado en la calle, currando. Rompiéndome la espalda, día sí y día también.

Intentando que me paguen. He hecho cosas malas, Keisha, para qué te voy a mentir, pero tú sabes que yo en realidad no soy así. Tú me conoces de los viejos tiempos.

Golpeó tres latas de cerveza y las mandó tintineando a la hierba. Habían alcanzado el final de la nostalgia. Aquí el muro exterior estaba parcialmente destruido: daba la impresión de que alguien lo había desmontado con las manos, ladrillo a ladrillo. Cruzaron la calle

y pasaron frente a la cancha de baloncesto. Había cuatro figuras sumidas en las sombras de una esquina, con los cigarrillos brillando en la oscuridad. Nathan levantó una mano para saludarlos. Ellos hicieron lo mismo.

—Para aquí. Me voy a fumar esto.

—Vale, yo también.

Nathan se apoyó en la verja del cementerio y miró de frente. Se sacó el porro de detrás de la oreja.

Se lo fueron pasando. Echaban el humo a través de los barrotes. La otra cosa que había mezclada con el tabaco tenía un sabor amargo. A Natalie se le entumeció el labio de abajo. Notó que se le desprendía la coronilla. La boca se le puso rígida y lenta. Se volvió trabajoso traducir los pensamientos en forma de sonidos o saber qué pensamientos podían volverse sonidos.

—Atrás, atrás, atrás. Keisha, atrás.

—¿Qué?

—Levanta.

Natalie se vio empujada suavemente un par de metros por el hombro hasta que los dos estuvieron en el punto intermedio entre dos farolas. Al otro lado de la verja, una esbelta farola victoriana proyectaba un resplandor tenue sobre los lechos de flores. Cuando Naomi era pequeña, Natalie había sujetado a su hija contra el pecho y había paseado trazando ochos por aquel cementerio con la esperanza

de que la niña durmiera la siesta. La gente del lugar afirmaba que Arthur Orton estaba enterrado allí, en alguna parte. Dio muchas vueltas pero nunca lo encontró.

—Vamos adentro. Quiero saltar la verja.

—Un momento. Keisha se ha vuelto loca.

—Entremos. Venga. Yo no tengo miedo. ¿De qué tienes miedo tú? ¿De los muertos?

—Yo no entiendo de fantasmas, Keisha. Y tampoco quiero entender.

Natalie intentó darle el porro, pero Nathan lo devolvió a sus labios.

—¿Por qué estás aquí, Keisha? Tendrías que estar en casa.

—No pienso ir a casa.

—Tú verás.

—¿Tienes hijos, Nathan?

—¿Yo? Qué va.

Se oyó un murmullo que fue subiendo en intensidad, y por fin un chirrido. Una bicicleta se paró derrapando delante de ellos. Un joven con unas desastradas trenzas africanas y la pernera del pantalón enrollada hasta la rodilla ladeó la bicicleta, estiró un brazo y le susurró algo al oído a Nathan. Este escuchó un momento, negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—Déjame, colega. Ya es tarde.

El chico se encogió de hombros y puso el pie en el pedal. Natalie miró cómo la bicicleta se alejaba a toda pastilla dejando atrás el viejo cine.

—Son una sentencia de muerte.

—¿El qué?

—Los hijos. Si nacen, se van a morir. O sea, que a fin de cuentas es eso lo que les estás dando. ¿Ves? Por eso me gusta hablar contigo, Keisha, porque tú eres auténtica.

Siempre hablamos de cosas profundas, tú y yo.

—Me gustaría que hubiéramos hablado más.

—Estoy en la calle, Keisha. Tuve mala suerte. Novlene no le dice la verdad a la gente. Pero para qué voy a mentir. Ya lo ves tú. Estoy aquí. No hay más que lo que ves.

Natalie observó cómo se alejaba el chico de la bicicleta. Había adoptado la costumbre de

avergonzarse por la mala suerte ajena.

—Me encontré a Novlene, en la avenida, hace tiempo.

—Keisha la Lista.

—¿Qué?

—¿Te contó que ya no me deja entrar en casa? Seguro que no. Venga, Keisha la Lista. Dime algo inteligente. Ahora eres abogada, ¿no?

—Sí, pero no importa.

—Llevas peluca. Tienes un mazo.

—No. No importa.

—Pero es que te ha ido bien. A mi madre le encanta hablarme de ti. De Keisha la Lista. ¡Eh, mira ese zorro colándose por ahí!

Tenía una linternita en el extremo del teléfono y la dirigió hacia el otro lado de los barrotes. La punta de una cola bastante fea (como un

cepillo viejo y torcido) desapareció detrás de un roble.

—Son muy sigilosos, los zorros. Están en todos lados. Para mí que dirigen el cotarro.

El zorro era escuálido y parecía correr de lado sobre las lápidas. Nathan lo siguió con su linterna mientras pudo, hasta que el animal dio un salto a la nada y se esfumó.

—¿Cómo conseguiste ese trabajo?

—¿El de abogada?

—Sí. ¿Cómo lo conseguiste?

—No lo sé. Pasó, sin más.

—Siempre has sido muy lista. Te lo mereces.

—Una cosa no lleva a la otra.

—¡Ahí está otra vez! ¡Qué rápidos son los zorros!

—Tengo que irme.

A Nathan le flaquearon las piernas. Se tambaleó. Primero contra los barrotes y luego de lado, encima de Natalie. Ella no esperaba aquel derrumbamiento. Los dos resbalaron por los barrotes hasta dar con el suelo.

—Joder... tienes que dejar de fumar.

—Keisha, quédate conmigo y charlemos un poco. Habla conmigo, Keisha.

Estiraron las piernas sobre la acera.

—La gente ya no habla conmigo. Me miran como si no me conocieran. Gente a la que yo conocía, gente con la que yo andaba.

Se puso la palma de la mano en el pecho.

—Esta mierda lleva demasiada anfeta. Me va el corazón a cien. Menudo capullo. No sé por qué le dedico tiempo. Esto es culpa de él.

Siempre se tiene que pasar. Pero *¿cómo* puedo parar a Tyler? Es Tyler quien tiene que parar a Tyler. No tendría que estar hablando contigo, tendría que estar en Dalston, porque esto no es cosa mía. Es cosa de él. Pero es que me miro y me pregunto: Nathan, ¿por qué estás todavía aquí? ¿Por qué estás todavía aquí? Y ni siquiera sé por qué. No estoy de broma. Tendría que escapar de mí mismo.

—Tranquilo. Respira hondo.

—Déjame que me recupere, Keisha. Sigue andando conmigo.

El se bajó la capucha y se quitó la gorra. En el cogote tenía una mancha blanca del tamaño de una moneda.

—Anda, vámonos.

Al cabo de un segundo estaba de pie. Una luz roja y azul pasó sobre la tapia del cementerio.

—¿Qué hago con esto?

—Tíralo. Venga. Date prisa.

De Shoot Up Hill a Fortune Green

Se detuvieron donde Shoot Up Hill da paso a Kilburn High Road, en el vestíbulo de la estación de metro.

—Espera aquí.

Nathan dejó a Natalie junto a las máquinas de billetes y echó a andar hacia la floristería. Ella esperó hasta perderlo de vista y luego lo

siguió. Se detuvo al borde del toldo. Lo vio en el portal de la tienda de comida china, hablando con dos chicas, en voz baja. Una de ellas llevaba una falda corta de licra y una sudadera con capucha. La otra era una chica bajita con chándal y un pañuelo en la cabeza que se le caía hacia atrás. Estaban en corro. Algo cambió de manos. Natalie vio que él ponía una mano en la cabeza de la chica bajita.

—¿Qué te acabo de decir? Que no me hagas repetir las cosas.

—Si no he dicho nada.

—Bien. Que siga así.

Nathan salió del portal, vio a Natalie y suspiró. Las chicas echaron a andar en dirección contraria.

—¿Quiénes eran esas chicas?

—Nadie.

—Yo sé cosas. Iba cada noche a las celdas de Bow Street.

—Las cerraron. Ahora te llevan a Horseferry.

—Es verdad, sí.

—Yo también sé cosas, Keisha. Soy profundo. Tú no eres la única lista que hay por aquí.

—Ya lo veo. ¿Quiénes son esas

chicas?

—Vamos por Shoot Up Hill y luego cortamos.

La calle era más larga y ancha que nunca. Las casas estaban muy alejadas de la calzada, parecían escondrijos, como si la gente que vivía en ellas todavía tuviera miedo de los bandoleros que daban nombre al lugar. A Natalie le parecía imposible que pudieran

llegar al final.

—¿Llevas dinero encima?

—No.

—Podríamos pillar dos latas.

—Que no llevo nada encima, Nathan.

Caminaron un rato en silencio. Nathan iba pegado a las paredes y nunca ocupaba el centro de la acera. Natalie advirtió que ya no

lloraba ni temblaba, y que, de todas las emociones del mundo, el miedo era la que más costaba retener más de un momento. Le resultaba irresistible aquel despliegue de las texturas del mundo: piedra blanca, césped verde, óxido rojo, pizarra gris, mierda marrón. Resultaba casi agradable caminar hacia ninguna parte. Cruzaron la calle, Natalie Blake y Nathan Bogle, y siguieron subiendo, dejando atrás las casonas estrechas y rojas divididas en apartamentos, subiendo hacia la

gente rica. El mundo de los bloques quedaba muy lejos de ellos, al pie de la colina. Empezaron a aparecer las casas victorianas, al principio solamente unas cuantas y después multiplicándose. Grava limpia en las entradas, persianas de madera blanca en las ventanas. Vallas publicitarias de inmobiliarias sujetas a las cancelas de las verjas.

Algunas de las casas valían veinte veces más que una década atrás. O treinta.

Ya lo creo.

Siguieron andando. En la acera, el ayuntamiento había plantado a intervalos una hilera de plátanos, arbolitos jóvenes protegidos con un rollo de plástico alrededor del tronco. Uno de ellos ya había sido arrancado de raíz y otro partido por la mitad.

De Hampstead a Archway

La parte del Heath donde la avenida principal se adentra en pleno bosque y la acera desaparece. Estaba oscuro y llovía un poco. Caminaban por el asfalto en fila india. Natalie sentía los coches pasándole muy cerca por la derecha, las zarzas y matorrales por la izquierda. Nathan llevaba la capucha y la gorra puestas para resguardarse. Ella tenía la trenza

medio deshecha y pegada al cuero cabelludo por el agua. De vez en cuando él le hacía una advertencia por encima del hombro. Quédate a la izquierda. Mierda de perro. El suelo resbala. Ella no podría haber pedido mejor compañero.

El iba cantando.

La lluvia arreció. Se detuvieron en la puerta de un pub. El Jack Straw's Castle.

—Esos zapatos te van a joder.

—No son zapatos, son pantuflas.

—Te van a joder.

—¿Qué tienen de malo?

—¿Por qué son tan rojos?

—No lo sé. Supongo que me gusta el rojo.

—Sí, pero ¿por qué tienen que ser tan chillones? No puedes ni correr ni esconderte.

—No me estoy escondiendo. No creo que me esté escondiendo. ¿Por qué nos estamos escondiendo?

—A mí que me registren.

El se sentó en el húmedo escalón de piedra. Se frotó los ojos y suspiró.

—Pero hay gente que vive en el bosque, tía.

—¿En el Heath?

—Sí. Bien adentro.

—Es posible. La verdad es que no lo sé.

—Viven como animales ahí dentro. Se han hartado de esta ciudad. Yo también me he cansado. Me persigue la mala suerte, Keisha. Ahí está el problema. No es que yo persiga a la mala suerte. Es que ella me persigue a mí.

—Yo no creo en la suerte.

—Pues deberías. La suerte manda en el mundo.

El se puso a cantar otra vez. A cantar y rapear, aunque hacía las dos cosas en voz tan baja y tono tan melancólico y uniforme que Natalie apenas pudo distinguirlas.

—Ya vuelve a estar ahí ese puto helicóptero.

Mientras hablaba, sacó del bolsillo un paquete de Golden Virginia y aplanó un papel de liar Rizla sobre la rodilla. Natalie miró hacia arriba. Nathan intentó ocultarse en las sombras del portal. Los dos se

dedicaron a mirar cómo las aspas hendían la cubierta de nubes. Habían fumado sin parar. Natalie no había estado tan colocada en la vida.

—Y no tiene pinta de parar de llover.

—Podría enseñarte un diario. Con tu nombre. Cada tres líneas, tu nombre. El diario de mi amiga Leah. Así fue básicamente mi infancia: ¡escucharla a ella hablar de ti! Ella no lo admitiría nunca,

pero el hombre con el que se acabó casando... se parece a ti.

—¿Ah, sí?

—Se me hace raro que tú pudieras ser tan crucial para otra persona y no enterarte nunca. Ella te... amaba. ¿Por qué haces eso? ¿Es que no me crees?

—No, es que... Es la única verdad que decía mi madre. A los jamaicanos todo el mundo los quiere cuando tienen diez años. Con

sus cabecitas redondas y tal. Tan guapos y vivarachos. A los jamaicanos todo el mundo los quiere cuando tienen diez años. Después ya son un problema. No podemos tener diez años toda la vida.

—Es horrible decirle eso a un niño.

—Bueno, así es como lo ves tú... Yo no lo veo así. Para mí no es más que la verdad. Ella intentaba decirme algo que es verdad. Pero tú no lo quieres oír. Tú quieres oír un

rollo distinto. Ay, Nathan, me acuerdo de cuando tú eras esto y aquello y eras tan mono y no sé qué coño más, ¿me pillas? Los buenos recuerdos. La última vez que estuve en tu casa yo tenía diez años, colega. Después tu madre ya no me dejó entrar, te lo aseguro.

—¡No es verdad!

—En cuanto cumplí catorce años empezó a cambiar de acera y a hacer como que no me había visto. Yo lo veía con estos ojos. En este

país no hay forma de vivir cuando dejas de ser crío. Ni hablar. No te quieren, tu propia gente no te quiere, no te quiere nadie. No les pasa a las chicas, sólo a los tíos. Esa es la verdad de lo que pasa aquí.

—Pero ¿no recuerdas que...?

—Oh, Nathan, ¿te acuerdas de tal, te acuerdas de cual? Te digo la verdad, Keisha, no me acuerdo. He quemado todos esos rollos en mi cabeza. Son una vida distinta. No

me sirven para nada. Ya no vivo en las torres. Ahora estoy en las calles, tengo una actitud distinta. Sobrevivir. Y ya está. Sobrevivir. No hay más que eso. Tanto hablar de que «fuimos a la misma escuela». ¿Y qué? ¿Qué sabes tú de mi vida? ¿Cuándo has estado tú en mi pellejo? ¿Qué sabes tú de vivir como vivo yo, de crecer como he crecido yo? Te sientas en tu banco a juzgarme. Me preguntas «quiénes son esas chicas». No te metas donde no te llaman, chata. Tú y tu

puta amiga bollera. Tráemela aquí y le diré lo mismo. «Con lo bien que jugabas al fútbol, todo el mundo te quería.» ¿A mí eso para qué me sirve? Y luego te volverás a tu casa con tu pasta y tu vida, ¿y dónde están mi pasta y mi vida? Te sientas en tu banco. Te pones a rajar de mí. «¿Qué se siente siendo un problema?» ¿Qué sabes tú de eso? ¿Qué sabes tú de mí? Nada. ¿Quién eres tú para largarme ese rollo? Nadie. Na-die.

Justo delante de ellos un pajarillo empapado se posó sobre una hoja y se sacudió las plumas. Un coche que pasaba tomó la curva muy bruscamente y levantó una cortina de agua.

—¿Y por qué lloras ahora? No tienes motivos para llorar.

—Déjame en paz. Ya sé adonde voy. No necesito que me lleves tú.

—Melodrama. Eres una de ésas. Te encanta el melodrama.

—Lo único que quiero es que te vayas. ¡VETE!

—Pues mira, no me voy a ningún lado. No te vas a librar tan fácilmente. Y no hace falta que te enfurruñes sólo porque te canto cuatro verdades.

—Quiero estar sola.

—Lo que quieres es tenerte lástima. Has tenido una bronca con tu hombre. Es un mulato, tu hombre. Lo he visto en la estación de

Kilburn con su maletín. Mírate, qué lástima te das. Señal de que te van bien las cosas cuando lloras por estas mierdas. Me descojono contigo.

—Yo no me tengo lástima. No siento nada por mí. Quiero estar sola, eso es todo.

—Pues mira, no siempre se puede tener lo que uno quiere.

Natalie se puso de pie y trató de correr. A los dos pasos se le

enganchó una pantufla empapada en el barro y cayó de rodillas.

—Pero ¿adonde vas? ¡Déjalo ya, tía! ¡Que lo dejes! ¿Cómo te lo tengo que decir?

La lluvia caía con más fuerza que antes. Natalie vio que él le ofrecía la mano. En vez de hacerle caso, se llevó las manos a la rodilla derecha y se levantó de un salto. Agitó los brazos y las piernas como si fuera una gimnasta. Se puso de pie y echó a andar tan deprisa como pudo,

pero cuando miró por encima del hombro seguía teniéndolo detrás.

Hampstead Heath

—Veo que intentas entenderme.

—No estoy intentando nada. ¡Mira al frente!

—¿Has acabado? Sí que tardas.

—Las mujeres tardamos más.

—Pues date prisa. Se acerca un tío con su perro.

—¿Qué?

—Qué va. Tranqui.

—Ojalá me dejaras en paz.

—Pero si no te digo nada.

—Sí que dices algo.

—Hora del piiicnic. Hagamos un piiicnic.

—¿Qué pasa? Yo hacía picnics aquí. Picnics. ¿Qué pasa, nunca has

hecho uno? Trato de explicarte cómo es una vida normal.

—Sí, te encanta explicar las cosas.

—Yo antes subía aquí con mi iglesia.

—Ya empezamos.

—¿Cómo que ya empezamos? ¿Tú nunca venías?

—Pues no.

—¿Nunca? ¿Nunca has estado en Hampstead Heath? ¿Ni cuando éramos niños? ¿Nunca habías venido aquí?

—¿Para qué iba a venir aquí?

—Pues no sé... porque es gratis, porque es precioso. Árboles, aire fresco, estanques, hierba.

—No era mi rollo.

—¿Qué quieres decir con que no era tu rollo? ¡Es el rollo de todo el

mundo! ¡Es la naturaleza!

—Tranquila, mujer. Súbete las bragas.

Esquina de Hornsey Lane

—Deja de seguirme. Deja de hablar conmigo. No puedo ni pensar. Ahora necesito estar sola.

—No es que tú estés soñando conmigo, Keisha. Soy yo quien está soñando contigo.

—Va en serio. Ahora necesito que te vayas.

—No, pero es que no me estás oyendo. Escucha: mi sueño es mi sueño. ¿Me pillas? Y tu sueño es tu sueño. Tú no puedes tener mi sueño. Lo que comes tú no me hace cagar a mí. ¿Me pillas? Es mi sueño... tú no puedes entrar.

—Dios bendito, lo tuyo es magia negra.

—Soy magia pura.

—¡Vete a casa!

—No voy a ningún lado.

—Si vas a hacerme daño, pierdes el tiempo. Llegas tarde.

—Pero ¿por qué me dices eso? Estamos dando un paseo como amigos. Yo no soy mala persona, Keisha. ¿Por qué me hablas como si fuera un canalla? Pero si te acuerdas de mí. Sabes quién soy.

—No sé quién eres. No sé quién es nadie. Deja de seguirme.

—¿Por qué eres tan borde conmigo? ¿Qué te he hecho yo? Pero si no te hecho nada.

—¿Quién era esa chica, la bajita, la del pañuelo?

—¿Eh? ¿Por qué te preocupas por ella?

—¿Vives con ella?

—Ese es tu problema. Que quieres meterte en los sueños de los demás. Somos amigos, ¿no? Estamos dando

un paseo como amigos. ¿Pues por qué te pones a agobiarme?

—¿No iba a la Brayton? Me resultaba familiar. ¿Se llama Shar?

—Yo entonces no la conocía. No la llamo así.

—¿Cómo la llamas?

—¿Dónde estamos, en el tribunal? Yo a mis chicas las llamo de muchas maneras.

—¿Qué haces con tus chicas? ¿Las mandas a robar? ¿Las chuleas? ¿Las amenazas por teléfono?

—Eh, eh, para el carro, colega. Me estás liando de mala manera. Mira, mis chicas y yo hacemos piña. Eso es lo único que debes saber. Ellas velan por mí y yo por ellas. Somos muchos en uno. Como los dedos de una mano.

—¿Te estás escondiendo de alguien, Nathan? ¿De quién te escondes?

—¡Que yo no me escondo de nadie! ¿Quién dice que me escondo?

—¿Quién es esa chica, Nathan? ¿Qué les haces a tus chicas?

—Tú no estás bien de la cabeza. Se te va la olla.

—¡Contesta a mi pregunta! ¡Asume tus responsabilidades! ¡Eres libre!

—No, colega, ahí te estás equivocando. Yo no soy libre. No lo he sido nunca.

—¡Todos somos libres!

—Pero yo no vivo como tú.

—¿Qué?

—Que yo no vivo como tú. Tú no sabes nada de mí. No sabes nada de mis chicas. Somos una familia.

—Una familia extraña.

—Todas lo son.

Hornsey Lane

—Hornsey Lañe —dijo Natalie Blake—. Aquí venía yo.

Y era verdad. Aunque se podría aclarar que no fue del todo cierto hasta que vio el puente. Nathan miró alrededor. Se rascó la llaga del cuello.

—Aquí no vive nadie. ¿A quién querías ver aquí? Si estamos en

mitad de la nada.

—Vete a casa, Nathan.

Natalie caminó hacia el puente. Las farolas de ambos lados eran de hierro forjado y sus bases se convertían en peces con las bocas muy abiertas. Tenían colas de dragones enrolladas en torno al poste y cada una estaba rematada por un orbe de cristal naranja. Unos orbes relucientes y grandes como pelotas de fútbol. Natalie había olvidado que el puente no era

puramente funcional. Lo intentó, pero no consiguió pasar por alto su belleza.

—Keisha, ven aquí, tía. Te estoy hablando. No seas así.

Natalie se subió a la pequeña cornisa situada a un palmo o dos del suelo. Solamente recordaba un nivel de obstáculos, pero la barrera lateral de dos metros que tenía delante estaba rematada con pinchos, como si fuera una fortificación medieval: pinchos

hacia arriba y también hacia abajo, como una imitación en hierro del alambre de púas. Debía de ser así como impedían que la gente fuera a ninguna parte.

—¿Keisha?

Las vistas estaban cuadriculadas. San Pablo en una cuadrícula. El Gherkin en otra. Medio árbol. Medio coche. Cúpulas, pináculos. Cuadrados, rectángulos, medias lunas, estrellas. Era imposible obtener una visión del conjunto.

Desde allí arriba, el carril para autobuses parecía una raja roja que atravesaba la ciudad. Lo único coherente que Natalie veía eran las torres de pisos, separadas entre sí pero al mismo tiempo conectadas. Desde aquella distancia tenían cierta lógica, como postes de piedra clavados en un campo vetusto, esperando a que les colocaran algo encima, una estatua tal vez, o una plataforma. Un hombre y una mujer se detuvieron en la barandilla junto a Natalie.

—Qué bonitas vistas —dijo la mujer.

Tenía acento francés. No parecía en absoluto convencida de lo que acababa de decir. Al cabo de un minuto la pareja se fue colina abajo.

—¿Keisha?

Natalie miró hacia abajo. Intentó localizar la casa en algún lugar situado al oeste de la colina. Hileras de chimeneas, todas

iguales, todas de ladrillo rojo, se extendían en dirección a los suburbios. Se levantó un poco de viento agitando los árboles de más abajo. Tenía la sensación de estar en el campo. En el campo, si una mujer no podía hacer frente a sus hijos o a sus amigos o a su familia (por estar cubierta de vergüenza), seguramente sólo tenía que echarse en un prado y desaparecer, fundirse primero con la hierba y luego con la tierra que hay debajo. Criada en la ciudad, Natalie Blake siempre

había sido una ingenua en asuntos rurales. Aun así, con respecto a la ciudad no andaba equivocada. En la ciudad hacía falta una ruptura propiamente dicha, una fractura brusca y completa. Ahora se imaginó el acto con total claridad, se le apareció ante los ojos como si fuera un objeto que tenía en la mano, y luego el viento volvió a agitar los árboles y sus pies tocaron la acera. El acto se quedó en eso: un acto, una perspectiva, eternamente posible. Estaba claro

que pronto iría alguien a aquel puente y reclamaría ambas cosas, tanto la posibilidad como el acto en sí, como la gente había estado haciendo con siniestra regularidad desde la construcción del puente. Pero en aquel momento concreto ya no quedaba nadie para hacerlo.

—Keisha, empieza a hacer frío aquí arriba. Yo necesito un poco de calor. Venga, tía. Keisha, no estés de mal rollo. Charla un poco más conmigo. Bájate de ahí.

Ella se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas. Estaba temblando de la risa. Levantó la vista y vio que Nathan la miraba con el ceño fruncido.

—Oye, yo me largo. No puedo quedarme quieto. Eres un puto peligro. ¿Te vienes o qué? —preguntó Nathan Bogle.

—Adiós, Nathan —dijo Natalie Blake.

Vio que se acercaba un autobús

nocturno y deseó llevar encima algo de dinero. No sabía exactamente qué se había salvado, ni quién lo había salvado.

visitación

La mujer estaba desnuda y el hombre vestido. La mujer no se había dado cuenta de que el hombre tenía que marcharse. Por la ventana llegaba el ruido de una carroza de carnaval que estaba probando su equipo de sonido. Venía del oeste, de Kensal Rise. Al cabo de unos compases, la música se detuvo y fue reemplazada por el tintineo de una furgoneta de helados que pasaba. *Here we go round the mulberry bush.* La mujer se incorporó hasta sentarse y buscó con la mirada la

carta que había dejado de madrugada en el lado masculino de la cama. Había tardado un día entero y la mayor parte de una noche en «ordenar sus pensamientos». Por fin, cuando ya despuntaba el lunes, lamió el adhesivo del sobre blanco y le dejó la carta en la almohada a su marido. El la trasladó a una silla, sin abrirla. Ahora vio cómo su marido metía los pies en urtos elegantes mocasines italianos con borla y se encajaba una gorra de béisbol sobre

los rizos.

—¿No vas a abrirla? —dijo Natalie.

—Voy a salir —dijo Frank.

La mujer se incorporó sobre las rodillas en postura suplicante. Apenas podía creerse que se hubiera despertado aquella mañana para encontrarse en la misma situación que el día anterior y que dos días atrás, que el sueño no pudiera borrar nada. Que al día

siguiente fuera a encontrarse en la misma situación. Que ahora su vida entera fuera así. Dos enemigos en silencio que se dedicaban a llevar a los niños a sus compromisos sociales.

—Voy a estar fuera unas horas —dijo el hombre—. Cuando vuelva tendré a los niños hasta las siete. Deberías irte a otra parte.

La mujer cogió el sobre y se lo tendió.

—Frank, llévatela.

El hombre sacó un volumen fino de un estante (a ella le faltó rapidez para identificarlo) y se lo guardó en el bolsillo de atrás.

—Las confesiones siempre son interesadas —dijo.

Y salió de la habitación. Ella lo oyó bajar la escalera y detenerse un momento en el segundo piso. Al cabo de unos minutos le llegó un portazo desde la entrada.

Había que elegir entre la inmovilidad y la propulsión. Se vistió a toda prisa, dramáticamente, de blanco y azul chillón, y bajó corriendo un tramo de escalera. Se encontró con sus hijos en un rellano. Naomi estaba sobre una caja puesta del revés. Spike estaba tumbado boca abajo en el suelo. Los dos eran de color plateado. Caras plateadas, ropa pintada con espray plateado y gorros de papel

de aluminio. Natalie no sabía si era la consecuencia de un acontecimiento trágico, de alguna clase de juego o de algo completamente distinto.

—¿Dónde está María? —preguntó, pero enseguida se contestó a sí misma—. Ah, hoy es lunes festivo. ¿Por qué lleváis eso?

—¡Por el carnaval!

—¿Otra vez? ¿Quién os ha dicho que podíais ir los dos días?

—Soy un robot. Hay un concurso. Nos los ha hecho Maria. Hemos gastado todo el papel de plata.

—Dos robots.

—¡No! Spike es un perro robot. Yo soy el robot principal. Empieza a las dos. Cuesta cinco libras.

Si sus hijos seguían suministrándole aquella clase de descripciones claras y útiles de los fenómenos, era posible que pudieran resolver las horas siguientes. O los años

siguientes.

—¿Qué hora es? —Los hijos de Natalie esperaron a que ella mirara el teléfono—. No podemos quedarnos aquí. Hace un día precioso. Tenemos que salir.

Cada niño tenía su propia habitación (en la casa había espacio de sobra para que los dos durmieran solos), pero, como desconocían la lógica del capital,

los niños insistían en dormir juntos, y además en la habitación más pequeña, en literas, rodeados de montañas de ropa. Natalie hurgó en todo aquel jaleo buscando algo adecuado.

—No quiero cambiarme —dijo Naomi.

—¡Yo tampoco! —dijo Spike.

—Pero es que estáis ridículos —objetó Natalie.

Vio su legendaria voluntad reflejada en los ojos de su hija, pero con el doble de fuerza. En el recibidor de la planta baja metió al perro robot en el cochecito y tuvo una discusión con el otro robot acerca de si se le podía permitir que cogiera su patinete. También perdió ese debate. Cerró la puerta de la casa y levantó la vista para contemplar aquella carísima montaña de ladrillos y cemento. Lo más seguro era que muy pronto fuese dividida, su contenido metido

en cajas y redistribuido. Lo más probable era que sus ocupantes se separasen y reubicaran. Después, un nuevo grupo de almas optimistas, decididas a «construir una vida juntos», cruzaría el umbral. Y en cierto sentido no costaba proyectarse a uno mismo hacia el futuro de aquella forma, siempre y cuando te ciñeras a las abstracciones.

Al cabo de dos minutos en la calle, la hija se aburrió del patinete y le

pidió a su madre que la llevara a caballito. Natalie rnganchó el patinete al cochecito y dejó que su hija se le subiera ;i la espalda. Naomi estiró el cuello a un lado, pegando su suave mejilla a la cara de su madre y metiéndole el pelo alborotado en In boca.

—¿Por qué insistes en coger el patinete si sabes que después no vas a usarlo?

La niña habló rozando con los labios húmedos la parte carnosa de

la oreja de su madre.

—Es que no sé qué voy a querer hasta que lo quiero.

La madre miró dentro de las canastas de alambre de sus hijos.

Naomi: pasta de dientes, pelota de goma, pegatinas, un gran tridente de plástico rojo, un libro.

Spike: pelota de goma, pelota de

goma, pato de goma con luz, estropajos de aluminio, espada de plástico.

Cinco libras por cabeza, cinco artículos. Poundland, la tienda de todo a una libra. Natalie recordaba haber hecho lo mismo con Marcia en el Woolworths, pero entonces te gastabas una libra y te llevabas mucho más, y todo tenía que ser «útil». Eran otros tiempos.

—Me interesa saber por qué os habéis decidido por esas cosas.

—Yo he ayudado a Spike a elegir. Pero él ha elegido eso.

—No quieres un estropajo, cielo.

—¡SÍ LO QUIERO!

Natalie cogió el tridente.

—Es para Halloween.

—Nom, es agosto.

—¡SÍ LO QUIERO!

—En serio —dijo Naomi con cara

muy seria—. Es una ganga.

En el mostrador vendían el *Kilburn Times* por veinticinco peniques.

ASESINATO EN ALBERT ROAD

LA FAMILIA BUSCA TESTIGOS

En un sofá gastado estaba sentado un caballero rastafari con una foto de su hijo en las manos. Al lado,

una joven preciosa que agarraba la mano izquierda de su padre. Había una profunda tristeza en ambas caras. Natalie descubrió que no podía contemplar aquello de forma prolongada. Le dio la vuelta al ejemplar que estaba encima y lo dobló por la mitad.

—Y uno de éstos —dijo.

Tenían tiempo que matar. Natalie ignoraba qué iban a hacer después

de matar todo aquel tiempo. Caminaron hasta la tienda de animales. Natalie liberó al perro robot. Vio cómo el robot y el perro robot bajaban corriendo la rampa de entrada, hacia la libertad. Desdobló el periódico y trató de caminar, leer y empujar el cochecito al mismo tiempo, todo ello sin perder de vista a las dos encantadoras criaturas que ahora deambulaban por aquella tienda cavernosa, hablando con los lagartos o discutiendo sobre la

diferencia entre un hámster y un gerbo. Le vinieron ganas de llamar a Frank, que tenía más talento que ella para la realidad, sobre todo para la cronología, pero llamar a Frank requeriría explicar cosas para las que ella no tenía explicación. Dos días antes. Seis de la tarde. Albert Road. La mirada de Natalie no paraba de regresar al mismo bloque de texto, tratando de extraerle algo más de sentido. No sabía si estaba intentando introducirse en un drama ajeno (tal

como Frank decía que ella solía hacer) o realmente sabía algo de lo que había sucedido a aquella hora en aquella calle. Intentó extraer la palabra «Félix» de aquella fotografía dentro de una fotografía. Los hoyuelos, la expresión jovial y juvenil. La sudadera nueva con su capucha negra y amarilla. Apenas le costó. Era un tipo del barrio y ella lo reconoció, pese a que no era capaz de decir nada más relevante sobre él. Salvo, tal vez, que tenía toda la pinta de llamarse Félix.

Levantó la cabeza del periódico. Llamó a los niños. Nada. Caminó hasta los peces, los lagartos, los perros y los gatos. No estaban. Se recordó a sí misma que no era una persona histérica. Volvió a recorrer el circuito que acababa de completar, apretando un poco el paso, llamando a sus hijos en un tono perfectamente razonable. Nada, no estaban. Abandonó el cochecito y se desplazó rápidamente hacia el mostrador. Hizo a dos personas una pregunta

muy sencilla que ellas respondieron con una exasperante falta de urgencia. Regresó con los peces y los lagartos, gritando. Sabía que a sus hijos no los habían secuestrado, ni asesinado, y que seguramente estaban a quince metros de ella, pero repasar aquella serie lógica de aserciones no la ayudó a detener el desplome generalizado que ahora estaba teniendo lugar en su interior. Le echó un vistazo al foso que separaba a la gente que ha conocido un dolor insoportable de la gente

que no. Al instante se le cubrió el cuerpo entero de sudor. Se acercó un hombre con delantal para decirle que se tranquilizara. Ella lo apartó bruscamente y salió corriendo a la calle. Era el mismo foso donde ella había estado a punto de meter a Frank, a sus hijos, a su madre y a Leah. A cualquiera que alguna vez le hubiera tenido afecto.

Dio un paso a la izquierda y se quedó quieta: era una dirección que por algún motivo su instinto

rechazaba. Dio media vuelta, entró corriendo en el almacén contiguo y bajó la rampa que llevaba a otra caverna, ésta repleta de maniquíes sin cara, con hijab y enormes bandas de seda negra dobladas y colocadas en montones cuadrados sobre largos estantes. Corrió sin rumbo entre los percheros llenos de telas, velos y vestidos bordados y por fin salió a la cañe y volvió a bajar la rampa de la tienda de animales, donde vio inmediatamente a los niños,

sentados en el suelo al fondo de la tienda, delante de las conejeras.

Natalie cayó de rodillas y los agarró con las dos manos. Se puso a besuquearles las caras, un obsequio que ellos aceptaron sin comentario alguno.

—¿Los conejos se comen? —preguntó Naomi.

—¿Qué?

—¿Tú has comido conejo?

—No... o sea, hay gente que sí. Yo no. Espera... es mi teléfono. No tenéis que desaparecer así. Me habéis dado un susto de muerte.

—¿Y por qué no comes conejo?

—Cariño, no lo sé, porque nunca he querido. Déjame contestar a esta llamada. ¿Hola?

—Pero comes cerdo y pollo y cordero. Y pescado.

—Tienes razón... no tiene lógica.

¿Hola? ¿Quién es?

Michel. Notó de inmediato que él estaba trastornado. Se puso de pie, retrocedió unos pasos para alejarse de los niños y levantó un dedo para indicarles que debían quedarse donde estaban.

—Está ahí tumbada al sol —dijo Michel—. No quiere hablar. Ya no sé qué hacer. ¿Por qué me odia?

Natalie intentó tranquilizarlo. Adoptó el papel de Frank:

establecer la cronología. Pero nada tenía ni pies ni cabeza. No sé qué de la droguería. De unas fotografías.

—No lo entiendo —dijo Natalie Blake, un poco impaciente.

—De manera que le pregunto: ¿qué pasa? ¿Qué problema hay? Y ella me dice «mira en esa caja». Y yo miro.

—¿Y qué había? —preguntó Natalie con la sensación de que

Michel le estaba exprimiendo a la historia hasta la última gota de dramatismo innecesario.

Estaba ansiosa de volver con sus hijos.

—Píldoras. ¡Llevamos un año intentándolo! Y a saber si las habrá estado tomando todo el tiempo. Y llevan tu nombre. ¿Se las has dado tú, Natalie? ¿Por qué me harías eso? ¿Qué coño está pasando?

Los hijos de Natalie se acercaron;

cada uno le cogió una pierna y se puso a tirar mientras ella se defendía de la imputación. En circunstancias normales habría puesto todas sus energías en la defensa (estaba entrenada para ello), pero mientras hablaba su mente viajó a un sitio que parecía terreno abierto donde fue capaz de imaginar algo próximo al dolor de su amiga y, al imaginárselo, recrear una versión dentro de sí.

—Lo siento muchísimo.

—¿Por qué me miente? No es ella misma. Me dice que ha empezado a rezar. No es ella misma. No lo ha sido desde que murió *Olive*.

—Sí que lo es. Sigue siendo Leah.

—¿Y por qué me odia?

—Mamá... vámonos, mamá. ¡Venga! ¡Vámonos!

—Leah te quiere. Siempre te ha querido. Lo que pasa es que no quiere quedarse embarazada.

Claridad. Luminosa, cegadora, libre de juicio, imposible de contemplar más allá de un momento y pronto transfigurada en otra cosa. Pese a todo, estuvo allí un momento.

—Ven, por favor.

Los tres se sentaron a esperar el 98 en la parada que había frente al Poundland. Una mujer de setenta y tantos años con un atractivo mechón blanco en el pelo negro les explicó

que se había escapado de la revolución llevando a un Yorkshire terrier en el equipaje de mano a bordo de un avión fletado por el sha en persona. No este terrier de ahora, sino el que tuvo antes del anterior. Pero en cierta manera admito que no me hice buena musulmana hasta que llegué a Kilburn. Fue aquí donde me volví muy religiosa. Yo creía que los perros eran *haraam*, dijo Nata-lie. El mío no. *Mindy-Lou* es un regalo de Dios. Déjala lamer a tus hijos.

Es una bendición disfrazada.

Llegó el autobús. Natalie se sentó con la frente vibrando contra el cristal. La CockTavern. El McDonald's. El viejo Woolworths. La casa de apuestas. El State Empire. Willesden Lañe. El cementerio. ¿Quién dijo que aquéllas eran coordenadas fijas a las que ella tuviera que jurar lealtad eterna? ¿Cómo podía falsearlas? La libertad era absoluta y estaba en todas partes, cambiando

constantemente de ubicación. Una no podía esperar encontrarla sólo en los lugares antiguos y familiares. Tampoco se podía obligar a los demás a quitarse la ropa y regalártela. ¡Claridad! Y cuando me di cuenta de que *Mindy-Lou* era capaz de hablarme con la mente, en fin, entonces sí que tuve un momento de ésos, como los de los libros y las películas, y supe que todo el mundo a quien conociera velaría por mí y me amaría para siempre, fin. Bueno, dijo Natalie;

cogió en brazos a Naomi y maniobró con el cochecito hasta la puerta. Un placer charlar con usted. Nosotros nos bajamos aquí.

En la puerta, Michel cogió a Natalie de la mano para llevarla por el pasillo, a través de la cocina y finalmente por el jardín, como si aquello fuera una expedición y ella no pudiera orientarse sin él.

—Tal vez debería comprarle otro perro. Es que no sé qué quiere.

Estaba destrozado. Con lo dulce que era. Natalie se llevó una mano a la frente para protegerse del sol de agosto. Vio a Leah tumbada en la hamaca, sin resguardo alguno. Llevaba varias horas allí, negándose a hablar. Natalie había sido convocada para una consulta de emergencia. Intentó aproximarse en silencio con sus hijos, pero éstos tiraban de ella, lloraban acalorados, frenaban su avance. Michel se ofreció a llevarlos a la cocina. Ellos se aferraron a su

madre.

—Puedes llenarles esto —dijo Natalie, y le pasó a Michel dos cantimploras de plástico—. Niños, id. Id con Michel.

Se sentó en el banco que había delante de la hamaca y pronunció el nombre de su mejor amiga. Nada. Le preguntó a Leah qué le pasaba. Nada. Se quitó las sandalias y puso los pies descalzos sobre la hierba. Con la claridad que le quedaba, le ofreció a su amiga una selección de

aforismos, axiomas y proverbios cuya verdad sólo podía inferir de su amplia circulación, igual que uno pone su fe en el valor nominal del papel moneda. La mejor política es siempre la franqueza. El amor lo conquista todo. Cada cual es como es.

Ella hablaba y Leah no la interrumpía, pero Natalie perdía el tiempo. Estaba violando esa ley femenina según la cual una mujer no puede mostrar ninguna debilidad

ante otra mujer sin recibir a cambio un sacrificio del mismo calibre. Así pues, hasta que Natalie pagara con alguna historia recién acuñada, preferiblemente íntima, y a ser posible secreta, su buena amiga Leah Hanwell no le diría nada a cambio, y tampoco escucharía consejo alguno.

—¡Leah! —exclamó Natalie Blake —. Leah. Que te estoy hablando. ¡Leah!

Oyó berrear a Spike y lo vio venir

corriendo hacia ella con la pintura plateada chorreándole por la cara. Al cabo de un momento lo tenía encima; lo cogió en brazos e intentó escuchar la injusticia de la que el niño creía haber sido objeto. Leah volvió su cabeza muy despacio hacia Natalie. Spike estaba echado sobre el regazo de su madre. Leah tenía la nariz quemada y despellejada.

—Mírate —dijo Leah—. Madre e hijo. Pero mírate. Pareces una puta

Virgen.

Un hijo. Hijos. No bebés, no algo que simplemente se maneja. Hermosos, inescrutables, distintos de sus brazos y piernas, de todos sus apéndices. Natalie apretó a Spike tan fuerte contra su cuerpo que él se quejó. Era el conocimiento entendido como una especie de regalo sublime y entregado de forma inadvertida. Quería compensar a su amiga con

algo de valor equivalente. Si la sinceridad fuera algo que uno pudiera retener y conservar en este mundo, si fuera un objeto, tal vez Natalie Blake habría advertido que el regalo perfecto en aquel momento era una narración sincera de sus propias dificultades y ambivalencias, expuesto con claridad, sin disfrazar, sin embellecer ni adornar. Pero a Natalie le pesaba demasiado su instinto de autodefensa y supervivencia.

—No pienso disculparme por mis decisiones —dijo.

—Por Dios, Nat, ¿quién te lo está pidiendo? Olvidémoslo. No quiero discutir contigo.

—Nadie está discutiendo. Estoy intentando entender qué te pasa. No me creo que estés ahí tirada coqueteando con el cáncer de piel porque no quieres quedarte embarazada.

Leah se volvió en su hamaca y le

dio la espalda.

—No entiendo por qué tengo esta vida —dijo en voz baja.

—¿Cómo?

—Tú, yo, todos nosotros... Por qué esa chica sí y nosotros no. Por qué ese pobre desgraciado de Albert Road. De verdad que no lo entiendo.

Natalie frunció el ceño. Esperaba una pregunta más difícil.

—Porque nosotras hemos trabajado más —dijo apoyando la cabeza en el respaldo del banco para contemplar el cielo enorme y despejado—. Fuimos más listas y supimos que no queríamos terminar mendigando en las puertas de la gente. Quisimos salir. La gente como Bogle... no lo quisieron lo bastante. Lo lamento si te parece una respuesta fea, Lee, pero es la verdad. Es una de las cosas que se aprenden en los juzgados: que la gente suele recibir lo que se

merece. Y fíjate, una de las ventajas de tener hijos es que no dispones de tanto tiempo para tumbarte en hamacas y deprimirte con esas abstracciones. Desde mi perspectiva, a ti no te va mal. Tienes un marido al que quieres y que te quiere, y no va a dejar de quererte si le cuentas cómo te sientes de verdad. Tienes trabajo, amigos, familia, un sitio adonde...
—Natalie continuó con su maravillosa enumeración, aunque llegado este punto se había vuelto

automática y narcisista.

Ya sólo pensaba en Frank y en las ganas que tenía de charlar con él.

—Hablemos de otra cosa —dijo Leah Hanwell.

Michel se acercó por la hierba trayendo a Naomi, una bandeja de bebidas, las dos cantimploras y una botella de vino blanco con copas.

—¿Habla? —preguntó.

—Sí habla —dijo Leah.

Michel sirvió vino a los adultos.

—Por favor —dijo Leah aceptando una copa—, no quiero hacer esto delante de los niños. Hablemos de otra cosa.

—Creo que sé lo que pasó en Albert Road —dijo Natalie Blake.

Primero mandaron un correo

electrónico. A una página web que tenía la policía para obtener informaciones anónimas. Pero aquello resultaba demasiado prosaico, poco satisfactorio, y al terminar se quedaron decepcionadas. Decidieron llamar por teléfono a la comisaría de Kilburn.

—En el mejor de los casos —dijo Leah Hanwell, que parecía gozar de energías renovadas—, Nathan Bogle es alguien a quien se debe

vigilar. Por lo que me has contado. Además de lo que ya sabemos. De su carácter. O sea, como mínimo es alguien a quien se debe vigilar.

Estaba claro que Nathan Bogle no era trigo limpio.

—Tienes razón —convino Natalie Blake—, es lo que se debe hacer.

Y al cabo de unos minutos, mientras volvían a repasar las partes inconexas de la historia, Leah le dijo exactamente lo mismo a

Natalie.

A través de las puertas acristaladas veían cómo los niños correteaban por el césped. Leah encontró el número en internet. Natalie lo marcó. Fue Keisha quien habló. Salvo por el hecho de que se había sacado el teléfono del bolsillo, todo el proceso le recordó bastante aquellas llamadas que las dos grandes amigas hacían a los chicos que les gustaban, en los viejos tiempos, siempre en un estado de

ánimo ligeramente histérico, con las cabezas juntas sobre el auricular.

—Tengo algo que contarte —dijo Keisha Blake disfrazando su voz con su voz.

Agradecimientos

Por recrear la época: Mariya Shopova, Sharon Singh, Seeta Oosman, Freedom©, Self Control©.

Por crear a la autora: Yvonne Bailey-Smith.

Por leer el manuscrito: Simón Prosser, Georgia Garrett, Ann Godoff, Sarah Manguso, Gemma Sieff, Hilton Ais, Ta-mara Barnett-

Herrin, Devorah Baum, Sarah Kellas, Darryl Pinckney, Sarah Woolley, Daniel Kehlmann, Anelise Chen, Josh Appignanesi.

Por ser del barrio: Jim Ford, Len Snow.

Por conocer las leyes: Alison Macdonald, Matthew Ryder.

Por la inspiración: *The Black House*, de Colin Jones, que sirvió de modelo para Garvey House.

Por ser una amiga perfecta: Sarah Kellas.

Por todo lo anterior y mucho más, por todo: Nick Laird. Gracias.